

JORGE DE MONTEMAYOR

LOS SIETE LIBROS DE
LA DIANA



Lectulandia

Impresa por primera vez en Valencia y en Milán hacia 1559, *Los siete libros de la Diana* de Jorge de Montemayor fue la primera novela pastoril de la literatura castellana. La obra, que mezcla el verso y la prosa, narra los amores y pasiones de una pastora llamada Diana. Después de que Sireno, su amante más querido sea desterrado, Diana se casará con otro hombre. Poco tiempo después, Sireno regresa y se sorprende porque su amante ya esté con otro hombre. A pesar de esta trama argumental trágico-amorosa, en la historia también tienen cabida gigantes, ninfas y otros personajes muy del gusto de la época. El éxito de la obra fue considerable, contando en poco tiempo con traducciones al inglés, francés y alemán.

Lectulandia

Jorge De Montemayor

Los siete libros de Diana

ePub r1.0

Titivillus 30.06.2019

Título original: *Los siete libros de la Diana*
Jorge De Montemayor, 1559
Diseño de cubierta: RLull

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



más libros en lectulandia.com

ARGUMENTO



En los campos de la principal y antigua ciudad de León, riberas del río Ezla, hubo una pastora llamada Diana, cuya hermosura fue extremadísima sobre todas las de su tiempo. Esta quiso y fue querida en extremo de un pastor llamado Sireno, en cuyos amores hubo toda la limpieza y honestidad posible. Y en el mismo tiempo la quiso más que a sí otro pastor llamado Silvano, el cual fue de la pastora tan aborrecido, que no había cosa en la vida a quien peor quisiese. Sucedió pues que como Sireno fuese forzadamente fuera del Reino a cosas que su partida no podía excusarse, y la pastora quedase muy triste por su ausencia, los tiempos y el corazón de Diana se mudaron, y ella se casó con otro pastor llamado Delio, poniendo en olvido el que tanto había querido. El cual viniendo después de un año de ausencia, con gran deseo de ver a su pastora, supo antes que llegase cómo era ya casada. Y de aquí comienza el primer libro, y en los demás hallarán muy diversas historias de cosas que verdaderamente han sucedido, aunque van disfrazadas bajo el estilo pastoril.





LIBRO PRIMERO

Bajaba de las montañas de León el olvidado Sireno, a quien amor, la fortuna y el tiempo trataban de manera, que el menor mal que en tan triste vida padecía, no se esperaba menos que perderla. Ya no lloraba el desventurado pastor el mal que la ausencia le prometía, ni los temores del olvido le importunaban, porque veía cumplidas las profecías de su recelo tan en perjuicio suyo, que ya no tenía más infortunios con que amenazarle. Pues llegando el pastor a los verdes y deleitosos prados, que el caudaloso río Ezla con sus aguas va regando, le vino a la memoria el gran contentamiento de que en algún tiempo allí gozado había, siendo tan señor de su libertad, como entonces sujeto a quien sin causa le tenía sepultado en las tinieblas de su olvido. Consideraba aquel dichoso tiempo, que por aquellos prados y hermosa ribera apacentaba su ganado, poniendo los ojos en sólo el interés que de traerle bien apacentado se le seguía; y las horas que le sobraban gastaba el pastor en sólo gozar del suave olor de las doradas flores, al tiempo que la primavera con las alegres nuevas del verano se esparce por el universo, tomando a veces su rabel, que muy polido en un zurrón siempre traía: otras veces una zampoña, al son de la cual componía los dulces versos, con que de las pastoras de toda aquella comarca era loada. No se metía el pastor en la consideración de los malos o buenos sucesos de la fortuna, ni en la mudanza y variación de los tiempos; no le pasaba por el pensamiento la diligencia y codicias del ambicioso cortesano, ni la confianza y presunción de la dama celebrada por sólo el voto y parecer de sus apasionados. Tampoco le daba pena la hinchazón y descuido del orgulloso privado. En el campo se crió, en el campo apacentaba su ganado, y así no salían del campo sus pensamientos,

hasta que el crudo amor tomó aquella posesión de su libertad, que él suele tomar de los que más libres se imaginan. Venía pues el triste Sireno los ojos hechos fuentes, el rostro mudado, y el corazón tan hecho a desventuras, que si la fortuna le quisiera dar algún contento, fuera menester otro corazón nuevo para recibirle. El vestido era de sayal tan áspero como su ventura, un cayado en la mano, un zurrón del brazo izquierdo colgando. Arrimóse al pié de una haya, comenzó a tender sus ojos por la hermosa ribera, hasta que llegó con ellos al lugar donde primero había visto la hermosura, gracia y honestidad de la pastora Diana, aquella en quien naturaleza sumó todas las perfecciones, que por muchas partes había repartido. Lo que su corazón sintió, imagínelo aquel que en algún tiempo se halló metido entre memorias tristes. No pudo el desventurado pastor poner silencio a las lágrimas, ni excusar los suspiros que del alma le salían. Y volviendo los ojos al cielo, comenzó a decir de esta manera: —¡Ay memoria mía, enemiga de mi descanso! ¿no os ocupáades mejor en hacerme olvidar disgustos presentes, que en ponerme delante los ojos contentos pasados? ¿Qué decís, memoria, que en este prado vi a mi señora Diana? que en él comencé a sentir lo que no acabaré de llorar? que junto aquella clara fuente, cercada de verdes y altos alisos, con muchas lágrimas algunas veces me juraba, que no había cosa en la vida, voluntad de padres, ni persuasión de hermanos, ni importunidad de parientes que de su pensamiento la apartase? Y que cuando esto decía, salían por aquellos hermosos ojos unas lágrimas, como orientales perlas, que parecían testigos de lo que en el corazón le quedaba, mandándome, so pena de ser tenido por hombre de bajo entendimiento, que creyese lo que tantas veces me decía? Pues espera un poco, memoria, ya que me habéis puesto delante los fundamentos de mi desventura, que tales fueron ellos, pues el bien que entonces pasé, fue principio del mal que ahora padezco. No se os olvide para templarme este descontento, de ponerme delante los ojos uno a uno los trabajos, los desasosiegos, los temores, los recelos, las sospechas, los celos, las desconfianzas, que aun en el mejor estado no dejan al que verdaderamente ama. ¡Ay memoria, memoria, destructora de mi descanso! ¡Cuán cierto está responderme, que el mayor trabajo que en estas consideraciones se pasaba era muy pequeño, en comparación del contentamiento que a trueque de él recibía. Vos, memoria, tenéis mucha razón; y lo peor de ello es tenerla tan grande. Y estando en esto sacó del seno un papel donde tenía envueltos unos cordones de seda verde, y cabellos, ¡y qué cabellos! y poniéndolos sobre la verde yerba, con muchas lágrimas, sacó su rabel, no tan lozano como lo traía al tiempo que de Diana era favorecido, y comenzó a cantar lo siguiente:

Cabellos, cuánta mudanza
he visto después que os vi,
y cuan mal parece ahí
esa color de esperanza!
Bien pensaba yo, cabellos,
aunque con algún temor,
que no fuera otro pastor
digno de verse cabe ellos.
¡Ay, cabellos! cuántos días
la mi Diana miraba,
si os traía, o si os dejaba,
y otras mil niñerías.
Y cuántas veces llorando,
(¡ay, lágrimas engañosas!)
me pedía celos de cosas
de que yo estaba burlando.
Los ojos que me mataban,
decid, dorados cabellos,
¿qué culpa tuve en creellos,
pues ellos me aseguraban?
No visteis vos que algún día
mil lágrimas derramaba,
hasta que yo le juraba,
que sus palabras creía?
¿Quién vicio tanta hermosura
en tan mudable sujeto?
y en amador tan perfecto,
quién vio tanta desventura?
¡Oh, cabellos, no os corréis
por venir de a do venistes,
viéndome como me vistas,
en verme como me veis
Sobre el arena sentada,
de aquel río, la vi yo,
do con el dedo escribío,
antes muerta, que mudada.
Mira el amor lo que ordena,
que os viene a hacer creer
cosas dichas por mujer,
y escritas en el arena.

No acabara tan presto Sireno el triste canto, si las lágrimas no le fueran a la mano: tal estaba como aquel a quien fortuna tiene atajados todos los caminos de su remedio. Dejó caer su rabel, toma los dorados cabellos, vuélvelos a su lugar, diciendo: ¡Ay, prendas de la más hermosa y desleal pastora que humanos ojos pudieron ver, cuan a vuestro salvo me habéis engañado! ¡Ay, que no puedo dejar de veros, estando todo mi mal en haberos visto! Y cuando del zurrón sacó la mano, acaso topó con una carta, que en tiempo de su prosperidad Diana le había enviado, y como la vio, con un ardiente suspiro, que del alma le salía, dijo: ¡Ay, carta! abrasada te vea por mano de quien

mejor lo pueda hacer que yo, pues jamás en cosa mía pude hacer lo que quisiese: mal haya quien ahora te leyere! Mas ¿quién podrá hacerlo? Y descogiéndola, vio que decía:

CARTA DE DIANA A SIRENO

Sireno mío: ¿cuán mal sufriría tus palabras quien no pensase que amor te las hacía decir? Dícesme que no te quiero cuanto debo: no sé en qué lo ves, ni entiendo cómo te pueda querer más. Mira que ya no es tiempo de no creerme, pues ves que lo que te quiero me fuerza a creer lo que de tu pensamiento me dices. Muchas veces imagino, que así como imaginas que no te quiero, queriéndote más que a mí, así debes pensar que me quieres, teniéndome aborrecida. Mira, Sireno, que el tiempo lo ha hecho mejor contigo de lo que al principio de nuestros amores sospechaste; y que quedando mi honra a salvo, la cual te debe todo lo del mundo, no habría cosa en él, que por ti no hiciese. Suplícote todo cuanto puedo, que no te metas entre celos y sospechas, que ya sabes cuan pocos escapan de sus manos con la vida, la cual te dé Dios con el contento que yo te deseo.

¿Carta es esta, dijo Sireno suspirando, para pensar que pudiera entrar olvido en el corazón donde tales palabras salieron? ¿Y palabras son estas para pasarlas por la memoria a tiempo que quien las dijo no la tiene de mí? ¡Ay triste, con cuánto contentamiento acabé de leer esta carta, cuando mi señora me la envió, y cuántas veces en aquella hora misma la volví a leer! Mas págolo agora con las setenas. Y no se sufría menos, sino venir de un extremo a otro: que mal contado le sería a la fortuna, dejar de hacer conmigo lo que con todos hace. A este tiempo por una cuesta abajo que del aldea venía al verde prado, vio Sireno venir un pastor, su paso a paso, parándose a cada trecho, unas veces mirando el cielo, otras al verde prado y hermosa ribera, que desde lo alto descubría, cosa que más le aumentaba su tristura, viendo el lugar que fue principio de su desventura. Sireno le conoció: dijo, vuelto el rostro hacia la parte donde venía: ¡Ay, desventurado pastor, aunque no tanto como yo! ¿en qué han parado las competencias que conmigo traías por los amores de Diana, y los disfavores que aquella cruel te hacía, poniéndolo a mi cuenta? Mas si tú entendieras que tal había de ser la suma, cuánta mayor merced hallaras que la fortuna te hacía en sustentarte en un infelice estado, que a mí en derribarme de él, al tiempo que menos lo temía. A este tiempo el desamado Silvano tomó una zampoña, y tañendo un rato, cantaba con gran tristeza estos versos:

Amador soy, mas nunca fui amado:

quise bien y querré, no soy querido:
 fatigas paso, y nunca las he dado:
 suspiros di, mas nunca fui oído:
 quejarme quise, y nunca fui escuchado,
 huir quise de amor, quedé corrido:
 de solo olvido no podré quejarme,
 porque aun no se acordaron de olvidarme.

Yo hago a todo mal solo un semblante:
 jamás estuve hoy triste, ayer contento:
 no miro atrás, ni temo ir delante:
 un rostro hago al mal o bien que siento:
 tan fuera voy de mí como el danzante,
 que hace a cualquier son un movimiento:
 y así me gritan todos, como a loco;
 pero según estoy, aún esto es poco.

La noche a un amador es enojosa,
 cuando del día atiende bien alguno:
 y el otro de la noche espera cosa,
 que el día hace largo, e importuno:
 con lo que a un hombre cansa, otro reposa:
 tras su deseo camina cada uno;
 mas yo siempre llorando el día espero,
 y en viendo el día, por la noche muero.

Quejarme yo de amor es excusado:
 pinta en el agua, o dad voces al viento,
 busca remedio en quien jamás le ha dado,
 que al fin venga a dejalle sin descuento:
 llegaos a él a ser aconsejado,
 diraos un disparate, y otros ciento:
 ¿pues quién es este amor? es una ciencia,
 que no la alcanza estudio, ni experiencia.

Amaba mi señora a su Sireno,
 dejaba a mí, quizá que lo acertaba:
 yo triste (a mi pesar) tenía por bueno
 lo que en la vida y alma me tocaba:
 a estar mi cielo algún día sereno,
 quejara yo de amor si le añublara,
 mas ningún bien diré que me ha quitado,
 ved cómo quitará lo que no ha dado.

No es cosa amor, que aquel que no lo tiene
 hallará feria a do pueda comprallo,
 ni cosa que llamándola se viene,
 ni que le hallaréis yendo a buscallo:
 que si de vos no nace, no conviene
 pensar que ha de nacer de procurallo:
 y pues que jamás puede amor forzarse,
 no tiene el desamado que quejarse.

No estaba ocioso Sireno, al tiempo que Silvano estos versos cantaba, que con suspiros respondía a los últimos acentos de sus palabras, y con lágrimas solemnizaba lo que de ellas entendía. El desamado pastor después que hubo acabado de cantar, se comenzó a tomar cuenta de la poca que consigo tenía, y

cómo por su señora Diana había olvidado todo el hato y rebaño: y esto era lo que menos. Consideraba que sus servicios eran sin esperanza de galardón, cosa que a quien tuviera menos firmeza pudiera fácilmente atajar el camino de sus amores. Mas era tanta su constancia, que puesto en medio de todas las causas que tenía de olvidar a quien no se acordaba de él, se salía tan a su salvo de ellas, y tan sin perjuicio del amor que a su pastora tenía, que sin miedo alguno cometía cualquier imaginación que en daño de su fe le sobreviniese. Pues como vio a Sireno junto a la fuente, quedó espantado de verle tan triste; no porque ignorase la causa de su tristeza, mas porque le pareció que si él hubiera recibido el más pequeño favor que Sireno recibió de Diana, aquel contentamiento bastara para toda la vida tenerle. Llegóse a él, y abrazándose los dos con muchas lágrimas, se volvieron a sentar encima de la menuda yerba, y Silvano comenzó a hablar de esta manera: ¡Ay, Sireno, causa de mi desventura o del poco remedio de ella! nunca Dios quiera que yo de la tuya reciba venganza; que cuando muy a mi salvo pudiese hacerlo, no permitiría el amor que a mi señora Diana tengo, que yo fuese contra aquel en quien ella con tanta voluntad lo puso. Si tus trabajos no me duelen, nunca en los míos haya fin. Si luego que Diana se quiso desposar, no se me acordó que su desposorio y tu muerte habían de ser a un tiempo, nunca en otro mejor me vea que este en que ahora estoy. ¿Pensar debes, Sireno, que te quería yo mal, porque Diana te quería bien, y que los favores que ella te hacía eran parte para que yo a ti te desamase? Pues no era de tan bajos quilates mi fe, que no siguiese a mi señora, no solamente en quererla, sino en querer también todo lo que ella quisiese. Pesarme de tu fatiga, no tienes por que agradecérmelo; porque estoy tan hecho a pesares, que aun de bienes míos me pesaría, cuanto más de males ajenos. No causó poca admiración a Sireno las palabras del pastor Silvano; y así estuvo un poco suspenso y espantado de tan gran sufrimiento y de la calidad del amor que a su pastora tenía: y volviendo en sí, le respondió: ¿Por ventura. Silvano, has nacido tú para ejemplo de los que no sabemos sufrir las adversidades que la fortuna delante nos pone? ¿O acaso te ha dado naturaleza tanto ánimo en ellas, que no sólo bastes para sufrir las tuyas, mas que aun ayudes a sufrir las ajenas? Veo que estás tan conforme con tu suerte, que no te prometiendo esperanza de remedio, no sabes pedirle más de lo que te da. Yo te digo. Silvano, que en ti muestra bien el tiempo que cada día va descubriendo novedades muy ajenas de la imaginación de los hombres. ¡Oh cuánta más envidia te debe tener sin ventura pastor, en verte sufrir tus males, que tú podrías tenerle a él, al tiempo que le vías gozar sus bienes! ¿Viste los favores que me hacía? ¿viste la blandura de palabras con

que me manifestaba sus amores? ¿viste cómo llevar el ganado al río, sacar los corderos al soto, traer las ovejas por la siesta a la sombra de estos alisos jamás sin mi compañía supo hacerlo? Pues nunca yo vea el remedio de mi mal si de Diana esperé ni deseé cosa que contra su honra fuese: y si por la imaginación me pasaba, era tanta su hermosura, su valor, su honestidad y la limpieza del amor que me tenía, que me quitaba del pensamiento cualquiera cosa que en daño de su bondad imaginase. Eso creo yo por cierto, dijo Silvano suspirando, porque lo mismo podré afirmar de mí. Y creo que no hubiera nadie que en Diana pusiera los ojos que osara desear otra cosa, sino verla y conversarla. Aunque no sé si hermosura tan grande en algún pensamiento, no tan sujeto como el nuestro, hiciera algún exceso; y más si como yo un día la vi acertara de verla, que estaba sentada contigo, junto a aquel arroyo, peinando sus cabellos de oro, y tú estabas teniéndole el espejo en que de cuando en cuando se miraba. Mas no sabíades los dos os estaba yo acechando desde aquellas matas altas que están junto a las dos encinas; y aún se me acuerda de los versos que tú le cantaste, sobre haberle tenido el espejo en cuanto se peinaba. ¿Cómo los hubiste a las manos? dijo Sireno. Silvano respondió: El otro día siguiente hallé aquí un papel en que estaban escritos, y los leí, y aun los encomendé a la memoria; y luego vino Diana por aquí llorando por haberlos perdido, y aun me preguntó si los había visto: lo cual no fue pequeño contentamiento para mí ver yo en mi señora lágrimas, las cuales pudiese remediar. Acuérdomeme que aquella fue la primera vez que de su boca oí palabra sin ira. Y mira cuan necesitado estaba de favores, que de decir ella que agradecía darle lo que buscaba, hice tan grandes reliquias, que más de un año de grandísimos males desconté por aquella sola palabra que traía alguna apariencia de bien. Por tu vida, dijo Sireno, que digas los versos que dices que yo le canté, pues los tomaste de coro. Soy contento, dijo Silvano. De esta manera decían:

De merced tan extremada
ninguna deuda me queda,
pues en la misma moneda,
señora, quedáis pagada:
que si gocé estando allí,
viendo delante de mí
rostro y ojos soberanos,
vos también viendo en mis manos
lo que en vuestro rostro vi.
Y esto no os parezca mal,
que si de vuestra hermosura
vistes sólo la figura,
yo vi bien lo natural.

Un pensamiento extremado
jamás de amor sujetado,
mejor ve que no el cautivo,
aunque el uno vea lo vivo,
y el otro lo dibujado.

Cuando esto acabó Sireno de oír, dijo contra Silvano: Plega a Dios, pastor, que el amor me dé esperanza de algún bien imposible, si hay cosa en la vida con que yo más fácilmente la pasase, que con tu conversación; y si ahora en extremo no me pesa que Diana te haya sido tan cruel, que siquiera no mostrase agradecimiento a tan leales servicios, y tan verdadero amor como en ellos has mostrado. Silvano le respondió suspirando: Con poco me contentara yo si mi fortuna quisiera: y bien pudiera Diana, sin ofender a lo que tu honra y a tu fe debía, darme algún contentamiento; mas no tan sólo huyó siempre de dármele, mas aun de hacer cosa por donde imaginase que yo algún tiempo podría tenerle. Decía yo muchas veces entre mí: ¿Ahora esta fiera endurecida no se enojaría algún día con Sireno, de manera que por vengarse de él fingiese favorecerme a mí? que un hombre tan desconsolado y falto de favores, aun fingidos tenía por buenos. Pues cuando de esta tierra te partiste, pensé verdaderamente que el remedio de mi mal me estaba llamando a la puerta, y que el olvido era la cosa más cierta que después de la ausencia se esperaba, y más en corazón de mujer. Pero cuando después vi las lágrimas de Diana, el no reposar en el aldea, el amar la soledad, los continuos suspiros, Dios sabe lo que sentí. Que puesto caso que sabía ser el tiempo un médico muy aprobado para el mal que la ausencia suele causar, una sola hora de tristeza no quisiera yo que por mi señora pasara, aunque de ella se me siguieran cien mil de alegría. Algunos días después de tu ida la vi junto a la dehesa de pechos sobre su cayado, y de esta manera estuvo gran pieza antes que me viese. Después alzó los ojos, y las lágrimas le estorbaron verme. Debía ella entonces imaginar en su triste soledad, y en el mal que tu ausencia le hacía sentir. Pero de ahí un poco, no sin lágrimas, acompañadas de tristes suspiros, sacó una zampoña que en el zurrón traía, y la comenzó a tocar tan dulcemente, que el valle, el monte, el río, las aves enamoradas, y aun las fieras de aquel espeso bosque quedaron suspensas. Y dejando la zampoña, al son que la había tañido, comenzó esta

CANCIÓN

Ojos, que ya no veis quien os miraba,
cuando érades espejo en que se vía,
¿qué cosa podéis ver que os dé contento?

prado florido y verde, dó algún día
 por él mi dulce amigo yo esperaba,
 llorad conmigo el grave mal que siento.
 Aquí me declaró su pensamiento,
 oíle yo cuitada,
 más que serpiente airada,
 llamándole mil veces atrevido;
 y el triste allí rendido,
 parece que es ahora, y que lo veo,
 y aún ese es mi deseo.
 ¡Ay, si ahora le viese! ¡ay tiempo bueno!
 Ribera umbrosa, ¿ques de mi Sireno?
 Aquella es la ribera, este es el prado,
 de allí parece el soto y valle umbroso,
 que yo con mi rebaño repastaba.
 Veis el arroyo dulce y sonoro,
 dó pacía la siesta mi ganado,
 cuando mi dulce amigo aquí moraba:
 debajo aquella haya verde estaba,
 y veis allí el otero,
 a dó le vi primero,
 y a dó me vio. Dichoso fue aquel día,
 si la desdicha mía
 un tiempo tan dichoso no acabara.
 ¡Oh haya! ¡oh fuente clara!
 Todo está aquí, mas no por quien yo peno.
 Ribera umbrosa, ¿ques de mi Sireno?
 Aquí tengo un retrato que me engaña,
 pues veo a mi pastor cuando le veo,
 aunque en mi alma está mejor sacado,
 cuando de velle llega el gran deseo,
 de quien el tiempo luego desengaña.
 A aquella fuente voy que está en el prado,
 arrimómele al sauce, y a su lado
 me asiento. ¡Ay amor ciego!
 Al agua miro luego,
 y veo a él y a mí, como le vía
 cuando él aquí vivía.
 Esta invención un rato me sustenta*
 después caigo en la cuenta,
 y dice el corazón de ansias lleno:
 Ribera umbrosa, ¿ques de mi Sireno?
 Otras veces le hablo, y no responde,
 y pienso que de mí se está vengando,
 porque algún tiempo no le respondía;
 mas dígole yo triste así llorando:
 Hablad, Sireno, pues estáis adonde
 jamás imaginó mi fantasía.
 ¿No veis, decí, que estáis en la alma mía?
 Y él todavía callado,
 y estarse allí a mi lado,
 en mi seso le ruego que me hable,
 ¡Qué engaño tan notable,

pedir a una pintura lengua o seso!
 ¡Ay tiempo! que en un peso
 estaba mi alma, y en poder ageno:
 Ribera umbrosa, ¿ques de mi Sireno?
 No puedo jamás ir con mi ganado,
 cuando se pone el sol en nuestra aldea,
 ni desde allí venir a la majada,
 sino por donde, aunque no quiera, veo
 la choza de mi bien tan deseado
 ya toda por el suelo derribada.
 Allí me asiento un poco, descuidada
 de ovejas y corderos,
 hasta que los vaqueros
 me dan voces, diciendo: Ah pastora,
 ¿en quién piensas ahora,
 y el ganado paciendo por los trigos?
 Mis ojos son testigos,
 por quien la yerba crece al valle ameno:
 Ribera umbrosa, ¿ques de mi Sireno?
 Razón fuera, Sireno, que hicieras
 a tu opinión más fuerza en la partida,
 pues que sin ella te entregué la mía.
 ¿Mas yo de quién me quejo, ya perdida?
 ¿Pudiera alguno hacer que no partiera,
 si el hado o la fortuna lo quería?
 No fue la culpa tuya, ni podría
 creer que tú hicieses
 cosa con que ofendieses
 a este amor tan llano y tan sencillo,
 ni quiero presumillo,
 aunque haya muchas muestras y señales:
 los hados desiguales
 me han añublado un cielo muy sereno:
 Ribera umbrosa, ques de mi Sireno?
 Canción, mira que vayas donde digo;
 mas quédate conmigo,
 que puede ser te lleve la fortuna
 a parte do te llamen importuna.

Acabado Silvano la amorosa canción de Diana, dijo a Sireno, que como fuera de sí estaba oyendo estos versos, que después de su partida la pastora había cantado. Cuando esa canción cantaba la hermosa Diana, en mis lágrimas pudieran ver si yo sentía las que ella por tu causa derramaba; pues no queriendo yo dalle a entender que la había entendido, disimulando lo mejor que pude (que no fue poco poderlo hacer), lleguéme adonde estaba. Sireno entonces le atajó, diciendo: Ten punto, Silvano, ¿que un corazón que tales cosas sentía pudo mudarse? ¡Oh constancia! ¡oh firmeza! ¡y cuántas pocas veces hacéis asiento sobre corazón de hembra, que cuanto más sujeta está a quereros, tanto más pronta está para olvidaros! Y bien creía yo que en todas

las mujeres había esta falta, mas en mi señora Diana jamás pensé que naturaleza había dejado cosa buena por hacer. Prosiguiendo, pues, Silvano por su historia adelante, le dijo: Como yo me llegase más adonde Diana estaba, vi que ponía los ojos en la clara fuente, adonde prosiguiendo su acostumbrado oficio, comenzó a decir: ¡Ay ojos! ¿y cuánto más presto se os acabarán las lágrimas que la ocasión de derramarlas? ¡Ay mi Sireno, plega a Dios que antes que el desabrido invierno desnude el verde prado de frescas y olorosas flores, y el valle ameno de la menuda hierba, y los árboles sombríos de su verde hoja, vean estos ojos tu presencia tan deseada de mi ánima como de la tuya debo ser aborrecida! A este punto alzó el divino rostro y me vido: trabajó por disimular el triste llanto, mas no lo pudo hacer de manera que las lágrimas no atajasen el paso a su disimulación. Levantóse a mí, diciendo: Siéntate aquí, Silvano, que asaz vengado estás a costa mía. Bien paga esta desdichada lo que dices que a su causa sientes, si es verdad que es ella la causa. ¿Es posible, Diana, le respondí, que eso me quedaba por oír? En fin, no me engaño en decir que nací para cada día descubrir nuevos géneros de tormentos, y tú para hacerme más sinrazones de las que en tu pensamiento pueden haber. ¿Ahora dudas tú ser la causa de mi mal? Si tú no, ¿quién sospechas que mereciese tan gran amor? ¿o qué corazón habría en el mundo, si no fuese el tuyo, a quien mis lágrimas no hubiesen ablandado? Y a esto añadí otras muchas cosas de que no tengo memoria. Mas la cruel enemiga de mi descanso atajó mis razones, diciendo: Mira, Silvano, si otra vez tu lengua se atreve a tratar de cosa tuya y dejar de hablarme en mi Sireno, a tu placer te dejaré gozar de esa clara fuente. ¿Y tú no sabes que toda cosa que de mi pastor no tratare me es aborrecible y enojosa? ¿y que a la persona que quiere bien, todo el tiempo que gasta en oír cosa fuera de sus amores, le parece mal empleado? Yo entonces de miedo que mis palabras no fuesen causa de perder el descanso que su vista me ofrecía, puse silencio en ellas y estuve allí un gran rato gozando de ver aquella hermosura sobrehumana, hasta que la noche se dejó venir con mayor presteza de lo que yo quisiera, y de allí nos fuimos los dos con nuestros ganados a la aldea. Sireno suspirando le dijo: Grandes cosas me has contado, Silvano, y todas en daño mío. Desdichado de mí, ¡cuan presto vine a experimentar la poca constancia que en las mujeres hay!: por lo que les debo me pesa. No quisiera yo, pastor, que en algún tiempo se oyera decir, que en un vaso donde tan gran hermosura y discreción juntó naturaleza, hubiera tan mala mixtura, como es la inconstancia que conmigo ha usado. Y lo que más me llega al alma es, que el tiempo le ha de dar a entender lo mal que conmigo lo ha hecho; lo cual no puede ser sino a costa de su descanso. ¿Cómo le va de

contentamiento después Je casada? Silvano le respondió: Dícenme algunos que la va mal, y no me espanto, porque como sabes, Delio su esposo, aunque es rico de los bienes de fortuna, no lo es de los de naturaleza: que en esto de la disposición ya ves cuan mal le va; pues de otras cosas de que los pastores nos preciamos, como son tañer, cantar y luchar, jugar al cayado, bailar con las mozas el domingo, parece que Delio no ha nacido para más que mirallo. Ahora, pastor, dijo Sireno, toma tu rabel, y yo tomaré mi zampoña, que no hay mal que con la música no se pase, ni tristeza que con ella no se acreciente. Y templando los dos pastores sus instrumentos, con mucha gracia y suavidad comenzaron a cantar lo siguiente.

SILVANO

Sireno, ¿en qué pensabas, que mirándote
estaba desde el soto, condoliéndome
de ver con el dolor que estás quejándote?
Yo dejo mi ganado allí atendiéndome,
que en cuanto el claro sol no va encumbrándose,
bien puedo estar contigo entreteniéndome.
Tu mal me di, pastor, que el mal diciéndose,
se pasa a menos costa que callándose,
y la tristeza en fin va despidiéndose.
Mi mal contaré yo; pero contándolo
se me acrecienta más, en acordándoseme
de cuan en vano, ¡ay triste! estoy llorándolo.
La vida a mi pesar veo alargárseme,
mi triste corazón no hay consolarme,
y un desusado mal veo acercárseme.
De quien medio esperé, vino a quitármele;
mas nunca le esperé, porque esperándole,
pudiera con razón dejar de dármelo.
Andaba mi pasión solicitándole
con medios no importunos, sino lícitos,
y andaba el crudo amor allá estorbándole.
Mis tristes pensamientos muy solícitos,
de una a otra parte revolviéndose,
huyendo en toda cosa el ser ilícitos,
pedían a Diana, que pudiéndose
dar medio a tanto mal, y sin causarle,
se diese, y fuese un triste entreteniéndose,
¿Pues qué hicieras, di, si en vez de dártelo,
te le quitara? ¡Ay triste, que pensándolo,
callar querría mi mal, y no contártele!
Pero después, Sireno, imaginándolo,
una pastora invoco hermosísima,
y así va a costa mía en fin pasándolo.

SIRENO

Silvano mío, una afición rarísima,
una beldad que ciega luego en viéndola,
un seso y discreción excelentísima,
con una dulce habla, que en oyéndola,
las duras peñas mueve enterneciéndolas,
¿qué sentirá un amador perdiéndola?
Mis ovejuelas miro, y pienso en viéndolas,
cuántas veces la vide repastándolas,
y con las suyas propias recogióndolas,
y cuántas la topé llevándolas
al río por la siesta, a do sentándose,
con gran cuidado estaba allí contándolas.
Después, si estaba sola, destocándose,
vieras el claro sol, envidiosísimo
de sus cabellos, y ella allí peinándose.
Pues, oh Silvano, amigo mío carísimo,
¿cuántas veces de súbito encontrándome,
se le encendía aquel rostro hermosísimo?
¿Y con qué gracia estaba preguntándome,
que cómo había tardado, y aun riñéndome?
Y si esto me enfadaba, halagándome.
Pues ¿cuántos días la hallé atendiéndome
en esta clara fuente, y yo buscándola
por aquel soto espeso, y deshaciéndome?
Como cualquier trabajo en encontrándola,
de ovejas y corderos lo olvidábamos,
hablando ella conmigo, y yo mirándola.
Otras veces, Silvano, concertábamos
la zampoña y rabel con que tañíamos,
y mis versos entonces allí cantábamos.
Después la flecha y arco apercibíamos:
otras veces la red, y ella siguiéndome,
jamás sin caza a nuestra aldea volvíamos.
Así fortuna anduvo entreteniéndome,
que para mayor mal iba guardándome,
el cual no tendrá fin, sino muriéndome.

SILVANO

Sireno, el crudo amor que lastimándome
jamás cansó, no impide el acordarseme
de tanto mal, y muero en acordándome.
Miré a Diana, y vi luego abreviarseme
el placer y contento en sólo viéndola,
y a mi pesar la vida vi alargarseme.
¡Oh cuántas veces la hallé perdiéndola,
y cuántas veces la perdí hallándola,
y yo callar, sufrir, morir sirviéndola!
La vida perdí yo, cuando mirándola,
miraba aquellos ojos que airadísimos

volvía contra mí luego en hablándola.
Mas cuando los cabellos hermosísimos
descogía y peinaba, no sintiéndome,
se me volvían los males sabrosísimos.
Y la cruel Diana en conociéndome,
volvía como fiera, que encrespándose,
arremete al león, y deshaciéndome
un tiempo la esperanza así burlándome,
mantuvo el corazón, entreteniéndole:
mas él mismo después desengañándose,
burló del esperar, y fue perdiéndole.

No mucho después que los pastores dieron fin al triste canto, vieron salir de entre el arboleda, que junto al río estaba, una pastora tañendo con una zampoña, y cantando con tanta gracia y suavidad como tristeza; la cual encubría gran parte de su hermosura, que no era poca; y preguntando Sireno, como quien había mucho que no repastaba por aquel valle, quién fuese, Silvano le respondió: Esta es una hermosa pastora, que de pocos días acá apacienta por estos prados muy quejosa de amor, y según dicen, con mucha razón, aunque otros quieren decir que ha mucho tiempo que se burla con el desengaño. Por ventura, dijo Sireno, ¿está en su mano el desengañarse? Sí, respondió Silvano, porque no puedo yo creer que hay mujer en la vida que tanto quiera, que la fuerza del amor le estorbe entender si es querida o no. De contraria opinión soy. ¿De contraria, dijo Silvano? pues no te irás alabando, que bien caro te cuesta haberte fiado en las palabras de Diana. Pero no te doy culpa, que así como no hay a quien no venza su hermosura, así no habrá quien sus palabras no engañen. ¿Cómo puedes tú saber eso, pues ella jamás te engañó con palabras, ni con obras? Verdad es, dijo Silvano, que siempre fui della desengañado; mas yo osaría jurar, por lo que después acá ha sucedido, que jamás me desengañó a mí sino por engañarte a ti. Pero dejemos eso, y oyamos esta pastora, que es grande amiga de Diana; y según lo que de su gracia y discreción me dicen, bien merece ser oída. A este tiempo llegaba la hermosa pastora junto a la fuente cantando este

SONETO

Ya yo he visto en mis ojos más contento,
y he visto más alegre el alma mía,
triste de la que enfada, do algún día
con su vista causó contentamiento.
Mas como esta fortuna en un momento
os corta la raíz del alegría,
lo mismo que hay de un es a un ser solía,
hay de un grande placer a un gran tormento.

Tomaos allá con tiempos, con mudanzas;
tomaos con movimientos desvariados,
veréis el corazón cuan libre os queda.
Entonces me fiaré yo en esperanzas,
cuando los casos tenga sojuzgados,
y echado un clavo al eje de la rueda.

Después que la pastora acabó de cantar, se vino derecha a la fuente a donde los pastores estaban; y entretanto que venía, dijo Silvano, medio riendo: No hagás sino hacer caso de aquellas palabras, y acetar por testigo el ardiente suspiro con que dio fin a su cantar. Deso no dudes, respondió Sireno, que tan presto yo la quisiera bien, como aunque me pese, creyera todo lo que ella me quisiera decir. Pues estando ellos en esto llegó Selvagia, y cuando conoció a los pastores, muy cortésmente los saludó, diciendo: ¿Qué hacéis, oh desamados pastores, en este verde y deleitoso prado? No dices mal, hermosa Selvagia, en preguntar qué hacemos, dijo Silvano: hacemos tan poco para lo que debíamos hacer, que jamás podemos concluir cosa que el amor nos haga desear. No te espantes deso, dijo Selvagia, que cosas hay que antes que se acaben, acaban ellas a quien las desea. Silvano respondió: A lo menos si hombre pone su descanso en manos de mujer, primero se acabará la vida, que con ella se acabe cosa con que se espere recibille. Desdichadas destas mujeres, dijo Selvagia, que tan mal tratadas son de vuestras palabras. Más destes hombres, respondió Silvano, que tanto peor lo son vuestras obras. ¿Puede ser cosa más baja, ni de menos valor, que por la cosa más liviana del mundo olvidéis vosotras a quien más amor hayáis tenido? Pues ausentaos algún día de quien bien queréis, que a la vuelta habréis menester negociar de nuevo. Dos cosas siento, dijo Selvagia, de lo que dices, que verdaderamente me espantan. La una es, que veo en tu lengua al revés de lo que en tu condición tuve entendido siempre: porque imaginaba yo cuando oía hablar en tus amores, que eras en ellos un Fénix, que ninguno de cuantos hasta hoy han querido bien, pudieron llegar al extremo que tú has tenido en querer a una pastora que yo conozco; causas harto suficientes para no tratar mal de mujeres, si la malicia no fuera más que los amores. La segunda es, que hablas en cosa que no entiendes; porque hablar en olvido quien jamás tuvo experiencia de él, más se debe atribuir a locura que a otra cosa. Si Diana jamás se acordó de ti, ¿cómo puedes tú quejarte de su olvido? A ambas cosas, dijo Silvano, pienso responder, si no te cansas en oír. Plega a Dios que jamás me vea con más contento del que ahora tengo, si nadie, por más ejemplos que me traiga, puede encarecer el poder que sobre mi alma tiene aquella desagradecida y desleal pastora que tú conoces, y yo no quisiera conocer:

pero cuanto mayor es el amor que le tengo, tanto más me pesa que en ella haya cosa que pueda ser reprehendida. Porque ahí está Sireno que fue más favorecido de Diana que todos los del mundo lo han sido, y lo ha olvidado de la manera que todos sabemos. A lo que decís que no puedo hablar en mal de que no tengo experiencia, bueno sería que el médico no supiese tratar de mal que él no hubiese tenido. Y de otra cosa, Selvagia, te quiero satisfacer: No pienses que quiero mal a las mujeres, que no hay cosa en la vida a quien más deseo servir. Sireno, que había rato que callaba, dijo contra Selvagia: Pastora, si me oyeses, no pornías culpa a mi competidor, o hablando más propiamente, a mi caro amigo Silvano. Dime, ¿porqué causa sois tan movibles, que en un punto derribáis a un pastor de lo más alto de su ventura a lo más bajo de su miseria? Pero ¿sabéis a qué lo atribuyo? a que no tenéis vosotras las mujeres verdadero conocimiento de lo que tratáis y traéis entre manos: tratáis de amor, no sois capaces de entendelle: ved cómo sabréis aveniros con él. Yo te digo, Sireno, dijo Selvagia, que la causa por qué las pastoras olvidamos no es otra sino la misma porque de vosotros somos olvidadas: son cosas que el amor hace y deshace, cosas que los tiempos y los lugares las mueven, o les ponen silencio; mas no por defecto del entendimiento de las mujeres, de las cuales han sido en el mundo infinitas que pudieran enseñar a vivir a los hombres, y aun los enseñar a amar, si fuera el amor cosa que pudiera enseñarse. Mas con todo esto, creo que no hay más bajo estado en la vida que el de las mujeres, porque si os hablan bien, pensáis que están muertas de amores: si no os hablan, creéis quede altivas y fantásticas lo hacen: si el recogimiento que tienen no hace a vuestro propósito, tenéislo por hipocresía. No tienen desenvoltura que no os parezca demasiada: si callan, decís que son necias: si hablan, que son pesadas, y que no hay quien las sufra: si os quieren todo lo del mundo, creéis que de malas lo hacen: si os olvidan, y se apartan de las ocasiones de ser infamadas, decís que de inconstantes y poco firmes en un propósito. Así que no está en más pareceros la mujer buena o mala, que en acertar ella a no salir jamás de lo que pide vuestra inclinación. Hermosa Selvagia, dijo Sireno, si todas tuviesen ese entendimiento y viveza de ingenio, bien creo yo que jamás darían ocasión a que nosotros pudiésemos quejarnos a sus descuidos. Mas para que sepamos la razón que tienes de agraviarte de amor, así Dios te dé el consuelo que para tan grave mal has menester, que nos cuentes la historia de tus amores, y todo lo que en ellos hasta ahora te ha sucedido (que de los nuestros tú sabes más de lo que nosotros te sabremos decir), por ver si las cosas que en ellos has pasado te dan licencia para hablar en ellos tan sueltamente, que cierto tus palabras dan a entender ser la más

experimentada en ellos que otra jamás haya sido. Selvagia le respondió: Si yo no fuere, Sireno, la más experimentada, seré la más maltratada que nunca nadie pensó ser, y la que con más razón se puede quejar de sus desvariados efectos; cosa harto suficiente para poder hablar en él. Y porque entiendas por lo que pasé lo que siento de esta endiablada pasión, poned un poco vuestras desventuras en manos del silencio, y contaros he las mayores que jamás habéis oído.

En el valeroso e inexpugnable reino de los Lusitanos hay dos caudalosos ríos, que cansados de regar la mayor parte de nuestra España, no muy lejos el uno del otro entran en el mar Océano; en medio de los cuales hay muchas y muy antiguas poblaciones, a causa de la fertilidad de la tierra ser tan grande, que en el universo no hay otra alguna que se le iguale. La vida de esta provincia es tan remota y apartada de cosas que puedan inquietar el pensamiento, que si no es cuando Venus por manos del ciego hijo se quiere mostrar poderosa, no hay quien entienda en más que en sustentar una vida quieta, con suficiente medianía en las cosas que para pasarla son menester. Los ingenios de los hombres son aparejados para pasar la vida con asaz contento, y la hermosura de las mujeres para quitarla al que más confiado viviere. Hay muchas casas por entre las florestas sombrías y deleitosos valles; el término de los cuales siendo proveído del rocío del soberano cielo, y cultivado con industria de los habitantes de ellas, el gracioso verano tiene cuidado de ofrecerles el fruto de su trabajo, y socorrerles a las necesidades de la vida humana. Yo vivía en una aldea que está junto al caudaloso Duero, que es uno de los dos ríos que os tengo dicho, adonde está el suntuosísimo templo de la Diosa Minerva, que en ciertos tiempos del año es visitado de todas o las más pastoras y pastores que en aquella provincia viven, comenzando un día antes de la célebre fiesta a solemnizarla las pastoras y ninfas con cantos e himnos muy suaves, y los pastores con desafíos de correr, saltar, luchar y tirar la barra, poniendo por premio para el que victorioso saliere cuales una guirnalda de verde yedra, cuales una dulce zampoña o flauta, o su cayado de ñudoso fresno, y otras cosas de que los pastores se precian. Llegado pues el día en que la fiesta se celebraba, yo con otras pastoras amigas mías, dejando los serviles y bajos paños, y vistiéndonos de los mejores que teníamos, nos fuimos el día antes de la fiesta determinadas de velar aquella noche en el templo, como otros años lo solíamos hacer. Estando pues como digo, en compañía destas amigas mías, vimos entrar por la puerta una compañía de hermosas pastoras, a quien algunos pastores acompañaban; los cuales dejándolas dentro, y habiendo hecho su debida oración, se salieron al hermoso

valle, porque la orden de aquella provincia era, que ningún pastor pudiese entrar en el templo más que a dar la obediencia, y se volviese luego a salir, hasta que el día siguiente pudiesen todos entrar a participar de las ceremonias y sacrificios que entonces hacían. Y la causa desto era porque las pastoras y ninfas quedasen solas, y sin ocasión de entender en otra cosa sino en celebrar la fiesta, regocijándose unas con otras: cosa que otros muchos años solían hacer; y los pastores fuera del templo en un verde prado que allí estaba al resplandor de la nocturna Diana. Pues habiendo entrado las pastoras que digo en el suntuoso templo, después de hechas sus oraciones, de haber ofrecido sus ofrendas delante del altar, junto a nosotras se asentaron; y quiso mi ventura que junto a mí se sentase una dellas, para que yo fuese desventurada todos los días que su memoria me durase. Las pastoras venían disfrazadas, los rostros cubiertos con unos velos blancos, y presos en sus chapeletes de menuda paja, sutilísimamente labrados, con muchas guarniciones de lo mismo, tan bien hechas y entretejidas, que de oro no les llevaran ventajas. Pues estando yo mirando la que junto a mí se había sentado, vi que no quitaba los ojos de los míos; y cuando yo la miraba, bajaba tila los suyos, fingiendo quererme ver, sin que yo mirase en ello. Yo deseaba en extremo saber quién era, porque si hablase conmigo no cayese yo en algún yerro a causa de no conocerla: y todavía todas las veces que yo me descuidaba, la pastora no quitaba los ojos de mí, y tanto, que mil veces estuve por hablarla, enamorada de unos hermosos ojos que ella solamente tenía descubiertos; pues estando yo con toda la atención posible, sacó la más hermosa y delicada mano que yo después acá he visto, y tomándome la mía me la estuvo mirando un poco. Yo, que estaba más enamorada della de lo que podía decir, le dije: Hermosa pastora, no es sola esa mano la que ahora está aparejada para serviros, mas también lo está el corazón y el pensamiento de cuya ella es. Ismenia (que así se llamaba aquella que fue causa de toda la inquietud de mis pensamientos) teniendo ya imaginado hacerme la burla que adelante oiréis, me respondió muy bajo que nadie lo oyese: Graciosa pastora, soy yo tan vuestra, que como tal me atreví a hacer lo que hice: suplicóos que no os escandalicéis, porque en viendo vuestro hermoso rostro no tuve más poder en mí. Y entonces muy contenta me llegué más a ella, y le dije medio riendo: ¿Cómo puede ser, pastora, que siendo vos tan hermosa, os enamoréis de otra que tanto le falta para serlo, y más siendo mujer como vos? Ay, pastora, respondió ella, que el amor que menos veces se acaba es este, y el que más consienten pasar los hados, sin que las vueltas de fortuna, ni las mudanzas del tiempo les vayan a la mano. Yo entonces le respondí: Si la naturaleza de mi estado me enseñara a

responder a tan discretas palabras, no me lo estorbara el deseo que de serviros tengo; mas creedme, hermosa pastora, que el propósito de ser vuestra, la muerte no será parte para quitármelo. Y después desto los abrazos fueron tantos, los amores que la una a la otra nos decíamos, y de mi parte tan verdaderos, que ni teníamos cuenta con los cantares de las pastoras, ni mirábamos las danzas de las ninfas, ni otros regocijos que en el templo se hacían. A este tiempo importunaba yo a Ismenia que me dijese su nombre, y se quitase el rebozo, de lo cual ella con gran disimulación se excusaba, y con grandísima industria mudaba propósito; mas siendo ya pasada media noche, estando yo con el mayor deseo del mundo de verle el rostro, y saber cómo se llamaba, y de dónde era, comencé a quejarme della, y a decir que no era posible que el amor que me tenía fuese tan grande como con sus palabras me manifestaba, pues habiéndola yo dicho mi nombre, me encubría el suyo; y que cómo podía yo vivir, queriéndola como la quería, si no supiese a quién quería, o dónde había de saber nuevas de mis amores, y otras cosas dichas tan de veras, que las lágrimas me ayudaron a mover el corazón de la cautelosa Ismenia, de manera que ella se levantó, y tomándome por la mano, me apartó hacia una parte donde no había quien impedirnos pudiese, y comenzó a decirme estas palabras, fingiendo que del alma le salían: Hermosa pastora, nacida para inquietud de un espíritu que hasta ahora ha vivido tan exento cuanto ha sido posible, ¿quién podrá dejar de decirte lo que pides, habiéndote hecho señora de su libertad? Desdichado de mí, que la mudanza del hábito te tiene engañada, aunque el engaño haya resultado en daño mío. El rebozo que quieres que yo quite, vesle aquí donde le quito: decirte mi nombre no te hace mucho al caso; pues aunque yo no quiera, me verás más veces de las que tú podrás sufrir. Y diciendo esto, y quitándose el rebozo, vieron mis ojos un rostro, que aunque el aspecto fuese un poco varonil, su hermosura era tan grande que me espantó. Y prosiguiendo Ismenia su plática, dijo; Y porque sepas el mal que tu hermosura me ha hecho, y que las palabras que entre las dos como de burlas han pasado son de veras, sabe que yo soy hombre, y no mujer, como antes pensabas. Estas pastoras que aquí ves, por reir conmigo (que son todas mis parientas), me han vestido desta manera. Cuando yo entendí lo que Ismenia me había dicho y le vi en el rostro, no aquella blandura que las doncellas por la mayor parte solemos tener, creí ser verdad lo que me decía, y quedé tan fuera de mí, que no supe qué respondelle. Todavía contemplaba aquella hermosura tan extremada, miraba aquellas palabras que me decía con tanta disimulación, que jamás supo nadie hacer cierto de lo fingido, como aquella cautelosa y cruel pastora. Víme aquella hora tan presa

de sus amores y tan contenta de entender que ella lo estaba de mí, que no sabría encarecello. Y puesto caso que de semejante ocasión yo hasta aquel punto no tuviese experiencia (causa harto suficiente para no saber decilla), todavía esforzándome todo lo mejor que yo pude, le hablé desta manera: Hermosa pastora, que para hacerme quedar sin libertad, o para lo que la fortuna se sabe, tomaste el hábito de aquella que el de amor a causa tuya ha profesado, bastara el tuyo mismo para vencerme, sin que con mis armas propias me hubieras rendido. Mas ¿quién podrá huir de lo que la fortuna le tiene solicitado? Dichosa me pudiera llamar si hubieras hecho de industria lo que acaso hiciste: porque a mudar el hábito natural para sólo verme y decirme lo que deseabas, atribuyéralo yo a merecimiento mío y grande afición tuya; mas ver que la intención fue otra, aunque el efeto haya sido el que tenemos delante, me hace estar no tan contenta como lo estuviera a ser de la manera que digo. Y no te espantes, ni te pese deste tan gran deseo: porque no hay mayor señal de una persona querer todo lo que puede, que desear ser querida de aquel a quien ha entregado toda su libertad. De lo que tú me has oído podrás sacar cuál me tiene tu vista. Plega a Dios que uses tan bien del poder que sobre mí has tomado, que pueda yo sustentar el tenerme por muy dichosa hasta el fin de nuestros amores, los cuales de mi parte no lo ternán en cuanto la vida me durare. La cautelosa Ismenia me supo tan bien esta y muchas veces responder a lo que dije, y fingir las palabras que para nuestra conversación eran necesarias, que nadie pudiera huir del engaño en que yo caí, si la fortuna de tan dificultoso laberinto con el hilo de prudencia no la sacara: y así estuvimos hasta que amaneció hablando en lo que puede imaginar quien por estos desvariados casos de amor ha pasado. Díjome, que su nombre era Alanio, su tierra Galia, tres millas de nuestra aldea. Quedamos concertados de vernos muchas veces. La mañana se vino, y las dos nos apartamos con más abrazos, lágrimas y suspiros, de lo que ahora sabré decir. Ella se partió de mí: y yo volviendo atrás la cabeza por verla y por ver si me miraba, vi que se iba media riendo, mas creí que los ojos me habían engañado. Fuese con la compañía que había traído, mas yo volví con mucha más; porque llevaba en la imaginación los ojos del fingido Alanio, las palabras con que su vano amor me había manifestado, los abrazos que del había recibido, y el crudo mal de que hasta entonces tenía experiencia. Ahora habéis de saber, pastores, que esta falsa y cautelosa Ismenia tenía un primo, que le llamaba Alanio, a quien ella más que a sí quería: porque en el rostro y ojos, y todo lo demás se le parecía tanto, que si no fueran los dos de género diferente, no hubiera quien no juzgara el uno por el otro. Y era tanto el amor que le tenía, que cuando yo

a ella en el templo le pregunté su mismo nombre, habiéndome de decir nombre de pastor, el primero que me supo nombrar fue Alanio: porque no hay cosa más cierta, que en las cosas súbitas encontrarse la lengua con lo que está en el corazón. El pastor la quiere bien, mas no tanto como ella a él. Pues cuando las pastoras salieron del templo para volverse a su aldea, Ismenia se halló con Alanio su primo; y él por usar de la cortesía que a tan grande amor como el de Ismenia le era debida, dejando la compañía de los mancebos de su aldea, determinó de acompañarla, como lo hizo, de que no poco contentamiento recibió Ismenia. Y por dársele a él en alguna cosa, sin mirar lo que hacía, le contó lo que conmigo había pasado, diciéndoselo muy particularmente, y con grandísima risa de los dos: y también le dijo cómo yo quedaba pensando que ella fuese hombre, muy presa de sus amores. Alanio cuando aquello oyó, disimuló lo mejor que pudo, diciendo que era gran donaire, y sacándole todo lo que conmigo había pasado, que no faltó cosa. Llegaron a su aldea, y de ahí a ocho días, que para mí fueron ocho mil, el traidor de Alanio, que así lo puedo llamar, con más razón que él ha tenido de olvidarme, se vino a mi lugar, y se puso en parte donde yo pudiese verle, al tiempo que pasaba con otras zagalas a la fuente, que cerca del lugar estaba. Y como yo lo viese, fue tanto el contento que recibí, que no se puede encarecer, pensando que era el mismo que en hábito de pastora me había hablado en el templo, y luego le hice señas que se viniese hacia la fuente donde yo iba: y no fue menester mucho para entenderlas. El se vino, y allí estuvimos hablando todo lo que el tiempo nos dio lugar: y el amor quedó, a lo menos de mi parte, tan confirmado, que aunque el engaño se descubriera, como de ahí adelante se descubrió, no fuera parte para apartarme de mi pensamiento. Alanio también creo que me quería bien, y que desde aquella hora quedó preso de mis amores; pero no los mostró por la obra tanto como debía. Así que algunos días se trataron nuestros amores con el mayor secreto que pudimos; pero no fue tan grande que la cautelosa Ismenia no lo supiese: y viendo que ella tenía la culpa, no sólo en haberme engañado, mas aun en haber dado causa que Alanio, descubriéndole lo que pasaba, me amase a mí, y pusiese a ella en olvido, estuvo para perder el seso; mas consolóse con parecerle que en sabiendo yo la verdad al punto lo olvidaría. Y engañábase en ello, que después le quise mucho más, y con muy mayor obligación. Pues determinada Ismenia de deshacer el engaño que por su mal había hecho, me escribió esta carta.

CARTA DE ISMENIA PARA SELVAGIA

Selvagia: si a los que nos quieren tenemos obligación de quererlos, no hay cosa en la vida a quien más deba que a ti. Pero si las que son causa que seamos olvidadas deban ser aborrecidas, a tu discreción lo dejas. Querríate poner alguna culpa de haber puesto los ojos en el mi Alanio; mas ¿qué haré, desdichada, que toda la culpa tengo yo de mi desventura? Por mi mal te vi, oh Selvagia! bien pudiera yo excusar lo que pasé contigo; mas en fin, desenvolturas demasiadas las menos veces suceden bien. Por reír una hora con el mi Alanio, contándole lo que había pasado, lloraré toda mi vida, si tú no te dueles della. Suplícote cuánto puedo, que baste este desengaño para que Alanio sea de ti olvidado, y esta pastora restituida en lo que pudieres, que no podrás poco si amor te da lugar a hacer lo que te suplico.

Cuando yo esta carta vi, ya Alanio me había desengañado de la burla que Ismenia me había hecho; pero no me había contado los amores que entre los dos había: de lo cual yo no hice mucho caso, porque estaba tan confiada en el amor que mostraba tenerme, que no creyera jamás que pensamientos pasados y por venir podrían ser parte para que él me dejase: y porque Ismenia no rae tuviese por descomedida, respondí a su carta desta manera:

CARTA DE SELVAGIA PARA ISMENIA

No sé, hermosa Ismenia, si me queje de ti, o si te dé gracias por haberme puesto en tal pensamiento; ni creo sabría determinar cuál destas dos cosas hacer, hasta que el suceso de mis amores me lo aconsejen. Por una parte me duele tu mal, por otra veo que tú saliste al camino a recebillé. Libre estaba Selvagia al tiempo que en el templo la engañaste, y ahora está sujeta a la voluntad de aquel a quien tú quisiste entregalla. Dícesme que deje de querer a Alanio. Con lo que tú en ese caso harías puedo responderle. Una cosa me duele en extremo, y es, ver que tienes mal de que no puedes quejarte, el cual da muy mayor pena a quien lo padece. Considero aquellos ojos con que me viste, y aquel rostro que después de muy importunada me mostraste; y pésame que cosa tan parecida al mi Alanio padezca tan extraño descontento. Mira qué remedio este para poder habello en tu mal. Por la liberalidad que conmigo has usado en darme la más preciosa joya que tenías, te beso las manos. Dios quiera que en algo te lo pueda servir. Si vieres allá al mi Alanio, dile la razón que tiene de quererme, que ya él sabe la que tiene de olvidarte: y Dios te dé el contentamiento que deseas, con que no sea a costa del que yo recibo en verme tan bien empleada.

No pudo Ismenia acabar de leer esta carta, porque al medio della fueron tantos los suspiros y las lágrimas que por sus ojos derramaba, que pensó perder la vida llorando. Trabajaba cuanto podía porque Alanio dejase de

querer, y buscaba para esto tantos remedios como él para apartarse de donde pudiese verla: no porque la quería mal, mas por parecelle que con esto me pagaba algo de lo mucho que me debía. Todos los días que en este propósito vivió, no hubo alguno que yo dejase de verle: porque el camino que de su lugar al mío había, jamás dejaba de ser por él pasado. Todos los trabajos tenía en poco, si con ellos le parecía que yo tomaba contento. Ismenia los días que por él preguntaba y le decían que estaba en mi aldea, no tenía paciencia para sufrillo: y con todo esto no había cosa que más contento le diese, que hablalle en él. Pues como la necesidad sea tan ingeniosa, que venga a sacar remedios donde nadie pensó hallarlos, la desmandada Ismenia se aventuró a tomar uno, cual pluguiera a Dios que por el pensamiento no le pasara: y fue fingir que quería bien a otro pastor llamado Montano, de quien mucho tiempo había sido requerida, y era el pastor con quien Alanio peor estaba. Y como lo determinó, así lo puso por obra, por ver si con esta súbita mudanza podría traer a Alanio a lo que deseaba: porque no hay cosa que las personas tengan por segura, aunque lo tengan en poco, que si de súbito la pierden, no les llegue al alma el perdella. Pues como viese Montano que su señora Ismenia tenía por bien de corresponder al amor que él tanto tiempo había tenido, ya veis lo que sentiría. Fue tanto el gozo que recibió, tantos los servicios que la hizo, tantos los trabajos a que por causa suya se puso, que fueron parte juntamente con las sinrazones que Alanio le había hecho, para que saliese verdadero lo que fingiendo la pastora había comenzado: y puso Ismenia su amor en el pastor Montano con tanta firmeza, que ya ño había cosa a quien más quisiese que a él, ni que menos desease ver que al mi Alanio. Y esto le dio ella a entender lo más presto que pudo, pareciéndole que en ello se vengaba de su olvido, y de haber puesto en mí el pensamiento. Alanio aunque sintió en extremo el ver a Ismenia perdida por pastor con quien él tan mal estaba, era tanto el amor que me tenía que no daba a entenderlo cuánto ella era. Mas andando algunos días y considerando que él era causa de que su enemigo fuese tan favorecido de Ismenia, y que la pastora ya huía de verle, muriéndose (no mucho antes) cuando no le vía, estuvo para perder el seso de enojo, y determinó de estorbar como pudo esta buena forma de Montano: para lo cual comenzó nuevamente de mirar a Ismenia, y de no venir a verme tan público como solía, ni faltar tantas veces en su aldea, porque Ismenia no lo supiese. Los amores entre ella y Montano iban muy adelante, y los míos con el mi Alanio se quedaban atrás todo lo que podían, no de mi parte, pues sola la muerte podría apartarme de mi propósito, mas de la suya, que jamás pensé ver cosa tan mudable: porque como estaba tan encendido en cólera con Montano, la cual no podía ser

ejecutada sino con amor en la su Ismenia, y para esto las venidas a mi aldea eran gran impedimento; y como estar ausente de mí le causase olvido, y la presencia de la su Ismenia grandísimo amor, él volvió a su pensamiento primero, y yo quedé burlada del mío. Mas con todos los servicios que a Ismenia hacía, los recados que le enviaba, las quejas que formaba, jamás la pudo mover de su propósito, ni hubo cosa que fuese parte para hacelle perder un punto del amor que a Montano tenía. Pues estando yo perdida por Alanio, Alanio por Ismenia, Ismenia por Montano, sucedió que a mi padre se le ofreciesen ciertos negocios sobre las dehesas del Extremo con Felino, padre del pastor Montano, para lo cual los dos vinieron muchas veces a mi aldea, y en tiempo que Montano, o por los sobrados favores que Ismenia le hacía (que en algunos hombres de bajo espíritu causan fastidio), o porque también tenía celos de las diligencias de Alanio, andaba ya un poco frío en sus amores. Finalmente, que él me vio traer mis ovejas a la majada, y en viéndome comenzó a quererme de manera, según lo que cada día iba mostrando, que ni yo a Alanio, ni Alanio a Ismenia, ni Ismenia a él, no era posible tener mayor afición. Ved qué extraño embuste de amor: si por ventura Ismenia iba al campo, Alanio tras ella: si Montano iba al ganado, Ismenia tras él: si yo andaba al monte con mis ovejas. Montano tras mí: si yo sabía que Alanio estaba en un bosque donde solía repastar, allá me iba tras él. Era la cosa más nueva del mundo oír cómo decía Alanio suspirando: ¡Ay, Ismenia! y cómo Ismenia decía: ¡Ay, Montano! y cómo Montano decía: ¡Ay, Selvagia! y cómo Selvagia decía: ¡Ay, mi Alanio! Sucedió que un día nos juntamos los cuatro en una floresta que en medio de los dos lugares había; y la causa fue, que Ismenia había ido a visitar unas pastoras amigas suyas, que cerca de allí moraban, y cuando Alanio lo supo, forzado de su mudable pensamiento, se fue en busca della, y la halló junto a un arroyo peinando sus dorados cabellos. Yo siendo avisada por un pastor mi vecino, que Alanio iba a la floresta del valle, que así se llamaba, tomando delante de mí unas cabras que en un corral junto a mi casa estaban encerradas, por no ir sin alguna ocasión, me fui donde mi deseo me encaminaba, y le hallé a él llorando su desventura, y a la pastora riéndose de sus excusadas lágrimas, y burlando de sus ardientes suspiros. Cuando Ismenia me vio no poco se holgó conmigo, aunque yo no con ella: mas antes le puse delante las razones que tenía para agraviarme del engaño pasado; de las cuales ella supo excusarse tan discretamente, que pensando yo que me debía la satisfacción de tantos trabajos, me dio con sus bien ordenadas razones a entender que yo era la que estaba obligada. Porque si ella me había hecho una burla, yo me había satisfecho tan bien, que no tan solamente le

había quitado a Alanio su primo, a quien ella había querido más que a sí propia, mas que aun ahora le traía al su Montano muy fuera de lo que solía ser. En esto llegó Montano, que de una pastora amiga mía llamada Solisa había sido avisado, que con mis cabras venía a la floresta del valle; y cuando allí los cuatro discordantes amadores nos hallamos, no se puede decir lo que sentíamos, porque cada uno miraba a quien no quería que le mirase. Yo preguntaba al mi Alanio la causa de su olvido; él pedía misericordia a la cautelosa Ismenia; Ismenia se quejaba de la tibieza de Montano; Montano de la crueldad de Selvagia. Pues estando de la manera que oís cada uno perdido por quien no le quería, Alanio al son de su rabel comenzó a cantar lo siguiente:

No más, ninfa cruel, ya estás vengada,
no pruebes tu furor en un rendido,
la culpa a costa mía está pagada,
ablanda ya ese pecho endurecido,
y resucita un alma sepultada
en la tiniebla oscura de tu olvido,
que no cabe en tu ser, valor y suerte,
que un pastor como yo pueda ofenderte.

Si la ovejuela simple va huyendo
de su pastor colérico y airado,
y con temor acá y allá corriendo
a su pesar se aleja del ganado;
mas ya que no la siguen, conociendo
que es más peligro haberse así alejado,
balando vuelve al hato temerosa,
será no recibilla justa cosa?

Levanta va esos ojos que algún día,
Ismenia, por mirarme levantabas,
la libertad me vuelve que era mía,
y un blando corazón que me entregabas:
mira, ninfa, que entonces no sentía
aquel sencillo amor que me mostrabas,
ya triste lo conozco, y pienso en ello,
aunque ha llegado tarde el conocello.

¿Cómo que fue posible, di, enemiga,
que siendo tú muy más que yo culpada,
con título cruel, con nueva liga
mudases fe tan pura y extremada?
¿Qué hado, Ismenia, es este que te obliga
a amar do no es posible ser amada?
Perdona, mi señora, ya esta culpa,
pues la ocasión que diste me disculpa.
¿Qué honra ganas, di, de haber vengado
un yerro a causa tuya cometido?
¿qué exceso hice yo, que no he pagado?
¿qué tengo por sufrir, que no he sufrido?
¿qué ánimo cruel, qué pecho airado,

qué corazón de fiera endurecido
tan insufrible mal no ablandaría,
sino el de la cruel pastora mía?
Si como yo he sentido las razones
que tienes o has tenido de olvidarme,
las penas, los trabajos, las pasiones,
el no querer oirme ni mirarme,
llegases a sentir las ocasiones,
que sin buscallas yo quisiste darme,
ni tú tenías que darme más tormento,
ni aun yo que pagar más mi atrevimiento.

Ansí acabó mi Alanio el suave canto, y ansí yo quisiera que entonces se me acabara la vida, y con mucha razón, porque no podía llegar a más la desventura, que a ver yo delante de mis ojos aquel que más que a mí quería, tan perdido por otra, y tan olvidado de mí. Mas como yo en estas desventuras no fuese sola, disimulé por entonces, y también porque la hermosa Ismenia, puestos los ojos en el su Montano, comenzaba a cantar lo siguiente:

¡Cuan fuera estoy de pensar
en lágrimas excusadas,
siendo tan aparejadas
las presentes para dar
muy poco por las pasadas!
Que si algún tiempo trataba
de amores de alguna suerte,
no pude en ello ofenderte,
porque entonces me ensayaba.
Montano, para quererte.
Enseñábame a querer,
sufría no ser querida.
sospechaba cuan rendida,
Montano, te había de ser,
y cuan mal agradecida.
Ensayéme, como digo,
a sufrir el mal de amor:
desengáñese el pastor
que compitiere contigo,
porque en balde es su dolor.
Nadie se queje de mí,
si le quise, y no es querido,
que yo jamás he podido
querer otro sino a ti,
y aun fuera tiempo perdido.
Y si algún tiempo miré,
miraba, pero no vía,
que yo, pastor, no podía
dar a ninguno mi fe,
pues para ti la tenía.
Vayan suspiros a cuentos,
vuélvase los ojos fuentes,

resuciten accidentes,
que pasados pensamientos
no dañarán los presentes:
vaya el mal por donde va,
y el bien por donde quisiere,
que yo iré por donde fuere;
pues ni el mal me espantará,
ni aun la muerte, si viniere.

Vengado me había Ismenia del cruel y desleal Alanio, si en el amor que yo le tenía cupiera algún deseo de venganza: mas no tardó mucho Montano en castigar a Ismenia, poniendo los ojos en mí, y cantando este antiguo cantar:

*Amor loco, y amor loco,
yo por vos, y vos por otro.*

Ser yo loco es manifiesto,
por vos quién no lo será?
que mayor locura está
en no ser loco por esto.
Mas con todo no es honesto
que ande loco
por quien es loco por otro.
Ya que viéndoos no me veis,
y morís porque no muero,
come ahora a mí, que os quiero,
con salsa del que queréis;
y con esto me haréis
ser tan loco,
como vos loca por otro.

Cuando acabó de cantar esta postrera copla, la extraña agonía en que todos estábamos no pudo estorbar que muy de gana no nos muriésemos, en ver que Montano quería que engañase yo el gusto de miralle con salsa de su competidor Alanio, como si en mi pensamiento cupiera dejarse engañar con apariencias de otra cosa. A esta hora comencé yo con gran confianza a tocar mi zampoña, cantando la canción que oiréis; porque a lo menos en ella pensaba mostrar, como lo mostré, cuánto mejor me había yo habido en los amores que ninguno de los que allí estaban.

Pues no puedo descansar
a trueque de ser culpada,
guárdeme Dios de olvidar,
más que de ser olvidada.
No sólo donde hay olvido
no hay amor, ni puede habello;
mas donde hay sospecha dello
no hay querer sino fingido.
Muy grande mal es amar

do esperanza es excusada;
mas guárdeos Dios de olvidar,
que es aire ser olvidada.
Si yo quiero, ¿por qué quiero
para dejar de querer?
¿qué más honra puede ser,
que morir del mal que muero?
El vivir para olvidar
es vida tan afrentada,
que me está mejor amar
hasta morir de olvidada.

Acabada mi canción, las lágrimas de los pastores fueron tantas, especialmente las de la hermosa pastora Ismenia, que por fuerza me hicieron participar de su tristeza; cosa que yo pudiera bien excusar, pues no se me podía atribuir culpa alguna de mi desventura (como los que allí estaban sabían muy bien). Luego a la hora nos fuimos cada uno a su lugar, porque no era cosa que a nuestra honestidad convenía estar a horas tan sospechosas fuera del; y al otro día mi padre sin decirme la causa, me sacó de nuestra aldea, y me ha traído a la vuestra, en casa de Albania mi tía y su hermana, que vosotros muy bien conocéis, donde estoy algunos días ha, sin saber qué haya sido la causa de mi destierro. Después acá entendí que Montano se había casado con Ismenia, y que Alanio se pensaba casar con otra hermana suya llamada Silvia. Plega a Dios, que ya que no fue mi ventura podello yo gozar, que con la nueva esposa se goce, como yo deseo, que no será poco, porque el amor que yo le tengo no sufre menos, sino deseare todo el contento del mundo. Acabado de decir esto, la hermosa Selvagia comenzó a derramar muchas lágrimas, y los pastores le ayudaron a ello, por ser un oficio de que tenían gran experiencia; y después de haber gastado algún tiempo en esto, Sireno le dijo: Hermosa Selvagia, grandísimo es tu mal, pero por muy mayor tengo tu discreción. Toma ejemplo en males ajenos, si quieres sobrellevar los tuyos; y porque ya se hace tarde nos vamos al aldea, y mañana se pase la siesta junto a esta clara fuente, donde todos nos juntemos. Sea así como lo decís, dijo Selvagia; mas porque haya de aquí al lugar algún entretenimiento, cada uno cante una canción según el estado en que le tienen sus amores. Los pastores respondieron, que diese ella principio con la suya, lo cual Selvagia comenzó a hacer, yéndose todos su paso a paso hacia la aldea.

¿Quién, zagal, podrá pasar
vida tan triste y amarga,
que para vivir es larga,
y corta para llorar?
Gasto suspiros en vano,
perdida la confianza,

siento que está mi esperanza
con la candela en la mano.
¡Qué tiempo para esperar!
¡qué esperanza tan amarga!
¡donde la vida es tan larga,
cuan corta para llorar!
Este mal en que me veo
yo le merezco (¡ay perdida!)
pues vengo a poner la vida
en las manos del deseo.
Jamás cese el lamentar,
que aunque la vida se alarga,
no es para vivir tan larga,
cuan corta para llorar.

Con un ardiente suspiro que del alma le salía acabó Selvagia su canción, diciendo: Desventurada de la que se ve sepultada entre celos y desconfianzas, que en fin le pornán la vida a tal recaudo como dellos se espera. Luego el olvidado Sireno comenzó a cantar al son de su rabel esta canción:

Ojos tristes no lloréis,
y si llorades, pensad
que no os dijeron verdad,
y quizá descansaréis.
Pues que la imaginación
hace caso en todo estado,
pensad que aún sois bien amado,
y tenéis menos pasión.
Si algún descanso queréis,
mis ojos, imaginad
que no os dijeron verdad,
y quizá descansaréis.
Pensad que sois tan querido,
como algún tiempo lo fuistes;
mas no es remedio de tristes
imaginar lo que ha sido.
Pues qué remedio tenéis,
ojos? Alguno pensad:
si no lo pensáis, llorad,
o acaba, y descansaréis.

Después que con muchas lágrimas el triste pastor Sireno acabó su canción, el desamado Silvano desta manera dio principio a la suya:

Perderse por ti la vida,
zagala, será forzado;
mas no que pierda el cuidado,
después de verla perdida.
Mal que con muerte se cura,
muy cerca tiene el remedio,
mas no aquel que tiene el medio

en manos de la ventura.
Y si este mal con la vida
no puede ser acabado,
¿qué aprovecha a un desdichado
verla ganada o perdida?
Todo es uno para mí,
esperanza, o no tenella,
que si hoy muero por vella,
mañana porque la vi.
Regalara yo la vida
para dar fin al cuidado,
si a mí me fuera otorgado
perderla en siendo perdida.

Desta manera se fueron los dos pastores en compañía de Selvagia, dejando concertado de verse el día siguiente en el mismo lugar.



LIBRO SEGUNDO



a los pastores que por los campos del caudaloso Ezla apacentaban sus ganados se comenzaban a mostrar cada uno con su rebaño por la orilla de sus cristalinas aguas, tomando el pasto antes que el sol saliese, y advirtiendo el mejor lugar para después pasar la calurosa siesta, cuando la hermosa pastora Selvagia por la cuesta que del aldea bajaba al espeso bosque venía, trayendo delante sus mansas ovejas; y después de habellas metido entre los árboles bajos y espesos, de que allí había mucha abundancia, y verlas ocupadas en alcanzar las más chicas y bajuelas ramas, satisfaciendo la hambre que traían, la pastora se fue derecha a la fuente de los alisos, donde el día antes con los dos pastores había pasado la siesta; y como vio el lugar tan aparejado para tristes imaginaciones, se quiso aprovechar del tiempo, sentándose cabe la fuente, cuya agua con la de sus ojos acrecentaba; y después de haber gran rato imaginado, comenzó a decir: ¿Por ventura, Alanio, eres tú aquel cuyos ojos nunca ante los míos vi enjutos de lágrimas? ¿Eres tú el que tantas veces a mis pies vi tendido, pidiéndome con razones amorosas la clemencia, de que yo por mi mal usé contigo? Díme, pastor (y el más falso que se pudo imaginar en la vida), ¿es verdad que me querías para cansarte tan presto de quererme? ¿Debías imaginar que no estaba en más olvidarte yo, que en saber que era de ti olvidada? Que oficio es de hombres que no tratan los amores como deben tratarse, pensar que lo mismo podrán acabar sus damas consigo, que ellos han acabado. Aunque otros vienen a tomallo por remedio para que en ellas se acreciente el amor, y otros porque los celos que las más veces fingen, vengan a sujetar a sus damas de manera, que no sepan ni puedan poner los ojos en otra parte, y los más vienen poco a poco a manifestar lo que de antes fingían,

por donde muy más claramente descubren su deslealtad: y vienen todos estos extremos a resultar en daño de las tristes, que sin mirar los fines de las cosas nos venimos a aficionar para jamás dejar de quereros, ni vosotros de pagárnoslo tan mal, como tú me pagas lo que te quise y quiero. Así que cuál destos haya sido no puedo entendello; y no te espantes, que en los casos de desamor entienda poco quien en los de amor está tan ejercitada. Siempre me mostraste gran honestidad en tus palabras, por donde nunca menos esperé de tus obras. Pensé que un amor, en el cual me dabas a entender que tu deseo no se extendía a querer de mí más que quererme, jamás tuviera fin, porque si a otra parte encaminaras tus deseos, no sospechara firmeza en tus amores, ¡Ay triste de mí! que por temprano que vine a entenderte ha sido para mí tarde. Venid vos acá, mi zampoña, y pasaré con vos el tiempo que, si yo con sola vos lo hubiera pasado, fuera de mayor contento para mí; y tomando su zampoña comenzó a cantar la siguiente canción:

Aguas que de lo alto desta sierra
bajáis con tal ruido al hondo valle,
¿por qué no imagináis las que del alma
destilan siempre mis cansados ojos?
¿y qué es la causa el infelice tiempo
en que fortuna me robó mi gloria?
Amor me dio esperanza de tal gloria,
que no hay pastora alguna en esta sierra,
que así pensase de alabar el tiempo:
pero después me puso en este valle
de lágrimas, a dó lloran mis ojos
no ver lo que están viendo los del alma.
En tanta soledad ¿qué hace un alma,
que en fin llegó a saber qué cosa es gloria?
o ¿a dónde volveré mis tristes ojos,
si el prado, el bosque, el monte, el soto y sierra,
el arboleda y fuentes deste valle,
no hacen olvidar tan dulce tiempo?
¿Quién nunca imaginó que fuera el tiempo
verdugo tan cruel para mi alma?
¿o qué fortuna me apartó de un valle
que toda cosa en él me daba gloria?
hasta el hambriento lobo que a la sierra
subía era agradable ante mis ojos.
Mas ¿qué podrán, fortuna, ver los ojos
que vían su pastor en algún tiempo
bajar con sus corderos de una sierra,
cuya memoria siempre está en mi alma?
¡Oh fortuna enemiga de mi gloria,
cómo me cansa este enfadoso valle!
Mas cuando tan ameno y fresco valle
no es agradable a mis cansados ojos,
ni en él puedo hallar contento o gloria,

ni espero ya tenella en algún tiempo,
ved en qué extremo debe estar mi alma:
¡oh quién volviese a aquella dulce sierra!
¡Oh alta sierra, ameno y fresco valle,
dó descansó mi alma y estos ojos!
decid, ¿verme he algún tiempo en tanta gloria?

A este tiempo Silvano estaba con su ganado entre unos mirtos que cerca de la fuente había, metido en sus tristes imaginaciones, y cuando la voz de Selvagia oyó, despertó como de un sueño, y muy atento estuvo a los versos que citaba. Pues como este pastor fuese tan mal tratado de amor y tan desfavorecido de Diana, mil veces la pasión le hacía salir de seso, de manera, que hoy daba en decir mal de amor, mañana en alabarle: un día en estar ledo, y otro en estar más triste que todos los tristes: hoy en decir mal de mujeres, mañana en encarecellas sobre todas las cosas: y así vivía el triste una vida, que sería gran trabajo dalla a entender, y más a personas libres. Pues habiendo oído el dulce canto de Selvagia, y salido de sus tristes imaginaciones, tomó su rabel, y comenzó a cantar lo siguiente:

Cansado está de oirme el claro río,
el valle y soto tengo importunados,
y están de oír mis quejas, oh amor mío,
alisos, hayas, olmos ya cansados,
invierno, primavera, otoño, estío,
con lágrimas regando estos collados,
estoy a causa tuya, oh cruda fiera!
¿no habría en esa boca un no siquiera?
De libre me hiciste ser cautivo,
de hombre de razón quien no la siente
quisíste hacer de muerto vivo,
y allí de vivo muerto incontinente:
de atable me hiciste ser esquivo,
de conversable aborrecer la gente;
solía tener ojos, ya estoy ciego;
hombre de carne fui, ya soy de fuego.
Qué es esto, corazón, no estáis cansado?
aún hay más que llorar, decí, ojos míos?
mi alma, no bastaba el mal pasado?
lágrimas, aún hacéis crecer los ríos?
entendimiento, vos no estáis turbado?
sentidos, no os turbaron sus desvíos?
pues cómo entiendo, lloro, veo y siento
si todo lo ha gastado ya el tormento?
Quien hizo a mi pastora (¡ay perdido!)
aquel cabello de oro, y no dorado,
el rostro de cristal tan escogido,
la boca de un rubí muy extremado,
el cuello de alabastro, y el sentido
muy más que otra alguna levantado,

¿porqué su corazón no hizo ante
de cera, que de mármol y diamante?
Un día estoy conforme a mi fortuna,
y al mal que me ha causado mi Diana,
el otro el mal me aflige e importuna:
cruel la llamo, fiera e inhumana:
y así no hay en mi mal orden alguna:
lo que hoy afirmo, niégolo mañana:
todo es así, y paso así una vida,
que presto vean mis ojos consumida.

Cuando la hermosa Selvagia en la voz conoció al pastor Silvano, se fue luego a él, y recibíendose los dos con palabras de grande amistad se asentaron a la sombra de un espeso mirto, que en medio dejaba un pequeño pradezuelo, más agradable por las hermosas y doradas flores de que estaba matizado de lo que sus tristes pensamientos pudieran desear. Y Silvano comenzó a hablar de esta manera: No sin gran compasión se debe considerar, hermosa Selvagia, la diversidad de tantos y tan desusados infortunios como suceden a los tristes que tenemos bien. Mas entre todos ellos ninguno me parece que tanto se debe temer, como aquel que sucede después de haberse visto la persona en un buen estado. Y esto como tú ayer me decías, nunca llegué a sabello por experiencia. Mas como la vida que paso es tan agena de descanso, y tan entregada a tristeza, infinitas veces estoy buscando invenciones para engañar el gusto. Para lo cual me vengo a imaginar muy querido de mi señora, y sin abrir mano desta imaginación, me estoy todo lo que puedo; pero después que llego a la verdad de mi estado, quedo tan confuso que no sé decillo, porque sin yo querello me viene a faltar la paciencia. Y pues la imaginación no es cosa que se puede sufrir, ved qué haría la verdad. Selvagia respondió: Quisiera yo, Silvano, estar libre desta pasión, para saber hablar en ella como en tal materia sería menester. Que no quieras mayor señal de ser el amor mucho o poco, la pasión pequeña o grande, que oílla decir al que la siente: porque nunca pasión bien sentida pudo ser bien manifestada con la lengua del que la padece. Así que estando yo tan sujeta a mi desventura. y tan quejosa de la sin razón que Alanio me hace, no podré decir lo mucho que desto siento: a su discreción lo dejo, como a cosa de que me puedo muy bien fiar. Silvano dijo suspirando: Agora yo, Selvagia, no sé qué diga, ni qué remedio podría haber en nuestro mal. ¿Tú, por dicha sabes alguno? Selvagia respondió: ¿Y cómo? ahora lo sé. ¿Sabes qué remedio, pastor? dejar de querer. ¿Y eso podrías tú acaballo contigo? dijo Silvano. Como la fortuna o el tiempo lo ordenase, respondió Selvagia. Ahora te digo, dijo Silvano muy admirado: ¿Qué no te haría agravio en no haber mancilla de tu mal, porque amor que está sujeto al tiempo y a la fortuna, no puede ser tanto que dé trabajo a quien

lo padece? Selvagia le respondió: ¿Y podrías tú, pastor, negarme que sería posible haber fin en tus amores, o por muerte, o por ser favorecido en otra parte, y tenidos en más tus servicios? No me quiero, dijo Silvano, hacer tan hipócrita en amor, que no entienda lo que me dices ser posible, mas no en mí: y mal haya el amador que aunque a otros vea sucedelles de la manera que me dices, tuviera tan poca constancia en los amores, que piense podelle a él suceder cosa tan contraria a su fe. Yo mujer soy, dijo Selvagia, y en mí verás si quiero todo lo que se puede querer: pero no me estorbará esto imaginar que en todas las cosas podría haber fin, por más firmes que sean; porque oficio es del tiempo y de la fortuna andar en estos movimientos tan ligeros como ellos lo han sido siempre. Y no pienses, pastor, que me hace decir esto el pensamiento del olvidar aquel que tan sin causa me tiene olvidada, sino lo que desta pasión tengo experimentado. A ese tiempo oyeron la voz de un pastor que por el prado adelante venía cantando, y luego fue conocido dellos ser el olvidado Sireno, el cual venía al son de su rabel cantando estos versos:

SONETO

Andad mis pensamientos, do algún día
os íbades de vos muy confiados,
veréis horas y tiempos ya mudados,
veréis que vuestro bien pasó solía,
veréis que en el espejo do me vía,
y en el lugar do fuistes estimados,
se miró por mi suerte y tristes hados
aquel que ni aun pensallo merecía.
Veréis también cómo entregué la vida
a quien sin causa alguna la desecha:
y aunque es ya sin remedio el grave daño,
decidle, si podréis, a la partida,
que allá profetizaba mi sospecha
lo que ha cumplido acá su desengaño.

Después que Sireno puso fin a su canto, vido cómo venía hacia él la hermosa Selvagia y el pastor Silvano, de que no recibió pequeño contentamiento: y después de haberse recibido, determinaron irse a la fuente de los alisos, donde el día antes habían estado; y primero que allá llegasen dijo Silvano: Escucha, Selvagia, ¿no oyes cantar? Sí oigo, dijo Selvagia, y aun parece más de una voz. ¿A dónde será? dijo Sireno: Paréceme, respondió Selvagia, que es en el prado de los laureles, por donde pasa el arroyo que corre desta clara fuente. Bien será que nos lleguemos allá, y de manera que no nos sientan los que cantan, porque no interrumpamos la música. Vamos, dijo Selvagia, y así su paso a paso se fueron hacia aquella parte donde las voces se oían, y

escondiéndose entre unos árboles que estaban junto al arroyo, vieron sobre las doradas flores asentadas tres ninfas tan hermosas, que parecía haber en ellas dado la naturaleza clara muestra de lo que puede. Venían vestidas de unas ropas blancas, labradas por encima de follajes de oro: sus cabellos, que los rayos del sol escurecían, revueltos a la cabeza, y tomados con sendos hilos de orientales perlas, con que encima de la cristalina frente se hacía una lazada: y en medio della estaba una águila de oro, que entre las uñas tenía un muy hermoso diamante. Todas tres de concierto tañían sus instrumentos tan suavemente, que junto con las divinas voces no parecía sino música celestial. Y la primera cosa que cantaron fue este villancico:

Contentamientos de amor
que tan cansados llegáis,
si venís, para qué os vais?
Aún no acabáis de venir
después de muy deseados,
cuando estáis determinados
de madrugar, y partir:
si tan presto os habéis de ir,
y tan triste me dejáis,
placeres, no me veáis.
Los contentos huyo dellos,
pues no me vienen a ver,
más que por darme a entender
lo que se pierde en perdellos:
y pues ya no quiero vellos,
descontentos, no os partáis,
pues volvéis después que os vais.

Después que hubieron cantado, dijo la una, que Dorida se llamaba: Cintia, ¿es esta la ribera adonde un pastor llamado Sireno, anduvo perdido por la hermosa pastora Diana? La otra respondió: Esta sin duda debe ser; porque junto a una fuente que está cerca deste prado me dicen que fue la despedida de los dos amantes, digna de ser para siempre celebrada, según las amorosas razones que entre ellos pasaron. Cuando Sireno esto oyó, quedó fuera de sí, en ver que las tres ninfas tuviesen noticia de sus desventuras: y prosiguiendo Cintia en su plática, dijo: En esta misma ribera donde estamos, hay otras muy hermosas pastoras, y otros pastores enamorados, a donde el amor ha mostrado grandísimos efectos, y algunos muy al contrario de lo que se esperaba. La tercera, que Polidora se llamaba, le respondió: Cosa es esa de que yo no me espantaría, porque no hay suceso en amor, por avieso que sea, que ponga espanto a los que por estas cosas han pasado. Mas dime, Dorida, ¿cómo sabes tú desa despedida? Sélo, dijo Dorida, porque al tiempo que se despidieron junto a la fuente que digo, lo oyó Celio, que desde encima de un roble los

estaba acechando, y la puso toda al pié de la letra en verso de la misma manera que pasó: por eso si me escuchas, al son de mi instrumento pienso cantalla. Cintia le respondió: Hermosa Dorida, los hados te sean favorables, como nos es alegre tu gracia y hermosura, y no menos será oírte cantar cosa para saber. Y tomando Dorida su arpa, comenzó a cantar desta manera:

CANTO DE NINFA

Junto a una verde ribera
de arboleda singular,
donde para se alegrar
otro que más libre fuera,
tuviera tiempo y lugar:
Sireno, un triste pastor,
recogía su ganado,
tan de veras lastimado,
cuanto burlando el amor,
descansa el enamorado.
Este pastor se moría
por amores de Diana,
una pastora lozana,
que en hermosura excedía
la naturaleza humana:
la cual jamás tuvo cosa,
que en sí no fuese extremada,
pues ni puede ser llamada
discreta por no hermosa,
ni hermosa por no avisada.
No era desfavorecido,
que a serlo quizá pudiera
con el uso que tuviera,
sufrir después de partido
lo que de ausencia sintiera:
que el corazón desusado
de sufrir pena y tormento,
sino sobra entendimiento,
cualquier pequeño cuidado
le cautiva el sufrimiento.
Cabe un río caudaloso,
Ezla por nombre llamado,
andaba el pastor cuitado,
de ausencia muy temeroso,
repastando su ganado;
y a su pastora aguardando
está con grave pasión,
que estaba a aquella sazón
su ganado apacentando
en los montes de León.
Estaba el triste pastor
en cuanto no parecía,

imaginando aquel día,
en que el falso Dios de amor
dio principio a su alegría;
y dice viéndose tal:
el bien que el amor me ha dado
imagino yo cuitado,
porque este cercano mal
lo sienta después doblado.
El sol por ser sobre tarde
con su fuego no le ofende;
mas el que de amor depende,
y en él su corazón arde,
mayores llamas enciende:
la pasión le convidaba.
la arboleda le movía,
el río parar hacía,
el rui señor ayudaba
a estos versos que decía.

CANCIÓN DE SIRENO

Al partir llama partida
el que no sabe de amor,
mas yo le llamo un dolor,
que se acaba con la vida:
y quiera Dios que yo pueda
esta vida sustentar,
hasta que llegue al lugar
donde el corazón me queda:
porque en pensar en partida
me pone tan gran pavor,
que a la fuerza del dolor
no podrá esperar la vida.
Esto Sireno cantaba,
y con su rabel tañía,
tan ageno de alegría,
que el llorar no le dejaba
pronunciar lo que decía:
y por no caer en mengua,
si le estorba su pasión,
acento o pronunciación,
lo que empezaba la lengua,
acababa el corazón.
Y después que hubo cantado,
Diana vio que venía
tan hermosa, que vestía
de nueva color el prado
donde sus ojos ponía:
su rostro como una flor,
y tan triste, que es locura
pensar que humana criatura
juzgue cuál era mayor

la tristeza o hermosura.
Muchas veces suspiraba
vuelos los ojos al suelo,
y con tan gran desconsuelo
otras veces los alzaba,
que los hincaba en el cielo,
diciendo con más dolor,
que cabe en entendimiento:
Pues el bien trae tal descuento,
de hoy más bien puedes, amor,
guardar tu contentamiento.
La causa de sus enojos
muy claro allí la mostraba;
si lágrimas derramaba,
pregúntenlo a aquellos ojos
con que a Sireno mataba:
si su amor era sin par,
si su valor no lo encubría,
y si la ausencia temía,
pregúntenlo a este cantar
que con lágrimas decía:

CANCIÓN DE DIANA

¡No me diste, oh crudo amor!
el bien que tuve en presencia,
sino porque el mal de ausencia
me parezca muy mayor.
Mas descanso, das reposo,
no por dar contentamiento,
mas porque esté el sufrimiento
algunos tiempos ocioso.
¡Ved qué invenciones de amor,
darme contento en presencia,
porque no tenga en ausencia
reparo contra el dolor!
Siendo Diana llegada
donde sus amores vio,
quiso hablar, mas no habló,
y el triste no dijo nada,
aunque el hablar cometió.
Cuanto había que hablar
en los ojos lo mostraban,
mostrando lo que callaban
con aquel blando mirar
con que otras veces hablaban.
Ambos juntos se sentaron
debajo un mirto florido;
cada uno de otro vencido,
por las manos se tomaron
casi fuera de sentido;
porque el placer de mirarse,

y el pensar presto no verse,
los hacen enternecerse
de manera, que a hablarse
ninguno pudo atreverse.

Otras veces se topaban
en esta verde ribera;
pero muy de otra manera
el toparse celebraban,
que esta que fue la postrera.
¡Extraño efecto de amor,
verse dos que se querían
todo cuanto ellos podían,
y recibir más dolor
que al tiempo que no se vían!

Vía Sireno llegar
el grave dolor de ausencia,
ni allí le basta paciencia,
ni alcanza para hablar
de sus lágrimas licencia.
A su pastora miraba,
su pastora mira a él,
y con un dolor cruel
la habló, mas no hablaba,
que el dolor habla por él.

¡Ay, Diana! ¿quién dijera,
que cuando yo más penara,
que ninguno imaginara
en la hora que te viera,
mi alma no descansara?
¿En qué tiempo y qué sazón
creyera, señora mía,
que alguna cosa podría
causarme mayor pasión,
que tu presencia alegría?

¿Quién pensara que esos ojos
algún tiempo me mirasen,
que, señora, no atajasen
todos los males y enojos
que mis males me causasen?
Mira, señora, mi suerte
si ha traído buen rodeo,
que si antes mi deseo
me hizo morir por verte,
ya muero porque te veo.

Y no es por falta de amarte,
pues nadie estuvo tan firme;
mas porque suelo venirme
a estos prados a mirarte,
y ahora vengo a despedirme:
hoy diera por no te ver,
aunque no tengo otra vida,
esta alma de ti vencida,
sólo por entretener

el dolor de la partida.
Pastora, dame licencia
que diga, que mi cuidado
sientes en el mismo grado,
que no es mucho en tu presencia
mostrarme tan confiado;
pues, Diana, si es así,
¿cómo puedo yo partirme,
o tú cómo dejas irme,
o cómo vengo yo aquí
sin empacho a despedirme?

¡Ay Dios! ay señora mía!
cómo no hay razón que dar
para de ti me quejar,
y cómo tú cada día
la ternás de me olvidar
¡No me haces tú partir,
esto también lo diré,
menos lo hace mi fe;
y si quisiese decir
quién lo hace, no lo sé.

Lleno de lágrimas tristes,
a menudo suspirando,
estaba el pastor hablando
estas palabras que oíste
y ella las oye llorando:
a responder se ofreció,
mil veces lo cometía,
mas de triste no podía,
y por ella respondió
el amor que le tenía.

A tiempo estoy, ¡oh Sireno!
que diré más que quisiera,
que aunque mi mal se entendiera,
tuviera, pastor, por bueno
el callarlo, si pudiera,
¡Mas ay de mi, desdichada!
Vengo a tiempo a descubrillo,
que ni aprovecha decillo
para excusar tu jornada,
ni para yo despedillo.

¿Por qué te vas, mi pastor?
¿por qué me quieres dejar
donde el tiempo y el lugar
y el gozo de nuestro amor
no se me podrá olvidar?
¿Qué sentiré yo cuitada,
llegando a este valle ameno,
cuando diga: ¡Ah tiempo bueno!
aquí estuve yo sentada,
hablando con mi Sireno?

¡Mira si será tristeza
no verte, y ver este prado

de árboles tan adornado,
y mi nombre en su corteza
por tus manos señalado!
O si habrá igual dolor.
que el lugar donde me viste,
vello tan solo y tan triste,
donde con tan gran temor
tu pena me descubriste!

Si ese duro corazón
se ablanda para llorar,
no se podría ablandar,
para ver la sinrazón
que haces en me dejar?
¡Oh! no llores, mi pastor,
que son lágrimas en vano,
y no está el corazón sano
de aquel que llora el dolor,
si el remedio esta en su mano.

Perdóname, mi Sireno,
si te ofendo en lo que digo,
déjame hablar contigo
en aqueste valle ameno,
do no me dejas conmigo,
que no quiero, ni aun burlando,
verme apartada de ti:
no te vayas, quieres, di?
duélate ahora ver llorando
los ojos con que te vi.

Volvió Sireno a hablar,
dijo: Ya debes sentir,
si yo me quisiera ir;
mas tú me mandas quedar,
y mi ventura partir.
Viendo tu gran hermosura,
estoy, señora, obligado
a obedecerte de grado,
mas triste que a mi ventura
he de obedecer forzado.

Es la partida forzada,
pero no por causa mía,
que cualquier bien dejaría
por verte en esta majada,
do vi el fin de mi alegría.
Mi amo, aquel gran pastor.
es quien me hace partir,
a quien presto vea venir
tan lastimado de amor
como yo me siento ir.

¡Ojalá estuviera ahora
(porque tú fueras servida)
en mi mano la partida,
como en la tuya, señora,
está mi muerte o mi vida!

Mas créeme que es en vano,
según contino me siento,
pasarte por pensamiento,
que pueda estar en mi mano
cosa que me dé contento.

Bien podría yo dejar
mi rebaño y mi pastor,
y buscar otro señor:
mas si el fin voy a mirar,
no conviene a nuestro amor;
que dejando este rebaño,
y tomando otro cualquiera,
dime tú, de qué manera
podré venir sin tu daño
por esta verde ribera?

Si la fuerza desta llama
me detiene, es argumento,
que pongo en ti el pensamiento,
y vengo a vender tu fama,
señora, por mi contento.
Si dicen que mi querer
en ti le pude emplear,
a ti te viene a dañar,
que yo qué puedo perder?
o tú qué puedes ganar?

La pastora a esta sazón
respondió con gran dolor:
Para dejarme, pastor,
cómo has hallado razón,
pues que no la hay en amor?
Mala señal es hallarse.
pues vemos por experiencia,
que aquel que sabe en presencia
dar disculpa de ausentarse,
sabrà sufrir el ausencia.

¡Ay triste! que pues te vas,
no sé qué será de ti,
ni sé qué será de mí,
ni si allá te acordarás
que me viste o que te vi;
ni sé si recibo engaño
en haberte descubierto
este dolor que me ha muerto:
mas lo que fuere en mi daño,
esto será lo más cierto.

No te duelan mis enojos,
vete, pastor, a embarcar,
pasa de presto la mar,
pues que por la de mis ojos
tan presto puedes pasar.
Guárdete Dios de tormenta,
Sireno, mi dulce amigo,
y tenga siempre contigo

la fortuna mejor cuenta,
que tú la tienes conmigo.
Muero en ver que se despiden
mis ojos de su alegría,
y es tan grande el agonía,
que estas lágrimas me impiden
decirte lo que querría.
Estos mis ojos, zagal,
antes que cerrados sean,
ruego yo a Dios que te vean,
que aunque tú causas su mal,
ellos no te lo desean.

Respondió: Señora mía,
nunca viene solo un mal,
y un dolor, aunque mortal,
siempre tiene compañía
con otro más principal:
y así verme yo partir
de tu vista y de mi vida,
no es pena tan desmedida,
como verte a ti sentir
tan de veras mi partida.

Mas si acaso yo olvidare
los ojos en que me vi,
olvídese Dios de mí,
o si en cosa imaginare,
mi señora, sino en ti:
y si agena hermosura
causare en mí movimiento,
por una hora de contento,
me traya mi desventura
cien mil años de tormento:
y si mudare mi fe
por otro nuevo cuidado,
caiga del mayor estado
que la fortuna me dé
en el más desesperado:
no me encargues la venida,
muy dulce señora mía,
porque asaz de mal sería,
tener yo en algo la vida,
fuera de tu compañía.

Respondióle: Mi Sireno,
si algún tiempo te olvidare,
las yerbas que yo pisare
por aqueste valle ameno,
se sequen cuando pasare:
y si el pensamiento mío
en otra parte pusiere,
suplico a Dios, que si fuere
con mis ovejas al río,
se seque cuando me viere.

Toma, pastor, un cordón

que hice de mis cabellos,
porque se te acuerde en vellos,
que tomaste posesión
de mi corazón y dellos:
y este anillo has de llevar.
do están dos manos asidas,
que aunque se acaben las vidas,
no se pueden apartar
dos almas que están unidas.
Y él dijo: Que te dejar
no tengo, si este cayado,
y este mi rabelpreciado,
con que tañer y cantar
me vías por este prado;
al son del, pastora mía,
te cantaba mil canciones,
contando tus perfecciones,
y lo que de amor sentía
en dulces lamentaciones.
Ambos a dos se abrazaron,
y esta fue la vez primera,
y pienso fue la postrera,
porque los tiempos mudaron
el amor de otra manera:
y aunque a Diana le dio
pena rabiosa y mortal
la ausencia de su zagal,
en ella misma halló
el remedio de su mal.

Acabó la hermosa Dorida el suave canto, dejando admiradas a Cintia y Polidora, en ver que una pastora fuese vaso donde amor tan encendido pudiese caber. Pero también lo quedaron de imaginar cómo el tiempo había curado su mal: pareciendo en la despedida sin remedio. Pues el sin ventura Sireno, en cuanto la pastora con el dulce canto manifestaba sus antiguas cuitas y suspiros, no dejaba de dallos tan a menudo, que Selvagia y Silvano eran poca parte para consolarle; porque no menos lastimado estaba entonces, que al tiempo que por él habían pasado. Y espantóse mucho de ver que tan particularmente se supiese lo que con Diana pasado había. Pues no menos admirados estaban Selvagia y Silvano de la gracia con que Dorida cantaba y tañía. A este tiempo las hermosas ninfas tomando cada una su instrumento, se iban por el verde prado adelante, bien fuera de sospecha de podelles acaecer lo que ahora oiréis, y fue: Que habiéndose alejado muy poco de donde los pastores estaban, salieron de entre unas retamas altas, a mano derecha del bosque, tres salvajes de extraña grandeza y fealdad. Venían armados de coseletes y celadas de cuero de tigre. Eran de tan fea catadura, que ponían espanto los coseletes. Traían por brazales unas bocas de serpientes, por donde

sacaban los brazos, que gruesos y vellosos parecían, y las celadas venían a hacer encima de la frente unas espantables cabezas de leones: lo demás traían desnudo, cubierto con un muy espeso y largo vello, y en las manos traían unos bastones herrados de muy agudas púas de acero: al cuello traían sus arcos y flechas: los escudos eran de unas gruesas y muy fuertes conchas de pescado, y con una increíble ligereza arremetieron a ellas, diciendo: A tiempo estáis, oh ingratas y desamoradas ninfas, que os obligará la fuerza a lo que el amor no os ha podido obligar, que no era justo que la fortuna hiciese tan grande agravio a nuestros cautivos corazones, como era dilatarles tanto su remedio. En fin tenemos en la mano el galardón de los suspiros, con que a causa vuestra importunábamos las aves y animales de la oscura y encantada selva do habitamos, y de las ardientes lágrimas con que hacíamos crecer el impetuoso y turbio río que sus temerosos campos va regando. Y pues para que quedéis con las vidas, no tenéis otro remedio alguno sino darle a nuestro mal, no deis lugar a que nuestras crueles manos tomen venganza de la que de nuestros afligidos corazones habéis tomado. Las ninfas con el súbito sobresalto quedaron tan fuera de si, que no supieron responder a las soberbias palabras que oían sino con lágrimas. Mas la hermosa Dorida, que más en sí estaba que las otras, respondió: Nunca yo pensé que el amor pudiera traer a tal extremo a un amante, que viniese a las manos con la persona amada. Costumbre es de cobardes tomar armas contra las mujeres, y en un campo donde no hay quien por nosotras pueda responder sino es nuestra razón. Mas de una cosa, oh crueles, podéis estar seguros, y es, que vuestras amenazas no nos harán perder un punto de lo que a nuestra honestidad debemos, y que más fácilmente os dejaremos la vida en las manos que la honra. Dorida, dijo uno dellos, a quien de mal tratarnos ha tenido tan poca razón, no es menester escuchalle alguna. Y sacando el cordel del arco que al cuello traía, la tomó sus hermosas manos y muy descomedidamente se las ató, y lo mismo hicieron sus compañeros a Cintia y Polidora. Los dos pastores y la pastora Selvagia, que atónitos estaban de lo que los salvajes hacían, viendo la crueldad con que a las hermosas ninfas trataban, y no pudiendo sufrirlo, determinaron de morir o defendellas: y sacando todos tres sus hondas, proveídos sus zurriones de piedras, salieron al verde prado y comienzan a tirar a los salvajes con tanta maña y esfuerzo como si en ello les fuera la vida. Y pensando ocupar a los salvajes, de manera que en cuanto ellos se defendían, las ninfas se pusiesen en salvo, les daban la mayor priesa que podían. Mas los salvajes, recelosos de lo que los pastores imaginaban, quedando uno en guarda de las prisioneras, los dos procuraban herirlos ganando tierra: pero las piedras eran tantas y tan

espesas que se defendían; de manera que en cuanto las piedras les duraron, los salvajes lo pasaban mal: pero como después los pastores se ocuparon en bajarse por ellas, los salvajes se les allegaban con sus pesados alfanjes en las manos, tanto que ya ellos estaban sin esperanza de remedio; mas no tardó mucho, que de entre la espesura del bosque, junto a la fuente donde cantaban, salió una pastora de tan grande hermosura y disposición, que los que la vieron quedaron admirados. Su arco tenía colgado del brazo izquierdo, y una aljaba de saetas al hombro, en las manos un bastón de silvestre encina, en el cabo del cual había una muy larga punta de acero. Pues como así viese las tres ninfas y la contienda entre los dos salvajes y los pastores, que ya no esperaban sino la muerte, poniendo con gran presteza una aguda saeta en su arco, con grandísima fuerza y destreza la despidió que al uno de los salvajes se la dejó escondida en el duro pecho, de manera que la de amor, que el corazón le traspasaba, perdió su fuerza, y el salvaje la vida a vueltas de ella: y no fue perezosa en poner otra saeta en su arco, ni menos diestra en tirarla; pues fue de manera que acabó con ella las pasiones enamoradas del segundo salvaje, como las del primero había acabado. Y queriendo tirar al tercero, que en guarda de las tres ninfas estaba, no pudo tan presto hacello, que él no se viniese a juntar con ella, queriéndola herir con su pesado alfanje: la hermosa pastora alzó el bastón, y como el golpe descargase sobre las barras del fino acero que tenía, el alfanje fue hecho dos pedazos, y la hermosa pastora le dio tan gran golpe con su bastón por encima de la cabeza, que le hizo arrodillar, y apuntándole con la acerada punta a los ojos, con tan gran fuerza le apretó, que por medio de los sesos se lo pasó de la otra parte; y el feroz salvaje dio un espantable grito y cayó muerto en el suelo. Las ninfas viéndose libres de tan gran fuerza, y los pastores y pastoras de la muerte de la cual muy cerca estaban: y viendo cómo por el gran esfuerzo de aquella pastora, así unos como otros habían escapado, no podían juzgarla por cosa humana. A esta hora, llegándose la gran pastora a ellas, las comenzó a desatar las manos, diciéndoles: No merecían menos pena de la que tienen, oh hermosas ninfas, quien tan lindas manos osaban atar, que más son ellas para atar corazones, que para ser atadas. Mal hayan hombres tan soberbios y de tan mal conocimiento: mas ellos, señoras, tienen su pago, y yo también le tengo en haberos hecho este pequeño servicio y en haber llegado a tiempo que a tan gran sinrazón pudiese dar remedio: aunque a estos animosos pastores y hermosa pastora, no en menos se debe tener lo que han hecho; pero ellos y yo, estamos muy bien pagados, aunque en ello perdiéramos la vida, pues por tal causa se aventuraba. Las ninfas quedaron tan admiradas de su hermosura y

discreción, como del esfuerzo que en su defensa había mostrado: y Dorida, con un gracioso semblante, le respondió: Por cierto, hermosa pastora, si vos, según el ánimo y valentía que hoy mostrastes, no sois hija del fiero Marte, según la hermosura lo debéis de ser de la diosa Venus y del hermoso Adonis; y si de ninguno de estos, no podéis dejarlo de ser de la discreta Minerva, que tan gran discreción no puede proceder de otra parte; aunque lo más cierto debe de ser, haberos dado naturaleza lo principal de todos ellos. Y para tan nueva y tan gran merced como es la que habernos recibido, nuevos y grandes habían de ser los servicios con que debía ser satisfecha: mas podría ser que algún tiempo se ofreciese ocasión en que se conociese la voluntad que de servir tan señalada merced tenemos. Y porque parece que estáis cansada, vamos a la fuente de los alisos que está junto al bosque, y allí descansaréis. Vamos, señora, dijo la pastora, que no tanto por el descansar del trabajo del cuerpo lo deseo, cuanto por hablar en otro, en que consiste el descanso de mi ánimo y todo mi contentamiento. Este se os procura aquí con toda la diligencia posible, dijo Polidora, porque no hay a quien con más razón procurar se deba. Pues la hermosa Cintia se volvió a los pastores diciendo: Hermosa pastora y animosos pastores, la deuda y obligación en que nos habéis puesto, ya la veis; plega a Dios que algún tiempo la podamos satisfacer, según que es nuestro deseo. Selvagia respondió: A estos dos pastores se deben, hermosas ninfas, esas ofertas, que yo no hice más de desear la libertad, que tanta razón era que todo el mundo la desease. Entonces dijo Polidora: Es este el pastor Sireno, tan querido algún tiempo como ahora olvidado de la hermosa Diana, y esotro su competidor Silvano? Sí, dijo Selvagia. Mucho me huelgo, dijo Polidora, que seáis personas a quien podamos en algo satisfacer lo que por nosotras habéis hecho. Dorida, muy espantada, dijo: Qué, cierto es este Sireno? muy contenta estoy en hallarte, y en haberme tú dado ocasión a que yo busque a tu mal algún remedio, que no será poco. Ni aun para tanto mal bastaría, siendo poco, dijo Sireno. Ahora vamos a la fuente, dijo Polidora, que allá hablaremos más largo. Llegadas que fueron a la fuente, llevando las ninfas en medio a la pastora, se asentaron en torno della, y los pastores a petición de las ninfas se fueron al aldea a buscar de comer, porque era ya tarde y todos lo habían menester. Pues quedando las tres ninfas solas con la pastora, la hermosa Dorida comenzó a hablar desta manera:

Esforzada y hermosa pastora, es cosa para nosotros tan extraña, ver una persona de tanto valor y suerte en estos valles y bosques apartados del concurso de las gentes, como para ti será ver tres ninfas solas y sin compañía

que defendellas puedan de semejantes fuerzas. Pues para que podamos saber de ti lo que tanto deseamos, forzado será merecello primero con decir quién somos: y para esto sabrás, esforzada pastora, que esta ninfa se llama Polidora, y aquella Cintia, y yo Dorida: vivimos en la selva de Diana, a donde habita la sabia Felicia, cuyo oficio es dar remedio a pasiones enamoradas: y viniendo nosotras de visitar a una ninfa su parienta, que vive destotra parte de los puertos Galicianos, llegamos a este valle umbroso y ameno. Y pareciéndonos el lugar conveniente para pasar la calurosa siesta a la sombrosa destes alisos y verdes lauros, envidiosas del armonía que este impetuoso arroyo por medio del verde prado lleva, tomando nuestros instrumentos quisimos imitalla; y nuestra ventura, o por mejor decir, su desventura, quiso que estos salvajes, que según ellos decían, muchos días há que de nuestros amores estaban presos, vinieron a caso por aquí. Y habiendo muchas veces sido importunadas de sus bestiales razones, que nuestro amor les otorgásemos; y viendo ellos que por ninguna vía les dábamos esperanza de remedio, determinaron poner el negocio a las manos: y hallándonos aquí solas, hicieron lo que viste al tiempo que con vuestro socorro fuimos libres. La pastora que oyó lo que la hermosa Dorida había dicho, las lágrimas dieron testimonio de lo que su afligido corazón sentía: y volviéndose a las ninfas, les habló desta manera:

No es amor de manera, hermosas ninfas de la casta diosa, que puede el que lo tiene tener respeto a la razón, ni la razón es parte para que un enamorado corazón deje el camino por do sus fieros destinos le guiaren. Y que esto sea verdad, en las manos tenemos la experiencia: que puesto caso que fuédeses amadas de estos salvajes fieros, y el derecho del buen amor no daba lugar a que fuédeses de ellos ofendidas, por otra parte vino aquella desorden con que sus varios efectos hace, a dar tal industria, que los mismos que os habían de servir os ofendiesen. Y porque sepáis que no me muevo solamente por lo que en este valle os ha sucedido, os diré lo que no pensé decir sino a quien entregué mi libertad, si el tiempo o la fortuna dieren lugar a que mis ojos lo vean, y entonces veréis cómo en la escuela de mis desventuras deprendí a hablar en los sucesos de amor, y en lo que este traidor hace en los tristes corazones que sujetos le están.

Sabréis pues, hermosas ninfas, que mi naturaleza es la gran Vandalia, provincia no muy remota de ésta a donde estamos, nacida en una ciudad llamada Soldina. Mi madre se llamó Delia y mi padre Andronio, en linaje y bienes de fortuna los más principales de toda aquella provincia. Acaeció pues, que como mi madre habiendo muchos años que era casada, no tuviese hijos, y a causa de esto viviese tan descontenta que no tuviese un día de descanso, con

lágrimas y suspiros cada hora importunaba el cielo; y haciendo mil ofrendas y sacrificios, suplicaba a Dios le diese lo que tanto deseaba; el cual fue servido, vistos sus continuos ruegos y oraciones, que siendo ya pasada la mayor parte de su edad, se hiciese preñada. El alegría que de ello recibió, júzguelo quien después de muy deseada una cosa, la ventura se la pone en las manos. Y no menos participó mi padre Andronio de este contentamiento, porque lo tuvo tan grande, que sería imposible podello encarecer. Era Delia mi señora, aficionada a leer historias antiguas, en tanto extremo, que si enfermedades o negocios de grande importancia no se lo estorbaba, jamás pasaba el tiempo en otra cosa. Y acaeció, que estando como digo preñada, y hallándose una noche mal dispuesta, rogó a mi padre que leyese alguna cosa, para que ocupando en ella el pensamiento no sintiese el mal que la fatigaba. Mi padre, que en otra cosa no entendía, sino en darme el contentamiento posible, le comenzó a leer aquella historia de Paris, quando las tres Deas se pusieron a juicio delante de él sobre la manzana de la discordia. Pues como mi madre tuviese que Paris había dado aquella sentencia apasionadamente, y no como debía, dijo, que sin duda él no había mirado bien la razón de la Diosa de las batallas: porque precediendo las armas a todas las otras calidades, era justa cosa que se la diese. Mi señor respondió, que la manzana se había de dar a la más hermosa, y que Venus lo era más que otra ninguna, por lo cual Paris había sentenciado muy bien, si después no le sucediera mal. A esto respondió mi madre, que puesto caso que en la manzana estuviese escrito: Dése a la más hermosa, que esta hermosura no se entendía corporal, sino del ánimo, y que pues la fortaleza era una de las cosas que más hermosura le daban, y el ejercicio de las armas era un acto exterior de esta virtud, que a la Diosa de las batallas se debía dar la manzana, si Paris juzgara como hombre prudente y desapasionado. Así que, hermosas ninfas, en esta porfía estuvieron gran rato de la noche, cada uno alegando las razones más a su propósito que podía. Estando en esto, vino el sueño a vencer a quien las razones de su marido no pudieron, de manera que estando muy metida en disputa, se dejó dormir. Mi padre entonces se fue a su aposento, y a mi señora le pareció estando durmiendo, que la diosa Venus venía a ella con un rostro tan airado como hermoso, y le decía: Delia, no sé quién te ha movido a ser tan contraria de quien jamás lo ha sido tuya. Si memoria tuvieses del tiempo que de Andronio tu marido fuiste presa, no me pagarías tan mal lo mucho que me debes; pero no quedarás sin galardón, que yo te hago saber, que parirás un hijo y una hija, cuyo parto no te costará menos que la vida, y a ellos costará el contentamiento lo que en mi daño has hablado. Porque te certifico, que serán los más

desdichados en amores que hasta su tiempo se hayan visto: y dicho esto, desapareció, y luego se le figuró a mi señora madre, que venía a ella la diosa Palas, y con rostro muy alegre le decía: Discreta y dichosa Delia, ¿con qué podré pagar lo que en mi favor contra la opinión de tu marido esta noche has alegado, sino con hacerte saber que parirás un hijo y una hija, los más venturosos en armas que hasta su tiempo haya habido? Dicho esto, luego desapareció, despertando mi madre con el mayor sobresalto del mundo, y de ahí a un mes, poco más o menos, parió a mí y a otro hermano mío, y ella murió de parto: y mi padre del grandísimo pesar que hubo, murió de ahí a pocos días. Y porque sepáis, hermosas ninfas, el extremo en que el amor me ha puesto, sabed que siendo yo mujer de la calidad que habéis oído, mi desventura me ha forzado que deje mi hábito natural y mi libertad y el débito que a mi honra debo, por quien por ventura pensará que la pierde en ser de mí bien amado. Ved qué cosa tan excusada para una mujer, ser dichosa en las armas, como si para ella se hubiesen hecho: debía ser porque yo, hermosas ninfas, os pudiese hacer este pequeño servicio, contra aquellos perversos, que no lo tengo en menos que si la fortuna me comenzase a satisfacer algún agravio de los muchos que me ha hecho. Tan espantadas quedaron las ninfas de lo que oían, que no le pudieron responder ni repreguntar cosa de las que la hermosa pastora decía. Y prosiguiendo en su historia, les dijo: Pues como mi hermano y yo nos criásemos en un monasterio de Monjas, donde una tía mía era Abadesa, hasta ser de edad de 12 años, y habiéndolos cumplido nos sacasen de allí, a él le llevaron a la Corte del magnánimo e invencible Rey de los Lusitanos (cuya fama e increíble bondad tan esparcida está por el universo), adonde siendo en edad de tomar armas, le sucedieron por ellas, cosas tan aventajadas y de tan gran esfuerzo, como tristes y desventuradas por los amores; y con todo eso fue mi hermano tan amado de aquel invictísimo Rey, que nunca jamás le consintió salir de su Corte. La desdichada de mí, que para mayores desventuras me guardaban mis hados, fui llevada en casa de una abuela mía (que no debiera, pues fue causa de vivir con tan gran tristeza, cual nunca mujer padeció). Y porque, hermosas ninfas, no hay cosa que no me sea forzado decíroslo, así por la gran virtud de que vuestra extremada hermosura da testimonio, como porque el alma me da que habéis de ser gran parte de mi consuelo, sabed que como yo estuviese en casa de mi abuela, y fuese ya casi de diez y siete años, se enamoró de mí un caballero, que no vivía tan lejos de nuestra posada que desde un terrado que en la suya había no se viese un jardín adonde yo pasaba las tardes del verano. Pues como de allí el desagradecido don Félix viese a la desdichada Felismena (que este es el nombre de la triste

que sus desventuras está contando) se enamoró de mí, o se fingió enamorado. No sé cuál me crea, pero sé que quien menos en este estado creyere, más acertará. Muchos días fueron los que don Félix gastó en darme a entender su pena, y muchos más gasté yo en no darme nada que él por mí la padeciese: y no sé cómo el amor tardó tanto en hacerme fuerza que le quisiese: debió tardar para después venir con mayor ímpetu. Pues como yo por señales, y por paseos, y por músicas, y torneos, que delante de mi puerta muchas veces se hacían, no mostrase entender que de mi amor estaba preso, aunque desde el primero día lo entendí, determinó de escribirme. Y hablando con una criada mía, a quien muchas veces había hablado, y aun con muchas dádivas ganado la voluntad, le dio una carta para mí. Pues ver las salvas que Rosina, que así la llamaban, me hizo primero que me la diese, los juramentos que me juró, las cautelosas palabras que me dijo porque no me enojase, cierto fue cosa de espanto. Y con todo eso se la volví a arrojar a los ojos, diciendo: Si no mirase a quien soy, y lo que se podría decir, ese rostro que tan poca vergüenza tiene, yo le haría señalar de manera que fuese entre todos conocido. Mas porque es la primera vez, baste lo hecho, y avisaros que os guardéis de la segunda. Paréceme que estoy ahora viendo, decía la hermosa Felismena, cómo aquella traidora de Rosina supo con tan gentil semblante callar, disimulando lo que de mi enojo sentía; porque le veríades, oh hermosas ninfas, fingir una risa tan disimulada, diciéndole a su señora: Yo para que riésemos con ella la di a vuestra merced, que no para que se enojase de esta manera. Que plega a Dios si mi intención ha sido dalle enojo, que Dios me le dé el mayor que hija de madre haya tenido. Y a esto añadió otras muchas palabras, como ella las sabía decir, para amansar el enojo que yo de las suyas había recibido: y tomando su carta, se me quitó de delante. Yo después de pasado esto, comencé de imaginar en lo que allí podría venir: y tras esto parece que el amor me iba poniendo deseo de ver la carta; pero la vergüenza me estorbaba tornalla a pedir a mi criada, habiendo pasado con ella lo que he contado. Y así pasé aquel día hasta la noche en muchas variedades de pensamientos. Y cuando Rosina entró a desnudarme, al tiempo que me quería acostar. Dios sabe si yo quisiera que me volviera a importunar sobre que recibiese la carta, mas nunca me quiso hablar, ni por pensamiento, en ella. Yo por ver si saliéndole al camino aprovecharía algo, le dije: Así, Rosina, que el señor don Félix sin mirar más se atreve a escribirme? Ella muy secamente me respondió: Señora, son cosas que el amor trae consigo; suplico a vuestra merced me perdone, que si yo pensara que en ello enojaba, antes me sacara los ojos. Cuál yo entonces quedé. Dios lo sabe; pero con todo eso disimulé, y me dejé quedar aquella

noche con mi deseo, y con la ocasión de no dormir. Y así fue, que verdaderamente ella fue para mí la más trabajosa y larga que hasta entonces había pasado. Pues venido el día, y más tarde que lo que yo quisiera, la discreta Rosina entró a darme de vestir, y se dejó adrede caer la carta en el suelo; y como la vi, la dije: ¿Qué es eso que cayó ahí? muéstralo acá. No es nada, señora, dijo ella. Ora muéstralo acá, dije yo; no me enojés, o dime lo que es. ¡Jesús, señora! dijo ella, para qué lo quiere ver? la carta de ayer es. No es por cierto, dije yo, muéstrala acá, por ver si mientes. Aún no lo hube dicho, quando ella me la puso en las manos, diciendo: Mal me haga Dios, si es otra cosa. Yo aunque la conocí muy bien, dije: En verdad que no es ésta, que yo la conozco, y de algún tu enamorado debe ser. Yo quiero leerla, por ver las necesidades que te escribe: y abriéndola, vi que decía de esta manera:

Señora: siempre imaginé que vuestra discreción me quitara el miedo de escribiros, entendiendo sin carta lo que os quiero: mas ella misma ha sabido tan bien disimular, que allí estuvo el daño donde pensé que el remedio estuviese. Si como quien sois juzgáis mi atrevimiento, bien sé que no tengo una hora de vida: pero si lo tomáis según que amor suele hacer, no trocaré por ella mi esperanza. Suplícoos, señora, no os enoje mi carta, ni me pongáis culpa por el escribiros, hasta que experimentéis si puedo dejar de hacerlo. Y que me tengáis en posesión de vuestro, pues todo lo que puede ser de mí está en vuestras manos, las cuales beso más de mil veces.

Pues como yo viese la carta de mi don Félix, o porque la leí en tiempo que mostraba en ella quererme más que a sí, o porque de parte de esta ánima cansada había disposición para imprimirse en ella el amor de quien me escribía, yo comencé a querelle bien: y por mi mal yo lo comencé, pues había de ser causa de tanta desventura. Y luego pidiendo perdona Rosina de lo que antes había pasado, como quien menester la había para lo de adelante, y encomendándole el secreto de mis amores, volví otra vez a leer la carta, parando a cada palabra un poco; y bien poco debía de ser, pues yo tan presto me determiné, aunque ya no estaba en mi mano el no determinarme. Y tomando papel y tinta le respondí de esta manera:

No tengas en tan poco, don Félix, mi honra, que con palabras fingidas piensas perjudicalla. Bien sé quién eres y vales, y aun creo que desto te habrá nacido el atreverte, y no de la fuerza que dices que el amor te ha hecho: y si es así, como me afirma mi sospecha, tan en vano es tu trabajo, como tu valor y suerte, si piensas hacerme ir contra lo que a la mía debo. Suplícode, que mires cuan pocas veces suceden bien las cosas que debajo de cautela se comienzan: y que no es de caballero entenderlas de una manera y decirlas de

otra. Dícesme, que te tenga en posesión de cosa mía. Soy tan mal acondicionada, que aun de la experiencia de las cosas no me fío, cuanto más de tus palabras. Mas con todo eso tengo en mucho lo que en la tuya me dices, que bien me basta ser desconfiada, sin ser también desagradecida.

Esta carta le envié, que no debiera, pues fue ocasión de todo mi mal, porque luego comenzó a cobrar osadía para me declarar más su pensamiento, y a tener ocasión para me pedir que le hablase. En fin, hermosas ninfas, que algunos días se gastaron en demandas y en respuestas, en los cuales el falso amor hacía en mí su acostumbrado oficio, pues cada hora tomaba más posesión desta desdichada. Los torneos se tornaron a renovar, las músicas de noche jamás cesaban, las cartas y los motes nunca dejaban de ir de una parte a otra, y así pasó casi un año, al cabo del cual yo me vi tan presa de sus amores, que no fui parte para dejar de manifestalle mi pensamiento; cosa que él deseaba más que a su propia vida. Quiso pues mi desventura, que al tiempo en que nuestros amores más encendidos andaban, su padre lo supiese, y quien se lo dijo se lo supo encarecer de manera, que temiendo no se casase conmigo lo envió a la corte de la gran princesa Augusta Cesarina, diciendo que no era justo que un caballero mozo y de linaje tan principal, gastase la mocedad en casa de su padre, donde no se podían aprender sino los vicios de que la ociosidad es maestra. El se partió tan triste, que su mucha tristeza le estorbó avisarme de su partida. Yo quedé tal cuando lo supe, cual puede imaginar quien algún tiempo se vio tan presa de amor, como yo por mi desdicha lo estoy. Decir yo ahora la vida que pasaba en su ausencia, la tristeza, los suspiros, las lágrimas que por estos cansados ojos cada día derramaba, no sé si podré, que pena es la mía, que aun decir no se puede, ved cómo podrá sufrirse! pues estando yo en medio de mi desventura, y de las ansias que la ausencia de don Félix me hacía sentir, pareciéndome que mi mal era sin remedio; y que después que en la Corte se viesse, a causa de otras damas de más hermosura y calidad, y también de la ausencia, que es capital enemiga del amor, yo había de ser olvidada, determiné aventurarme a hacerlo que nunca mujer pensó, y fue vestirme en hábito de hombre, e irme ala Corte, por ver aquel en cuya vista estaba toda mi esperanza; y como lo pensaba así lo puse por obra, no dándome el amor lugar a que mirase lo que a mí propia debía. Para lo cual no me faltó industria, porque con ayuda de una grandísima amiga mía y tesorera de mis secretos, que me compró los vestidos que yo le mandé, y un caballo en que me fuese, me partí de mi tierra, y aun de mi reputación (pues no puedo creer que jamás pueda cobralla), y así me fui derecha a la Corte, pasando por el camino cosas, que si el tiempo me diera lugar para

contallas, no fueran poco gustosas de oír. Veinte días tardé en llegar, en cabo de los cuales llegando donde deseaba, me fui a posar a una casa la más apartada de conversación que yo pude. Y el gran deseo que llevaba de ver aquel destruidor de mi alegría, no me dejaba imaginar en otra cosa sino en cómo o dónde podría verle. Preguntar por él a mi huésped no osaba, porque quizá no se descubriese mi venida; ni tampoco me parecía bien ir a buscallo, porque no me sucediese alguna desdicha. En esta confusión pasé todo aquel día hasta la noche, la cual cada hora se me hacía un año; y siendo poco más de media noche, el huésped llamó a la puerta de mi aposento, y me dijo, que si quería gozar de una música que en la calle se daba, que me levantara de presto y abriese una ventana; lo que yo hice luego, y parándome en ella oí en la calle un paje de don Félix, que se llamaba Fabio, el cual luego en la habla le conocí, cómo decía a otros que con él iban: Ahora, señores, es tiempo que la dama está en el corredor sobre la huerta, tomando el fresco de la noche. Y no lo hubo dicho cuando comenzaron a tocar tres cornetas y un sacabuche con tan gran concierto, que parecía una música celestial; y luego comenzó una voz, que cantaba a mi parecer lo mejor que nadie podría pensar. Y aunque estuve suspensa en oír a Fabio, y en aquel tiempo ocurrieron muchas imaginaciones todas contrarias a mi descanso, no dejé de advertir a lo que se cantaba, porque no lo hacían de manera que cosa alguna impidiese el gusto que de oírlo se recibía. Y lo que se cantó primero fue este romance:

Oídmme, señora mía,
si acaso os duele mi mal,
y aunque no os duela en oírlo,
no me dejéis de escuchar.
Dadme este breve descanso,
porque me esfuerce a penar.
¿No os doléis de mis suspiros,
ni os entenece el llorar,
ni cosa mía os da pena.
ni la pensáis remediar?
¿Hasta cuándo, mi señora,
tanto mal ha de durar?
No está el remedio en la muerte,
sino en vuestra voluntad,
que los males que ella cura
ligeros son de pasar.
No os fatigan mis fatigas,
ni os esperan fatigar:
de voluntad tan exenta
¿qué medio se ha de esperar?
Y ese corazón de piedra
¿cómo le podré ablandar?
Volved, señora, esos ojos,

que en el mundo no hay su par:
mas no los volváis airados,
si no me queréis matar,
aunque de una y otra suerte
matáis con sólo mirar.

Después que con el primero concierto de música hubieron cantado este romance, oí tañer una dulzaina, una arpa y la voz del mi don Félix. El contento que me dio el oírle no hay quien lo pueda imaginar, porque se me figuró que le estaba oyendo en aquel dichoso tiempo de nuestros amores. Pero después que se desengañó la imaginación, viendo que la música se daba a otra, y no a mí, sabe Dios que quisiera más pasar por la muerte; y con un ansia que el ánima me arrancaba, pregunté al huésped si sabía a quién aquella música se daba. El respondió, que no podía pensar a quién se diese, aunque en aquel barrio vivían muchas damas y muy principales. Y cuando vi que no me daba razón de lo que le preguntaba, volví a oír al mi don Félix, el cual entonces comenzaba al son de una arpa que muy dulcemente tañía, a cantar este

SONETO

Gastando fue el amor mis tristes años
en unas esperanzas excusadas:
fortuna de mis lágrimas cansadas
ejemplos puso al mundo muy extraños.
El tiempo como autor de desengaños,
tal rostro deja en el de mis pisadas,
que no habrá confianzas engañadas,
ni quien de hoy más se queje de sus daños.
Aquella a quien amé cuanto debía,
enseña a conocer en sus amores
lo que entender no pude hasta agora.
Y yo digo gritando noche y día:
¿No veis que os desengaña, ¡oh amadores!
amor, fortuna, el tiempo y mi señora?

Acabado de cantar este soneto pararon un poco, tañendo cuatro vihuelas de arco y un clavicordio tan concertadamente, que no sé si en el mundo pudiera haber cosa para oír, ni que mayor contento diera a quien la tristeza no tuviera tan sojuzgada como a mí. Y luego comenzaron cuatro voces muy acordadas a cantar esta

CANCIÓN

No me quejo yo del daño

que tu vista me causó,
quejóme porque llegó
a mal tiempo el desengaño.
Jamás vi peor estado,
que es el no atrever ni osar,
y entre el callar y el hablar
verse un hombre sepultado:
y así no quejo del daño,
por ser tú quien lo causó,
sino por ver que llegó
ámal tiempo el desengaño.
Siempre me temo saber
cualquiera cosa encubierta,
porque sé que la más cierta
más mi contraria ha de ser:
y en sabella no está el daño,
pero séla a tiempos yo.
que nunca jamás sirvió
de remedio el desengaño.

Acabada esta canción comenzaron a sonar muchas diversidades de instrumentos y voces muy excelentes, concertadas con ellos con tanta suavidad, que no dejaba de dar grandísimo contentamiento a quien no estuviera tan fuera del como yo. La música se acabó muy cerca del alba: trabajé por ver al mi don Félix, mas la escuridad de la noche me lo estorbó; y viendo como eran idos, me volví a acostar llorando mi desventura, que no era poco de llorar, viendo que aquel quemas quería me tenía tan olvidada, como sus músicas daban testimonio. Y siendo ya hora de levantarme, sin otra consideración me salí de casa, y me fui derecha al gran Palacio de la Princesa, adonde me pareció que podría ver lo que tanto deseaba, determinando de llamarme Valerio, si mi nombre me preguntasen. Pues llegando yo a una plaza que delante del Palacio había, comencé a mirar las ventanas y corredores, donde vi muchas damas tan hermosas, que ni yo sabría ahora encarecello, ni entonces supe más que espantarme de su gran hermosura, de los atavíos y joyas, e invenciones de vestidos y tocados que traían. Por la plaza se paseaban muchos caballeros muy ricamente vestidos, y en muy hermosos caballos, mirando cada uno a aquella parte donde tenía el pensamiento. Dios sabe si quisiera yo ver por allí al mi don Félix, y que sus amores fueran en aquel celebrado Palacio, porque a lo menos estuviera yo segura de que él jamás alcanzara otro galardón de sus servicios, sino mirar y ser mirado, y algunas veces hablar a la dama a quien sirviese delante de cien mil ojos, que no dan lugar a más que esto. Mas quiso mi ventura que sus amores fuesen en parte donde no se pudiese tener esta seguridad; pues estando yo junto a la puerta del gran Palacio vi un paje de don Félix llamado

Fabio, y que yo muy bien conocía, el cual entró muy de priesa en el gran Palacio, y hablando con el portero que a la segunda puerta estaba, se volvió por el mismo camino. Yo sospeché que había venido a saber si era hora que don Félix, viniese a algún negocio de los que de su padre tenía, y que no podría dejar de venir presto por allí. Y estando imaginando la gran alegría que con su vista se me aparejaba, le vi venir muy acompañado de criados, todos muy ricamente vestidos con una librea de paño de color de cielo, y fajas de terciopelo amarillo, bordadas por encima de cordoncillo de plata, las plumas azules y blancas y amarillas. El mi don Félix traía calzas de terciopelo blanco recamadas, aforradas en tela de oro azul: el jubón era de raso blanco, recamado de oro de cañutillo, y una cuera de terciopelo de las mismas colores y recamo, una ropilla suelta de terciopelo negro, bordada de oro y aforrada de raso azul raspado, espada, daga y talabarte de oro, una gorra muy bien aderezada de unas estrellas de oro, y en medio de cada una engastado un grano de aljófara grueso: las plumas eran azules, amarillas y blancas: en todo el vestido traía sembrados muchos botones de perlas. Venía en un hermoso caballo rucio rodado, con unas guarniciones azules y de oro, y de mucho aljófara. Pues cuando yo así le vi, quedé tan suspensa en velle, y tan fuera de mí con la súbita alegría, que no sé cómo lo sepa decir. Verdad es, que no pude dejar de dar con lágrimas de mis ojos alguna muestra de lo que su vista me hacía sentir; pero la vergüenza de los que allí estaban me lo estorbó por entonces: pues como don Félix llegando a Palacio, se apease, y subiese por una escalera donde iban al aposento de la gran Princesa, yo llegué adonde sus criados estaban, y viendo entre ellos a Fabio, que era el que de antes había visto, le aparté diciéndole: Señor, ¿quién es este caballero que aquí se apeó? porque me parece mucho a otro que yo he visto bien lejos de aquí. Fabio entonces me respondió: ¿Tan nuevo sois en la Corte que no conocéis a don Félix? pues no creo yo que hay caballero en ella tan conocido. No dudo deso, le respondí; mas yo diré cuan nuevo soy en la Corte, que ayer fue el primer día que en ella entré. Luego no hay que culparos, dijo Fabio. Sabed que este caballero se llama don Félix, natural de Vandalia, y tiene su casa en la antigua Soldina: está en esta Corte en negocios suyos y de su padre. Yo entonces le dije: Suplícoos me digáis, por qué trae la librea destas colores. Si la causa no fuera tan pública, yo lo callara, dijo Fabio; mas porque no hay persona que no la sepa, ni aun creo que llegaréis a nadie que no os lo pueda decir, creo que no dejo de hacer lo que debo en decíroslo. Sabed que él sirve aquí a una dama que se llama Celia, y por eso trae librea azul, que es color de cielo: y lo blanco y amarillo son colores de la misma dama. Guando esto le oí, ya

podréis saber cuál quedaría, mas disimulando mi desventura, le respondí: Por cierto esta dama le debe mucho, pues no se contenta con traer sus colores, mas aun su nombre propio quiere traer por librea: hermosa debe de ser. Sí es por cierto, dijo Fabio, aunque harto más lo era otra a quien él en nuestra tierra servía, y aun era harto más favorecido della, que desta lo es. Mas esta bellaca de ausencia deshace las cosas que el hombre piensa que están más firmes. Cuando yo esto le oí, fuéme forzado tener cuenta con las lágrimas, que a no tenella no pudiera Fabio dejar de sospechar alguna cosa que a mí no me estuviera bien. Y luego el paje me preguntó cuyo era, y mi nombre, y dónde era mi tierra, al cual yo respondí: Que mi tierra era Vandalia, mi nombre Valerio, y que hasta entonces no vivía con nadie. Pues desa manera, dijo él, todos somos de una tierra, y podríamos ser de una casa si vos quisiédeses, porque don Félix, mi señor, me mandó que le buscase un paje, y por eso si vos queréis servirle, vedlo: que comer y beber y vestir, y cuatro reales para jugar no os faltarán; pues mozas, como unas reinas haylas en nuestra calle, y vos que sois gentil-hombre, no habrá ninguna que no se pierda por vos. Y aunque sé yo una criada de un canónigo viejo, harto bonita, que para que fuésemos los dos bien proveídos de pañizuelos, torreznos y vino de San Martín, no habíades menester más que servilla. Cuando yo esto le oí no pude dejar de reírme, en ver cuan naturales palabras de paje eran las que me decía. Y porque me pareció que ninguna cosa me convenía más para mi descanso que loque Fabio me aconsejaba, le respondí: Yo, a la verdad, no tenía determinado de servir a nadie, mas ya que la fortuna me ha traído a tiempo que no puedo hacer otra cosa, paréceme que lo mejor sería con vuestro señor, porque debe ser caballero más afable y amigo de sus criados que otros. Mal lo sabéis, respondió Fabio: yo os prometo a fe de hidalgo, porque lo soy, que mi padre es de los Cachopinos de Laredo, que tiene don Félix mi señor de las mejores condiciones que habéis visto en vuestra vida, y que nos hace el mejor tratamiento que nadie hace a sus pajes: si no fuesen estos negros amores que nos hacen pasar más de lo que querríamos, y dormir menos de lo que hemos menester, no habría tal señor. Finalmente, hermosas ninfas, que Fabio habló a su señor don Félix en saliendo, y él mandó que aquella tarde me fuese a su posada. Yo me fui, y él me recibió por su paje, haciéndome el mejor tratamiento del mundo, y así estuve algunos días viendo llevar y traer recaudos de una parte a otra, cosa que no era para mí menos que sacarme el alma, y perder cada hora la paciencia. Pasado un mes vino don Félix a estar tan bien conmigo, que abiertamente me descubrió todos sus amores, y me dijo desde el principio dellos hasta el estado en que entonces estaban,

encargándome mucho el secreto de lo que en ellos pasaba, diciéndome cómo había sido bien tratado della al principio, y que después se había cansado de favorecerle: y la causa dello había sido que no sabía quién le había dicho de unos amores que él había tenido en su tierra, y que los amores que con ella tenía no eran sino por entretenerse en cuanto los negocios que en la Corte hacía no se acababan. Y no hay duda, me decía el mismo don Félix, sino que yo los comencé como ella dice, mas ahora Dios sabe si hay cosa en la vida a quien tanto quiera. Cuando yo esto le oí decir, ya sentiréis, hermosas ninfas, lo que podría sentir: mas con toda la disimulación posible le respondí: Mejor fuera, señor, que la dama se quejara con causa, y que eso fuera así: porque si esotra a quien antes servíades no os mereció que la olvidásedes, grandísimo agravio le hacéis. Don Félix me respondió: No me da el amor que yo a mi Celia tengo lugar para entendello así, mas antes me parece que me le hice muy mayor en haber puesto el amor primero en otra parte que en ella. Desos agravios, le respondí yo, bien sé quien se lleva lo peor. Y sacando el desleal una carta del seno, que aquella hora había recibido de su señora, me la leyó, pensando que me hacía mucha fiesta, la cual decía de esta manera.

CARTA DE CELIA PARA DON FÉLIX

Nunca cosa que sospechase de vuestros amores dio tan lejos de la verdad, que me diese ocasión de no creer más veces a mi sospecha que a vuestra disculpa: y si en esto os hago agravio ponedlo a cuenta de vuestro descuido, que bien pudiéradés negar los amores pasados, y no dar ocasión que por vuestra confesión os condenase. Decís que fui causa que olvidásedes los amores primeros: consolaos con que no faltará otra que lo sea de los segundos. Y aseguraos, señor don Félix, porque os certifico que no hay cosa que peor esté a un caballero, que hallar en cualquier dama ocasión de perderse por ella. Y no diré más, porque en males sin remedio el no procurárselo es lo mejor.

Después que hubo acabado de leer la carta, me dijo: ¿Qué te parece, Valerio, destas palabras? Paréceme, le respondía que se muestran en ellas tus obras. Acaba, dijo don Félix. Señor, le respondí yo, parecerme han según ellas os parecieren: porque las palabras de los que quieren bien, nadie las sabe tan bien juzgar como ellos mismos. Mas lo que yo siento de la carta es, que esa dama quisiera ser la primera, a la cual no debe la fortuna tratalla de manera que nadie pueda haber invidia de su estado. ¿Pues qué me aconsejarías? dijo don Félix. Si tu mal sufre consejo, le respondí yo, parecerme había, que el pensamiento no se dividiese en esta segunda pasión, pues a la primera se debe

tanto. Don Félix me respondió suspirando, y dándome una palmada en el hombro: ¡Oh Valerio, qué discreto eres, cuan buen consejo me das si yo pudiese tomalle ¡Entrémonos a comer, que en acabando quiero que lleves una carta mía a la señora Celia, y verás si merece que a trueque de pensar en ella se olvide otro cualquier pensamiento. Palabras fueron estas que a Felismena llegaron al alma, mas como tenía delante sus ojos aquel a quien más que a sí quería, solamente mirarle era el remedio de la pena que cualquiera destas cosas me hacía sentir. Después que hubimos comido, don Félix me llamó, y haciéndome grandísimo cargo de lo que le debía, por haberme dado parte de su mal y puesto el remedio en mis manos, me rogó le llevase una carta que escrita le tenía, la cual él primero me leyó, y decía desta manera:

CARTA DE D. FÉLIX PARA CELIA

Déjase tan bien entender el pensamiento que busca ocasiones para olvidar a quien desea, que sin trabajar mucho la imaginación se viene en conocimiento dello. No me tengo en tanto, señora, que busque remedio para disculparte de lo que conmigo piensas usar, pues nunca yo llegué a valer tanto contigo, que en menores cosas quisiese hacelle. Yo confesé que había querido bien, porque el amor cuando es verdadero no sufre cosa encubierta, y tú pones por ocasión de olvidarme lo que había de ser de quererme. No me puedo dar a entender que te tienes en tan poco, que creas de mí poder olvidar, por ninguna cosa que sea, o haya sido, mas antes escribes otra cosa de lo que de mi fe tienes experimentado. De todas las cosas que en perjuicio de lo que te quiero imaginas, me asegura mi pensamiento, el cual bastará ser mal galardonado, sin ser también mal agradecido.

Después que don Félix me leyó la carta que a su dama tenía escrita, me preguntó si la respuesta me parecía conforme a las palabras que la señora Celia le había dicho en la suya, y que si había algo en ella que enmendar. A lo cual yo le respondí: No creo, señor, que es menester hacer la enmienda a esa carta, ni a la dama a quien se envía, sino a la que con ella ofendes: digo esto, porque soy tan aficionado a los amores primeros que en esta vida he tenido, que no habría en ella cosa que me hiciese mudar el pensamiento. La mayor razón tienes del mundo, dijo don Félix, si yo pudiese acabar conmigo otra cosa de lo que hago: ¿mas qué quieres si la ausencia enfrió ese amor, y encendió esotro? Desesa manera, respondí yo, con razón se puede llamar engañada aquella a quien primero quisiste: porque amor sobre que ausencia tiene poder, ni es amor, ni nadie me podría dar a entender que lo haya sido. Esto decía yo con más disimulación de lo que podía, porque sentía tanto

verme olvidada de quien tanta razón tenía de quererme, y yo tanto quería, que hacía más de lo que nadie piensa en no darme a entender: y tomando la carta, e informándome de lo que había de hacer, me fui en casa de la señora Celia, imaginando el estado triste a que mis amores me habían traído, pues yo misma me hacía la guerra, siéndome forzado ser intercesora de cosa tan contraria a mi contentamiento. Pues llegando en casa de Celia, y hallando un paje suyo a la puerta, le pregunté si podría hablar a su señora. Y el paje informado de mí cuyo era, lo dijo a Celia, alabándole mucho mi hermosura y disposición, y diciéndole que nuevamente don Félix me había recibido. La señora Celia dijo: Pues a hombre recibido de nuevo descubre luego don Félix sus pensamientos, alguna grande ocasión debe de haber para ello: dile que entre, y sepamos lo que quiere. Yo entré luego donde la enemiga de mi bien estaba, y con el acatamiento debido la besé las manos, y la puse en ellas la carta de don Félix. La señora Celia la tomó, y puso los ojos en mí, de manera que yo la sentía la alteración que mi vista la había causado: porque ella estuvo tan fuera de sí, que palabra no me dijo por entonces: pero después volviendo un poco sobre sí me dijo: ¿Qué ventura te ha traído a esta Corte para que don Félix la tuviese tan buena, como es tenerte por criado? Señora, le respondí yo, la ventura que a esta Corte me ha traído no puede dejar de ser muy mejor de lo que nunca pensé, pues ha sido causa que yo viese tan gran perfección y hermosura como la que delante de mis ojos tengo. Y si antes me dolían las ansias, los suspiros y los continuos desasosiegos de don Félix mi señor, ahora que he visto la causa de su mal, se me ha convertido en invidia la mancilla que del tenía. Mas si es verdad, hermosa señora, que mi venida te es agradable, suplicote, por lo que debes al gran amor que él te tiene, que tu respuesta también lo sea. No hay cosa, me respondió Celia, que yo deje de hacer por ti, aunque estaba determinada de no querer bien a quien ha dejado otra por mí: que grandísima discreción es saber la persona aprovecharse de casos ajenos para poderse valer en los suyos. Y entonces le respondí: No creas, señora, que había cosa en la vida por qué don Félix te olvidase, y si ha olvidado a otra dama por causa tuya, no te espantes, que tu hermosura y discreción es tanta, y la de la otra dama tan poca, que no hay para qué imaginar que por habella olvidado a causa tuya, te olvide a ti a causa de otra. ¿Y cómo, dijo Celia, conociste tú a Felismena, la dama a quien tu señor en su tierra servía? Sí conocí, dije yo, aunque no tan bien como fue necesario para excusar tantas desventuras. Verdad es que era vecina de la casa de mi padre; pero vista tu gran hermosura, acompañada de tanta gracia y discreción, no hay por qué culpar a don Félix de haber olvidado los primeros amores. A esto me

respondió Celia ledamente y riendo: Presto has aprendido de tu amo a saber lisonjear. A saberte bien servir, le respondí, querría yo poder aprender, que a donde tanta causa hay para lo que se dice no puede caber lisonja. La señora Celia tornó muy de veras a preguntarme le dijese qué cosa era Felismena. A lo cual yo la respondí: Cuanto a su hermosura, algunos hay que la tienen por hermosa, mas a mí jamás me lo pareció; porque la principal parte que para serlo es menester, muchos días ha que le falta. ¿Qué parte es esa? dijo Celia. Es el contento, dije yo; porque nunca donde él no está puede haber perfecta hermosura. La mayor razón del mundo tienes, dijo ella, mas yo he visto algunas damas que les está tan bien el estar tristes, y otras estar enojadas, que es cosa extraña, y verdaderamente que el enojo y la tristeza las hace más hermosas de lo que son. Yo entonces la respondí: Desdichada de hermosura que ha de tener por maestro el enojo o la tristeza. A mí poco se me entienden estas cosas, pero la dama que ha menester industrias y movimientos o pasiones para parecer bien, ni la tengo por hermosa, ni hay para qué contarla entre las que lo son. Muy gran razón tienes, dijo la señora Celia, y no habrá cosa en que no la tengas, según eres discreto. Caro me cuesta, respondí yo, tenella en tantas cosas. Suplícote, señora, respondas a la carta, porque también la tenga don Félix mi señor, de recibir este contentamiento por mi mano. Soy contenta, me dijo Celia, mas primero me has de decir cómo está Felismena en esto de la discreción, ¿es muy avisada? Yo entonces respondí: Nunca mujer ha sido más avisada que ella, porque ha muchos días que grandes desventuras la avisan, mas nunca ella se avisa, que si así como ha sido avisada ella se avisase, no habría venido a ser tan contraria a sí misma. Hablas tan discretamente en todas las cosas, dijo Celia, que ninguna haría de mejor gana que estarte oyendo siempre. Mas antes la respondí yo, no deben ser, señora, mis razones manjar para tan sutil entendimiento como el tuyo, y esto solo creo que es lo que no entiendo mal. No habrá cosa, respondió Celia, que dejes de entender; mas porque no gastes mal el tiempo en alabarme, como tu amo en servirme, quiero leer la carta, y decirte lo que has de decir. Y descogiéndola, comenzó a leerla entre sí, estando yo muy atenta en cuanto la leía a los movimientos que hacía con el rostro, que las más veces dan a entender lo que el corazón siente, y habiéndola acabado de leer me dijo: Di a tu señor, que quien tan bien sabe decir lo que siente, que no debe sentillo tan bien como lo dice. Y llegándose a mí me dijo, la voz algo más baja: Y esto por amor de ti, Valerio, que no porque yo lo deba a lo que quiero a don Félix: porque veas que eres tú el que le favoreces. Y aun de ahí nació todo mi mal, dije yo entre mí, y besándola las manos por la merced que me hacía, me fui a

don Félix con la respuesta, que no poca alegría recibió con ella, cosa que a mí me era otra muerte: y muchas veces decía yo entre mí: ¡Oh desdichada de ti, Felismena, que con tus propias armas te vengas a sacar el alma, y que vengas a granjear favores para quien tan poco caso hizo de los tuyos! y así pasaba la vida con tan grave tormento, que si con la vista de mi don Félix no se remediara, no pudiera dejar de perderla. Más de dos meses me encubrió Celia lo que me quería, aunque no de manera que no viniese a entendedello, de que no recibí poco alivio para el mal que tan importunamente me seguía, por parecerme que sería bastante causa para que don Félix no fuese querido, y que podría ser le acaeciese como a muchos, que fuerza de desfavores los derriba de su pensamiento. Mas no le acaeció así a don Félix, porque cuanto más entendía que su dama le olvidaba, tanto mayores ansias le sacaban el alma. Y así vivía la más triste vida que nadie podría imaginar, de la cual no me llevaba yo la menor parte. Y para remedio desto sacaba la triste de Felismena a fuerza de brazos los favores de la señora Celia, poniéndolos ella todas las veces que por mí se los enviaba a mi cuenta. Y si acaso por otro criado suyo la enviaba algún recaudo, era tan mal recibido, que ya él estaba sobre aviso de no enviar a otro allá, sino a mí, por tener entendido lo mal que le sucedía, siendo de otra manera: y a mí, Dios sabe si me costaba lágrimas, porque fueron tantas las que yo delante de Celia derramé, suplicándole no tratase mal a quien tanto la quería, que bastaba esto para que don Félix me tuviera la mayor obligación que nunca hombre tuvo a mujer. A Celia le llegaban al alma mis lágrimas, así porque yo las derramaba, como por parecerle que si yo la quisiera lo que a su amor debía, no solicitara con tanta diligencia favores para otro: y así lo decía ella muchas veces, con una ansia que parecía que el alma se le quería despedir. Yo vivía en la mayor confusión del mundo, porque tenía entendido que si no mostraba quererla como a mí, me ponía a riesgo que Celia volviese a los amores de don Félix, y que volviendo a ellos, los míos no podrían haber buen fin: y si también fingía estar perdida por ella, sería causa que ella desfavoreciese a mi don Félix, de manera que a fuerza de desfavores perdiese el contentamiento y tras él la vida. Y por estorbar la menor cosa destas diera yo cien mil de las mías, si tantas tuviera. Deste modo se pasaron muchos días que le servía de tercera, a grandísima costa de mi contentamiento, al cabo de los cuales los amores de los dos iban de mal en peor, porque era tanto lo que Celia me quería, que la gran fuerza de amor la hizo faltar a lo que debía a sí misma. Y un día después de haberla llevado y traído muchos recaudos, y de haberle yo fingido algunos, por no ver triste a quien tanto quería, estando suplicando a la señora Celia que se doliese de tan triste vida como don Félix a

causa suya pasaba, y que mirase que no favorecelle iba contra lo que a sí misma debía: lo cual yo hacía por verle tal, que no esperaba otra cosa sino la muerte, del gran mal que su pensamiento le hacía sentir. Ella con lágrimas en los ojos y muchos suspiros me respondió: ¡Desdichada de mí, oh Valerio, que en fin acabo de entender cuan engañada vivo contigo! No creía yo hasta ahora que me pedías favores para tu señor, sino por gozar de mi vista el tiempo que gastabas en pedírmelos: mas ya conozco que los pides de veras, y que pues gustas de que yo ahora lo trate bien, sin duda no debes quererme. ¡Oh cuan mal me pagas lo que yo te quiero, y lo que por ti dejo de querer! ¡Plega a Dios que el tiempo me venga de ti, pues el amor no ha sido parte para ello! Que no puedo yo creer que la fortuna me sea tan contraria, que no te dé el pago de no habella conocido. Y di a tu señor don Félix, que si viva me quisiere ver, no me vea: y tú, traidor, enemigo de mi descanso, no parezcas más delante destes cansados ojos, pues sus lágrimas no han sido parte para darte a entender lo mucho que me debes. Y con esto se me quitó delante con tantas lágrimas, que las mías no fueron parte para detenella; porque con grandísima priesa se metió en un aposento, y cerrando tras sí la puerta, ni bastó llamar suplicándola con mis amorosas palabras que me abriese y tomase de mí la satisfacción que fuese servida, ni decille otras muchas cosas, en que la mostraba la poca razón que había tenido de enojarse, para que quisiese abrirme. Mas antes desde allá adentro me dijo, con una furia extrañable: Ingrato y desagradecido Valerio, el más que mis ojos pensaron, ver, no me veas, ni me hables, que no hay satisfacción para tan gran desamor, ni quiero otro remedio para el mal que me hiciste, sino la muerte, la cual yo con mis propias manos tomaré en satisfacción de lo que tú mereces; y yo viendo esto, me vine a casa de mi don Félix, con más tristeza de la que pude disimular, y le dije que no Había podido hablar a Celia, por cierta visita en que estaba ocupada. Mas otro día de mañana supimos, y aun se supo en toda la ciudad, que aquella noche le había tomado un desmayo, con que había dado el alma, que no poco espanto puso en toda la corte. Pues lo que don Félix sintió su muerte, y cuánto le llegó al alma, no se puede decir, ni hay entendimiento humano que alcanzallo pueda: porque las cosas que decía, las lástimas, las lágrimas, los ardientes suspiros eran sin número. Pues de mí no digo nada, porque de una parte la desastrada muerte de Celia me llegaba al ánimo, y de otra las lágrimas de don Félix me traspasaban el corazón: aunque esto no me fue nada, según lo que después sentí: porque como don Félix supo su muerte, la misma noche desapareció de casa, sin que criado suyo ni otra persona supiese del. Ya veis, hermosas ninfas, lo que yo sentiría, pluguiera a Dios que yo fuera la muerta, y no me

sucediera tan gran desdicha, que cansada debía estar la fortuna de las de hasta allí. Pues como no bastase la diligencia que en saber del mi don Félix se puso, que no fue pequeña, yo determiné ponerme en este hábito en que veis, en el cual ha más de dos años que he andado buscándole por muchas partes, y mi fortuna me ha estorbado hallarle, aunque no le debo poco, pues me ha traído a tiempo que este pequeño servicio pudiese hacerlos. Y creedme, hermosas ninfas, que lo tengo después de la vida de aquel en quien puse toda mi esperanza, por el mayor contento que en ella pudiera recibir. Cuando las ninfas acabaron de oír a la hermosa Felismena, que entendieron que era mujer tan principal, y el amor la había hecho dejar su hábito natural y tomar el de pastora, quedaron tan espantadas de su firmeza, como del gran poder de aquel tirano, que tan absolutamente se hace servir de tantas libertades. Y no pequeña lástima tuvieron de ver las lágrimas y los ardientes suspiros con que la hermosa doncella solenizaba la historia de sus amores. Pues Dorida, a quien más había llegado al alma el mal de Felismena, y más aficionada le estaba que a persona a quien toda su vida hubiese conversado, tomó la mano de respondelle, y comenzó a hablar desta manera: ¿Qué haremos, hermosa señora, a los golpes de la fortuna? ¿qué casa fuerte habrá donde la persona pueda estar segura de las mudanzas del tiempo? ¿qué arnés hay tan fuerte, de tan fino acero, que pueda a nadie defender de las fuerzas de este tirano, que tan injustamente se llama amor? ¿qué corazón hay, aunque más duro sea que mármol, que un pensamiento enamorado no le ablande? No es por cierto esa hermosura, no ese valor, no esa discreción para que merezca ser olvidada de quien una vez pueda vella; pero estamos a tiempo, que merecer la cosa es principal parte para no alcanzalla. Y es el crudo amor de condición tan extraña, que reparte sus contentamientos sin orden ni concierto alguno, y allí da mayores cosas donde en menos son estimadas. Medicina podría ser para tantos males como son los de que este tirano es causa, la discreción y valor de la persona que los padece. ¿Pero a quién la deja él tan libre, que le pueda aprovechar para remedio? ¿o quién podrá tanto consigo en semejante pasión, que en causas ajenas sepa dar consejo, cuanto más tomalle en las suyas propias? Mas con todo eso, hermosa señora, te suplico pongas delante los ojos quién eres, que si las personas de tanta suerte y valor como tú no bastaren a sufrir sus adversidades, ¿cómo las podrán sufrir las que no lo son? Y demás desto, de parte destas ninfas y de la mía te suplico, en nuestra compañía te vayas en casa de la gran sabia Felicia, que no es tan lejos de aquí, que mañana a estas horas no estemos allá, donde tengo por averiguado que hallarás grandísimo remedio, como lo han hallado muchas personas que no lo

merecían. Demás de su ciencia, a la cual persona humana en nuestros tiempos no se halla que pueda igualar, su condición y bondad no menos la engrandece, y hace que todas las del mundo deseen su compañía. Felismena respondió: No sé, hermosas ninfas, quién a tan grave mal pueda dar remedio, si no fuese el propio que lo causa: mas con todo eso no dejaré de hacer vuestro mandado, que pues vuestra compañía es para tan gran alivio, injusta cosa sería desechar el consuelo en tiempo que tanto lo he menester. No me espanto yo, dijo Cintia, sino cómo don Félix en el tiempo que le servías no te conoció en ese hermoso rostro, y en la gracia y el mirar de tan hermosos ojos. Felismena entonces respondió: Tan apartada tenía la memoria de lo que en mí había visto, y tan puesta en lo que veía en su señora Celia, que no había lugar para ese conocimiento. Y estando en esto oyeron cantar los pastores que en compañía de la discreta Selvagia iban por una cuesta abajo, los más antiguos cantares que cada uno sabía, o que su mal le inspiraba, y cada cual buscaba el villancico que más hacía a su propósito. Y el primero que comenzó a cantar fue Silvano, el cual cantó lo siguiente:

*Desdeñado soy de amor,
guárdeos Dios de tal dolor.*

Soy del amor desdeñado,
de fortuna perseguido,
ni temo verme perdido,
ni aun espero ser ganado:
un cuidado a otro cuidado
me añade siempre el amor,
guárdeos Dios de tal dolor.

En quejas me entretenía,
ved qué triste pasatiempo!
imaginaba que un tiempo
tras otro tiempo venía:
mas la desventura mía
mudóse en otro peor,
guárdeos Dios de tal dolor.

Selvagia, que no tenía menos amor o menos presunción de tenelle al su Alanio, que Silvano a la hermosa Diana, ni tampoco se tenía por menos agraviada por la mudanza que en sus amores había hecho, que Silvano en haber tanto perseverado en su daño, mudando el primero verso a este villancico pastoril antiguo, lo comenzó a cantar, aplicándolo a su propósito desta manera:

Di quién te ha hecho, pastora,
sin gasajo y sin placer,
que tú alegre solías ser?

Memoria del bien pasado
en medio del mal presente,
ay del alma que lo siente,
si está mucho en tal estado:
después que el tiempo ha mudado
a un pastor por me ofender,
jamás he visto placer.

A Sireno bastara la canción de Selvagia para dar a entender su mal, si ella y Silvano se lo consintieran; mas persuadiéndole que él también eligiese alguno de los cantares que más a su propósito hubiese oído, comenzó a cantar lo siguiente:

*Olvidástesme, señora,
mucho más os quiero ahora.*

Sin ventura y olvidado
me veo, no sé por qué,
ved a quién distes la fe,
y de quién la habéis quitado:
él no os ama, siendo amado:
yo desamado, señora,
mucho más os quiero ahora.

Paréceme que estoy viendo
los ojos en que me vi,
y vos por no verme a mí
el rostro estáis escondiendo,
y que yo os estoy diciendo:
Alza los ojos, señora,
que muy más os quiero ahora.

Las ninfas estuvieron muy atentas a las canciones de los pastores, y con gran contentamiento de oírlos; mas a la hermosa pastora no la dejaron los suspiros estar ociosa en cuanto los pastores cantaban. Llegados que fueron a la fuente y hecho su debido acatamiento, pusieron sobre la yerba la mesa y lo que del aldea habían traído, y se asentaron luego a comer aquellos a quien sus pensamientos les daban lugar, y los que no, importunados de los que más libres se sentían, lo hubieron de hacer. Y después de haber comido, Polidora dijo así: Desamados pastores (si es lícito llamaros el nombre que a vuestro pesar la fortuna os ha puesto) el remedio de vuestro mal está en manos de la discreta Felicia, a la cual dio naturaleza lo que a nosotros ha negado; y pues veis lo que os importa ir a visitarla, pidoos de parte destas ninfas, a quien tanto servicio habéis hecho, que no rehuséis nuestra compañía, pues no de otra manera podéis recibir el premio de vuestro trabajo, que lo mismo hará esta pastora, la cual no menos que vosotros lo ha menester. Y tú, Sireno, que de un tiempo tan dichoso te ha traído la fortuna a otro, no te desconsueles, que

si tu dama tuviese tan cerca el remedio de la mala vida que tiene, como tú de lo que ella te hace pasar, no sería pequeño alivio para los disgustos y desabrimientos que yo sé que pasan cada día. Sireno respondió: Hermosa Polidora, ninguna cosa me da la hora de ahora mayor descontento que haberse Diana vengado de mí tan a costa suya; porque amar ella a quien no la tiene en lo que merece, y estar por fuerza en su compañía, ya veis lo que debe costar; y buscar yo remedio a mi mal, hacerlo había si el tiempo o la fortuna me lo permitiese; mas veo que todos los caminos son tomados, y no sé por dónde tú y esas ninfas pensáis llevarme a buscarle. Pero sea como fuere, nosotros os seguiremos, y creo que Silvano y Selvagia harán lo mismo, si no son de tan mal conocimiento que no entiendan la merced que a ellos y a mí se nos hace. Y remitiéndose los pastores a lo que Sireno había respondido, y encomendando sus ganados a otros que no muy lejos estaban de allí hasta la vuelta, se fueron todos juntos por donde las tres ninfas los guiaban.



LIBRO TERCERO

Con muy gran contentamiento caminaban las hermosas ninfas con su compañía por medio de un espeso bosque: ya que el sol se quería poner salieron a un hermoso valle, por medio del cual iba un impetuoso arroyo, de una parte y otra adornado de muy espesos salces y alisos, entre los cuales había otros muchos géneros de árboles más pequeños, que enredándose a los mayores y entretejiéndose las doradas flores de los unos por entre las verdes ramas de los otros, daban con su vista gran contentamiento. Las ninfas y pastores tomaron una senda que por entre el arroyo y la hermosa arboleda se hacía, y no anduvieron mucho espacio cuando llegaron a un verde prado muy espacioso, donde estaba un muy hermoso estanque de agua, del cual procedía el arroyo que por el valle con gran ímpetu corría. En medio del estanque estaba una pequeña isleta, adonde había algunos árboles, por entre los cuales se divisaba una choza de pastores; alrededor della andaba un rebaño de ovejas paciando la verde yerba. Pues como a las ninfas pareciese aquel lugar aparejado para pasar la noche, que ya muy cerca venía, por unas piedras que del prado a la isleta estaban por medio del estanque puestas en orden, pasaron todas y se fueron derechas a la choza que en la isleta parecía. Y como Polidora entrando primero dentro se adelantase un poco, aun no hubo entrado cuando con gran priesa volvió a salir, y volviendo el rostro a su compañía, puso un dedo encima de su hermosa boca, haciéndoles señas que entrasen sin ruido. Pues como aquello viesan las ninfas y los pastores y pastoras, con el menor rumor que pudieron entraron en la choza siguiéndola, y mirando a una parte y a otra vieron a un rincón un lecho, no de otra cosa sino de los ramos de aquellos salces que en torno de la choza estaban, y de la verde yerba que junto al

estanque se criaba, encima de la cual vieron una pastora durmiendo, cuya hermosura no menos admiración les puso, que si la hermosa Diana vieran delante de sus ojos. Tenía una saya azul clara, un jubón de una tela tan delicada, que mostraba la perfección y compás del blanco pecho, porque el sayuelo que del mismo color de la saya era, le tenía suelto, de manera que aquel agracioso bulto se podía bien divisar. Tenía los cabellos, que más rubios que el sol parecían, sueltos y sin orden alguna: mas nunca orden tanto adornó hermosura, como la desorden que ellos tenían, y con el descuido del sueño el blanco pié descalzo fuera de la saya se le parecía, mas no tanto, que a los ojos de los que lo miraban pareciese deshonesto. Y según parecía por muchas lágrimas que aún durmiendo por sus hermosas mejillas derramaba, no le debía el sueño impedir sus tristes imaginaciones. Las ninfas y pastoras estaban tan admiradas de su hermosura y de la tristeza que en ella conocían, que no sabían qué decir, sino derramar lágrimas de piedad, de las que a la hermosa pastora vían derramar; la cual estando ellos mirando volvió hacia un lado, diciendo con un suspiro que del alma le salía: ¡Ay desdichada de ti, Belisa, que no está tu mal en otra cosa sino en valer tan poco tu vida, que con ella no puedas pagar las que por causa tuya son perdidas! Y luego con tan gran sobresalto despertó, que pareció tener el fin de sus días presente: mas como viese las tres ninfas y las dos hermosas pastoras juntamente con los dos pastores, quedó tan espantada, que estuvo un rato sin volver en sí: volviendo a mirallos sin dejar de derramar muchas lágrimas, ni poner silencio a los ardientes suspiros que del lastimado corazón enviaba, comenzó a hablar desta manera: Muy gran consuelo será para tan desconsolado corazón como este mío, estar seguro de que nadie con palabras ni con obras pretendiese dármele, porque la gran razón ¡oh hermosas ninfas! que tengo de vivir tan envuelta en tristezas como vivo, ha puesto enemistad entre mí y el consuelo de mi mal; de manera que si pensase en algún tiempo tenerle, yo misma me daría la muerte. Y no os espantéis prevenirme yo deste remedio, pues no hay otro para que me deje de agraviar del sobresalto que recibí en veros en esta choza, lugar aparejado no para otra cosa, sino para llorar males sin remedio. Y esto sea aviso para que cualquiera que a su tormento le esperare, se salga del, porque infortunios de amor le tienen cercado de manera que jamás dejan entrar aquí alguna esperanza de consuelo. ¿Mas qué ventura ha guiado tan hermosa compañía a do jamás se vio cosa que diese contento? ¿quién pensáis que hace crecer la verde yerba desta isla y acrecentar las aguas que la cercan sino mis lágrimas? ¿quién pensáis que menea los árboles deste hermoso valle sino la voz de mis suspiros tristes, que inflamando el aire hacen aquello que él por sí

no haría? ¿por qué pensáis que cantan los dulces pájaros por entre las matas cuando el dorado Febo está en toda su fuerza sino para ayudar a llorar mis desventuras? ¿a qué pensáis que las temerosas fieras salen al verde prado sino a oír mis continuas quejas? ¡Ay hermosas ninfas! no quiera Dios que os haya traído a este lugar vuestra fortuna para lo que yo vine a él, porque cierto parece, según lo que en él paso, no habelle hecho naturaleza para otra cosa sino para que en él pasen su triste vida los incurables de amor. Por eso si alguna de vosotras lo es, no pase más adelante, y si no lo es, váyase presto de aquí, porque no sería mucho que la naturaleza del lugar le hiciese fuerza. Con tantas lágrimas decía esto la hermosa pastora, que no había ninguno de los que allí estaban que las suyas detener pudiese. Todos estaban espantados de ver el espíritu que con el rostro y movimientos daba a lo que decía, que cierto bien parecían sus palabras salidas del alma. Y no se sufría menos que esto, porque el triste suceso de sus amores quitaba la sospecha de ser fingido lo que mostraba. Y la hermosa Dorida le habló desta manera: Hermosa pastora, ¿qué causa ha sido la que tu gran hermosura ha puesto en tal extremo? ¿qué mal tan extraño te pudo hacer amor, que haya sido parte para tantas lágrimas, acompañadas de tan triste y sola vida, como en este lugar debes hacer? Mas qué pregunto yo? pues en verte quejosa de amor me dices más de lo que yo preguntarte puedo. Quisístete asegurar cuando aquí entramos de que nadie te consolase: no te pongo culpa, que oficio es de personas tristes, no solamente aborrecer el consuelo, mas aun a quien piensa que por alguna vía puede dársele. Decir que yo podría darle a tu mal, ¿qué aprovecha si él mismo no te da licencia que me creas? Decir que te aproveches de tu juicio y discreción, bien sé que no lo tienes tan libre que puedas hacello. ¿Pues qué podría yo hacer para darte algún alivio si tu determinación me ha de salir al encuentro? De una cosa puedes estar certificada, y es, que no habría remedio en esta vida para que la tuya no fuese tan triste que yo dejase de dártelo si en mi mano fuese. Y si esta voluntad alguna cosa merece, yo te pido de parte de los que presentes están y de la mía, la causa de tu mal nos cuentes, porque algunos de los que en mi compañía vienen están con tan gran necesidad de remedio y los tiene amor en tanto estrecho, que si la fortuna no los socorre, no sé qué será de sus vidas. La pastora, que desta manera vio hablar a Dorida, saliéndose de la choza y tomándola por la mano, la llevó cerca de una fuente que en un verde pradecillo estaba, no muy apartado de allí, y las ninfas y los pastores se fueron tras ellas, y juntos se asentaron en torno de la fuente, habiendo el dorado Febo dado fin a su jornada, y la nocturna Diana principio a la suya con

tanta claridad como si medio día fuera. Y estando de la manera que habéis oído, la hermosa pastora les comenzó a decir lo que oiréis:

Al tiempo ¡oh hermosas ninfas de la casta Diosa! que yo estaba libre de amor, oí decir una cosa, de que después me desengañó la experiencia, hallándola muy al revés de lo que me certificaban: decíanme que no había mal que decillo no fuese algún alivio para el que lo padecía, y hallo que no hay cosa que más mi desventura acreciente, que pasalla por la memoria y contalla a quien libre de ella se ve, porque si yo otra cosa entendiese, no me atrevería a contaros la historia de mis males; pero pues que es verdad, que contárosla no será causa alguna de consuelo a mi desconsuelo, que son las dos cosas que de mí son aborrecidas, estad atentas y oiréis el mal desastrado caso que jamás en amor ha sucedido.

No muy lejos de este valle, hacia la parte donde el sol se pone, está una aldea en medio de una floresta, cercada de dos ríos, que con sus aguas riegan los árboles amenos, cuya espesura es tanta, que desde la una casa la otra no se parece. Cada una de ellas tiene su término redondo, adonde los jardines en verano se visten de olorosas flores, demás de la abundancia de la hortaliza que allí naturaleza produce, ayudada de la industria de los moradores, los cuales son de los que en la gran España llaman libres, por la antigüedad de sus casas y linajes. En este lugar nació la desdichada Belisa (que este nombre saqué de la pila, adonde pluguiera a Dios dejara el ánima). Aquí, pues, vivía un pastor de los principales en hacienda y linaje que en toda esta provincia se hallaba, cuyo nombre era Arsenio, el cual fue casado con una zagala la más hermosa de su tiempo: mas la presurosa muerte, o porque los hados lo permitieron, o por evitar otras muchas que su hermosura pudiera causar, le cortó el hilo de la vida pocos años después de casada. Fue tanto lo que Arsenio sintió la muerte de su amada Florinda, que estuvo muy cerca de perder la vida; pero consolábase con un hijo que le quedaba, llamado Arsileo, cuya hermosura fue tanta que competía con la de Florinda, su madre. Y con todo eso Arsenio vivía la más sola y triste vida que nadie podía imaginar; pues viendo su hijo ya en edad conveniente para ponerle en algún ejercicio virtuoso, teniendo entendido que la ociosidad en los mozos es maestra de vicios y enemiga de virtudes, determinó de envialle a la Academia Salmantina con intención que se ejercitase en aprender lo que a los hombres sube a mayor grado que de hombres, y así lo hizo. Pues siendo ya quince años pasados que su mujer era muerta, saliendo yo un día con otras vecinas al mercado que en nuestro lugar se hacía, el desdichado Arsenio me vio, y por su mal, y aun por el mío y de su desdichado hijo. Esta vista causó en él tan grande amor, como

de allí adelante se padeció. Y esto me dio él a entender muchas veces que, agora en el campo yendo a llevar de comer a los pastores, agora yendo con mis paños al río, agora por agua a la fuente, se hacía enconradizo conmigo. Yo que de amores en aquel tiempo sabía poco, aunque por oídas alcanzase alguna cosa de sus desvariados efetos, unas veces hacía que no lo entendía, y otras lo echaba en burlas, y otras me enojaba de vello tan importuno; mas ni mis palabras bastaban a defenderme de él, ni el grande amor que él me tenía le daba lugar a dejar de seguirme. Y de esta manera se pasaron más de cuatro años que ni él dejaba su porfía, ni yo podía acabar conmigo de dalle el más pequeño favor de la vida. A este tiempo vino si desdichado de su hijo Arsileo del estudio, el cual entre otras ciencias que había estudiado, había florecido de tal manera en la Poesía y en la Música, que a todos los de su tiempo hacía ventaja. Su padre se alegró tanto con él, que no hay quien lo pueda encarecer, y con gran razón, porque Arsileo era tal, que no sólo de su padre, que como a hijo debía amalle, mas de todos los del mundo merecía ser amado. Y así en nuestro lugar era tan querido de los principales de él y del común, que no se trataba entre ellos sino de la discreción, gracia, gentileza y otras buenas partes de que su mocedad era adornada. Arsenio se encubría de su hijo, de manera que por ninguna vía pudiese entender sus amores; y aunque Arsileo algún día le viese triste, nunca echó de ver la causa, mas antes pensaba que eran reliquias que de la muerte de su madre le habían quedado. Pues deseando Arsenio, como su hijo fuese tan excelente poeta, de haber de su mano una carta para enviarme, y por hacerlo de manera que él no sintiese para quién era, tomó por remedio descubrirse a un grande amigo suyo, natural de nuestro pueblo, llamado Argasto, rogándole encarecidamente, como cosa que para sí había menester, pidiese a su hijo Arsileo una carta hecha de su mano, y que le dijese que era para enviar lejos de allí a una pastora a quien servía, y no le quería acetar por suyo: y así le dijo otras cosas que en la carta había de decir de las que más hacían a su propósito. Argasto puso tal diligencia, que hubo de Arsileo la carta, importunado de sus ruegos, de la misma manera que el otro pastor la pidió. Pues como Arsenio la viese muy al propósito de lo que él deseaba, tuvo manera como viniese a mis manos, y por ciertos medios que de su parte hubo, yo la recibí, aunque contra mi voluntad, y vi que decía de esta manera:

CARTA DE ARSENIO

Pastora, cuya ventura
Dios quiera que sea tal,

que no venga a emplearse mal
tanta gracia y hermosura,
y cuyos mansos corderos
y ovejuelas almagradas
veas crecer a manadas
por cima destes oteros,
Oye a un pastor desdichado,
tan enemigo de sí,
cuanto en perderse por ti
se halla bien empleado:
vuelve tus sordos oídos,
ablanda tu condición,
y pon ya ese corazón
en manos de los sentidos.
Vuelve esos crueles ojos
a este pastor desdichado,
descuídate del ganado,
piensa un poco en mis enojos,
haz ora algún movimiento,
y deja el pensar en al,
no de remediar mi mal,
mas de ver cómo lo siento.
¿Cuántas veces has venido
al campo con tu ganado;
y cuántas veces al prado
los corderos has traído,
que no te diga el dolor,
que por ti me vuelve loco?
mas váleme esto tan poco,
que encubrillo es lo mejor.
¿Con qué palabras diré
lo que por tu causa siento?
o con qué conocimiento
se conocerá mi fe?
qué sentido bastará,
aunque yo mejor lo diga,
para sentir la fatiga
que a tu causa amor me da?
Por qué te escondes de mí?
pues conoces claramente,
que estoy cuando estoy presente,
muy más ausente de ti:
cuanto a mí por suspenderme,
estando donde tú estés,
cuanto a ti porque me ves,
y estás muy lejos de verme.
Sábesme también mostrar,
cuando engañarme pretendes,
al revés de lo que entiendes,
que al fin me dejo engañar.
¡Mira si hay que querer más,
o hay de amor más fundamento,
que vivir mi entendimiento

con lo que a entender le das!
Mira el extremo en que esto,
viendo mi bien tan dudoso,
que vengo a ser envidioso
de cosas menos que yo:
al ave que lleva el viento,
al pece en la tempestad,
por sola su libertad
daré yo mi entendimiento.
Veo mil tiempos mudados,
cada día hay novedades,
múdanse las voluntades,
reviven los olvidados:
en toda cosa hay mudanza,
y en ti no la vi jamás,
y en esto sólo verás
cuan en balde es mi esperanza.
Pasabas el otro día
por el monte repastando,
y suspiré imaginando
que en ello no te ofendía:
al suspiro alzó un cordero
la cabeza lastimado,
y arrojástele el cayado,
ved qué corazón de acero!
¿No podrías, te pregunto,
tras mil años de matarme,
sólo un día remediarme,
o si es mucho, un solo punto?
Hazlo, por ver cómo pruebo,
o por ver si con favores
trato mejor los amores,
después mátame de nuevo.
Deseo mudar estado,
no de amor a desamor,
mas de dolor a dolor,
y todo en un mismo grado;
y aunque fuese de una suerte
el mal cuanto a la sustancia,
que en sola la circunstancia
fuese más o menos fuerte;
Que podría ser, señora,
que una circunstancia nueva
te diese de amor más prueba,
que te ha dado hasta ahora:
y a quien no le duele un mal,
ni ablanda un firme querer
podrále quizá doler
otro que no fuese tal.
Vas al río, vas al prado,
y otras veces a la fuente,
yo pienso muy diligente,
si es ya ida o si ha tornado:

si se enojará si voy,
si se burlará si quedo;
todo me lo estorba el miedo,
ved el extremo en que estoy.

A Silvia tu gran amiga
vo a buscar medio mortal,
por si a dicha de mi mal
le has dicho algo, me lo diga:
mas como no habla en ti,
digo, que esta cruda fiera
no dice a su compañera
ninguna cosa de mí.

Otras veces acechando
de noche te veo estar,
con gracia muy singular,
mil cantarcillos cantando:
pero buscas los peores,
pues los oigo uno a uno,
y jamás te oigo ninguno
que trate cosas de amores.

Vite estar el otro día
hablando con Madalena,
contábate ella su pena,
ojalá fuera la mía:
pensó que de su dolor
consolaras a la triste,
y riendo, respondiste:
Es burla, no hay mal de amor.

Tú la dejaste llorando,
yo lleguéme luego allí,
quejóseme ella de ti,
respondíle suspirando:
No te espantes desta fiera,
porque no está su placer
en sólo ella no querer,
mas en que ninguna quiera.

Otras veces te veo yo
hablar con otras zagalas,
todo es en fiestas y galas,
en quien bien o mal bailó:
fulana tiene buen aire,
fulano es zapateador,
si te tocan en amor,
échaslo luego en donaire.

Pues guarte, y vive con tiento,
que de amor y de ventura
no hay cosa menos segura
que el corazón más exento:
y podría ser así,
que el crudo amor te entregase
a pastor que te tratase
como me tratas a mí.

Mas no quiera Dios que sea,

si ha de ser a costa tuya,
y mi vida se destruya
primero que en tal te vea;
que un corazón que en mi pecho
está ardiendo en fuego extraño,
más temor tiene a tu daño,
que respeto a su provecho.

Con grandísimas muestras de tristeza, y de corazón muy de veras lastimado, relataba la pastora Belisa la carta de Arsenio, o por mejor decir, de Arsileo su hijo, reparando en muchos versos, y diciendo algunos de ellos dos veces, y a otros volviendo los ojos al cielo, con una ansia que parecía que el corazón se le arrancaba. Y prosiguiendo la historia triste de sus amores, les decía: Esta carta, oh hermosas ninfas, fue principio de todo el mal del triste que la compuso, y fin de todo el descanso de la desdichada a quien se escribió; porque habiéndola yo leído, por cierta diligencia que en mi sospecha me hizo poner, entendí que la carta había procedido más del entendimiento del hijo, que de la afición del padre. Y porque el tiempo se llegaba en que el amor me había de tomar cuenta de la poca que hasta entonces de sus efectos había hecho, o porque en fin había de ser, yo me sentí un poco más blanda que antes, y no tan poco que no diese lugar a que amor tomase posesión de mi libertad. Y fue la mayor novedad que jamás nadie vio en amores lo que este tirano hizo en mí, pues no tan solamente me hizo amar a Arsileo, mas aun a Arsenio su padre. Verdad es, que al padre amaba yo por pagarle en esto el amor que me tenía, y al hijo por entregarle mi libertad, como desde aquella hora se la entregué. De manera, que al uno amaba por no ser ingrata, y al otro por no ser más en mi mano. Pues como Arsenio me sintiese más blanda, cosa que tantos días había que deseaba, no hubo cosa en la vida que no la hiciese por darme contento; porque los presentes eran tantos, las joyas y otras muchas cosas, que a mí me pesaba verme puesta en tanta obligación. Con cada cosa que me enviaba venía un recaudo tan enamorado como él lo estaba. Yo le respondía, no le mostrando señales de grande amor, ni tampoco el alma tan esquiva como solía. Mas el amor de Arsileo cada día se arraigaba más en mi corazón, y de manera me ocupaba los sentidos, que no dejaba en mi ánimo lugar alguno que estuviese ocioso. Sucedió, pues, que una noche del verano, estando en conversación Arsenio y Arsileo con algunos vecinos suyos debajo de un fresno muy grande, que en una plazuela estaba de frente de mi posada, comenzó Arsenio a loar mucho el cantar y tañer de su hijo Arsileo, por dar ocasión a que los que con él estaban le rogasen que enviase por una arpa a casa, y que allí tañese y cantase, porque estaba en parte que yo por fuerza había de gozar de la música. Y como él lo pensó, así le vino a suceder, porque

siendo de los presentes importunado, enviaron por la arpa, y la música se comenzó. Cuando yo oí a Arsileo, y sentí la melodía con que tañía, la soberana gracia con que cantaba, luego estuve al cabo de lo que podía ser, entendiendo que su padre me quería dar música, y enamorarme con las gracias del hijo. Y dije entre mí: Ay, Arsenio, que no menos te engañas en mandar a tu hijo que cante para que yo le oiga, que enviarme carta escrita de su mano. A lo menos si lo que delio te ha de suceder tú supieses, bien podrías amonestar de hoy más a todos los enamorados, que ninguno fuese osado de enamorar a su dama con gracias ajenas; porque algunas veces suele suceder enamorarse más la dama del que tiene la gracia, que del que se aprovecha de ella no siendo suya. A este tiempo el mi Arsileo, con una gracia nunca oída, comenzó a cantar estos versos:

SONETO

En este claro sol que resplandece,
en esa perfección sobre natura,
en esa alma gentil, esa figura,
que alegra nuestra edad, y la enriquece.
Hay luz que ciega, rostro que enmudece,
pequeña piedad, gran hermosura,
palabras blandas, condición muy dura,
mirar que alegra, y vista que entristece.
Por eso estoy, señora, retirado,
por eso temo ver lo que deseo,
por eso paso el tiempo en contemplarte.
Extraño caso, efeto no pensado,
que vea el mayor bien quando te veo,
y tema el mayor mal si vo a mirarte.

Después que hubo cantado el soneto que os he dicho, comenzó a cantar esta canción, con gracia tan extremada, que a todos los que lo oían tenía suspensos, y a la triste de mí más presa de sus amores, que nunca nadie lo estuvo.

Alcé los ojos por veros,
bajélos después que os vi,
porque no hay pasar de allí,
ni Otro bien sino quereros.
Qué más gloria que miraros,
si os entiende el que os miró?
porque nadie os entendió
que canse de contemplaros:
y aunque no pueda entenderos
como yo no os entendí,
estará fuera de sí,

cuando no muera por veros.
Si mi pluma otras loaba,
ensayóse en lo menor,
pues todas son borrador
de lo que en vos trasladaba,
y si antes de quereros
por otra alguna escribí,
creed que no es porque la vi,
mas porque esperaba veros.
Mostróse en vos tan sutil
naturaleza, y tan diestra,
que una sola facción vuestra
hará hermosas cien mil:
la que llega a pareceros
en lo menos que en vos vi,
ni puede pasar de allí,
ni el que os mira sin quereros.
Quien ve cual os hizo Dios,
y ve otra muy hermosa,
parece que ve una cosa,
que en algo quiso ser vos:
mas si os ve como ha de veros,
y como, señora, os vi
no hay comparación allí,
ni gloria sino quereros.

No fue solo esto lo que Arsileo aquella noche al son de su arpa cantó. Así como Orfeo al tiempo que fue en demanda de su ninfa Eurídice, con el suave canto enternecía las furias infernales, suspendiendo por gran espacio la pena de los dañados; así el malogrado mancebo Arsileo suspendía y ablandaba, no solamente los corazones de los que presentes a la música estaban, mas aun a la desdichada Belisa, que desde una azotea alta de mi posada le estaba con grande atrevimiento oyendo. Y así agradaba al cielo, estrellas, y a la clara luna que entonces en su vigor y fuerza estaba, que en cualquier parte que yo entonces ponía los ojos, parece que me amonestaba que le quisiese más que a mi vida. Mas no era menester amonestármelo nadie, porque si hasta entonces de todo el mundo fuera señora, me parecía muy poco para ser suya. Y desde allí propuse de tenelle encubierta esta voluntad lo menos que yo pudiese. Toda aquella noche estuve pensando qué modo ternía en descubrielle mi mal, de suerte que la vergüenza no recibiese daño; aunque cuando esto no hallara, no me estorbara el de la muerte. Y como cuando ella ha de venir, las ocasiones tengan tan gran cuidado de quitar los medios que podrían impedilla, el otro día adelante, con otras doncellas mis vecinas, me fue forzado ir a un bosque espeso, en medio del cual había una clara fuente, adonde las más de las siestas llevábamos las vacas, así porque paciesen, como para que venida la sabrosa y fresca tarde, cogiésemos la leche de aquel día siguiente, con que las

mantecas, natas y quesos se habían de hacer. Pues estando yo y mis compañeras sentadas en torno de la fuente, y nuestras vacas echadas a la sombra de los umbrosos y silvestres árboles de aquel soto, lamiendo los pequeñuelos becerrillos, que junto a ellas estaban tendidos, una de aquellas amigas mías, bien fuera y descuidada del amor que entonces a mí me hacía la guerra, importunó, so pena de jamás ser hecha cosa de que yo gustase, que tuviese por bien entretener el tiempo cantando una canción. No me valieron excusas, ni decilles que los tiempos y ocasiones no eran todos unos, para que dejase de hacer lo que con tanta instancia e importunaciones me rogaba, y al son de una zampoña, que la una dellas comenzó a tañer, yo triste comencé a cantar estos versos.

Pasaba amor su arco desarmado,
los ojos bajos, blando y muy modesto,
dejábame ya atrás muy descuidado.
Cuán poco espacio pude gozar esto!
Fortuna de envidiosa dijo luego:
Teneos, Amor, ¿por qué pasáis tan presto?
Volvió de presto a mí el niño ciego,
muy enojado en verse reprehendido,
que no hay reprehensión do está su fuego.
Estaba ciego Amor, mas bien me vido,
tan ciego le vea yo, que a nadie vea,
que así cegó mi alma y mi sentido.
Vengada me vea yo de quien desea
a todos tanto mal, que no consiente
un solo corazón que libre sea.
El arco armó el traidor muy brevemente,
no me tiró con jara enarbolada,
que luego puso en él su flecha ardiente.
Tomóme la fortuna desarmada,
que nunca suele amor hacer su hecho,
sino en la más exenta y descuidada.
Rompió con su saeta un duro pecho,
rompió una libertad jamás sujeta,
quedé rendida, y él muy satisfecho.
¡Ay, vida libre, sola y muy quieta!
¡Ay, prado visto con tus libres ojos!
Mal haya Amor, su arco y su saeta.
Seguid, Amor, seguidle sus antojos,
venid de gran descuido a un gran cuidado,
pasad de un gran descanso a mil enojos.
Veréis cuál queda un corazón cuitado,
que no ha mucho que estuvo sin sospecha
de ser de un tal tirano sojuzgado.
Ay, alma mía en lágrimas deshecha,
sabed sufrir, pues que mirar sufristes;
mas si fortuna quiso, qué aprovecha?
Ay, tristes ojos, si el llamaros tristes

no ofende en cosa alguna el que mirastes,
 dó está mi libertad? dó la pusistes?
 Ay, prados, bosques, selvas que criastes
 tan libre corazón como era el mío,
 por qué tan grave mal no le estorbastes?
 Oh presurado arroyo, y claro río,
 adonde beber suele mi ganado,
 invierno, primavera, otoño, estío,
 Por qué me has puesto, di, a tan mal recado?
 pues sólo en ti ponía mis amores,
 y en este valle ameno, y verde prado.
 Aquí burlaba yo de mis pastores,
 que burlarán de mí cuando supieren
 que comienzo a gustar de sus dolores.
 No son males de amor los que me hieren,
 que a ser de solo amor pasarlosía,
 como otros mil que en fin de amores mueren.
 Fortuna es quien me aflige y me desvía
 los medios, los caminos y ocasiones,
 para poder mostrar la pena mía.
 ¿Cómo podrá quien causa mis pasiones,
 si no las sabe, dar remedio a ellas?
 mas no hay amor do faltan sinrazones.
 A cuanto mal fortuna trae aquellas,
 que hace amar, pues no hay quien no le enfade,
 ni mar, ni tierra, luna, sol, ni estrellas.
 Sino a quien ama no hay cosa que agrade,
 todo es así, y así fui yo mezquina,
 a quien el tiempo estorba, y persuade.
 Cesad mis versos ya, que Amor se indina
 en ver cuan presto del me estoy quejando,
 y pido ya en mis males medicina.
 Quejad, mas ha de ser de cuando en cuando:
 ahora callad vos, pues veis que callo,
 y cuando veis que Amor se va enfadando,
 cesad, que no es remedio el enfadallo.

A las ninfas y pastores parecieron muy bien los versos de la pastora Belisa, la cual con muchas lágrimas decía, prosiguiendo la historia de sus males: No estaba muy lejos de allí Arsileo, cuando yo estos versos cantaba, que habiendo aquel día salido a caza, y estando en lo más espeso del bosque pasando la siesta, parece que nos oyó, y como hombre aficionado a la música, se fue su paso a paso entre una espesura de árboles que junto a la fuente estaba, porque allí mejor nos pudiese oír. Pues habiendo cesado nuestra música, él se vino a la fuente, cosa de que no poco sobresalto recibí. Y esto no es de maravillar, porque de la misma manera se sobresalta un corazón enamorado con un súbito contentamiento, que con una tristeza no pensada. Él se llegó donde estábamos sentadas, y nos saludó con todo el comedimiento posible y con toda la buena crianza que se puede imaginar; que

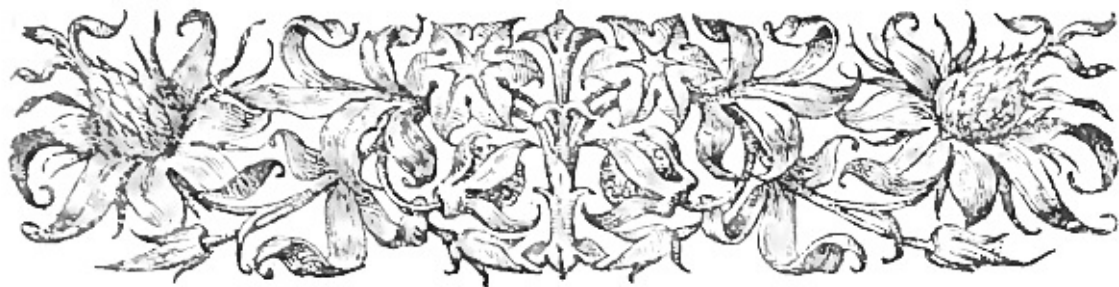
verdaderamente, hermosas ninfas, cuando me paro a pensar la discreción, gracia y gentileza del sin ventura Arsileo, no me parece que fueron sus hados y mi fortuna causa de que la muerte me lo quitase tan presto delante los ojos, mas antes fue no merecer el mundo gozar más tiempo de un mozo, a quien la naturaleza había dotado de tantas y tan buenas partes. Después que, como digo, nos hubo saludado, y tuvo licencia de nosotras, la cual muy comedidamente nos pidió para pasar la siesta en nuestra compañía, puso los ojos en mí, que no debiera, y quedó tan preso de mis amores, como después se pareció en las señales con que manifestaban su mal. ¡Desdichada de mí, que no hube menester yo miralle para quererle, que tan presa de sus amores estaba antes que le viese, como él estuvo después de haberme visto! Mas con todo esto alcé los ojos para mirarle al tiempo que él alzaba los suyos para verme: cosa que cada uno quisiera dejar de haber hecho; yo porque la vergüenza me castigó, y él, porque el temor no le dejó sin castigo. Y para disimular su nuevo mal, comenzó a hablarme en cosas bien diferentes de las que él me quisiera decir. Yo le respondí algunas dellas; pero más cuidado tenía yo entonces de mirar si en los movimientos del rostro o en la blandura de sus palabras mostraba señales de amor, que en respondelle a lo que me preguntaba. Ansí deseaba yo entonces velle suspirar, por me confiar en mi sospecha, como si no le quisiera más que a mí. Y al fin no deseaba ver en él alguna señal que no la viese, pues lo que con la lengua allí no pudo decir, con los ojos me lo dio bien a entender. Estando en esto, las dos pastoras que conmigo estaban, se fueron a ordeñar sus vacas, yo las rogué que me excusasen el trabajo con las mías, porque no me sentía buena. No fue menester rogárselo más, ni a Arsileo fue menester mayor ocasión para decirme su mal: y no sé si se engañó imaginando la ocasión porque yo quería estar sin compañía; pero sé que determinó de aprovecharse della. Las pastoras andaban ocupadas con sus vacas, atándolas sus mansos becerrillos a los pies, y dejándose ellas engañar de la industria humana como Arsileo, también nuevamente preso de amor, se dejaba ligar de manera que otro que la presurosa muerte no pudiera dalle libertad. Pues viendo yo claramente que cuatro o cinco veces había acometido el hablar, y le había salido muy en vano su acometimiento, porque el miedo de enojarme se le había puesto delante, quise hablarle en otro propósito, aunque no tan lejos del suyo que no pudiese sin salir del, decirme lo que tanto deseaba. Y así le dije: Arsileo, hallaste bien en esta tierra? que según en la que hasta ahora has estado habrá sido el entretenimiento y conversación diferente del nuestro, extraño te debes hallar en ella. Entonces me respondió: No tengo tanto poder en mí, ni tiene tanta

libertad mi entendimiento que pueda responder a esa pregunta. Y mudándose el propósito, por mostralle el camino con las ocasiones, le volvía a decir: Hanme dicho que hay por allá muy hermosas pastoras; y si esto es así, ¡cuán mal te debemos parecer las de por acá! De muy mal conocimiento sería yo, respondió Arsileo, si tal yo confesase, que puesto caso que allá las haya tan hermosas como a ti te han dicho, acá las hay tan aventajadas como yo las he visto. Lisonja es esa en todo el mundo, dije yo medio riendo; mas con todo eso no me pesa que las naturales estén tan adelante en tu opinión por ser yo una dellas. Arsileo respondió: Y aun esa sería harto bastante causa, cuando otra no hubiese, para decir lo que digo: así que de palabra en palabra me vino a decir lo que yo deseaba oírle, aunque por entonces no quise dárselo a entender, mas antes le rogué que atajase el paso a su pensamiento. Pero recelosa que estas palabras no fuesen causa de resfriarse en el amor, como muchas veces acaece, que el desfavorecer en los principios de los amores, es atajar los pasos a los que comienzan a querer bien, volví a templar el desabrimiento de mi respuesta, diciéndole: Y si fuere tanto el amor, oh Arsileo, que no te dé lugar a dejar de quererme, tenlo secreto: porque de los hombres de semejante discreción que la tuya, es tenello, aun en las cosas que poco importan. Y no digo esto, porque de una ni otra manera te ha de aprovechar de más, que de quedarte yo en obligación, si mi consejo en este caso tomares. Esto decía la lengua, mas otra cosa decían los ojos con que yo le miraba, y algún suspiro, que sin mi licencia daba testimonio de lo que yo sentía: lo cual entendiera muy bien Arsileo, si el amor le diera lugar. Desta manera nos despedimos, y después me habló muchas veces, y me escribió muchas cartas, y vi muchos sonetos de su mano, y aun las más de las noches me decía, cantando al son de su arpa, lo que yo llorando le escuchaba. Finalmente que veníamos cada uno a estar bien certificados del amor que el uno al otro tenía. A este tiempo su padre Arsenio me importunaba de manera con sus recados y presentes, que yo no sabía el medio que tuviese para defenderme del. Y era la más extraña cosa que se vio jamás, pues así como se iba más acrecentando el amor con el hijo, así con el padre se iba más extendiendo el afición, aunque no era todo de un metal. Y esto no me daba lugar a desfavorecelle, ni dejar de recibir sus recados. Pues viniendo yo con todo el contentamiento del mundo, viéndome tan de veras amada de Arsileo, a quien yo tanto quería, parece que la fortuna determinó de dar fin a mis amores, con el más desdichado suceso que jamás en ellos se ha visto, y fue desta manera: que habiendo yo concertado de hablar con mi Arsileo una noche (que bien noche fue para mí, pues nunca supe después acá qué cosa era

día), concertamos que él entrase en una huerta de mi padre, y desde una ventana de mi aposento, que caía en frente de un moral donde él se podía subir, por estar más cerca nos hablaríamos. ¡Ay desdichada de mí, que no acabo de entender a qué propósito lo puse en este peligro, pues todos los días, ahora en el campo, ahora en el río, ahora en el soto llevando a él mis vacas, ahora al tiempo que las traía a la majada, me pudiera él muy bien hablar, y me hablaba los más de los días! mas mi desventura fue causa que la fortuna se pagase del contento que hasta entonces me había dado, con hacerme que toda la vida viviese sin él. Pues venida la hora del concierto, y del fin de sus días y principio de mi desconsuelo, vino Arsileo al tiempo y lugar concertado, y estando los dos hablando en lo que puede considerar quien algún tiempo ha querido bien, el desventurado de Arsenio su padre las más de las noches me rondaba la calle: que aun si desto se me acordara, mas quitómelo mi desdicha de la memoria, no le consintiera yo ponerse en tal peligro, pero así se me olvidó, como si yo no lo supiera. Al fin, que él acertó a venir aquella hora par allí, y sin que nosotros pudiésemos velle ni oille, nos vio él, y conoció ser yo la que a la ventana estaba: mas no entendió que era su hijo el que estaba en el moral, ni aun pudo sospechar quién fuese, que ésta fue la causa principal de su mal suceso. Y fue tan grande su enojo que sin sentido alguno se fue a su posada, y armando una ballesta, y poniéndole una saeta muy llena de venenosa yerba, se vino al lugar donde estábamos, y supo tan bien acertar a su hijo, como si no lo fuera, porque la saeta le dio en el corazón, y luego cayó muerto del árbol abajo, diciendo: ¡Ay, Belisa, cuan poco lugar me da la fortuna para servirte como yo deseaba! y aun esto no pudo acabar de decir. El desdichado padre, que en la voz conoció ser homicida de Arsileo su hijo, dijo con una voz como de hombre desesperado: ¡Desdichado de mí, si eres mi hijo Arsileo, que en la voz no pareces otro! Y como llegase a él, y con la luna que en el rostro le daba le divisase bien, y le hallase que había espirado, dijo: ¡Oh cruel Belisa! pues que el sin ventura hijo por tu causa a mis manos ha sido muerto, no es justo que el desventurado padre quede con la vida: y sacando su misma espada, se dio por el corazón, de manera que en un punto fue muerto. Oh desdichado caso! Oh cosa jamás oída ni vista! Oh escándalo grande para los oídos que mi desdichada historia oyeren! Oh desventurada Belisa, que tal pudieron ver tus ojos y no tomar el camino que padre e hijo por tu causa tomaron! No pareciera mal tu sangre misturada con la de aquellos que tanto deseaban servirte. Pues como yo mezquina vi el desventurado caso, sin más pensar, como mujer sin sentido me salí de casa de mis padres, y me vine importunando con quejas el claro cielo, e inflamando el aire con sospiros a

este triste lugar, quejándome de mi fortuna, maldiciendo la muerte, que tan en breve me había enseñado a sufrir sus tiros, a donde ha seis meses que estoy sin haber visto ni hablado con persona alguna, ni procurado verlo. Acabando la hermosa Belisa de contar su infelice historia, comenzó a llorar tan amargamente, que ninguno de los que allí estaban pudieron dejar de ayudarla con sus lágrimas. Y ella prosiguiendo decía: Esta es, hermosas ninfas, la triste historia de mis amores, y el desdichado suceso dellos: ved si curará el tiempo este mal. ¡Ay, Arsileo, cuántas veces temí, sin pensar lo que temí! mas quien a su temor no quiere creer, no se espante cuando vea lo que ha temido, que bien sabía yo que no podíades dejar de encontraros, y que mi alegría no había de durar más que hasta que tu padre Arsenio sintiese nuestros amores. Pluguiera a Dios que así fuera, que el mayor mal que por eso me pudiera hacer fuera desterrarte; y mal que con el tiempo se cura, con poca dificultad puede sufrirse. | Ay, Arsenio, que no me estorba la muerte de tu hijo dolerme la tuya, que el amor que contino me mostraste, la bondad y limpieza con que me quisiste, las malas noches que a causa mía pasaste, no sufre menos sino dolerme de tu desastrado fin: que esta es la hora que yo estuviera casada contigo, si tu hijo a esta tierra no viniera! Decir yo que entonces no te quería bien, sería engañar el mundo, que en fin no hay mujer que entienda que es verdaderamente amada que no quiera poco o mucho, aunque de otra manera lo dé a entender. ¡Ay lengua mía, callad, que más habéis dicho de lo que os han preguntado! ¡Oh hermosas ninfas, perdonad si os he sido importuna, que tan gran desventura como la mía no se puede contar con pocas palabras! En cuanto la pastora contaba lo que habéis oído. Sireno, Silvano, Selvagia y la hermosa Felismena, y aun las tres ninfas fueron poca parte para oíría sin lágrimas; aunque las ninfas, como las que de amor no habían sido tocadas, sintieron como mujeres su mal, mas no la circunstancia de él. Pues la hermosa Dorida, viendo que la desconsolada pastora no dejaba el amargo llanto, la comenzó a hablar, diciendo: Cesen, Belisa, tus lágrimas, pues ves el poco remedio dellas. Mira que dos ojos no bastan a llorar tan grave mal. ¿Mas qué dolor puede haber que no se acabe, o acabe al mismo que lo padece? Y no me tengas por tan loca que piense consolarte, mas a lo menos podría mostrarte el camino por donde pudieses algún poco aliviar tu pena: y para esto te ruego que vengas en nuestra compañía, así porque no es cosa justa que tan mal gastes la vida, como porque adonde te llevaremos podrás escoger la que quisieres, y no habrá persona que estorballa pueda. La pastora respondió: Lugar me parecía este harto conveniente para llorar en él mi mal y acabar en él la vida; la cual si el tiempo no me hace más agravios de los hechos no debe

ser muy larga. Mas ya que tu voluntad es esa, no determino de salir della en solo un punto, y de hoy más podéis, hermosas ninfas, usar de la mía, según a las vuestras es pareciere. Mucho le agradecieron todos habelles concedido de irse en su compañía. Y porque ya eran más de tres horas de la noche, aunque la luna era tan clara, que no echaban menos el día, cenaron de lo que en sus zurriones los pastores traían: y después de haber cenado, cada uno escogió el lugar de que más se contentó para pasar lo que de la noche les quedaba: la cual los enamorados pasaron con más lágrimas que sueño; y los que no lo eran, reposaron del cansancio del día.



LIBRO CUARTO



a la estrella del alba comenzaba a dar su acostumbrado resplandor, y con su luz los dulces ruiseñores enviaban a las nubes el suave canto, cuando las tres ninfas con su enamorada compañía se partieron de la isleta donde Belisa su triste vida pasaba: la cual aunque fuese más consolada en conversación de las pastoras y pastores enamorados, todavía le apremiaba el mal, de manera, que no hallaba remedio para dejar de sentirlo. Cada pastor le contaba su mal, las pastoras le daban cuenta de sus amores, por ver si sería parte para ablandar su pena; mas todo consuelo es excusado cuando los males son sin remedio. La dama disimulada, iba tan contenta de la hermosura y buena gracia de Belisa, que no se hartaba de preguntalle cosas, aunque Belisa se hartaba de responderla a ellas. Y era tanta la conversación de las dos, que casi ponía envidia a los pastores y pastoras. Mas no hubieron andado mucho, cuando llegaron a un espeso bosque, y tan lleno de silvestres y espesos árboles, que a no ser de las tres ninfas guiados, no pudieran dejar de perderse en él. Ellas iban delante por una muy angosta senda, por donde no podrían ir dos personas juntas. Y habiendo ido cuanto media legua por la espesura del bosque, salieron a un muy grande y espacioso llano, en medio de dos caudalosos ríos, ambos cercados de muy alta y verde arboleda. En medio de él parecía una gran casa, de tan altos y soberbios edificios, que ponían gran contentamiento a los que los miraban: porque los chapiteles que por encima de los árboles sobrepujaban, daban de sí tan gran resplandor que parecían hechos de un finísimo cristal. Antes que al gran palacio llegasen vieron salir de él muchas ninfas de gran hermosura, que sería imposible podello decir, todas vestidas de telillas blancas muy delicadas, tejidas con plata y oro sutilísimamente: sus

guirnaldas de flores sobre los dorados cabellos que sueltos traían. Detrás de ellas venía una dueña, que según la gravedad y arte de su persona, parecía mujer de grandísimo respeto, vestida de raso negro, arrimada a una ninfa muy más hermosa que todas. Cuando nuestras ninfas llegaron, fueron de las otras recibidas con muchos abrazos, y con gran contentamiento. Como la dueña llegase, las tres ninfas le besaron con grandísima humildad las manos, y ella las recibió mostrando muy gran contento de su venida. Y antes que las ninfas le dijesen cosa alguna de las que habían pasado, la sabia Felicia, que así se llamaba la dueña, dijo contra Felismena: Hermosa pastora, lo que por estas tres ninfas habéis hecho, no se puede pagar con menos que con tenerme obligada siempre ser en vuestro favor, que no era poco, según menester lo habéis. Y pues yo sin estar informada de nadie, sé quién sois, y a dónde os llevan vuestros pensamientos, y con todo lo que hasta ahora os ha sucedido, ya entenderéis si os puedo aprovechar en algo. Pues tened ánimo firme, que si yo vivo, vos veréis los que deseáis: y aunque hayáis pasado algunos trabajos, no hay cosa que sin ellos alcanzarse pueda. La hermosa Felismena se maravilló de las palabras de Felicia, y queriendo dalle las gracias que a tan gran promesa se debía, respondió: Discreta señora mía, pues en fin lo habéis de ser de mi remedio; cuando de mi parte no haya merecimiento donde pueda caber la merced que pensáis hacerme, poned los ojos en lo que a vos misma debéis, y yo quedaré sin deuda, y vos muy bien pagada. Para tan grande merecimiento como el vuestro, dijo Felicia, y tan extremada hermosura como naturaleza os ha concedido, todo lo que por vos se puede hacer es poco. La dama se abajó entonces por besalle las manos, y Felicia la abrazó con grandísimo amor, y volviéndose a los pastores y pastoras, les dijo: Animosos pastores, y discretas pastoras, no tengáis miedo a la perseverancia de vuestros males, pues yo tengo cuenta con el remedio de ellos. Las pastoras y pastores la besaron las manos, y todos juntos se fueron al suntuoso palacio, delante del cual estaba una gran plaza cercada de altos cipreses, todos puestos muy por orden, y toda la plaza era enlosada con losas de alabastro y mármol negro a manera de ajedrez. En medio de ella había una fuente de mármol jaspeado, sobre cuatro muy grandes leones de bronce. En medio de la fuente estaba una columna de jaspe, sobre la cual cuatro ninfas de mármol blanco tenían sus asientos. Los brazos tenían alzados en alto, y en las manos sendos vasos hechos a la romana: de los cuales por unas bocas de leones que en ellos había, echaban agua. La portada del palacio era de mármol serrado, con todas las basas y chapiteles de las columnas doradas, y asimismo las vestiduras de las imágenes que en ellos había. Toda la casa parecía hecha de reluciente jaspe,

con muchas almenas, y en ellas esculpidas algunas figuras de emperadores y matronas romanas, y otras antiguallas semejantes. Eran todas las ventanas cada una de dos arcos, las cerraduras y clavazón de plata, todas las puertas de cedro. La casa era cuadrada, y a cada cantón había una muy alta y artificiosa torre. En llegando a la portada se pararon a mirar su extraña hechura, y las imágenes que en ella había, que más pareció obra de naturaleza que de arte, ni aun industria humana: entre las cuales había dos ninfas de plata, que encima de los chapiteles de las columnas estaban, y cada una de su parte tenía una tabla de arambre con unas letras de oro, las cuales decían de esta manera:

Quien entra, mire bien cómo ha vivido,
y el don de castidad cómo ha guardado:
y la que quiere bien, o ha querido,
mire si a causa de otro se ha mudado:
y si la fe primera no ha perdido,
y aquel primer amor ha conservado,
entrar puede en el templo de Diana,
cuya virtud y gracia es sobrehumana.

Cuando esto hubo oído la hermosa Felismena, dijo contra las pastoras Belisa y Selvagia: Bien seguras me parece que podemos entrar en este suntuoso palacio, de ir contra las leyes que aquel letrado nos pone. Sireno se atravesó, diciendo: Eso no pudiera hacer la hermosa Diana, según ha ido contra ellas, y aun contra todas las que el buen amor manda guardar. Felicia dijo: No te congojes, pastor, que antes de muchos días te espantarás de haberte congojado tanto por esa causa: y trabados de las manos se entraron en el aposento de la sabia Felicia, que muy ricamente estaba aderezado de paños de oro y seda de grandísimo valor. Y luego que fueron entradas, la cena se aparejó, y las mesas fueron puestas, y cada una por su orden se asentaron junto a la gran sabia. La pastora Felismena y las ninfas tomaron entre sí a los pastores y pastoras, cuya conversación les era en extremo agradable. Allí las ricas mesas eran de fino cedro, y los asientos de marfil con paños de brocado: muchas tazas y copas hechas de diversas formas, y todas de grandísimo precio: las unas de vidrio artificiosamente labrado, otras de fino cristal con los pies y asas de oro. otras de plata, y entre ellas engastadas piedras preciosas de grandísimo valor. Fueron servidas de tanta diversidad y abundancia de manjares, que es imposible podello decir. Después de alzadas las mesas entraron tres ninfas por la sala, una de las cuales tañía un laúd, otra una arpa y la otra un salterio. Venían todas tocando sus instrumentos, con tan gran concierto y melodía, que los presentes estaban como fuera de sí. Pusiéronse a una parte de la sala, y los pastores y pastoras importunados de las tres ninfas, y rogados de la sabia

Felicia, se pusieron a la otra parte con sus rabeles y una zampona que Selvagia muy dulcemente tañía, y las ninfas y pastores comenzaron esta canción:

NINFAS

Amor y la fortuna,
autores de trabajo y sinrazones,
más altas que la luna,
pornán las aficiones,
y en ese mismo extremo las pasiones.

PASTORES

No es menos desdichado
aquel que jamás tuvo mal de amores,
que el más enamorado
faltándole favores,
pues los que sufren más son los mejores.

NINFAS

Si el mal de amor no fuera
contrario a la razón como lo vemos,
quizá que os lo creyera:
mas viendo sus extremos,
dichosas las que del huir podemos.

PASTORES

Lo más dificultoso
cometen las personas animosas,
y lo que está dudoso,
las fuerzas generosas,
que no es honra acabar pequeñas cosas.
Bien ve el enamorado,
que el crudo amor no está en cometimientos,
no en ánimo esforzado;
está en unos tormentos,
do los que penan más son más contentos.

PASTORES

Si algún contentamiento
del grave mal de amor se nos recrece,
no es malo el pensamiento,

que a su pasión se ofrece,
mas antes es mejor quien más padece.

NINFAS

El más felice estado
en que pone el amor a quien bien ama,
en fin trae un cuidado,
que al servidor o dama
enciende allá en secreto en viva llama.
Y el más favorecido,
en un momento no es el que solía,
que el disfavor y olvido,
el cual ya no tenía,
silencio ponen luego en su alegría.

PASTORES

Caer de un buen estado
es una grave pena e importuna,
mas no es amor culpado,
la culpa es de fortuna,
que no sabe excetar persona alguna.
Si amor promete vida,
injusta es esta muerte en que nos mete,
si muerte conocida,
ningún yerro comete,
que en fin nos viene a dar lo que promete.

NINFAS

Al fiero amor disculpan
los que se hallan del más sojuzgados,
y a los exentos culpan,
mas destos dos estados
cualquiera escogerá el de los culpados.

PASTORES

El libre y el cautivo
hablar sólo un lenguaje es excusado;
veréis que el muerto, el vivo,
amado, o desamado,
cada uno habla en fin según su estado.

La sabia Felicia y la pastora Felismena estuvieron muy atentas a la música de las ninfas y pastores: y asimismo a las opiniones que cada uno mostraba tener;

y riéndose Felicia contra Felismena, le dijo al oído: ¿Quién creerá, hermosa pastora, que las más de estas palabras no os han tocado en el alma? Y ella con mucha gracia le respondió: Han sido las palabras tales, que el alma a quien no tocaren no debe estar tan tocada de amor como la mía. Felicia entonces, alzando un poco la voz, le dijo: En estas cosas de amor tengo yo una regla, que siempre la he hallado muy verdadera, y es, que el ánimo generoso y el entendimiento delicado, en esto del querer bien, lleva grandísima ventaja al que no lo es: porque como el amor sea virtud, y la virtud siempre haga asiento en el mejor lugar, está claro que las personas de suerte serán muy mejor enamoradas que aquellas a quien ésta falta. Los pastores y pastoras se sintieron de lo que la sabia Felicia dijo; y a Silvano le pareció no dejalla sin respuesta, y así la dijo: ¿En qué consiste, señora, ser el ánimo generoso, y el entendimiento delicado? Felicia que entendió a dónde tiraba la pregunta del pastor, por no descontentarle, respondió: No está en otra cosa, sino en la propia virtud del hombre: como es, tener el juicio vivo, el pensamiento inclinado a cosas altas, y otras cosas que nacen con ellos mismos. Satisfecho estoy, dijo Silvano; también lo deben estar estos pastores, porque imaginábamos que tomabas, oh discreta Felicia, el valor y virtud de más atrás de la persona misma. Dígolo, porque asaz desfavorecido de los bienes de naturaleza está el que los va a buscar en sus pasados. Todas las pastoras y pastores mostraron gran contentamiento de lo que Silvano había respondido, y las ninfas se rieron mucho de cómo los pastores se iban corriendo de la proposición de la sabia Felicia, la cual tomando a Felismena de la mano, la metió en una cámara sola, adonde era su aposento, y después de haber pasado con ella muchas cosas, la dio grandísima esperanza de conseguir su deseo y el virtuoso fin de sus amores, con alcanzar por marido a don Félix. Aunque también le dijo, que esto no podía ser, sin primero pasar por algunos trabajos, los cuales la dama tenía muy en poco, viendo el galardón que de ellos esperaba. Felicia le dijo, que los vestidos de pastora se quitase por entonces, hasta que fuese tiempo de volver a ellos: y llamando a las tres ninfas que en su compañía habían venido, hizo que la vistiesen en su traje natural. No fueron las ninfas perezosas en hacello, ni Felismena desobediente a lo que Felicia le mandó; y tomándose de las manos se entraron en una recámara, a una parte de la cual estaba una puerta, y abriendo la hermosa Dorida bajaron por una escalera de alabastro a una hermosa sala, que en medio della había un estanque de una clarísima agua, adonde todas aquellas ninfas se bañaban. Y desnudándose, así ellas como Felismena, se bañaron, y peinaron después sus hermosos cabellos, y se subieron a la recámara de la sabia Felicia, adonde

después de haberse vestido las ninfas, vistieron ellas mismas a Felismena una ropa y basquiña de fina grana, recamada de oro de cañutillo y aljófar, y una cuera de tela de plata aprensada. En la basquiña y ropa había sembrados a trechos unos plumajes de oro, en las puntas de los cuales había muy gruesas perlas. Y tomándole los cabellos con una cinta encarnada, se los revolvieron a la cabeza, poniéndole un escofión de redecilla de oro muy sutil, y en cada lazo de la red asentado con gran artificio un finísimo rubí. En dos guedejas de cabellos que los lados de la cristalina frente adornaban, le fueron puestos dos joyeles, engastados en ellos muy hermosas esmeraldas y zafiros de grandísimo precio, y de cada uno colgaban tres perlas orientales hechas a manera de bellotas. Las arracadas eran dos navecillas de esmeraldas con todas las jarcias de cristal. Al cuello le pusieron un collar de oro fino, hecho a manera de culebra enroscada, que de la boca tenía colgada una águila que entre las uñas tenía un rubí grande de infinito precio. Cuando las tres ninfas de aquella suerte la vieron, quedaron admiradas de su hermosura, y luego salieron con ella a la sala donde las otras ninfas y pastores estaban; y como hasta entonces fuese tenida por pastora, quedaron tan admirados que no sabían qué decir. La sabia Felicia mandó luego a sus ninfas, que llevasen a la hermosa Felismena y a su compañía a ver la casa o templo donde estaban; lo cual fue luego puesto por obra, y la sabia Felicia se quedó en su aposento. Pues tomando Polidora y Cintia en medio a Felismena, y las otras ninfas a los pastores y pastoras, que por su discreción eran dellas muy estimados, se salieron a un gran patio, cuyos arcos y columnas eran de mármol jaspeado, y las basas y chapiteles de alabastro, con muchos follajes a lo romano, dorados en algunas partes: todas las paredes eran labradas de obra mosaica: las columnas estaban asentadas sobre leones, onzas, tigres de arambre, y tan al vivo, que parecía que querían arremeter a los que allí entraban. En medio del patio había un padrón adornado de bronce, tan alto como diez codos, encima del cual estaba armado de todas armas a la manera antigua el fiero Marte, a quien los gentiles llamaban Dios de las Batallas. En este padrón con gran artificio estaban figurados los superbos escuadrones romanos a una parte, y a otra los cartaginenses: delante del uno estaba el bravo Aníbal, del otro el valeroso Scipión africano, que primero que la edad y los años le acompañasen, naturaleza mostró en él gran ejemplo de virtud y esfuerzo. A la otra parte estaba el gran Marco Furio Camilo combatiendo por poner en libertad la patria, de donde él había sido desterrado: y allí estaba Horacio, Mucio Scévola, el venturoso cónsul Marco Varrón, César, Pompeyo con el Magno Alejandro, y todos aquellos que por sus armas acabaron grandes

hechos, con letreros en que se declaraban sus nombres, y las cosas en que cada uno más se había señalado. Un poco más arriba destos estaba un caballero armado de todas armas, con una espada desnuda en la mano, muchas cabezas de moros, debajo de sus pies, con un letrero que decía:

Soy el Cid, honra de España,
si alguno pudo ser más,
en mis obras lo verás.

A la otra parte estaba otro caballero español armado de la misma manera, alzada la sobrevista, y con este letrero:

El conde fui primero de Castilla,
Fernán González, alto y señalado:
soy honra y prez de la española silla,
pues con mis hechos tanto la he ensalzado:
mi gran virtud sabrá muy bien decilla
la fama que la vio, pues ha juzgado
mis altos hechos, dignos de memoria,
como os dirá la castellana historia.

Junto a éste estaba otro caballero de gran disposición y esfuerzo, según en su aspecto lo mostraba, armado en blanco, y por las armas sembrados muchos leones y castillos: en el rostro mostraba una cierta braveza, que casi ponía pavor en los que le miraban, y el letrero decía así:

Bernardo del Carpió soy,
espanto de los paganos,
honra y prez de los cristianos,
pues que de mi esfuerzo doy
tal ejemplo con mis manos.
Fama, no es bien que las calles
mis hazañas singulares;
y si acaso las callares,
pregunten a Roncesvalles,
qué fue de los Doce Pares.

A la otra parte estaba un valeroso capitán, armado todo de todas armas doradas, con seis bandas sangrientas por en medio del escudo, y por otra parte muchas banderas y un rey preso con una cadena, cuyo letrero decía desta manera:

Mis grandes hechos verán
los que no los han sabido,
en que sólo he merecido
nombre de Gran Capitán.
Y tuve tan gran renombre
en nuestras tierras y extrañas,

que se tienen mis hazañas
por mayores que mi nombre.

Junto a este valeroso capitán estaba un caballero armado en blanco, y por las armas sembradas muchas estrellas, y de la otra parte un rey con tres flordelises en su escudo, delante del cual él rasgaba ciertos papeles, y un letrado que decía:

Soy Fonseca, cuya historia
en Europa tan sabida
es, que aunque acabó la vida,
no se acaba la memoria.
Fui servidor de mi rey,
a mi patria tuve amor,
jamás dejé por temor
de guardar aquella ley
que el siervo debe al señor.

En otro cuadro del padrón estaba un caballero armado, y por las armas sembrados muchos escudos pequeños de oro, el cual en el valor de su persona daba bien a entender el alta sangre de a dó procedía, los ojos puestos en otros muchos caballeros de su antiguo linaje: el letrado que a sus pies tenía decía desta manera:

Don Luís de Villanova soy llamado,
del gran marqués de Trans he procedido,
mi antigüedad, valor muy señalado
en Francia, Italia, España es conocido.
Bicorbe, antigua casa, es el estado
que la fortuna ahora ha concedido
a un corazón tan alto y sin segundo,
que poco es para él mandar el mundo.

Después de haber particularmente mirado el padrón que allí estaba, y estos otros muchos caballeros que en él estaban esculpidos, entraron en una rica sala, lo alto de la cual era toda de marfil maravillosamente labrado, las paredes de alabastro, y en ellas esculpidas muchas historias antiguas, tan al natural, que verdaderamente parecía que Lucrecia acababa allí de darse la muerte; y que la cautelosa Penélope deshacía su tela en la isla de Ithaca; y que la ilustre romana se entregaba a la parca, por no ofender su honestidad con la vista del horrible monstruo; y que la mujer de Mausoleo estaba con grandísima agonía, entendiéndolo en que el sepulcro de su marido fuese contado por una de las siete maravillas del mundo; y otras muchas historias y ejemplos de mujeres castísimas y dignas de ser su fama por todo el mundo esparcida, porque no tan solamente alguna dellas parecía haber con su vida

dado claro ejemplo de castidad, mas otras que con la muerte dieron muy grande testimonio de su limpieza, entre las cuales estaba la grande española Coronel, que quiso más entregarse al fuego que dejarse vencer de un deshonesto apetito. Después de haber visto cada una las figuras y varias historias que por las paredes de la sala estaban, entraron en otra cuadra más adentro, que según su riqueza les pareció que todo lo que habían visto era aire en su comparación, porque todas las paredes eran cubiertas de oro lino y el pavimento de piedras preciosas. En torno de la rica cuadra estaban muchas figuras de damas españolas y de otras naciones, y en lo muy alto del la diosa Diana, de la misma estatura que ella era, hecha de metal corintio, con ropas de cazadora, engastadas por ellas muchas piedras y perlas de grandísimo valor, con su arco en la mano y su aljaba al cuello, rodeada de ninfas más hermosas que el sol. En tan gran admiración puso a los pastores y pastoras las cosas que allí veían, que no sabían qué decir, porque la riqueza de la casa era tan grande, las figuras que allí estaban tan naturales, el artificio de la cuadra y la orden que las damas que allí había retratadas tenían, que no les parecía poder imaginar en el mundo cosa más perfecta. A una parte de la cuadra estaban cuatro laureles de oro esmaltados de verde, tan naturales que los del campo no lo eran más, y junto a ellos una pequeña fuente toda de fina plata, en medio de la cual estaba una ninfa de oro, que por los hermosos pechos una agua muy clara echaba; y junto a la fuente estaba el celebrado Orfeo encantado, de la edad que era al tiempo que su Eurídice fue del importuno Aristeo requerida. Tenía vestida una cuera de tela de plata, guarnecida de perlas: las mangas llegaban a medios brazos solamente, y de allí adelante desnudos: tenía unas calzas hechas a la antigua, cortadas en la rodilla, de tela de plata, sembradas en las unas cítaras de oro: los cabellos eran largos y muy dorados, sobre los cuales tenía una hermosa guirnalda de laurel. En llegando a él las ninfas comenzó a tañer una arpa muy dulcemente que en las manos tenía, de manera que los que lo oían estaban tan ajenos de sí, que a nadie se le acordaba de cosa que por él hubiese pasado. Felismena se sentó en un estrado que en la hermosa cuadra estaba, todo cubierto de paños de brocado, y las ninfas y pastores en torno della: los pastores se arrimaron a la clara fuente. De la misma manera estaban todos oyendo al celebrado Orfeo al tiempo que en la tierra de los ciconios cantaba, cuando Cipariso fue convertido en ciprés y Atis en pino. Luego comenzó el enamorado Orfeo, al son de su arpa, a cantar tan dulcemente, que no hay sabello decir; y volviendo el rostro a la hermosa Felismena, dio principio a los versos siguientes:

Escucha, Felismena, el dulce canto

de Orfeo, cuyo amor tan alto ha sido:
suspende tu dolor, Selvagia, en tanto
que canta un amator de amor vencido:
olvida ya, Belisa, el triste llanto:
ayudá un triste, ¡oh ninfas! que ha perdido
sus ojos por mirar; y vos, pastores,
dejad un poco estar el mal de amores.

No quiero yo cantar, ni Dios lo quiera,
aquel proceso largo de mis males;
ni cuando yo cantaba de manera,
que atraía las plantas y animales;
ni cuando a Plutón vi, que no debiera,
y suspendí las furias infernales;
ni cómo volví el rostro a mi señora,
cuyo tormento aún vive hasta ahora.

Mas cantaré con voz suave y pura
la grande perfección, la gracia extraña,
el ser, valor, beldad sobrenatura
de las que hoy dan valor y lustre a España.
Mirad pues, ninfas, ya la hermosura
de nuestra gran Diana y su compañía,
que allí está el fin, allí veréis la suma
de lo que contar puede lengua y pluma.

Los ojos levantad, mirando aquella
que en la suprema silla está sentada,
el cetro y la corona junto a ella,
y de otra parte la fortuna airada:
esta es la luz de España y clara estrella,
con cuya ausencia está tan eclipsada:
su nombre ¡oh ninfas! es doña María,
gran reina de Bohemia, Austria y Hungría.

La otra junto a ella es doña Juana,
de Portugal princesa, y de Castilla
infanta, a quien quitó fortuna insana
el cetro, la corona y alta silla,
y a quien la muerte fue tan inhumana,
que aun ella a sí se espanta y maravilla
de ver cuan presto ensangrentó sus manos
en quien fue espejo y luz de lusitanos.

Mirad, ninfas, la gran doña María,
de Portugal infanta soberana,
cuya hermosura y gracia sube hoy día
a dó llegar no puede vista humana:
mirad que aunque fortuna allí porfía,
la vence el gran valor que della mana,
y no son parte el hado, tiempo y muerte
para vencer su gran hondad y suerte.

Aquellas dos que tiene allí a su lado,
y el resplandor del sol han suspendido,
las mangas de oro, sayas de brocado,
de perlas y esmeraldas guarnecido,
cabellos de oro fino, crespo, ondado,
sobre los hombros suelto y esparcido,

son hijas del infante lusitano,
Duarte valeroso, y gran cristiano.
Aquellas dos duquesas señaladas
por luz de hermosura en nuestra España,
que allí veis tal al vivo dibujadas
con una perfección y gracia extraña,
de Nájera y de Sesa son llamadas,
de quien la gran Diana se acompaña,
por su bondad, valor y hermosura,
saber y discreción sobrenatura.
Veis un valor no visto en otra alguna,
veis una perfección jamás oída,
veis una discreción cual fue ninguna,
de hermosura y de gracia guarnecida,
veis la que está domando a la fortuna,
y a su pesar la tiene allí rendida,
la gran doña Leonor Manuel se llama,
de lusitana luz, que al orbe inflama.
Doña Luisa Carrillo, que en España
la sangre de Mendoza ha esclarecido,
de cuya hermosura y gracia extraña
el mismo Amor de amor está vencido,
es la que a nuestra Dea así acompaña,
que de la vista nunca la ha perdido,
de honestas y de hermosas claro ejemplo,
espejo y clara luz de nuestro templo.
Veis una perfección tan acabada,
de quien la misma fama es envidiosa,
veis una hermosura más fundada
en gracia y discreción que en otra cosa,
que con razón obliga a ser amada,
porque es lo menos della ser hermosa:
es doña Eufrosia de Guzmán su nombre,
digna de inmortal fama y gran renombre.
Aquella hermosura peregrina,
no vista en otra alguna sino en ella,
que a cualquier seso apremia y desatina,
y no hay poder de amor que apremie el della,
de carmesí vestida, y muy más fina
de su rostro el color que no el de aquella,
doña María de Aragón se llama,
en quien se ocupará de hoy más la fama.
¿Sabéis quién es aquella que señala
Diana, y nos la muestra con la mano,
que en gracia y discreción a ella iguala,
y sobrepuja a todo ingenio humano,
y aun igualalla en arte, en ser y en gala,
sería, según es, trabajo en vano?
Doña Isabel Manrique y de Padilla,
que al fiero Marte vence y maravilla.
Doña María Manuel y doña Juana
Osorio son las dos que estáis mirando,
cuya hermosura y gracia sobrehumana

al mismo Amor de amor está matando;
y está nuestra gran Dea muy ufana
de ver a tales dos de nuestro bando:
loallas según son, es excusado,
la fama y la razón tema cuidado.

Aquellas dos hermanas tan nombradas,
cada una es una sola y sin segundo:
su hermosura y gracias extremadas
son hoy en día un sol que alumbra al mundo
al vivo me parecen trasladadas
de la que a buscar fui hasta el profundo,
doña Beatriz Sarmiento y Castro es una,
con la hermosa hermana cual ninguna.

El claro sol que veis resplandeciendo,
y acá y allá sus rayos va mostrando,
la que del mal de amor se está riendo.
del arco, aljaba y flechas no curando,
cuyo divino rostro está diciendo
muy más que yo sabré decir loando,
doña Juana es de Zarate, en quien vemos
de hermosura y de gracia los extremos.

Doña Ana Osorio y Castro está cabe ella,
de gran valor y gracia acompañada.
Ni deja entre las bellas de ser bella,
ni en toda perfección muy señalada;
más su infelice hado usó con ella
de una crueldad no vista ni pensada,
porque al valor, linaje y hermosura
no fuese igual la suerte y la ventura.

Aquella hermosura guarnecida
de honestidad y gracia sobrehumana,
que con razón y causa fue escogida
por honra y prez del templo de Diana,
contino vencedora y no vencida,
su nombre, oh ninfas! es doña Juliana,
de aquel gran Duque nieta, y Condestable,
de quien yo callaré, la fama hable.

Mirad de la otra parte la hermosura
de las ilustres damas de Valencia,
a quien mi pluma ya de hoy más procura
perpetuar su fama y su excelencia:
aquí, fuente Helicona, el agua pura
otorga, y tú. Minerva, presta ciencia
para saber decir quién son aquellas,
que no hay cosa que ver después de vellas.

Las cuatro estrellas ved resplandecientes
de quien la fama tal valor pregona,
de tres insignes reinos descendientes,
y de la antigua casa de Cardona:
de la una parte duques excelentes,
de la otra el trono, el cetro, la corona,
del de Segorbe hijas, cuya fama
del Borea al Austro y Euro se derrama.

La luz del Orbe y flor de nuestra España,
el fin de la beldad y hermosura,
el corazón real que la acompaña.
el ser, valor, bondad sobrenatura,
aquel mirar, que en verlo desengaña
de no poder llegar allí criatura,
doña Ana de Aragón se nombra y llama,
a do por el amor causó la fama.

Doña Beatriz su hermana junto della
veréis, si tanta luz podéis miralla:
quien no podré alabar es sola ella,
pues no hay podello hacer sin agravialla;
aquel pintor que tanto hizo en ella,
se queda el cargo de poder loalla,
que a do no llega entendimiento humano,
llegar mi flaco ingenio es muy en vano.

Doña Francisca de Aragón quisiera
mostraros, pero siempre está escondida:
su vista soberana es de manera,
que a nadie que la ve deja con vida:
por eso no parece, ¡oh quién pudiera
mostraros esta luz que al mundo olvida!
porque el pintor que tanto hizo en ella,
los pasos le atajó de merecella.

A doña Magdalena estáis mirando,
hermana de las tres que os he mostrado:
miradla bien, veréis que está robando
a quien la mira, y vive descuidado:
su grande hermosura amenazando
está, y el fiero Amor el arco armando,
porque no pueda nadie ni aun miralla,
que no la rinda o mate sin batalla.

Aquellos dos luceros que a porfía
acá y allá sus rayos van mostrando,
y a la excelente casa de Gandía
por tan insigne y alta señalando,
su hermosura y su suerte sube hoy día
muy más que nadie sube, imaginando
quien ve tal Margarita y Magdalena,
que no tema de amor la horrible pena.

¿Queréis, hermosas ninfas, ver la cosa
que el seso más admira y desatina?
Mira una ninfa más que el sol hermosa.
pues quién es ella o él, jamás se atina:
el nombre de la Fénix más hermosa
es en Valencia doña Catalina
Milán, y en todo el mundo hoy es llamada
la más discreta, hermosa y señalada.

Alzad los ojos, y veréis de frente
del caudaloso río y su ribera,
peinando sus cabellos la excelente
doña María Pexón y Zanoguera,
cuya hermosura y gracia es evidente,

y en discreción la prima y la primera:
 mirad los ojos, rostro cristalino,
 y aquí puede hacer fin vuestro camino.
 Las dos mirad que están sobrepujando
 a toda discreción y entendimiento,
 y entre las más hermosas señalando
 se van por sólo un par, sin par ni cuento,
 los ojos que las miran sojuzgando,
 pues nadie las miró que viva exento.
 ¿Ved qué dirá quien alabar promete
 las dos Beatrices, Vique y Fenollete?
 Al tiempo que se puso allí Diana
 con su divino rostro y excelente,
 salió un lucero luego, una mañana
 de Mayo muy serena y refulgente:
 sus ojos matan, y su vista sana,
 despunta allí el amor su flecha ardiente:
 su hermosura hable y testifique,
 ser sola y sin igual doña Ana Vique.
 Volved, ninfas, veréis doña Teodora
 Carroz, que del valor y hermosura
 la hace el tiempo reina y gran señora
 de toda discreción y gracia pura:
 cualquiera cosa suya os enamora,
 ninguna cosa vuestra os asegura
 para tomar tan grande atrevimiento,
 como es poner en ella el pensamiento.
 Doña Angela de Borja contemplando
 veréis que está, pastores, en Diana,
 y en ella la gran Dea está mirando
 la gracia y hermosura soberana:
 Cupido allí a sus pies está llorando,
 y la hermosa ninfa muy ufana,
 en ver delante della estar rendido
 aquel tirano fuerte y tan temido.
 De aquella ilustre cepa Zanoguera
 salió una flor tan extremada y pura,
 que siendo de su edad la primavera,
 ninguna se le iguala en hermosura:
 de la excelente madre es heredera
 en todo cuanto pudo dar natura;
 y así doña Jerónima ha llegado
 en gracia y discreción al sumo grado.
 ¿Queréis quedar, oh ninfas! admiradas
 en ver lo que a ninguna dio ventura?
 ¿queréis al puro extremo ver llegadas
 valor, saber, bondad y hermosura?
 Mirad doña Verónica Mazadas,
 pues sólo verla os dice y asegura,
 que todo sobra, y nada falta en ella,
 sino es quien pueda o piense merecella.
 A doña Luisa Peñarroja vemos
 en hermosura y gracia más que humana,

en toda cosa llega a los extremos,
y a toda hermosura vence y gana:
no quiere el crudo amor que la miremos,
y quien la vio, si no la ve, no sana,
aunque después de vista el crudo fuego
en su vigor y fuerza vuelve luego.

Ya veo, ninfas, que miráis aquella,
en quien estoy contino contemplando,
los ojos se os irán por fuerza a ella,
que aun los del mismo amor está robando:
mirad la hermosura que hay en ella,
mas ved que no ceguéis quizá mirando
a doña Juana de Cardona, estrella,
que el mismo amor está rendido a ella.

Aquella hermosura no pensada
que veis, si verla cabe en vuestro vaso,
aquella cuya suerte fue extremada,
pues no teme fortuna, tiempo y caso:
aquella discreción tan levantada,
aquella que es mi musa y mi parnaso,
Juana Ana, es catalana, fin y cabo
de lo que en todas por extremo alabo.

Cabe ella está un extremo no vicioso,
mas en virtud muy alto y extremado,
disposición gentil, rostro hermoso,
cabellos de oro y cuello delicado,
mirar que alegre, movimiento airoso,
juicio claro y nombre señalado,
doña Angela Fernando, a quien natura
conforme al nombre dio la hermosura.

Veis más aquella doña Mariana,
que de igualalle nadie está segura,
miradla junto a la excelente hermana,
veréis en poca edad gran hermosura,
veréis con ella nuestra edad ufana,
veréis en pocos años gran cordura,
veréis que son las dos el cabo y suma
de cuanto decir puede lengua o pluma.

Las dos hermanas Borjas escogidas,
Hipólita, Isabel, que estáis mirando,
de gracia y perfección tan guarnecidas,
que al sol su resplandor está cegando:
miradlas, y veréis de cuantas vidas
su hermosura siempre va triunfando:
mirad los ojos, rostro y los cabellos,
que el oro queda atrás y pasan ellos.

Mirad doña María Zanoguera,
la cual de Cataroja es hoy señora,
cuya hermosura y gracia es de manera,
que a toda cosa vence y la enamora:
su fama resplandece por do quiera,
y su virtud la ensalza cada hora;
pues no hay que desear después de vella,

¿quién la podrá loar sin ofendella?
Doña Isabel de Borja está de frente,
y el fin y perfección de toda cosa,
mirad la gracia, el ser y la excelente
color más viva que purpúrea rosa:
mirad que es de virtud y gracia fuente,
y en nuestro siglo ilustra toda cosa:
al cabo está de todas su figura,
por cabo y fin de gracia y hermosura.

La que esparcidos tiene sus cabellos
con hilo de oro fino atrás tomados,
y aquel divino rostro, que él y ellos
a tantos corazones trae domados:
el cuello de marfil, los ojos bellos,
honestos, bajos, verdes y rasgados,
doña Juana Milán por nombre tiene,
en quien la vista para y se mantiene.

Aquella que allí veis, en quien natura
mostró su ciencia ser maravillosa,
pues no hay pasar de allí en hermosura,
ni hay más que desear a una hermosa:
cuyo valor, saber y gran cordura,
levantarán su fama en toda cosa,
doña Mencía se nombra Fenollete,
a quien se rinde amor y se somete.

La canción del celebrado Orfeo fue tan agradable a los oídos de Felismena y de todos los que la oían, que así les tenía suspensos, como si por ninguno dellos hubiera pasado más de lo que presente tenía. Pues habiendo muy particularmente mirado el rico aposento con todas las cosas que en él había que ver, salieron las ninfas por una puerta a la gran sala, y por otra de la sala a un hermoso jardín, cuya vista no menos admiración les causó que lo que hasta allí habían visto: entre cuyos árboles y hermosas flores había muchos sepulcros de ninfas y damas, las cuales con gran limpieza habían conservado la castidad debida a la castísima diosa. Estaban todos los sepulcros coronados de enredosa yedra, otros de olorosos arrayanes, otros de verde laurel. Demás desto había en el hermoso jardín muchas fuentes de alabastro, otras de mármol jaspeado y metal, debajo de parrales, que por encima de artificiosos arcos extendían todos sus ramos. Los mirtos hacían cuatro paredes almenadas, y por encima de las almenas parecían muchas flores de jazmín, madreselva y otras muy apacibles a la vista. En medio del jardín estaba una piedra negra sobre cuatro pilares de metal, y en medio della un sepulcro de jaspe, que cuatro ninfas de alabastro en las manos sostenían: en torno del estaban muchos blandones y candeleros de fina plata muy bien labrados, y en ellos hachas blancas ardiendo. En torno de la capilla había algunos bultos de caballeros y damas, unos de metal, otros de alabastro, otros de mármol

jaspeado y de otras diferentes materias. Mostraban estas figuras tan gran tristeza en el rostro, que la pusieron en el corazón de la hermosa Felismena y de todos los que el sepulcro veían. Pues mirándolo muy particularmente, vieron que a los pies del en una tabla de metal, que una muerte tenía en las manos, estaba este letrero:

Aquí reposa Doña Catalina
de Aragón y Sarmiento, cuya fama
al alto cielo llega y se avecina,
y desde el Borea al Austro se derrama:
matéla siendo muerta tan aína,
por muchos que ella ha muerto siendo dama:
aquí está el cuerpo, el alma allá en el cielo,
que no la mereció gozar el suelo.

Después de leído el epigrama, vieron como en lo alto del sepulcro estaba una águila de mármol negro con una tabla de oro en las uñas, y en ella estos versos:

Cual quedaría, oh muerte! el alto cielo,
sin el dorado Apolo y su Diana,
sin hombre ni animal el bajo suelo,
sin norte el marinero en mar insana,
sin flor ni yerba el campo y sin consuelo,
sin rocío de aljófara la mañana,
así quedó el valor y la hermosura,
sin la que yace en esta sepultura.

Cuando estos dos letreros hubieron leído, y Belisa entendió por ellos quién era la hermosa ninfa que allí estaba sepultada, y lo mucho que nuestra España había perdido en perdella, acordándose de la temprana suerte del su Arsileo, no pudo dejar de decir con muchas lágrimas: ¡Ay muerte! cuan fuera estoy de pensar que me has de consolar con males ajenos! Duéleme en extremo lo poco que se gozó tan gran valor y hermosura, como esta ninfa me dicen que tenía: porque ni estaba presa de amor, ni nadie mereció que ella lo estuviese; que si otra cosa entendiera, por tan dichosa la tuviera yo en morir, como a mí por desdichada en ver ¡oh cruda muerte! cuan poco caso haces de mí, pues llevándome todo mi bien me dejas, no para más que para sentir esta falta, ¡Oh mi Arsileo! oh discreción jamás oída! oh el más firme amador que jamás pudo verse! oh el más claro ingenio que naturaleza pudo dar! ¿Qué ojos pudieron verte? qué ánimo pudo sufrir tu desastrado fin? ¡Oh Arsenio, Arsenio, cuan poco pudiste sufrir la muerte del desastrado hijo, teniendo más ocasión de sufrilla que yo! ¡Por qué, cruel Arsenio, no quisiste que yo participase de dos muertes, que por estorbar la que menos me dolía, diera yo cien mil vidas si

tantas tuviera! Adiós, bienaventurada ninfa, lustre y honra de la Real Casa de Aragón: Dios dé gloria a tu ánima y saque la mía de entre tantas desventuras. Después que Belisa hubo dicho estas palabras, y después de haber visto otras muchas sepulturas riquísimamente labradas, salieron por una puerta falsa que en el jardín estaba al verde prado, a donde hallaron a la sabia Felicia que sola se andaba recreando, la cual les recibió con muy buen semblante. Y en cuanto se hacía hora de cenar se fueron a una gran alameda que cerca de allí estaba, lugar donde las ninfas del suntuoso templo algunos días salían a recrearse. Y sentados en un pradecillo, cercado de verdes salces, comenzaron a hablar unos con otros, cada uno en la cosa que más contento les daba. La sabia Felicia llamó junto a sí al pastor Sireno y a Felismena; la ninfa Dorida se puso con Silvano hacia una parte del verde prado, y las dos pastoras Selvagia y Belisa, con las hermosas ninfas Cintia y Polidora, se apartaron hacia otra parte, de manera que aunque no estaban unos muy lejos de otros, podían muy bien hablar sin que estorbase uno lo que el otro decía. Pues queriendo Sireno que la plática y conversación se conformase con el tiempo y lugar, y también con la persona a quien hablaba, comenzó a hablar de esta manera. No me parece fuera de propósito, señora Felicia, preguntar yo una cosa que jamás pude llegar al cabo del conocimiento della, y es esta: Afirman todos los que algo entienden, que el verdadero amor nace de la razón: y si esto es así, cuál es la causa por qué no hay cosa más desenfrenada en el mundo, ni que menos se deje gobernar por ella? Felicia le respondió: Así como esa pregunta es más que de pastor, así era necesario que fuese más que mujer la que a ella respondiese: mas con lo poco que yo alcanzo, no me parece que porque el amor tenga por madre a la razón, se ha de pensar que él se limite ni gobierne por ella: antes se ha de presuponer, que después que la razón del conocimiento lo ha engendrado, las menos veces quiere que él gobierne. Y es de tal manera desenfrenado, que las más de las veces viene en daño y perjuicio del amante, pues por la mayor parte los que bien aman se vienen a desamar a sí mismos, que es contra razón y derecho de naturaleza, y esta es la causa por qué le pintan ciego y falto de toda razón. Y como su madre Venus tiene los ojos hermosos, ansí él desea siempre lo más hermoso. Píntanlo desnudo, porque el buen amor no puede disimularse con la razón, ni encubrirse con la prudencia. Píntanle con alas, porque velocísimamente entra en el ánimo del amante, y cuanto más perfecto es, con tanta mayor velocidad y enajenamiento de sí mismo va a buscar la persona amada: por lo cual decía Eurípides, que el amante vivía en el cuerpo del amado. Píntanlo asimesmo flechando su arco, porque tira derecho al corazón, como a propio blanco; y

también porque la llaga de amor es como la que hace la saeta, estrecha en la entrada y profunda en lo intrínseco del que ama. Es esta llaga difícil de ver, mala de curar y muy tardía en sanar. De manera, Sireno, que no debes admirarte, aunque el perfecto amor sea hijo de razón, que no se gobierne por ella, porque no hay cosa que después de nacida menos corresponda al origen de adonde nació. Algunos dicen que no es otra la diferencia entre el amor vicioso y el que no lo es, sino que el uno se gobierna por razón y el otro no se deja gobernar por ella; y engañanse, porque aquel exceso e ímpetu, no es más propio del amor deshonesto que del honesto, antes es una propiedad de cualquiera género de amor, salvo que el uno hace la virtud mayor, y el otro acrecienta más el vicio. ¿Quién puede negar que en el amor verdaderamente honesto no se hallan maravillosos y excesivos efectos? Pregúntenlo a muchos, que por sólo el amor de Dios no hicieron cuenta de sus personas, ni estimaron por él perder la vida; aunque sabido el premio que por ella se esperaba, no daban mucho. Pues cuántos han procurado consumir sus personas y vidas, inflamados del amor de la virtud y de alcanzar fama gloriosa? Cosa que la razón ordinario no permite, antes guía a cualquier efecto, de manera que la vida pueda honestamente conservarse. Pues cuántos ejemplos te podría yo traer de muchos que por sólo el amor de sus amigos perdieron la vida y todo lo que con ella se pierde? Dejemos este amor, volvamos al amor del hombre con la mujer. Has de saber, que si el amor que el amador tiene a su dama, aunque inflamado en desenfrenada afición, nace de la razón y del verdadero conocimiento y juicio, que por solas sus virtudes la juzgue digna de ser amada, que este tal amor (a mi parecer, si no me engaño) no es ilícito y deshonesto: porque todo el amor desta manera no tira a otro fin, sino a querer la persona por ella misma, sin esperar otro interese ni galardón de sus amores: así que esto es lo que me parece que se puede responder a lo que en este caso me has preguntado. Sireno entonces le respondió: Yo estoy, discreta señora, satisfecho de lo que deseaba entender, y así creo lo estaré según tu claro juicio de todo lo que quisiere saber de ti, aunque otro entendimiento era menester más abundante que el mío, para alcanzar lo mucho que tus palabras comprenden. Silvano, que con Polidora estaba hablando, le decía: Maravillosa cosa es, hermosa ninfa, ver lo que sufre un triste corazón que a los trances de amor está sujeto: porque el menor mal que hace es quitarnos el juicio, perder la memoria de toda cosa, y henchirla de sólo él; vuelve ageno de sí a todo hombre, y propio de la persona amada. Pues qué hará el desventurado que se ve enemigo de placer, amigo de soledad, lleno de pasiones, cercado de temores, turbado de espíritu, martirizado del seso, sustentado de esperanza,

fatigado de pensamientos, afligido de molestias, traspasado de celos, lleno perpetuamente de suspiros, enojos y agravios que jamás le faltan? Y lo que más me maravilla es, que siendo este amor tan intolerable y extremado en crueldad, no espere el espíritu apartarse de él, ni lo procure; mas antes tengo por enemiga a quien se lo aconseja. Bien está todo, dijo Polidora, pero yo sé muy bien que por la mayor parte los que aman tienen más de palabras que de pasiones. Señal es esa, dijo Silvano, que no las sabes sentir, pues no las puedes creer: y bien parece que no has sido tocada de este mal, ni plega a Dios que lo seas, el cual ninguno lo puede creer, ni la calidad y multitud de los males que de él proceden, sino el que participa de ellos. Como ¿qué piensas tú, hermosa ninfa, que hallándose continuamente el amante confusa la razón, ocupada la memoria, enagenada la fantasía y el sentido del excesivo amor fatigado, quedará lengua tan libre, que pueda fingir pasiones, ni mostrar otra cosa de la que siente? Pues no te engañes en eso que yo te digo, que es muy al revés de lo que tú lo imaginas. Vesme aquí donde estoy, que verdaderamente ninguna cosa hay en mí que se pueda gobernar por razón, ni aun la podrá haber en quien tan ageno estuviere de su libertad como yo: porque todas las sujeciones corporales dejan libre a lo menos la voluntad; mas la sujeción de amor es tal, que la primera cosa que hace, es tomaros posesión de ella: ¿y quieres tú, pastora, que forme quejas y finja suspiros, el que de esta manera se ve tratado? Bien parece en fin que estás libre de amor, como yo poco, ha decía. Polidora respondió: Yo conozco, Silvano, que los que aman reciben muchos trabajos y aflicciones, todo el tiempo que no alcanzan lo que desean; pero después de conseguida la cosa deseada, se les vuelve en descanso y contentamiento. De manera que todos los males que pasaban, más proceden del deseo, que de amor que tengan a lo que desean. Bien parece que hablas en mal que no tienes experimentado, dijo Silvano, porque el amor de aquellos amantes cuyas penas cesan después de haber alcanzado lo que desean, no procede su amor de la razón, sino de un apetito bajo, deshonesto. Selvagia, Belisa y la hermosa Cintia, estaban tratando cuál era la razón porque en ausencia las más de las veces se resfriaba el amor. Belisa no podía en ninguna manera creer que por nadie pudiese pasar tal deslealtad, diciendo, que pues siendo muerto el su Arsileo y estando bien segura de no verle más, le tenía el mismo amor que cuando vivía, ¿que cómo era posible, ni se podía sufrir, que nadie olvidase en ausencia los amores que en algún tiempo esperase ver? La ninfa Cintia le respondió: No podré, Belisa, responderte con tanta suficiencia como por ventura la materia lo requería, por cosa que no se puede esperar del ingenio de una ninfa como yo: mas lo que a mí me parece

es, que cuando uno se parte de la presencia de quien quiere bien, la memoria le queda por ojos, pues solamente ve lo que desea. Esta memoria tiene cargo de representar al entendimiento lo que contiene en sí: y del entenderse la persona que ama viene la voluntad, que es la tercera potencia del ánimo, a engendrar el deseo, mediante el cual tiene el ausente pena por ver aquel que quiere bien. De manera que todos estos efectos se derivan de la memoria, como de una fuente donde nace el principio del deseo. Pues habéis de saber ahora, hermosas pastoras, que como la memoria sea una cosa que cuanto más va, más pierde su fuerza y vigor, olvidándose de lo que le entregaron los ojos, así también lo pierden las otras potencias, cuyas obras en ella tenían su principio. De la misma manera que a los ríos se les acabaría su corriente, si dejasen de manar las fuentes adonde nacen: y así como esto se entiende en el que parte, se entenderá también en el que queda. Y pensar tú, hermosa pastora, que el tiempo no curaría tu mal, si dejases el remedio de él en manos de la sabia Felicia, sería muy gran engaño: porque ninguno hay a quien ella no dé remedio, y en el de amores más que en todos los otros. La sabia Felicia, que aunque estaba algo apartada, oyó lo que Cintia dijo, le respondió: No sería pequeña crueldad, poner yo el remedio de quien tanto lo ha menester, en manos de médico tan espacioso como es el tiempo. Que puesto caso que algunas veces no lo sea, en fin las enfermedades grandes, si otro remedio no tienen sino el suyo, se han de gastar tan de espacio, que primero que se acabe la vida de quien las tiene. Y porque mañana pienso entender en lo que toca al remedio de la hermosa Felismena y de toda su compañía, y los rayos del dorado Apolo parece que van ya dando fin a su jornada, será bien que nosotros lo demos a nuestra plática y nos vamos a mi aposento, que ya la cena pienso que nos está aguardando. Y así se fueron en casa de la gran sabia Felicia, donde hallaron ya las mesas puestas debajo de unos parrales que estaban en un jardín que en la casa había. Y acabando de cenar, la sabia Felicia rogó a Felismena que contase alguna cosa, ora fuese historia o algún acontecimiento que en la provincia de Vandalia hubiese sucedido: lo cual Felismena hizo, y con muy gentil gracia y donaire, comenzó a contar lo presente.

En tiempo del valeroso infante don Fernando, que después fue rey de Aragón, hubo un caballero en España, llamado Rodrigo de Narváez, cuya virtud y esfuerzo fue tan grande, que así en la guerra como en la paz alcanzó nombre muy principal entre todos los de su tiempo: y señaladamente se mostró cuando el dicho señor infante ganó de los moros la ciudad de Antequera; dando a entender en muchas empresas y hechos de armas que en

la guerra sucedieron, un ánimo muy bravo, un corazón invencible y una liberalidad, mediante la cual el buen capitán no sólo era estimado de su gente, mas aun la agena hace suya, a cuya causa mereció, que después de ganada aquella tierra, en recompensa, aunque desigual a sus excelentes hechos, se le dio el Alcaldía y defensa della: y junto a esto se le dio también la de Alora, donde estuvo lo más del tiempo con cincuenta hidalgos escogidos a sueldo del rey, para defensa y seguridad de la fuerza. Los cuales con el buen gobierno de su capitán emprendían muy valerosas empresas en defensa de la fe cristiana, saliendo con mucha honra de ellas, y perpetuando su fama con los señalados hechos que en ellas hacían. Pues como sus ánimos fuesen tan enemigos de la ociosidad, y el ejercicio de las armas fuese tan acepto al corazón del valeroso alcaide, una noche del verano, cuya claridad y frescura de un blando viento convidaba a no dejar de gozalla, el alcaide, con nueve de sus caballeros (porque los demás quedasen en guarda de la fuerza), armados a punto de guerra, se salieron de Alora por ver si los moros sus fronteros se descuidaban; y confiados en ser de noche pasaban por algún camino de los que cerca de la villa estaban. Pues yendo los nueve caballeros y su capitán valeroso con todo el secreto posible, y con muy gran cuidado de no ser sentidos, llegaron a donde el camino por do iban se repartía en dos; y después de tener su consejo se acordaron de repartirse cinco por cada uno, con tal orden, que si los unos se viesen en algún aprieto, tocando una corneta serían socorridos de los otros. Y desta manera el alcaide y los cuatros dellos echaron a la una mano y los otros cinco a la otra: los cuales yendo por el camino hablando en diversas cosas, y deseando cada uno dellos hallar en qué emplear su persona, y señalarse, como cada día acostumbraban hacer, oyeron no muy lejos de sí una voz de hombre, que suavísimamente cantaba, y de cuando en cuando daba un suspiro que del alma le salía, en el cual daba muy bien a entender que alguna pasión enamorada le ocupaba el pensamiento. Los caballeros que esto oyeron, se meten entre una arboleda que cerca del camino había, y como la luna fuese tan clara como el día, vieron venir por el camino donde ellos iban un moro, tan gentilhombre y bien tallado, que su persona daba bien a entender que debía ser de gran linaje y esfuerzo. Venía en un gran caballo rucio rodado, vestida una marlota y albornoz de damasco carmesí, con rapacejos de oro, y las labores del cercadas de cordoncillo de plata. Traía en la cinta un hermoso alfanje con muchas borlas de seda y oro: en la cabeza una toca tunezí de seda y algodón, listada de oro y rapacejos de lo mismo: la cual dándole muchas vueltas por la cabeza, le servia de ornamento y defensa de su persona. Traía una adarga en el brazo izquierdo muy grande, y en la derecha mano una lanza

de dos hierros. Con tal gentil aire y continente venía el enamorado moro, que no se podía más desear: y advirtiendo a la canción que decía, oyeron que el romance de ella, aunque en arábigo la dijese, era este:

En Cartama me he criado,
nací en Granada primero,
mas fui de Alora frontero,
y en Coyn enamorado.
Aunque en Granada nací,
y en Cartama me crié,
en Coyn tengo mi fe,
con la libertad que di:
allí vivo adonde muero,
y estoy do está mi cuidado,
y de Alora soy frontero,
y en Coyn enamorado.

Los cinco caballeros, que quizá de las pasiones enamoradas tenían poca experiencia, o ya que la tuviesen, tenían más ojo al interese que tan buena presa les prometía, que a la enamorada canción del moro, saliendo de la emboscada, dieron con grande ímpetu sobre él. Mas el valiente moro, que en semejantes cosas era experimentado, aunque entonces el amor fuese señor de sus pensamientos, no dejó de volver sobre sí con mucho ánimo, y con la lanza en la mano comienza a escaramuzar con todos los cinco cristianos, a los cuales muy en breve dio a conocer que no era menos valiente que enamorado. Algunos dicen que vinieron a él uno a uno, pero los que han llegado al cabo con la verdad de esta historia, dicen que fueron todos juntos: y es razonable cosa de creer, que para prendelle irían todos, y que cuando viesen que se defendía, se apartarían los cuatro. Como quiera que sea, les puso en tanta necesidad, que derribando los otros tres, los otros dos le acometían con grandísimo ánimo: y no era menester poco, según el valiente adversario que tenían, porque puesto caso que anduviese herido en un muslo, aunque no de herida peligrosa, no era su esfuerzo de manera que aun las heridas mortales le pudiesen espantar. Pues habiendo perdido su lanza, puso las piernas al caballo haciendo muestras de huir. Los dos caballeros lo seguían, y él vuelve a pasar por entre ellos como un rayo, y en llegando a donde estaba uno de los tres que él había derribado, se dejó colgar del caballo, y tomando la lanza se volvió a enderezar con gran ligereza en la silla. A esta hora uno de los escuderos tocó el cuerno, y él se vino a ellos, y los traía de manera, que si a aquella hora el valeroso alcaide no llegara, llevaran el camino de los tres compañeros que en el campo estaban tendidos. Pues como el alcaide llegó, y vido cuán valerosamente el moro se combatía, túvolo en mucho, y deseó en extremo

probarse con él, y muy cortésmente le dijo: Por cierto, caballero, no es vuestra valentía y esfuerzo de manera que no se gane mucha honra en venceros: y si esta la fortuna me otorgase, no tenía más que pedirme: mas aunque sé al peligro que me pongo con quien también se sabe defender, no dejaré de hacerlo, pues que ya en el acometello no puede dejar de ganarse mucho: y diciendo esto, hizo apartar los suyos, poniéndose el vencido por premio del vencedor. Y apartados que fueron, la escaramuza entre los dos valientes caballeros se comenzó. El valeroso Narváez deseaba la vitoria, porque la valentía del moro le acrecentaba la gloria que con ella esperaba. El esforzado moro no menos que el alcaide la deseaba, y no con otro fin sino de conseguir el de su esperanza. Y así andaban los dos tan ligeros en el herirse, y tan osados en el acometerse, que si el cansancio pasado y la herida que el moro tenía no se lo estorbara, con dificultad hubiera el alcaide vitoria de aquel hecho. Mas esto, y el no poder ya menearse su caballo, muy claramente se la prometían: y no porque al moro se conociese punto de cobardía; mas como vio que en sola esta batalla le iba la vida, la cual él trocara por el contentamiento que la fortuna entonces le negaba, se forzó cuanto pudo, y poniéndose sobre los estribos, dio al alcaide una gran lanzada por encima del adarga, el cual recibiendo aquel golpe, le respondió con otro en el brazo derecho, y atreviéndose en sus fuerzas, si a brazos viniesen, arremetió con él, y con tanta fuerza le abrazó, que sacándolo de la silla, dio con él en tierra, diciendo: Caballero, date por mí vencido, si más no estimas serlo, que la vida en mis manos tienes. Matarme, respondió el moro, está en tu mano como dices: pero no me hará tanto mal la fortuna que pueda ser vencido sino de quien mucho ha que me he dejado vencer: este solo contento me queda de la prisión a que mi desdicha me ha traído. No miró el alcaide tanto en las palabras del moro, que por entonces le preguntase a qué fin las decía: mas usando de aquella clemencia que el vencedor valeroso suele usar con el desamparado de la fortuna, lo ayudó a levantar, y él mismo le apretó las llagas, las cuales no eran tan grandes que le estorbasen a subir en su caballo: y así todos juntos con la presa, tomaron el camino de Alora. El alcaide llevaba siempre en el moro puestos los ojos, pareciéndole de gentil talle y disposición. Acordábase de lo que le había visto hacer; parecíale demasiada tristeza la que llevaba para un ánimo tan grande: y porque también se juntaban a esto algunos suspiros que daban a entender más pena de la que se podía pensar que cupiera en hombre tan valiente, y queriéndose informar mejor de la causa de esto, le dijo: Caballero, mira que el prisionero que en la prisión pierde el ánimo, aventura el derecho de la libertad, y que en las cosas

de la guerra se han de recibir las adversas con tan buen rostro, que se merezca por esta grandeza de ánimo gozar de las prósperas: y no me parece que estos suspiros corresponden al valor y esfuerzo que tu persona ha mostrado, ni las heridas son tan grandes que se aventure la vida, la cual no has mostrado tener en tanto, que por la honra no dejases olvidalla. Pues si otra te da tristeza, dímela porque por la fe de caballero te juro que use contigo de tanta amistad, que jamás te puedas quejar de habérmelo dicho. El moro, oyendo las palabras del alcaide, las cuales argüían un ánimo grande y magnánimo, y la oferta que le había hecho de ayudalle, parecióle discreción muy grande no encubrielle la causa de su mal, pues sus palabras le daban tan grande esperanza de remedio: y alzando el rostro que con el peso de la tristeza lo llevaba inclinado, le dijo: ¿Cómo te llamas, caballero, que tanto esfuerzo me pones, y tanto sentimiento muestras tener de mi mal? Eso no te negaré yo, dijo el alcaide. A mí me llaman Rodrigo de Narváez: soy alcaide de Alora y Antequera: tengo aquellas dos fuerzas por el rey de Castilla mi señor. Cuando el moro le oyó esto, con un semblante algo más alegre que hasta allí, le dijo: En extremo me huelgo que mi mala fortuna traiga un descuento tan bueno como es haberme puesto en tus manos, de cuyo esfuerzo y virtud muchos días ha que soy informado; y aunque más cara me costase la experiencia, no me puedo agraviar; pues como digo, me desagravia verme en poder de una persona tan principal. Y porque ser vencido de ti me obliga a tenerme en mucho, y que de mí no se entienda flaqueza sin tan gran ocasión, que no sea en mi mano dejar de tenella, suplicote por quien eres, que mandes apartar tus caballeros para que entiendas que no sólo el dolor de las heridas, ni tampoco la pena de haberme tú preso es causa de mi tristeza. El alcaide, oyendo estas razones al moro, túvolo en mucho, y porque en extremo deseaba informarse de su sospecha, mandó a sus caballeros que fuesen algo delante, y quedando solos los dos, el moro sacando del alma un profundo suspiro, dijo de esta manera: Valeroso alcaide, si la experiencia de tu gran virtud no me la hubiese el tiempo puesto delante los ojos, muy excusadas serían las palabras que tu voluntad me fuerza a decir, ni la cuenta que te pienso dar de mi vida, que cada hora es cercada de mil desasosiegos y sospechas, la menor de las cuales te parecerá peor que mil muertes. Mas como de una parte me asegura lo que digo, y de la otra que eres caballero, y que no habrás oído, o habrá pasado por ti semejante pasión que la mía, quiero que sepas que a mí me llaman Abindarráez el mozo, a diferencia de un tío mío, hermano de mi padre, que tiene el mismo apellido. Soy de los abencerrajes de Granada, en cuya desventura aprendí a ser desdichado: y porque sepas cuál fue la suya, y de ahí vengas a entender lo que se puede

esperar de la mía: Sabrás que hubo en Granada un linaje de caballeros abencerrajes, que sus hechos y sus personas, así en esfuerzo para la guerra, como en prudencia para la paz y gobierno de nuestra república, eran espejo de aquel reino. Los viejos eran del Consejo del rey, y los mozos ejercitaban sus personas en actos de caballería, sirviendo a las damas y mostrando en sí la gentileza y valor de sus personas. Eran muy amados de la gente popular, y no mal quistos entre la principal, aunque en todas las buenas partes que un caballero debe tener se aventajasen a todos los otros. Eran muy estimados del rey; nunca cometieron cosa alguna que la experiencia no correspondiese a lo que de ellos se esperaba. En tanto grado era loada su valentía, liberalidad y gentileza, que se traía por ejemplo: No puede haber abencerraje cobarde, escaso, ni de mala disposición. Eran maestros de los trajes y de las invenciones: la cortesía y servicio de las damas andaba en ellos en su verdadero punto: nunca abencerraje sirvió dama de quien no fuese favorecido, ni dama se tuvo por digna de este nombre que no tuviese abencerraje por servidor. Pues estando ellos en esta prosperidad y honra, y en la reputación que se puede desear, vino la fortuna envidiosa del descanso y contentamiento de los hombres a derribarlos de aquel estado en el más triste y desdichado que se puede imaginar, cuyo principio fue haber hecho el rey cierto agravio a dos abencerrajes, por donde les levantaron que ellos con otros diez caballeros de su linaje, se habían conjurado de matar al rey y dividir el reino entre sí, por vengarse de la injuria allí recibida. Esta conjuración, ahora fuese verdadera, o que ya fuese falsa, fue descubierta antes que se pudiese en ejecución, y fueron presos y cortadas las cabezas a todos antes que viniese a noticia del pueblo, el cual sin duda se alzara no consintiendo en esta justicia. Llevándolos pues a justiciar, era cosa extrañísima ver los llantos de los unos, las endechas de los otros que de compasión destes caballeros por toda la ciudad se hacían. Todos corrían al rey, comprábanle la misericordia con grandes sumas de oro y de plata; mas su riguridad fue tanta que no dio lugar a la clemencia. Y como esto el pueblo vio, los comenzó a llorar de nuevo: lloraban los caballeros con quien solían acompañarse: lloraban las damas a quien servían: lloraba toda la ciudad la honra y autoridad que tales ciudadanos le daban. Las voces y alaridos eran tantos que parecían hundirse. El rey que a todas estas lágrimas y sentimiento cerraba los oídos, mandó que se ejecutase la sentencia, y de todo aquel linaje no quedó hombre que no fuese degollado aquel día, salvo mi padre y un tío mío, los cuales se halló que no habían sido en esta conjuración. Resultó más de este miserable caso, derriballes las casas, apregonallos el rey por traidores, confiscalles sus haciendas, y que ningún abencerraje más

podiese vivir en Granada, salvo mi padre y mi tío: con condición, que si tuviesen hijos, a los varones enviasen luego en naciendo a criar fuera de la ciudad, para que nunca volviesen a ella: y que si fuesen hembras, que siendo de edad las casasen fuera del reino. Cuando el alcaide oyó el extraño cuento de Abindarráez y las palabras con que se quejaba de su desdicha, no pudo tener las lágrimas que con ellas no mostrase el sentimiento que de tan desastrado caso debía sentirse, y volviéndose al moro, le dijo: Por cierto, Abindarráez, tú tienes grandísima ocasión de sentir la gran caída de tu linaje, del cual yo no puedo creer que se pusiese en hacer tan gran traición: y cuando otra prueba no tuviese sino proceder de ella un hombre tan señalado como tú, bastaría para yo creer que no podría haber en ellos maldad. Esta opinión que tienes de mí, respondió el moro, Alá te la pague, y él es testigo que la que generalmente se tiene de la bondad de mis pasados es esa misma. Pues como yo naciese al mundo con la misma ventura de los míos, me enviaron por no quebrar el edicto del rey a criar a una fortaleza que fue de cristianos, llamada Cártama, encomendándome al alcaide de ella, con quien mi padre tenía antigua amistad, hombre de gran calidad en el reino, de grandísima verdad y riqueza; y la mayor parte que tenía era una hija, la cual es el mayor bien que yo en esta vida tengo, y Alá me le quite si yo en algún tiempo tuviere sin ella otra cosa que me dé contento. Con ésta me crié desde niño, porque también ella lo era, debajo de un engaño, el cual era pensar que éramos ambos hermanos, porque como tales nos tratábamos y por tales nos teníamos, y su padre como a sus hijos nos criaba. El amor que yo tenía a la hermosa Jarifa, que así se llamaba esta señora que lo es de mi libertad, no sería muy grande si yo supiese decillo: bastaba haberme traído a tiempo que mil vidas diera por gozar de su vista sólo un momento. Iba creciendo la edad, pero mucho más crecía el amor, y tanto, que ya parecía de otro metal que no de parentesco. Acuérdomme que un día estando Jarifa en la huerta de los jazmines componiendo su hermosa cabeza, miréla espantado de su gran hermosura, y no sé cómo me pesó de que fuese mi hermana. Y no aguardando más, fuíme a ella con los brazos abiertos, y así como me vio, me salió a recibir, y sentándome en la fuente junto a ella, me dijo: Hermano, ¿cómo me dejaste tanto tiempo sola? Yo la respondí: Señora mía, gran rato ha que os busco, y nunca hallé quien me dijese dó estábades, hasta que mi corazón me lo dijo. Mas decidme ahora, ¿qué certinidad tenéis vos de que somos hermanos? Yo no otra, dijo ella, mas del grande amor que os tengo y ver que hermanos nos llaman todos, y que mi padre nos trata a los dos como a hijos. ¿Y si no fuéramos hermanos, dije yo, quisiéradesme tanto? ¿No veis, dijo ella, que a

no lo ser no nos dejarían andar siempre juntos, y solos, como nos dejan? Pues si este bien nos habían de quitar, dije yo. más vale el que me tengo. Entonces encendiósele el hermoso rostro, y me dijo: ¿Qué pierdes tú en que seamos hermanos? Pierdo a mí y a vos, dije yo. No te entiendo, dijo ella; mas a mí paréceme que ser hermanos nos obliga a amarnos naturalmente. A mí, dije yo, sola vuestra hermosura me obliga a quererlos, que esta hermandad antes me resfría algunas veces; y con esto abajando los ojos de empacho de lo que dije, víla en las aguas de la fuente tan al propio como ella era, de suerte que a cualquiera parte que volvía la cabeza hallaba su imagen y trasunto, y la más verdadera trasladada en mis entrañas. Decía yo entonces entre mí: ¿Si me ahogase ahora en esa fuente a do veo a mi señora, cuánto más disculpado moriría yo que Narciso? y si ella me amase como yo la amo, qué dichoso sería yo? y si la fortuna nos permitiese vivir siempre juntos, qué sabrosa vida sería la mía? Estas palabras decía yo a mí mismo, y pesárame que otro me las oyera. Y diciendo esto levánteme, y volviendo las manos hacia unos jazmines, de que aquella fuente estaba rodeada, mezclándolos con arrayanes hice una hermosa guirnalda, y poniéndomela sobre mi cabeza, me volví coronado y vencido. Entonces ella puso los ojos en mí más dulcemente al parecer, y quitándome la guirnalda la puso sobre su cabeza, pareciendo en aquel punto más hermosa que Venus, y volviendo el rostro hacia mí, me dijo: ¿Qué te parece ahora de mí, Abindarráez? Yo la dije: Paréceme que acabáis de vencer a todo el mundo, y que os coronan por reina y señora del. Levantándose me tomó de la mano, diciéndome: Si eso fuera, hermano, no perdiérades vos nada. Yo sin la responder la seguí hasta que salimos de la huerta. De ahí a algunos días, ya que al crudo amor le pareció que tardaba mucho en acabar de darme el desengaño de lo que pensaba que había de ser de mí, y el tiempo queriendo descubrir la celada, venimos a saber que el parentesco entre nosotros era ninguno; y así quedó la afición en su verdadero punto. Todo mi contentamiento estaba en ella: mi alma tan cortada a medida de la suya, que todo lo que en su rostro no había me parecía feo, excusado y sin provecho en el mundo. Ya a este tiempo nuestros pasatiempos eran muy diferentes de los pasados, ya la miraba con recelo de ser sentido, ya tenía celos del sol que la tocaba, y aun mirándome con el mismo contento que hasta allí me había mirado, a mí no me lo parecía, porque la desconfianza propia es la cosa más cierta en un corazón enamorado. Sucedió que estando ella un día junto a la clara fuente de los jazmines, yo llegué, y comenzando a hablar con ella no me pareció que su habla y continencia se conformaba con lo pasado: rogóme que cantase, porque era una cosa que ella muchas veces holgaba de

oir; y estaba yo aquella hora tan desconfiado de mí, que no creí que me mandaba cantar porque holgase de oirme, sino por entretenerme en aquello de manera que me faltase tiempo para decille mi mal. Yo que no estudiaba en otra cosa sino en hacer lo que mi señora Jarifa mandaba, comencé en lengua arábica a cantar esta canción, en la cual la di a entender toda la crueldad que della sospechaba:

Si hebras de oro son vuestros cabellos,
a cuya sombra están los claros ojos,
dos soles, cuyo cielo es vuestra frente,
faltó rubí para hacer la boca,
faltó el cristal para el hermoso cuello,
faltó el diamante para el blanco pecho.
Bien es el corazón cual es el pecho,
pues flecha de metal de los cabellos,
jamás os hace que volváis el cuello,
ni que deis contento con los ojos:
pues esperad un si de aquella boca,
de quien miró jamas con leda frente,
¿Hay más hermosa y desabrida frente
para tan duro y tan hermoso pecho?
¿Hay tan divina y tan airada boca?
¿Tan ricos y avarientos hay cabellos?
¿Quién vio crueles tan serenos ojos,
y tan sin movimiento el dulce cuello?
El crudo amor me tiene el lazo al cuello,
mudada y sin color la triste frente,
muy cerca de cerrarse están mis ojos,
el corazón se mueve acá en el pecho,
medroso y erizado está el cabello,
y nunca oyó palabras desesa boca.
¡Oh más hermosa y más perfecta boca,
que yo sabré decir! ¡Oh liso cuello!
¡Oh rayos de aquel sol, que no cabellos!
¡Oh cristalina cara! ¡Oh bella frente!
Oh blanco, igual y diamantino pecho!
¿Cuándo he de ver clemencia en esos ojos?
Ya siento el no en el volver los ojos,
oíd si afirma pues la dulce boca:
mirad si está en su ser el duro pecho,
y como acá y allá menea el cuello,
sentid el ceño en la hermosa frente;
¿pues qué podré esperar de los cabellos?
Si saben decir no el cuello y pecho,
si niega ya la frente y los cabellos,
¿los ojos qué harán y hermosa boca?

Pudieron tanto estas palabras, que siendo ayudadas del amor de aquella a quien se decían, yo vi derramar unas lágrimas que me enternecieron el alma, de manera que no sabré decir si fue mayor el contento de ver tan verdadero

testimonio del amor de mi señora, o la pena que recibí de la ocasión de derramallas. Y llamándome me hizo sentar junto a sí, y me comenzó a hablar desta manera: Abindarráez, si el amor a que estoy obligada, después que me satisfice de tu pensamiento, es pequeño, o de manera que no pueda acabarse con la vida, yo espero que antes que dejemos solo el lugar donde estamos, mis palabras te lo den a entender. No te quiero poner culpa de lo que las desconfianzas te hacen sentir, porque sé que es tan cierta cosa tenellas, que no hay en amor cosa que más lo sea. Mas para remedio desto, y de la tristeza que yo tenía en verme en algún tiempo apartada de ti, de hoy más te puedes tener por tan señor de mi libertad, como lo serás no queriendo rehusar el vínculo de matrimonio, lo cual ante todas cosas impide mi honestidad y el grande amor que tengo. Yo que estas palabras oí, haciéndomelas esperar amor muy de otra manera, fue tanta mi alegría, que si no fue hincar los hinojos en tierra, besándole sus hermosas manos, no supe hacer otra cosa. Debajo desta palabra vivía algunos días con mayor contentamiento del que yo ahora sabré decir: quiso la ventura envidiosa de nuestra alegre vida quitarnos este dulce y alegre contentamiento, y fue desta manera: Que el rey de Granada por mejor cargo envió a mandar al alcaide de Cartama, que luego dejase la fortaleza y se fuese a Coyn, que es aquel lugar frontero vuestro, y me dejase a mí en Cartama en poder del Alcaide que allí viniese. Sabida esta tan desastrada nueva por mi señora y por mí, juzgad vos, si en algún tiempo fuisteis enamorado, lo que los dos podríamos sentir. Juntámonos en un lugar secreto a llorar nuestra pérdida y apartamiento: yo la llamaba señora mía, alma mía, mi bien solo, y otros diversos nombres que el amor me mostraba. Decíale llorando: Apartándose vuestra hermosura de mí, ¿tendréis alguna vez memoria de este vuestro cautivo? Aquí las lágrimas y suspiros atajaban las palabras, y yo esforzándome para decir más, decía algunas razones turbadas, de que no me acuerdo, porque mi señora llevó mi memoria tras sí. ¿Pues quién podrá decir lo que mi señora sentía deste apartamiento, y lo que a mí me hacían sentir las lágrimas que por esta causa derramaba? Palabras me dijo ella entonces, que la memoria dellas bastaba para dar en que entender al sentimiento toda la vida. Y no te las quiero decir, valeroso alcaide, porque si tu pecho no ha sido tocado de amor te parecerán imposibles, y si lo ha sido, verás que quien las oyese no podría quedar con la vida. Baste que el fin dellas fue decirme, que en habiendo ocasión, o por enfermedad de su padre o ausencia, ella me enviaría a llamar, porque hubiese efecto lo que entre los dos fue concertado. Con esta promesa mi corazón se aseogó algo, y bésele las manos por la merced que me prometía. Ellos se partieron luego otro día: yo me quedé como

quien camina por unas ásperas y fragosas montañas, que pasándosele el sol queda en muy oscuras tinieblas. Comencé a sentir su ausencia ásperamente, buscando todos los falsos remedios contra ella. Miraba las ventanas donde se solía poner, la cámara donde dormía, el jardín donde reposaba y tenía la siesta, las aguas donde se bañaba: andaba todas sus estancias, y en todas ellas hallaba una cierta representación de mis fatigas. Verdad es que la esperanza que me dio de llamarme me sostenía, con ella engañaba parte de mis trabajos; y aunque algunas veces de ver tanto dilatar mi deseo me causaba más pena, holgara de que me dejaran del todo desesperado, porque la desesperación fatiga hasta que se tiene por cierta, mas la esperanza hasta que se cumple el deseo. Quiso mi buena suerte que hoy por la mañana mi señora me cumplió su palabra, enviándome a llamar con una criada suya, de quien como de sí fiaba, porque su padre era partido para Granada llamado del Rey para dar vuelta luego. Yo resucitado con esta improvisa y dichosa nueva apercebíme luego para caminar, y dejando venir la noche por salir más secreto y encubierto, pásame en el hábito que me encontraste el más gallardo que pude, por mejor mostrar a mi señora la gallardía y contento de mi corazón. Por cierto no creyera yo que bastaran dos caballeros juntos a tenerme campo porque traía a mi señora conmigo: y si tú me venciste no fue por esfuerzo, que no fue posible, sino que mi suerte tan corta, o la determinación del cielo quiso atajarme tan supremo bien. Pues considera ahora en el fin de mis palabras, y el bien que perdí, y el mal que poseo. Yo iba de Cartama a Coyn, breve jornada, aunque el deseo la alargaba mucho, el más ufano abencerraje que nunca se vio: iba llamado de mi señora, a ver a mi señora, a gozar de mi señora, y a casarme con mi señora: véome ahora herido y cautivo, y en poder de aquel que no sé lo qué hará de mí; y lo que más siento es que el término y coyuntura de mi bien se acaba esta noche. Déjame pues, cristiano, consolar entre mis suspiros: déjame desahogar mi lastimado pecho, regando mis ojos con lágrimas; y no juzgues esto a flaqueza, que fuera harto mayor tener ánimo para poder sufrir, sin hacer lo que hago, un tan desastrado y riguroso trance. Al alma le llegaron al valeroso Narváez las palabras del moro, y no poco espanto recibió del extraño suceso de sus amores; y pareciéndole que para su negocio ninguna cosa podía dañar más que la dilación, le dijo: Abindarráez, quiero que veas que puede más mi virtud que tu mala fortuna; y si me prometes de volver a mi prisión dentro de tercero día, yo te daré libertad para que sigas tu comenzado camino, porque me pesaría atajarte tan buena empresa. El abencerraje que aquesto oyó quiso echarse a sus pies, y díjole: Alcaide de Alora, si vos hacéis eso, a mí daréis la vida, y vos habréis hecho la

mayor gentileza de corazón que nunca nadie hizo. De mí tomad la segundad que quisiéredes pur lo que me pedís, que yo cumpliré con vos lo que asentare. Entonces Rodrigo de Narvárez llamó a todos sus compañeros, y díjoles: Señores: fiad de mí este prisionero, que yo salgo por fiador de su rescate. Ellos entonces dijeron, que ordenase a su voluntad de todo ello. Luego el Alcaide tomando la mano derecha al abencerraje le dijo: ¿Vos prometéis como caballero de venir a mi castillo de Alora, y ser mi prisionero dentro del tercero día? Él le dijo: Sí, prometo. Pues id con la buena ventura; y si para vuestro camino tenéis necesidad de mi persona, o de otra cosa alguna, también se hará. El moro se lo agradeció mucho, y tomó un caballo que el alcaide le dio, porque el suyo quedó de la refriega pasada herido, y aunque iba muy cansado y fatigado de la mucha sangre que con el trabajo del camino le salía, vuelta la rienda se fue camino de Coyn a mucha priesa. Rodrigo de Narvárez y sus compañeros se volvieron a Alora, hablando en la valentía y buenas maneras del abencerraje. No tardó mucho el moro, según la priesa que llevaba, en llegar a la fortaleza de Coyn, donde yéndose derecho, como le era mandado, la rodeó toda hasta que halló una puerta falsa que en ella había, y detúvose un poco allí hasta reconocer todo el campo, y por ver si había de qué guardarse; y ya que lo vio todo sosegado tocó con el cuento de la lanza a la puerta, porque aquella era la seña que le había dado la dueña que le fue a llamar, y luego ella misma le abrió, y le dijo: Señor mío, vuestra tardanza nos ha puesto en gran sobresalto: mi señora ha gran rato que os espera, apeaos y subid donde ella está. Él se apeó de su caballo, y lo puso en un lugar secreto, y arrimando la lanza a una pared con su adarga y cimitarra, llevándole la dueña de la mano lo más paso que pudieron por no ser conocidos, se subieron por una escalera hasta el aposento de la misma Jarifa. Ella que había ya sentido su venida, con la mayor alegría del mundo lo salió a recibir, y ambos con mucho regocijo y sobresalto se abrazaron sin hablarse palabra del sobrado contento, hasta que ya tornaron en sí, y ella le dijo: ¿En qué os habéis detenido, señor mío, tanto, que vuestra mucha tardanza me ha puesto en gran fatiga y confusión? Señora mía, dijo el, vos sabéis bien que por mi negligencia no habrá sido, mas no siempre suceden las cosas como el hombre desea: así que si me he tardado, bien podéis creer que no ha sido más en mi mano. Ella atajándole su plática le tomó por la mano, y metiéndole en un rico aposento se sentaron sobre una cama que en él estaba, y le dijo desta manera: He querrido, Abindarrárez, que veáis y experimentéis por clara experiencia en qué manera cumplen las cautivas de amor sus palabras, porque desde el día que os la di por prenda de mi corazón he buscado aparejos para quitárosla. Yo

os mandé venir a este castillo para que seáis mi prisionero, como yo lo soy vuestra: os he traído aquí para haceros señor de mí y de la hacienda de mi padre debajo del nombre de esposo, que de otra manera, ni mi estado ni vuestra lealtad lo consentirá. Bien sé yo que esto será contra la voluntad de mi padre, que como no tiene conocimiento de vuestro valor tanto como yo, quisiera darme marido más rico; mas yo vuestra persona y conocimiento que tendréis con ella tengo por la mayor riqueza del mundo. Y diciendo esto bajó la cabeza, mostrando un cierto y nuevo empacho de haberse descubierto y declarado tanto. El moro la tomó en sus brazos, y besándole muchas veces las manos por la merced que le hacía, díjole: Señora de mi alma, en pago de tanto bien como me ofrecéis no tengo qué daros de nuevo, porque todo soy vuestro: sólo os doy esta prenda en señal que os recibo por mi señora y esposa, y con esto podéis perder el empacho y vergüenza que cobrastes cuando vos me recibistes a mí. Ella hizo lo mismo, y con esto se acostaron en su cama, donde con la nueva experiencia encendieron el fuego de sus corazones. En aquella empresa pasaron muy amorosas palabras y obras, que son más para consideración que no para escritura. El moro estando en tan gran alegría, súbitamente le vino un muy profundo pensamiento, y dejando llevarse del paróse muy triste, tanto que la hermosa Jarifa lo sintió, y de ver tan súbita novedad quedó muy turbada, y estando atenta sintióle dar un muy profundo suspiro, revolviendo el cuerpo a todas partes. No pudiendo la dama sufrir tan gran ofensa de su hermosura y lealtad, y pareciéndole que en aquello se ofendía grandemente, levantándose un poco sobre la cama, con voz alegre y sosegada, aunque algo turbada, le dijo: ¿Qué es esto, Abindarráez? parece que te has entristecido con mi alegría: yo te oigo suspirar y dar sollozos, revolviendo el corazón y cuerpo a muchas partes: pues si yo soy tu bien y contentamiento, ¿cómo no me has dicho por quién suspiras? y si no lo soy, ¿por qué me engañaste? Si has hallado en mi persona alguna falta de menos gusto que imaginabas, pon los ojos en mi voluntad, que basta para encubrir muchas. Si sirves otra dama, dime quién es para que yo la sirva; y si tienes otra fatiga de que yo no soy ofendida, dímelas, que yo moriré o te sacaré della: y trabando del con un gran ímpetu y fuerza de amor le volvió. Él entonces confuso y avergonzado de lo que había hecho, pareciéndole que no declararse sería darle ocasión de gran sospecha, con un apasionado suspiro le dijo: Esperanza mía, si yo no os quisiera más que a mí, no hubiera hecho semejante atrevimiento, porque el pesar que conmigo traía sufriera con buen ánimo cuando iba por mí solo: mas ahora que me obliga apartarme de vos, no tengo fuerzas para sufrillo; y porque no estéis más suspensa sin saber por qué,

quiero deciros lo que pasa. Y luego le contó todo el hecho sin que faltase nada; y en fin de sus razones le dijo con hartas lágrimas: De suerte, señora, que vuestro cautivo lo es también del alcaide de Alora. Yo no siento la pena de la prisión que vos enseñastes a mi corazón a sufrir, mas vivir sin vos tendría por la misma muerte; y así veréis que mis suspiros se causan más de sobra de lealtad que de falta de ella. Y con esto se tornó a poner tan pensativo y triste como antes que comenzase a decillo. Ella entonces con un semblante alegre le dijo: No os congojéis, Abindarráez, que yo tomo a mi cargo el remedio de vuestra fatiga: cuanto más que pues es verdad, que cualquier prisionero que haya dado la palabra de volver a la prisión cumplirá con enviar el rescate que se le puede pedir, ponadle vos mismo el nombre que quisiéredes, que yo tengo las llaves de todos los cofres y riquezas que mi padre tiene, y yo os las pondré todas en vuestro poder: envid de todo ello lo que os pareciere a Rodrigo de Narváez, buen caballero, que os dio una vez libertad, y le fiastes el presente negocio, por lo cual le obliga ahora a usar de mayor virtud. Y yo creo se contentará con esto, pues teniéndoos en su poder ha de hacer por fuerza lo mismo de rescataros por lo que él pidiere. El abencerraje le respondió: Bien parece, señora, que el amor que tenéis no da lugar que me aconsejéis bien. Por cierto no caeré yo en tan gran yerro como este, porque si cuando venía a verme solo con vos estaba obligado a cumplir mi palabra, ahora que soy vuestro se extiende más la obligación. Yo mismo iré a Alora, y me pondré en las manos del alcaide della, y tras hacer yo lo que debo, haga la fortuna lo que quisiere. Pues nunca Dios quiera, dijo Jarifa, que yendo vos a ser preso yo quede libre, pues no lo soy. Yo quiero acompañaros en esta jornada, que ni el amor que os tengo, ni el miedo que he cobrado a mi padre de habelle ofendido me consentirán hacer otra cosa. El moro llorando de contentamiento la abrazó y la dijo: Siempre vais, alma mía, acrecentándome las mercedes: hágase lo que vos queréis, que así lo quiero yo. Con este acuerdo antes que fuese de día se levantaron, y proveídas algunas cosas al viaje necesarias, partieron muy secretamente para Alora, y como ya amanecía, por no ser conocida llevaba ella el rostro cubierto; y con la gran priesa que llevaban llegaron en muy breve tiempo a Alora, y yéndose derechos al castillo, como a la puerta tocaron fue luego abierta por las guardas que tenían noticia de lo pasado. El valeroso alcaide los recibió con mucha cortesía, y saliendo a la puerta: Abindarráez tomando a su esposa por la mano se fue a él, y le dijo: Mira, Rodrigo de Narváez, si te cumplo bien mi palabra, pues te prometí de volver un preso, y te traigo dos, que uno bastaba para vencer muchos. Ves aquí a mi señora, juzga si he padecido con justa causa:

recíbenos por tuyos, que yo fío mi persona y su honradez de tus manos. El alcaide holgó mucho, y dijo a la dama: Señora, yo no sé de vosotros cuál venció al otro, mas yo debo mucho a entrambos. Venid y reposaréis en vuestra casa, y tenedla de aquí adelante por tal, pues lo es su dueño. Con esto se fueron a su aposento, y de ahí a poco comieron porque venían cansados. El alcaide preguntó al moro, qué tal venía de sus llagas. Parece, dijo él, que con el camino las tengo algo enconadas y con dolor. La hermosa Jarifa muy alterada desto dijo: ¿Qué es esto, señor? Dijo él; Quien escapó de las vuestras, en poco tendrá todas las otras. Verdad es que de la escaramuza de anoche saqué dos pequeñas heridas, y el trabajo del camino, y el no haberme curado rae ha hecho algún daño, pero todo es poco. Bueno será que os acostéis, dijo el alcaide, y vendrá un cirujano que vo tengo aquí en el castillo, y curaros ha. Luego la hermosa Jarifa le hizo desnudar todavía alterada, pero con harto sosiego y reposo en su rostro, por no le dar pena mostrando que la tenía. El cirujano vino, y mirándole las heridas dijo, que como habían sido en soslayo no eran peligrosas, ni tardarían en sanar mucho; y con cierto remedio que luego le hizo mitigó el dolor, y de ahí a cuatro días, como le curaba con tanto cuidado estuvo sano. Y acabando un día de cerner el abencerraje, dijo al alcaide estas palabras: Rodrigo de Narváez, según eres discreto, por la manera de nuestra venida habrás entendido lo demás. Yo tengo esperanza que este negocio que ahora tan dañado está se ha de remediar por tus manos. Esta es la hermosa Jarifa, de quien te dije es mi señora y esposa: no quiso quedar en Coyn de miedo de su padre, porque aunque él no sabe lo que ha pasado, todavía se temió que este caso había de ser encubierto. Su padre está ahora con el rey de Granada, y yo sé que el rey te ama por tu esfuerzo y virtud, aunque eres cristiano. Suplicóte alcances del que nos perdone, por haberse hecho esto sin su licencia y sin que él lo supiese, pues ya la fortuna lo rodeó y trajo por este camino. El alcaide les dijo: Consolaos, señores, que yo os prometo como hijodalgo de hacer cuánto pudiere sobre este negocio: y con esto mandó traer papel y tinta, y determinó de escribir una carta al rey de Granada, que en verdad y pocas palabras le dijese el caso, la cual dice así:

Muy poderoso rey de Granada. El alcaide de Alora Rodrigo de Narváez tu servidor, besa tus reales manos, y digo: Que Abindarráez, abencerraje, que se crió en Cartama, habiendo nacido en Granada, estando en poder del alcaide de la dicha fortaleza, se enamoró de la hermosa Jarifa su hija. Después por hacer merced al alcaide, le pasaste a Coyn. Los enamorados por asegurarse se desposaron entre sí: y llamado el abencerraje por el ausencia del padre della, fue a su fortaleza. Yo lo encontré en el camino, y en cierta

escaramuza que con él tuve, en que se mostró muy valiente, esforzado y animoso, le gané por prisionero: y contándome su caso, apiadado y conmovido de sus ruegos, le hice libre por dos días; él fue, y se vio con su esposa, de suerte que en la jornada cobró a su esposa y perdió la libertad. Pues viendo ella que el abencerraje volvía a mi prisión, quiso venir con él: y así están ahora los dos en mi poder. Suplicóte no te ofenda el nombre de abencerraje, pues éste y su padre fueron sin culpa de la conjuración contra tu real persona hecha, y en testimonio dello viven ellos ahora. A tu altera humildemente suplico el remedio destes tristes amantes se remate entre ti y mí: yo perdonaré su rescate del, y libremente le soltaré, y manda tú al padre della, pues es tu vasallo, que a ella la perdone, y a él reciba por hijo: porque en ello, allende de hacerme a mí singular merced, harás aquello que de tu virtud y grandeza se espera.

Con esta carta despachó uno de sus escuderos, el cual llegando ante el rey, se la dio. Él la tomó, y sabiendo cuya era, holgó mucho; porque a este solo cristiano amaba por su valor y persona. Y en leyéndola, volvió el rostro y vio al alcaide de Coyn, y tomándole aparte le dio la carta, diciéndole: Lee esta carta; y él la leyó, y en ver lo que pasaba recibió gran alteración. El rey dijo: No te congojes, aunque tengas causa, que ninguna cosa me pedirá el alcaide de Alora, que en pudiéndola hacer no lo haga; y así te mando y vayas sin dilación a Alora y perdones a tus hijos y los llesves luego a tu casa, que en pago deste servicio yo te haré siempre mercedes. El moro lo sintió en el alma, mas viendo que no podía hacer menos, volviendo de buen continente, y sacando fuerzas de flaqueza como mejor pudo, dijo que así lo haría. Y partiéndose lo más presto que pudo llegó a Alora, adonde ya por el escudero se sabía lo que pasaba y fue de todos bien recibido. El abencerraje y su hija parecieron ante él con harta vergüenza y le besaron las manos; él los recibió muy bien, y les dijo: No se trate de cosas pasadas: el rey me mandó que hiciese esto; yo os perdono el haberos casado sin que lo supiese. Y cuanto a lo demás, hija, vos escogiste mejor marido que yo os lo supiera dar. Rodrigo de Narvéez holgó mucho de ver lo que pasaba, y les hacía muchas fiestas y banquetes. Un día acabando de comer les dijo: Yo tengo en tanto haber sido alguna parte para que este negocio esté en buen estado, que ninguna cosa me pudiera alegrar más; y así la honra de haberos tenido por mis prisioneros quiero por el rescate desta prisión. Vos, Abindarréez, sois libre, y para ello tenéis licencia de iros donde os pluguiere cada y cuando que quisiéredes. El se lo agradeció mucho, y así se aderezaron para partir otro día, y acompañándolos Rodrigo de Narvéez, salieron de Alora y llegaron a Coyn, donde se hicieron grandes fiestas y regocijos a los desposados. Las cuales fiestas pasadas, tomándolos un día aparte el padre, les dijo estas palabras:

Hijos, ahora que sois señores de mi hacienda y estáis en sosiego, razón es que cumpláis con lo que debéis al alcaide de Alora, que no por haber usado con vosotros de tanta virtud y gentileza, es razón pierda el derecho de vuestro rescate, antes se le debe, si bien se mira, muy mayor. Yo os quiero dar cuatro mil doblas zaenes; enviádselas, y tenedle de aquí adelante, pues lo merece, por amigo, aunque entre él y vosotros sean las leyes diferentes. El abencerraje se lo agradeció mucho, y tomándolas las envió al alcaide metidas dentro de un mediano y rico cofre, y por no mostrarse de su parte corto y desagradecido, juntamente le envió seis muy hermosos y enjaezados caballos, con seis adargas y lanzas, cuyos hierros y recatones eran de fino oro. La hermosa Jarifa le escribió una muy amorosa carta, agradeciéndole mucho lo que por ella y sus cosas había hecho. Y no queriendo mostrarse menos liberal y agradecida que los demás, le envió una caja de ciprés muy olorosa, y dentro della mucha y muy preciosa ropa blanca para su persona. El alcaide valeroso tomó el presente, y agradeciéndolo mucho a quien se lo enviaba, repartió luego los caballos y adargas y lanzas por los hidalgos que le acompañaron la noche de la escaramuza, tomando uno para sí, el que más le contentó, y la caja de ciprés con lo que la hermosa Jarifa le había enviado; y volviendo las cuatro mil doblas al mensajero, le dijo: Decid a la señora Jarifa que yo recibo las doblas en rescate de su marido, y a ella sirvo con ellas para ayuda de los gastos de su boda, porque por sola su amistad trocaré todos los intereses del mundo; y que tenga esta casa por tan suya como lo es de su marido. El mensajero se volvió a Coyn, donde fue bien recibido y muy loada la liberalidad del magnánimo capitán; cuyo linaje dura hasta ahora en Antequera, correspondiendo con magníficos hechos el origen donde proceden. Acabada la historia, la sabia Felicia alabó mucho la gracia y buenas palabras con que la hermosa Felismena la había contado; y lo mismo hicieron las que estaban presentes, las cuales tomando licencia de la sabia Felicia se fueron a reposar.



LIBRO QUINTO



tro día por la mañana la sabia Felicia se levantó y se fue al aposento de Felismena, a la cual halló acabando de vestirse no con pocas lágrimas, pareciéndole cada hora de las que allí estaba mil años; y tomándola por la mano se salieron a un corredor que estaba sobre el jardín, adonde la noche antes habían cenado, y habiéndole preguntado la causa de sus lágrimas y consoládola con dalle esperanza que sus trabajos habrían el fin que ella deseaba, le dijo: Ninguna cosa hay hoy en la vida más aparejada para quitalla a quien quiere bien, que quitalle con esperanzas inciertas el remedio de su mal; porque no ha) hora, en cuanto desta manera vive, que no le parezca tan espaciosa, cuanto las de la vida son apresuradas. Y porque mi deseo es que el vuestro se cumpla, y después de algunos trabajos consigáis el descanso que la fortuna os tiene prometido, os partiréis desta vuestra casa en el mismo hábito en que veníades cuando a mis ninfas defendistes de la fuerza que los fieros salvajes les querían hacer; y tened entendido, que todas las veces que mi ayuda os fuere necesaria la hallaréis, sin que hayáis menester enviármela a pedir. Así que, hermosa Felismena, vuestra partida será luego, y confiad en Dios, que vuestro deseo habrá buen fin; porque si yo de otra suerte lo entendiera, bien podéis creer que no me faltaran otros remedios para haceros mudar el pensamiento, como a algunas personas lo he hecho. Muy grande alegría recibió Felismena de las palabras que la sabia Felicia le dijo, a las cuales respondió: No puedo alcanzar, discreta señora, con qué palabras podría encarecer, ni con qué obras podría servir la merced que de vos recibo. Dios me llegue a tiempo en que la experiencia os dé a entender mi deseo. Lo que mandáis pondré yo luego por obra, lo cual no puede dejar de sucederme muy

bien, siguiendo el consejo de quien para todas las cosas sabe dalle tan bueno. La sabia Felicia la abrazó, diciendo: Yo espero en Dios, hermosa Felismena, veros en esta casa con más alegría de la que lleváis. Y porque los dos pastores y pastoras nos están esperando, razón será que vaya a dalles el remedio que tanto han menester. Y saliéndose ambas a dos a una sala, hallaron a Silvano, Sireno, Belisa y Selvagia que esperándolos estaban, y la sabia Felicia dijo a Felismena: Entretened, hermosa señora, vuestra compañía entretanto que yo vengo; y entrándose en un aposento, no tardó mucho en salir con dos vasos en las manos de fino cristal, con los pies de oro esmaltados, y llegándose a Sireno, le dijo: Olvidado pastor, si en tus males hubiera otro remedio sino éste, yo te le buscara con toda diligencia posible; pero ya que no puedes gozar de aquella que tanto te quiso sin muerte agena, y ésta está en mano de solo Dios, es menester que recibas otro remedio para no desear cosa que es imposible alcanzalla. Y tú, hermosa Selvagia, y desamado Silvano, tomad este vaso, en el cual hallaréis grandísimo remedio para el mal pasado y principio para no menor contento, del cual vosotros estáis bien descuidados. Y tomando el vaso que tenía en la mano izquierda le puso en la suya a Sireno, y mandó que lo bebiese, y Sireno lo hizo luego; y Selvagia y Silvano bebieron ambos el otro, y en este punto cayeron todos tres en el suelo adormidos, de que no poco se espantó Felismena y la hermosa Relisa que allí estaba, a la cual dijo la sabia Felicia: No te desconsueles, oh Belisa, que aun yo espero de verte tan consolada como la que más lo estuviese. Y hasta que la ventura se canse de negarte el remedio que para tan grave mal has menester, yo quiero que quedes en mi compañía. La pastora le quiso besar las manos por ello, Felicia no lo consintió, mas antes la abrazó, mostrándole mucho amor. Felismena estaba espantada del sueño de los pastores, y dijo a Felicia: Paréceme, señora, que si el descanso de estos pastores está en dormir, ellos lo hacen de manera que vivirán los más descansados del mundo. Felicia le respondió: No os espantéis de eso, porque el agua que ellos bebieron tiene tal fuerza, así la una como la otra, que todo el tiempo que yo quisiere dormirán, sin que baste ninguna persona a despertarlos. Y para que veáis si esto es así, probad a llamarlos. Felismena llegó entonces a Silvano, y tirándole por un brazo le comenzó a dar grandes voces, las cuales aprovecharon tanto como si no las diera; y lo mismo le avino con Sireno y Selvagia, de lo que Felismena quedó asaz maravillada. Felicia le dijo: Pues más os maravillaréis cuando despierten, porque veréis la cosa más extraña que nunca vista; y porque me parece que el agua debe haber obrado lo que es menester, yo los quiero despertar, y estad atenta porque oiréis maravillas. Y sacando un libro de la

manga se llegó a Sireno, y en tocándole con él sobre la cabeza, el pastor se levantó luego en pié con todo su juicio, y Felicia le dijo: Díme, Sireno, ¿si acaso vieses la hermosa Diana con su esposo, y estar los dos con todo el contentamiento del mundo, riéndose de los amores que tú con ella habías tenido, qué harías? Sireno respondió: Por cierto, señora, ninguna pena me darían, antes les ayudaría a reír de mis locuras pasadas. Felicia le replicó: ¿Y si acaso ella fuera ahora soltera, y se quisiera casar con Silvano y no contigo, qué harías? Sireno le respondió: Yo mismo fuera el que tratara de concertallo. ¿Qué os parece, dijo Felicia contra Felismena, si el agua sabe desatar los nudos que este perverso del Amor hace? Felismena respondió: Jamás creyera yo, que ciencia de una persona pudiera llegar a tanto como esto; y volviendo a Sireno le dijo; ¿Qué es esto, Sireno, pues las lágrimas y suspiros con que manifestabas tu mal tan presto se han acabado? Sireno le respondió: Pues que los amores se acabaron, no es mucho que se acabe lo que ellos me hacían hacer. Felismena le volvió a decir: ¿Qué es posible, Sireno, que ya no quieres bien ni amas a Diana? El mismo bien le quiero, dijo Sireno, que os quiero a vos y a cualquiera persona que no me haya ofendido. Y viendo Felicia cuan espantada estaba Felismena de la súbita mudanza de Sireno, le dijo: Con esta medicina curara yo, hermosa Felismena, vuestro mal; y el vuestro, pastora Belisa, si la fortuna no os tuviera guardadas para mayor contentamiento de lo que fuera veros en vuestra libertad. Y para que veáis cuan diferentemente ha obrado en Silvano y en Selvagia la medicina, bien será despertarlos, pues basta lo que han dormido; y poniendo el libro sobre la cabeza a Silvano, se levantó diciendo: ¡Oh hermosa Selvagia, cuan gran locura ha sido haber empleado en otra parte el pensamiento, después que mis ojos te vieron! ¿Qué es eso, Silvano, dijo Felicia, teniendo tan puesto el pensamiento en tu pastora Diana, tan súbitamente le pones ahora en Selvagia? Silvano le respondió: Discreta señora, como el navío que anda perdido por la mar sin poder tomar puerto seguro, así anduvo mi pensamiento en los amores de Diana todo el tiempo que la quise bien; mas ahora he llegado a un puerto, donde plega a Dios que sea tan bien recibido, como el amor que yo le tengo lo merece. Felismena quedó tan espantada del segundo género de mudanza que vio en Silvano, como del primero que en Sireno había visto; y díjole riendo: ¿Pues qué haces que no despiertas a Selvagia? que mal podrá oír tu pena una pastora que duerme. Silvano entonces, tirándola del brazo, la comenzó a decir a grandes voces: Despierta, hermosa Selvagia, pues despertaste mi pensamiento del sueño de las ignorancias pasadas. Dichoso yo, pues la fortuna me ha puesto en el mayor estado que se podía desear. ¿Qué es esto, no me oyes, o no

quieres responderme? Cata que no sufre el amor que te tengo no ser oído, oh Selvagia! no duermas tanto, ni permitas que tu sueño sea causa que el de la muerte dé fin a mis días. Y viendo que no aprovechaba llamarla, comenzó a derramar lágrimas en gran abundancia, que los presentes no pudieron dejar de ayudarle. Mas Felicia dijo: Silvano amigo, no te aflijas, que yo haré que responda Selvagia, y que la respuesta sea tal como tú desees; y tomándole por la mano le metió en un aposento, y le dijo: No salgas de ahí hasta que te llame; y luego volvió a do Selvagia estaba, y tocándola con el libro despertó, como los demás pastores habían hecho. Felicia dijo entonces a Selvagia: Pastora, muy descuidada duermes. Selvagia respondió: Señora, dime, ¿qué es de mi Silvano? ¿no estaba él junto conmigo? Ay Dios, ¿quién me lo llevó de aquí? ¿Si volverá? Y Felicia le dijo: Escucha, Selvagia, que parece que desatinas: has de saber que el tu querido Alanio está a la puerta, y dice que ha andado por muchas partes perdido en busca tuya, y trae licencia de su padre para casarse contigo. Esa licencia, dijo Selvagia, le aprovechará a él muy poco, pues no la tiene de mi pensamiento: Silvano ¿qué es dél? ¿a dó está? Pues como el pastor Silvano oyó hablar a Selvagia, no lo pudo sufrir sin salir luego a la sala donde estaba, y mirándose los dos con mucho amor, lo confirmaron tan grande entre sí, que sola la muerte bastó para acaballo: de que no poco contentamiento recibió Sireno y Felismena, y aun la pastora Belisa. Felicia les dijo: Razón será, pastores y hermosa pastora, que os volváis a vuestros ganados, y tened entendido que mi favor jamás os podrá faltar, y el fin de vuestros amores sea cuando por matrimonio cada uno se ayunte con quien desea. Yo terne cuidado de avisaros cuando sea tiempo. Y vos, hermosa Felismena, aparejaos para la partida, porque mañana cumple que partáis de aquí. En esto entraron todas las ninfas por la puerta de la sala, las cuales ya sabían el remedio que la sabia Felicia había puesto en el mal de los pastores, de lo cual recibieron grandísimo placer: mayormente Dorida, Cintia y Polidora, por haber sido ellas la más principal ocasión de su contentamiento. Los dos nuevos enamorados no entendían en otra cosa sino en mirarse uno a otro con tanta afición y blandura como si hubiera mil años que hubieran dado principio a sus amores: y aquel día estuvieron allí todos con grandísimo contentamiento, hasta que otro día de mañana despidiéndose los dos pastores y pastora de la sabia Felicia y de Felismena y de Belisa, y asimismo de todas aquellas ninfas, se volvieron con grandísima alegría a su aldea, donde aquel mismo día llegaron, y la hermosa Felismena, que ya aquel día se había vestido en traje de pastora, despidiéndose de la sabia Felicia, y siendo muy particularmente avisada de lo que había de hacer, con muchas lágrimas la

abrazó; y acompañada de todas aquellas ninfas se salieron al gran patio que delante de la puerta estaba, y abrazando a cada una por sí, se partió por el camino donde la guiaron. No iba sola Felismena este camino, ni aun sus imaginaciones la daban lugar a que lo fuese; pensando iba en lo que la sabia Felicia le había dicho, y por otra parte considerando la poca ventura que hasta allí había tenido en sus amores, le hacía dudar de su descanso. Con esta contrariedad de pensamientos iba lidiando, los cuales aunque por una parte la cansaban, por otra la entretenían, de manera que no sentía la soledad del camino. No hubo andado mucho por en medio de un hermoso valle, cuando a la caída del sol vio de lejos una choza de pastores, que entre unas encinas estaba a la entrada de un bosque, y persuadida de la hambre se fue hacia ella, y también porque la siesta comenzaba de manera que sería forzado pasalla debajo de aquellos árboles. Llegando a la choza oyó que un pastor decía a una pastora que allí estaba: No me mandes, Amarilida, que cante, pues entiendes la razón que tengo de llorar todos los días que el alma no desampare estos cansados miembros, que puesto caso que la música es tanta parte para hacer acrecentar la tristeza del triste, como la alegría del que más contento vive, no es mi mal de suerte que pueda ser disminuido, ni acrecentado con ninguna industria humana. Aquí tienes tu zampona; tañe y canta, pastora, que muy bien lo puedes hacer, pues tienes el corazón libre y la voluntad exenta de las sujeciones de amor. La pastora le respondió: No seas, Arsileo, avariento de lo que naturaleza con tan larga mano te ha concedido, pues quien te lo pide sabrá complacerte en lo que tú quisieres pedille. Canta si es posible aquella canción, que a petición de Argasto hiciste en nombre de tu padre Arsenio, cuando ambos servíades a la hermosa Belisa. El pastor le respondió: Extraña condición es la tuya, oh Amarilida! que siempre me pides haga lo que menos contento me da. ¿Qué haré que por fuerza he de complacerte? y no por fuerza, que asaz de mal aconsejado sería quien de su voluntad no te sirviese. Mas ya sabes cómo mi fortuna me va a la mano todas las veces que algún alivio quiero tomar; oh Amarilida! ¿viendo la razón que tengo de estar contino llorando me mandas cantar? ¿Por qué quieres ofender a las ocasiones de mi tristeza? plega a Dios que nunca mi mal vengas a sentirlo en causa tuya propia, porque tan a tu costa no te informe la fortuna de mi pena. Ya sabes que perdí a Belisa, ya sabes que vivo sin esperanza de cobrarla, ¿por qué me mandas cantar? Mas no quiero que me tengas por descomedido, que no es de mi condición serlo con las pastoras a quien todos estamos obligados a complacer. Y tomando un rabel que cerca de sí tenía, le comenzó a templar para hacer lo que la pastora le mandaba. Felismena que acechando estaba, oyó

muy bien lo que el pastor y pastora pasaban. Y cuando vio que hablaban en Arsenio y Arsileo, servidores de la pastora Belisa, a los cuales tenía por muertos, según lo que Belisa había contado a ella y a las ninfas y pastoras, cuando en la cabaña de la isleta la hallaron, verdaderamente pensó que veía ser alguna visión o cosa de sueño. Y estando atenta, vio cómo el pastor comenzó a tocar el rabel tan divinamente que parecía cosa del cielo: y habiendo tañido un poco, con una voz más angélica que de hombre humano, dio principio a esta

CANCIÓN

¡Ay vanas esperanzas! ¿cuántos días
anduve hecho siervo de un engaño?
¿y cuan en vano mis cansados ojos
con lágrimas regaron este valle?
pagádome han amor y la fortuna,
pagado me han, no sé de qué me quejo.
Gran mal debo pasar, pues yo me quejo,
que hechos a sufrir están mis ojos,
los trances del amor y la fortuna.
¿Sabéis de quién me agravio? de un engaño,
de una cruel pastora deste valle,
dó puse por mi mal mis tristes ojos.
Con todo mucho debo yo a mis ojos,
aunque con el dolor, dellos me quejo,
pues vi por causa suya en este valle
la cosa más hermosa que en mis días
jamás pensé mirar, y no me engaño,
pregúntenlo al amor y la fortuna.
Aunque por otra parte la fortuna,
el tiempo, la ocasión, los tristes ojos,
el no estar celoso del engaño,
causaron todo el mal de que me quejo:
y así pienso acabar mis tristes días,
contando mis pasiones a este valle.
Si el río, el soto, el monte, el prado, el valle,
la tierra, el cielo, el hado, la fortuna,
las horas, los momentos, años, días,
el alma, el corazón, también los ojos,
agravian mi dolor cuando me quejo,
¿por qué decís, pastora, que me engaño?
Bien sé que me engaño, mas no es engaño,
porque de haber yo visto en este valle
tu extraña perfección, jamás me quejo,
sino de ver que quiso la fortuna
dar a entender a mis cansados ojos,
que allá vería «1 remedio tras los días.
Y son pasados años, meses, días
sobre esta confianza, y claro engaño,

cansados de llorar mis tristes ojos,
 cansados de escucharme el soto, el valle,
 y al cabo me responde la fortuna
 burlándose del mal de que me quejo.
 Mas, ¡oh triste pastor! ¿de qué me quejo
 sino es de no acabarse ya mis días?
 por dicha era mi esclava la fortuna?
 halo ella de pagar si yo me engaño?
 no anduve libre, exento en este valle?
 quién me mandaba a mí alzar los ojos?
 ¿Mas quién podrá tan bien domar sus ojos?
 o cómo viviré sino me quejo,
 del mal que amor me hizo en este valle?
 Mal haya un mal que dura tantos días,
 mas no podrá tardar sino me engaño,
 que muerto no dé fin a mi fortuna.
 Venir suele bonanza tras fortuna,
 mas nunca la verán jamás mis ojos,
 ni aun yo pienso caer en este engaño,
 bien basta ya el primero de quien quejo.
 y quejaré, pastora, cuantos días
 durare la memoria deste valle.
 Si el mismo día, pastora, que en el valle
 dio causa que te viese mi fortuna,
 llegara el fin de mis cansados días,
 o al menos viera esquivos esos ojos,
 cesara la razón con que me quejo,
 y no pudiera yo llamarme a engaño.
 Mas tú determinando hacerme engaño,
 cuando me viste luego en este valle,
 mostrábaste benigna, ved si quejo
 con razón de amor y de fortuna:
 después no sé por qué vuelves tus ojos,
 cansar te deben ya mis tristes días.
 Canción, de amor y de fortuna quejo,
 y pues duró un engaño tantos días,
 regad, ojos, regad el soto, el valle.

Esto cantó el pastor con muchas lágrimas, y la pastora lo oyó con gran contentamiento de ver la gracia con que tañía y cantaba: mas el pastor después que dio fin a su canción, soltando el rabel, dijo contra la pastora: ¿Estás contenta, Amarilida, que por sólo tu contentamiento me hagas hacer cosa que tan fuera del mío es? Plega a Dios, oh Alfeo, la fortuna te traiga al punto a que yo por tu causa he venido, para que sientas el cargo en que te soy, y el mal que me hiciste. ¡Oh Belisa! ¿quién hay en el mundo que más te deba que yo? Dios me traiga tiempo que mis ojos gocen de ver tu hermosura: y los tuyos vean si soy en conocimiento de lo que les debo. Esto decía el pastor con tantas lágrimas que no hubiera corazón por duro que fuera que no se ablandara. Oyénle la pastora le dijo: Pues que ya, Arsileo, me has contado el

principio de tus amores, y cómo Arsenio tu padre fue la principal causa de que tú quisieses bien a Belisa, porque sirviéndola él se aprovechaba de tus cartas y canciones, y aun de tu música, cosa que él pudiera muy bien excusar, te ruego me cuentes cómo la perdiste. Cosa es esa, le respondió el pastor, que yo querría pocas veces contar, mas ya que es tu condición mandarme hacer y decir aquello en que más pena recibo, escucha, que en breves palabras te lo diré: Había en mi lugar un hombre llamado Alfeo, que entre nosotros tuvo siempre fama de grandísimo nigromántico, el cual quería bien a Belisa, primero que mi padre la comenzase a servir, y ella no tan solamente no podía velle, mas aun si le hablaban en él, no había cosa que más pena le diese: pues como éste supiese un concierto que entre mí y Belisa había, de irle a hablar desde encima de un moral que en una huerta suya estaba, el diablo Alfeo hizo dos espíritus, que tomase el uno la forma de mi padre Arsenio, y el otro la mía, y que fuese el que tomó mi forma al concierto, y el que tomó la de mi padre viniese allí y le tirase con una ballesta, fingiendo que era otro, y que viniese él luego, como que lo había conocido, y se matase de pena de haber muerto a su hijo, a fin de que la pastora Belisa se diese la muerte viendo muerto a mi padre y a mí, o a lo menos hiciese lo que hizo. Esto hacía el traidor Alfeo por lo mucho que le pesaba de saber lo que Belisa me quería, y lo poco que se le daba por él. Pues como así fue hecho, y a Belisa le pareciese que mi padre y yo fuésemos muertos de la forma que he contado, desesperada de ver tal caso se salió de casa y se fue donde hasta ahora no se ha sabido nuevas della. Esto me contó la pastora Armida, y yo verdaderamente lo creo, por lo que después ha sucedido. Felismena que entendió lo que el pastor había dicho, quedó en extremo maravillada, pareciéndole que lo que decía llevaba camino de ser así, y por las señales que en él vio vino en conocimiento de ser aquel Arsileo servidor de Belisa, al cual ella tenía por muerto. Y dijo entre sí: No sería razón que la fortuna diese contento ninguno a la persona que lo negase a un pastor que tan bien lo merece y lo ha menester. A lo menos no partiré yo deste lugar sin dársele tan grande como él lo recibirá con las nuevas de su pastora. Y llegándose a la puerta de la choza, dijo contra Amarilida: Hermosa pastora, a una sin ventura que ha perdido el camino, y aun la esperanza de cobralle, ¿no le daríais licencia para que pasase la siesta en este vuestro aposento? La pastora cuando la vio quedó tan espantada de ver su hermosura y gentil disposición, que no supo respondelle: empero Arsileo la dijo: Por cierto, pastora, no falta otra cosa para hacer lo que por vos es pedido, sino la posada no ser tal como vos la merecéis; pero si desta manera sois servida, entrad, que no habrá cosa que por

os servir no se haga. Felismena le respondió: Esas palabras, Arsileo, bien parecen tuyas: mas el contento que yo en pago dellas te dejaré me dé Dios a mí en lo que tanto ha que deseo: y diciendo esto se entró en la choza, y el pastor y la pastora se levantaron haciéndola mucha cortesía, y volviéndose a sentar todos, Arsileo la dijo: ¿Por ventura, pastora, haos dicho alguno mi nombre, o habéisme visto en alguna parte antes de ahora? Felismena le respondió: ¡Ah Arsileo! más sé de ti de lo que piensas, aunque estés en traje de pastor, muy fuera de cómo yo te vi cuando en la Academia Salamantina estudiabas. Si alguna cosa hay que comer mándamelo dar, porque después te diré una cosa que tú muchos días ha que deseas saber. Eso haré yo de muy buena gana, dijo Arsileo, porque ningún servicio se os hará que no quepa en vuestro merecimiento; y descolgando Amarilida y Arsileo sendos zurrone, dieron de comer a Felismena de aquello que para sí tenían. Y después que hubo acabado, deseando Felismena alegrar aquel que con tanta tristeza vivía, le empezó a hablar de esta manera: No hay en la vida ¡oh Arsileo! cosa que en más se deba tener que la firmeza, y más en corazón de mujer, adonde las menos veces suele hallarse; mas también hallo otra cosa, que las más veces son los hombres causa de la poca constancia que con ellos se tiene. Digo esto, por lo mucho que tú debes a una pastora que yo conozco, la cual si ahora supiese que eres vivo, no creo que habría cosa en la vida que mayor contento la diese. Y entonces le comenzó a contar por orden todo lo que había pasado desde que mató los tres salvajes, hasta que vino en casa de la sabia Felicia. En la cual cuenta Arsileo oyendo nuevas de la cosa que más quería, con todo lo que con ella habían pasado las ninfas al tiempo que la hallaron durmiendo en la isleta del estanque, como atrás habéis oído, y lo que sintió de saber que la fe que su pastora le tenía jamás su corazón había desamparado, y el lugar cierto donde la había de hallar, fue su contentamiento tan fuera de medida, y su placer tan grande, que estuvo en poco de ponelle a peligro la vida: y dijo contra Felismena: ¿Qué palabras bastarían, hermosa pastora, para encarecer la gran merced que de vos he recibido? ¿O qué obras para podéros la servir? Plega a Dios que el contentamiento que vos me habéis dado, os dé él en todas las cosas que vuestro corazón desear. ¡Oh mi señora Belisa! ¿qué es posible que tan presto he yo de ver aquellos ojos que tan gran poder en mí tuvieron, y que después de tantos trabajos me había de suceder tan soberano descanso? Y diciendo esto con muchas lágrimas, tomaba las manos de Felismena y se las besaba: y la pastora Amarilida hacía lo mismo, diciendo así: Verdaderamente, hermosa pastora, vos habéis alegrado un corazón el más triste que yo he pensado ver, y el que menos merecía estarlo. Seis meses ha que Arsileo vive

en esta cabaña la más triste vida que nadie puede pensar: y unas pastoras que por estos prados repastan sus ganados, de cuya compañía yo soy, algunas veces le entrábamos a ver y consolar, si su mal sufriera consuelo. Felismena le respondió: No es el mal de que está doliente de manera que pueda recibir consuelo de otro, sino es de la causa dél, o de quien le dé las nuevas que yo ahora te he dado. Tan buenas son para mí, hermosa pastora, le dijo Arsileo, que me han renovado un corazón envejecido en pesares. A Felismena se le entarneció el corazón tanto de ver las palabras que el pastor decía y de las lágrimas que de contento lloraba, cuanto con las suyas dio testimonio; y desta manera estuvieron allí toda la tarde, hasta que la siesta fue toda pasada, que despidiéndose Arsileo de las pastoras, se partió con mucho contento para el templo de Diana, por donde Felismena le había guiado.

Silvano y Selvagia con aquel contento que suelen tener los que gozan después de larga ausencia la vista de sus amores, caminaban hacia el deleitoso prado donde sus ganados andaban paciendo en compañía del pastor Sireno, el cual aunque iba ageno del contento que en ellos veía, también lo iba de la pena que la falta dél suele causar. Porque ni él pensaba en querer bien, ni se le daba nada de ser querido. Silvano le decía: Siempre que te miro, amigo Sireno, me parece que ya no eres el que solías; mas antes creo que te has mudado juntamente con los pensamientos: por una parte casi tengo piedad de ti, y por otra no me pesa de verte tan descuidado de las desventuras de amor. ¿Por qué parte, dijo Sireno, tienes de mí mancilla? Silvano le respondió: Porque me parece que estar un hombre sin querer ni ser querido, es el más enfadoso estado que puede ser en la vida. No ha muchos días, dijo Sireno, que tú entendías eso muy al revés: plega a Dios que en este mal estado me sustente a mí la fortuna, y a ti en el contento que recibes con la vista de Selvagia, que puesto caso que se te puede bien haber envidia de amar y de ser amado de tan hermosa pastora, yo te aseguro que la fortuna no se descuide de templanos el contento que recibís con vuestros amores. Selvagia dijo entonces: No será tanto el mal que ella con sus desvariados sucesos nos puede hacer, cuanto es el bien de verme tan bien empleada. Sireno le respondió: ¡Ah Selvagia, que me he visto tan bien querido, cuanto nadie puede verse, y tan sin pensamientos de ver fin a mis amores, como vosotros lo estáis ahora; mas ninguno haga cuenta sin la fortuna, ni fundamento sin considerar las mudanzas de los tiempos! Mucho debo a la sabia Felicia, Dios se lo pague, que nunca yo pensé poder contar mi mal en tiempo que tan poco lo sintiese. En mayor deuda le soy yo, dijo Selvagia, pues fue causa que quisiese bien a quien yo jamás deje de ver delante mis ojos. Silvano dijo volviendo los suyos

hacia ella: Esa deuda, esperanza mía, yo soy el que con más razón la debía pagar, a ser cosa que con vida pagar se pudiera. Esa os dé Dios, mi bien, dijo Selvagia, porque sin ella la mía será muy excusada. Sireno viendo las amorosas palabras que se decían, medio riendo les dijo: No me parece mal que cada uno sepa pagar tan bien, que ni quiera quedar en deuda, ni que le deban: y aun lo que me parece es, que según las palabras que uno a otro os decís, sin yo ser el tercero, sabríades tratar vuestros amores. En estas y otras razones pasaban los nuevos enamorados, y el descuidado Sireno el trabajo de su camino, al cual dieron fin al tiempo que el sol se quería poner: y antes que llegasen a la fuente de los alisos oyeron una voz de una pastora que dulcemente cantaba, la cual fue luego conocida, porque Silvano en oyéndola, les dijo: Sin duda es Diana la que junto a la fuente de los alisos canta. Selvagia respondió: Verdaderamente aquella es; métámenos entre los mirtos junto a ella, porque mejor podamos oír. Sireno les dijo: Sea como vosotros lo ordenáredes, aunque tiempo fue que me diera mayor contento su música, y aun su vista, que no ahora: y entrándose todos tres por entre los espesos mirtos, ya que el sol se quería poner vieron junto a la fuente a la hermosa Diana con tan grande hermosura, que como si nunca la hubieran visto, así quedaron admirados. Tenía sueltos sus hermosos cabellos, y tomados atrás con una cinta encarnada que por medio de la cabeza los repartía; los ojos puestos en el suelo, y otras veces en la clara fuente, y limpiando algunas lágrimas que de cuando en cuando la corrían cantaba este

ROMANCE

Cuando yo triste nací,
luego nací desdichada,
luego los hados mostraron
mi suerte desventurada.
El sol escondió sus rayos,
la luna quedó eclipsada,
murió mi madre en pariendo,
moza hermosa, y mal lograda
El ama que me dio leche
jamás tuvo dicha en nada,
ni menos las tuve yo
soltera, ni desposada.
Quise bien y fui querida,
olvidé y fui olvidada,
esto causó un casamiento
que a mí me tiene cansada.
Casara yo con la tierra,
no me viera sepultada
entre tanta desventura,

que no puede ser contada.
Moza me casó mi padre:
de su obediencia forzada,
puse a Sireno en olvido,
que la fe me tenía dada.
Pagó tan bien mi descuido,
cual no fue cosa pagada,
celos me hacen la guerra
sin ser en ellos culpada.
Con celos voy al ganado,
con celos a la majada,
y con celos me levanto
contino a la madrugada.
Con celos cómo a su mesa,
y en su cama esto acostada:
si le pido de qué ha celos,
no sabe responder nada:
jamás tiene el rostro alegre,
siempre la cara inclinada.
Los ojos por los rincones,
la habla triste y turbada,
cómo vivirá la triste
que se ve tan mal casada?

A tiempo pudiera tomar a Sireno el triste canto de Diana con las lágrimas que derramaba cantando y la tristeza de su rostro, que al pastor pusiera en riesgo de perder la vida, sin ser nadie parte para remediarle: mas como ya su corazón estaba libre de tan peligrosa prisión, ningún contento recibió con la vista de Diana, ni pena con sus tristes lamentaciones. Pues el pastor Silvano no tenía a su parecer por qué pesalle de ningún mal ni trabajo que a Diana sucediese, visto como ella jamás se había dolido de lo que a su causa había pasado. Sólo Selvagia le ayudó con lágrimas temerosa de su fortuna, y dijo contra Sireno: Ninguna perfección ni hermosura puede dar la naturaleza que con Diana largamente no la haya repartido, porque su hermosura no creo yo que tiene par, su gracia, su discreción con todas las otras partes que una pastora puede tener, nadie la hace ventaja: sola una cosa le faltó, de que yo siempre le tuve miedo, y esto es la ventura, pues no quiso darle compañía con que pudiese pasar la vida con el descanso que ella merece. Sireno respondió: Quien a tantos le ha quitado, justa cosa es que no la tenga; y no digo esto porque no me pesa mucho del mal desta pastora, sino por la grandísima causa que tengo de deseárselo. No digas eso, dijo Selvagia, que yo no puedo creer que Diana te haya ofendido en cosa alguna. ¿Qué ofensa te hizo ella en casarse, siendo cosa que estaba en la voluntad de su padre y deudos más que en la suya? Y después de casada, ¿qué pudo hacer por lo que tocaba a su honra sino olvidarte? Cierto, Sireno, para quejarte de Diana más legítimas causas había

de haber que las que hasta ahora hemos visto. Silvano dijo: Por cierto, Sireno, Selvagia tiene tanta razón en lo que dice, que nadie con ella se lo puede contradecir: y si alguno con causa se puede quejar de su ingratitud soy yo, pues que la quise todo lo que se puede querer, y tuvo tan mal conocimiento, como fue el tratamiento que vistes que siempre me hacía. Selvagia respondió, poniendo en él unos amorosos ojos, y dijo así: Pues no érades vos, mi pastor, para ser maltratado, que no hay pastora en el mundo que no gane mucho en que vos la queráis. A este tiempo Diana sintió que cerca della hablaban, porque los pastores se habían descuidado algo de hablar, de manera que ella no los oyese, y levantándose en pie miró entre los mirtos, y conoció los pastores y pastoras que entre ella estaban asentados, los cuales viendo que habían sido vistos, se vinieron a ella, y la recibieron con mucha cortesía, y ella a ellos con muy gran comedimiento, preguntándoles a dónde habían estado. A lo cual ellos respondieron con otras palabras y otros movimientos de rostro de lo que solían, a lo que ella les solía preguntar: cosa tan nueva para Diana, que puesto caso que los amores de ninguno dellos le diesen pena, en fin la pesó de verlos tan otros de lo que solían, y más cuando entendió en los ojos de Silvano el contento que los de Selvagia le daban. Y porque era ya hora de recogerse, y el ganado tomaba su acostumbrado camino hacia el aldea, ellos se fueron tras él, y la hermosa Diana dijo a Sireno: Muchos días ha, pastor, que por este valle no te he visto. Más ha, dijo Sireno, que a mí me iba la vida, que no me viese quien tan mala me la ha dado; mas en fin no da poco contento hablar en la fortuna pasada el que ya se halla en seguro puerto. ¿En seguro te parece, dijo Diana, el estado en que ahora vives? No debe ser muy peligroso, dijo Sireno, pues yo oso hablar delante de ti desta manera. Diana respondió: Nunca yo me acuerdo de verte por mí tan perdido, que tu lengua no tuviese la libertad que ahora tiene. Sireno le respondió: Tan discreta eres en imaginar eso como en todas las otras cosas. Por qué causa? dijo Diana. Porque no hay otro remedio, dijo Sireno, para que tú no sientas lo que perdiste en mí, sino pensar que no te quería yo tanto, que mi lengua dejase de tener la libertad que dices; mas con todo eso plega a Dios, hermosa Diana, que siempre te dé tanto contento cuanto en algún tiempo me quitaste: que puesto caso que ya nuestros amores sean pasados, las reliquias que en el alma me han quedado bastan para desearte yo todo el contento posible. Cada palabra destas era para Diana arrojarle una lanza, que Dios sabe si quisiera ella más ir oyendo quejas, que creyendo libertades: y aunque respondía a todas las cosas que los pastores le decían con un cierto descuido, y se aprovechaba de toda su discreción para no darles a entender que le pesaba de

verlos tan libres, todavía se entendía muy bien el descontento que sus palabras le daban. Y hablando en estas y otras cosas llegaron al aldea a tiempo que de todo punto el sol había escondido sus rayos, y despidiéndose unos de otros se fueron a sus posadas.

Pues volviendo a Arsileo, el cual con grandísimo contentamiento y deseo de ver a su pastora, caminaba hacia el bosque donde el templo de la diosa Diana estaba, llegó junto a un arroyo que cerca del suntuoso templo por entre unos verdes alisos corría, a la sombra de los cuales se asentó esperando que viniese por allí alguna persona con quien hiciese saber a Belisa de su venida, porque le parecía peligroso dalle algún sobresalto, teniéndolo ella por muerto: por otra parte el ardiente deseo que tenía de verla no le daba lugar a ningún respeto. Estando el pastor consultando consigo mismo el consejo que tomaría, vio venir hacia sí una ninfa de admirable hermosura con un arco en la mano y una aljaba al cuello, mirando a una y otra parte si veía alguna caza en que emplear una aguda saeta que en el arco traía puesta, y cuando vio al pastor se fue derecho a él, y él se levantó y le hizo el acatamiento que a tan hermosa ninfa debía hacerse. Y de la misma manera fue della recibido, porque esta era la hermosa Polidora, una de las tres que Felismena y los pastores libraron del poder de los salvajes, y muy aficionada a la pastora Belisa. Pues volviéndose ambos a sentar sobre la verde yerba, Polidora le preguntó de qué tierra era, y la causa de su venida. A lo cual Arsileo respondió: Hermosa ninfa, la tierra donde yo nací me ha tratado de manera, que parece que me hago agravio en llamarla mía, aunque por otra parte le debo más de lo que yo sabría encarecer: y para que yo te diga la causa que tuvo la fortuna de traerme a este lugar, sería menester que primero me dijese si eres de la compañía de la sabia Felicia, en cuya casa me dicen que está la hermosa pastora Belisa, causa de mi destierro y de toda la tristeza que la ausencia me ha hecho sufrir. Polidora le respondió: De la compañía de la sabia Felicia soy y la mayor amiga de esa pastora que has nombrado que ella en la vida puede tener, y para que también me tengas en la misma posesión, si aprovechase algo aconsejarte que siendo posible la olvidases, porque tan imposible es el remedio de tu mal como del que ella padece, pues la dura tierra come ya aquel de quien con tanta razón lo esperaba. Arsileo la respondió: {Será por ventura ese que dices que la tierra come su servidor Arsileo? Sí por cierto, dijo Polidora, ese mismo es el que ella quiso más que a sí, y el que con más razón podemos llamar desdichado después de ti, pues tienes puesto el pensamiento en lugar donde el remedio es imposible: que puesto caso que jamás fui enamorada, yo tengo por averiguado que no es tan grande mal la muerte como el que debe padecer la persona que

ama a quien tiene la voluntad empleada en otra parte. Arsileo le respondió: Bien creo, hermosa ninfa, que según la constancia y bondad de Belisa, no será parte la muerte para que ella ponga el pensamiento en otra cosa, y que no habrá nadie en el mundo que de su pensamiento la quitase; y en ser esto así consiste toda mi bienaventuranza. ¿Cómo, pastor, le dijo Polidora, queriéndola tú de la manera que dices, está tu felicidad en que ella tenga en otra parte tan firme el pensamiento ^ Esa es la más nueva manera de amor que yo hasta ahora he oído. Arsileo le respondió: Para que no te maravilles, hermosa ninfa, de mis palabras, ni de la fuerza de amor que a mi señora Belisa tengo, está un poco atenta y contarte hé lo que tú jamás pensaste oír, aunque el principio dello te debe haber contado esa tu amiga y señora de mi corazón. Luego le contó desde el principio de sus amores hasta el engaño de Alfeo con los encantamientos que hizo, y todo lo demás que destos amores hasta entonces había sucedido, de la manera que atrás lo he contado: lo cual contaba el pastor ahora con lágrimas causadas de traer a la memoria sus desventuras pasadas, ahora con suspiros que del alma le salían, imaginando lo que en aquellos pasos su señora Belisa podría sentir, y con palabras y movimientos del rostro daba tan grande espíritu a lo que decía, que a la ninfa Polidora puso en grande admiración. Mas cuando entendió que aquel era verdaderamente Arsileo, el contento que desto recibió no se atrevía a dallo a entender con palabras, ni aun le parecía que podría hacer más que sentillo. Ved qué se podría esperar de la desconsolada Belisa cuando lo supiese, pues poniendo los ojos en Arsileo, no sin lágrimas de grandísimo contentamiento le dijo: Quisiera yo, Arsileo, tener tu discreción y claridad de ingenio para darte a entender lo que siento del alegre suceso que a mi Belisa le ha solicitado la fortuna, porque de otra manera sería excusado pensar yo que tan bajo ingenio como el mío podría dallo a entender. Siempre yo tuve creído que en algún tiempo la tristeza de mi Belisa se había de volver en grandísima alegría, porque su hermosura y discreción, juntamente con la grandísima fe que siempre te ha tenido, no ha merecido menos. Mas por otra parte tuve temor que la fortuna no tuviese cuenta con dalle lo que yo tanto deseaba, porque su condición es las más de las veces traer los sucesos muy al revés del deseo de los que quieren bien. Dichoso te puedes llamar, Arsileo, pues mereciste ser querido en la vida de manera que en la muerte no pudieses ser olvidado. Y porque no se sufre dilatar mucho tan gran contento a un corazón que tan necesitado de él está, dame licencia que yo vaya a dar tan buenas nuevas como éstas a tu pastora, y no te vayas deste lugar hasta que yo vuelva con la persona que tú más deseas ver y con más razón te lo merece. Arsileo le

respondió: Hermosa ninfa, de tan gran discreción y hermosura como la tuya no se puede esperar sino todo el contento del mundo; y pues tanto deseas dármele, haz en ello tu voluntad, que por ella me pienso regir, así en esto como en lo demás que sucediere. Y despidiéndose el uno del otro, Polidora se partió a darla nueva a Belisa, y Arsileo la quedó esperando a la sombra de aquellos alisos, el cual por entretener el tiempo en algo, como suelen hacer los que esperan alguna cosa que gran contento les dé, sacó su rabel y comenzó a cantar desta manera:

Ya da vuelta el amor y la fortuna,
y una esperanza muerta o desmayada
la esfuerza cada uno y la asegura.
Ya dejan infortunios la posada
de un corazón en fuego consumido,
y una alegría viene no pensada.
Ya quita el alma el luto y el sentido.
la posada apareja la alegría,
poniendo en el pesar eterno olvido.
Cualquiera mal de aquellos que solía
pasar cuando reinaba mi tormento,
y en un fuego de ausencia me encendía.
A todos da fortuna tal descuento,
que no fue tanto el mal del mal pasado,
cuanto es el bien del bien que agora siento.
Volved, mi corazón sobresaltado,
de mil desasosiegos, mil enojos,
sabed gozar siquiera un buen estado.
Dejad vuestro llorar, cansados ojos,
que presto gozaréis de ver aquella,
por quien gozó el amor de mis despojos.
Sentidos, que buscáis mi clara estrella,
enviá acá y allá los pensamientos,
a ver lo que sentís delante della.
Afuera soledad, y los tormentos
sentidos a su causa, y dejen esto
mis fatigados miembros muy exentos.
¡Oh tiempo! no te pares, pasa presto:
fortuna, no estorbes su venida,
¡Ay Dios! que aún me quedó por pasar esto.
Ven, mi pastora dulce, que la vida
que tú pensaste que era ya acabada,
está para servirte apercebida.
¿No vienes, mi pastora deseada?
¡Ay Dios, si la ha topado o se ha perdido
en esta selva de árboles poblada!
O si esta ninfa que de aquí se ha ido
quizá que se olvidó de ir a buscalla!
mas no, tal voluntad no sufre olvido.
Tú sola eres, pastora, donde halla
mi alma su descanso y su alegría,

¿por qué no vienes presto a aseguralla?
¿No ves cómo se va pasando el día?
y si se pasa acaso sin yo verte,
yo volveré al tormento que solía,
y tú de veras llorarás mi muerte.

Cuando Polidora se partió de Arsileo, no muy lejos de allí topó a la pastora Belisa que en compañía de las dos ninfas Cintia y Dorida se andaba recreando por el espeso bosque, y como ollas la viesan venir con tan grande priesa, no dejaron de alborotarse, pareciéndoles que venía huyendo de alguna cosa que a ellas también les cumpliese huir. Ya que hubo llegado un poco más cerca, la alegría que en su hermoso rostro vieron la aseguró, y llegando a ellas se fue derecha a la pastora Belisa, y abrazándola con grandísimo gozo y contentamiento, le dijo: Este abrazo, hermosa pastora, si vos supiédes de qué parte viene, con mayor contento le recibiríades del que ahora tenéis. Belisa respondió: De ninguna parte, hermosa ninfa, él puede venir que yo en tanto le tenga como es de la vuestra: que la parte de que yo le pudiera tener en más ya no es en el mundo, ni aun yo debiera querer vivir, faltándome todo el contento que la vida me podía dar. Esa vida espero yo en Dios, dijo Polidora, que vos de aquí adelante teméis con más alegría de la que podéis pensar. Y sentémonos a la sombra de este verde aliso, que grandes cosas traigo que deciros. Belisa y las ninfas se asentaron, tomando en medio a Polidora, la cual dijo a Belisa: ¿Dime, hermosa pastora, tienes tú por cierta la muerte de Arsenio y Arsileo? Belisa le respondió sin poder tenerlas lágrimas: Téngola por tan cierta, como quien con sus mismos ojos vio al uno atravesado con una saeta, y al otro matarse con su misma espada. ¿Y qué dirás, dijo Polidora, a quien te dijese que esos dos que tú viste muertos son vivos y sanos como tú lo eres? Respondiera yo a quien eso me dijese, dijo Belisa, que tenía deseo de renovar mis lágrimas, trayéndomelos a la memoria, o que gustaba de burlarse de mis trabajos. Bien segura estoy, dijo Polidora, que tú eso pienses de mí, pues sabes que me han dolido más que a ninguna persona que tú los hayas contado. Mas dime, ¿quién es un pastor de tu tierra que se llama Alfeo? Belisa respondió: El mayor hechicero y encantador que tiene nuestra Europa, y aun algún tiempo se preciaba él de servirme. Es hombre, hermosa ninfa, que todo su trato y conversación es con los demonios, a los cuales él hace tomar la forma que quiere, de tal manera, que muchas veces pensáis que con una persona a quien conocéis estáis hablando, y diciéndole así, vos habláis con el demonio a quien él hace tomar aquella figura. Pues has de saber, hermosa pastora, dijo Polidora, que ese mismo Alfeo con sus hechicerías ha dado causa al engaño en que hasta ahora has vivido, y a las infinitas lágrimas que

por esta causa has llorado, porque sabiendo él que Arsileo te había de hablar aquella noche que entre vosotros estaba concertado, hizo que dos espíritus tomasen las figuras de Arsileo y de su padre y pasase delante de ti lo que viste, porque pareciéndote que eran muertos, desesperases o a lo menos hicieses lo que hiciste. Cuando Belisa oyó lo que la hermosa Polidora le había dicho, quedó tan fuera de sí que por un rato no supo respondelle; pero volviendo en sí le dijo: Grandes cosas me has contado, si mi tristeza no me estorbase creellas. Por lo que dices que me quieres, te suplico que me digas de quién has sabido que los dos que yo vi delante de mis ojos muertos no eran Arsenio y Arsileo. ¿De quién? dijo Polidora, del mismo Arsileo. ¡Cómo Arsileo! respondió Belisa, ¿qué es posible que el mismo Arsileo está vivo y en parte que te lo pudiese contar? Yo te diré cuan posible es, dijo Polidora, que si vienes conmigo, antes que lleguemos a aquellas tres hayas que delante de los ojos tienes, te lo mostraré. ¡Ay Dios! dijo Belisa, ¿qué es esto que oigo? ¿qué es verdad que está allí todo mi bien? ¿pues qué haces, hermosa ninfa, que no me llevas a verle? no cumples con el amor que dices que siempre me has tenido. Esto decía la hermosa pastora con una mal segura alegría, con una dudosa esperanza de lo que tanto deseaba; mas levantándose Polidora y tomándola por la mano juntamente con las ninfas Cintia y Dorida, que de placer no cabían en ver el buen suceso de Belisa, se fueron hacia el arroyo adonde Arsileo estaba, y antes que allá llegasen un templado aire que de la parte donde estaba Arsileo venía le hirió con la dulce voz del enamorado pastor en los oídos, el cual aun a este tiempo no había dejado la música; mas antes comenzó de nuevo a cantar este mote antiguo con la glosa que él mismo allí a su propósito hizo.

Ven, ventura, ven y tura.

GLOSA

¡Qué tiempos, qué movimientos,
qué caminos tan extraños,
qué engaños, qué desengaños,
qué grandes contentamientos
nacieron de tantos daños!
Todo lo sufre una fe,
y un buen amor le asegura;
y pues que mi desventura
ya de enfadada se fue,
ven, ventura, ven y tura.
Sueles, ventura, moverte
con ligero movimiento,

y si en darme este contento
no imaginas tener suerte,
más me vale mi tormento.
Que si te vas, al partir
falta el seso y la cordura;
mas si para estar segura
te determinas venir,
ven, ventura, ven y tura.
Si es en vano mi venida,
si acaso vine engañado,
que todo teme un cuitado,
¿no fuera perder la vida
consejo más acertado?
¡Oh temor! eres extraño,
siempre el mal se te figura;
mas ya que en tal hermosura
no puede haber engaño,
ve», ventura, veny tura.

Cuando Belisa oyó la música de su Arsileo, tan gran alegría llegó a su corazón, que sería imposible sabello decir, y acabando de todo punto de irse la tristeza que el alma tenía ocupada, de adonde procedía su hermoso rostro no mostrar aquella hermosura de que la naturaleza tanta parte le había dado, ni aquel aire y gracia, causa principal de los suspiros de su Arsileo, dijo con una tan nueva gracia y hermosura que a las ninfas dejó admiradas: Esta sin duda es la voz de mi Arsileo, si es verdad que no me engaño en llamarle mío. Cuando el pastor vio delante de sus ojos la causa de todos sus males pasados, fue tan grande el contentamiento que recibió, que los sentidos no siendo parte para comprehendelle, en aquel punto se le turbaron de manera que por entonces no pudo hablar. Las ninfas sintiendo lo que a Arsileo había causado la vista de su pastora, se llegaron a él a tiempo que suspendiendo el pastor por un poco lo que el contentamiento le causaba, con muchas lágrimas decía: ¡Oh pastora Belisa! ¿con qué palabras podré yo encarecer la satisfacción que la fortuna me ha hecho de tantos y tan desusados trabajos como a causa tuya he pasado? o quien me dará un corazón nuevo y no tan hecho a pesares como el mío, para recibir un gozo tan extremado como el que tu vista me causa? ¡Oh fortuna! ni yo tengo más que te pedir, ni tú tienes más que darme. Sola una cosa te pido, ya que tienes por costumbre no dar a nadie ningún contento extremado sin darte algún disgusto en cuenta de él, que con pequeña tristeza y de cosa que duela poco me sea templada la gran fuerza de la alegría que este día me diste. ¡Oh hermosas ninfas! ¿en cuyo poder había de estar tal tesoro sino en el vuestro? ¿a dónde pudiera él estar mejor empleado? Alégrese vuestros corazones con el gran contento que el mío recibe, que si algún tiempo quisistes bien no os parecerá demasiado. ¡Oh hermosa pastora! ¿por

qué no me hablas? ¿hate pesado por ventura de ver al tu Arsileo? ¿ha turbado tu lengua el pesar de habello visto o el contentamiento de velle? Respóndeme, porque no sufre lo que te quiero yo estar dudoso de cosa tuya. La pastora entonces le respondió: Muy poco sería el contento de verte, oh Arsileo! si yo con palabras pudiese decillo. Conténtate con saber el extremo en que tu fingida muerte me puso, y por él verás la gran alegría en que tu vida me pone: y con estas palabras le vinieron las lágrimas a los ojos, calló lo más que decir quisiera; a las cuales las ninfas enternecidas de las blandas palabras que los dos amantes se decían, les ayudaron. Y porque la noche se acercaba, se fueron todos juntos hacia la casa de Felicia, contándose uno a otro lo que hasta allí había pasado. Belisa preguntó a Arsileo por su padre Arsenio, y él respondió: Que en sabiendo que ella era desaparecida, se había recogido en una heredad suya que está en el camino, a do vivía con toda la quietud posible, por haber puesto todas las cosas del mundo en olvido, de que Belisa en extremo se holgó: y así llegaron en casa de la sabia Felicia, donde fueron muy bien recibidos, y Belisa le besó muchas veces las manos, diciendo que ella había sido causa de su buen suceso; y lo mismo hizo Arsileo, a quien Felicia mostró gran voluntad de hacer siempre por él lo que en ella fuese.



LIBRO SEXTO

Después que Arsileo se partió, quedó Felismena con Amarilida la pastora que con él estaba, pidiéndose una a otra cuenta de sus vidas: cosa muy natural de las que en semejantes partes se hallan. Y estando Felismena contando a la pastora la causa de su venida, llegó a la choza un pastor de gentil disposición y arte, aunque la tristeza parecía que le traía encubierta gran parte de ella. Cuando Amarilida le vido, con la mayor presteza que pudo se levantó para irse; mas Felismena la trabó de la saya, sospechando lo que podría ser, y le dijo: No sería justo, hermosa pastora, que ese agravio recibiese de ti quien tanto deseo tiene de servirte como yo. Mas como ella porfiase de irse de allí, el pastor con muchas lágrimas decía: Amarilida, no quiero que teniendo respeto a lo que me haces sufrir, te duelas deste desventurado pastor, sino que tengas cuenta con tu gran valor y hermosura, y con que no hay cosa en la vida que peor esté a una pastora de tu calidad que tratar mal a quien tanto la quiere. Mira, Amarilida mía, estos cansados ojos que tantas lágrimas han derramado y verás la razón que los tuyos tienen de no mostrarse airados contra este sin ventura pastor. ¡Ay! ¿que huyes por no ver la razón que tienes de aguardarme? espera, Amarilida, óyeme lo que te digo, y siquiera no me respondas: ¿qué te cuesta oír a quien tanto le ha costado verte? Y volviéndose a Felismena con muchas lágrimas le pedía que no la dejase ir; la cual importunaba con muy blandas palabras a la pastora, que no tratase tan mal a quien mostraba quererla más que a sí, y que le escuchase lo que quería decirle, pues que en escuchalle aventuraba tan poco. Mas Amarilida respondió: Hermosa pastora, no me mandéis oír a quien da más crédito a sus pensamientos que a mis palabras: cata que éste que delante de ti está es uno

de los más desconfiados pastores que se sabe, y de los que mayor trabajo dan a las pastoras que quieren bien. Filemón dijo contra Felismena: Yo quiero, hermosa pastora, que seas el juez entre mí y Amarilida, y si yo tengo culpa de su enojo, yo quiero perder la vida, y si ella la tuviere, no quiero otra cosa sino que en pago desto conozca lo que me debe. De perder tú la vida, dijo Amarilida, yo estoy muy segura, porque ni a ti te quieres tan mal que lo hagas, ni a mí tan bien que por mi causa te pongas en esa aventura. Mas ahora quiero que esta hermosa pastora juzgue, vista mi razón y la tuya, cuál es más digno de culpa entre los dos. Sea así, dijo Felismena, y sentémonos al pié desta verde haya, junto al prado florido que delante de los ojos tenemos, porque quiero ver la razón que cada uno tiene de quejarse del otro. Después que todos se hubieron asentado sobre la verde yerba, Filemón comenzó a hablar de esta manera: Hermosa pastora, confiado estoy que si acaso has salido tocada de amores conocerás la poca razón que Amarilida tiene de quejarse de mí, y de sentir tan mal de la fe que le tengo, que venga a imaginar lo que nadie de su pastor imaginó. Has de saber, hermosa pastura, que cuando yo nací, y aun antes mucho que naciese, los hados me destinaron para que amase a esta hermosa pastora que delante mis tristes y tus hermosos ojos está, y a esta causa ha respondido con el efecto de tal manera, que no creo que hay amor como el mío, ni ingratitud como la suya. Sucedió, pues, que sirviéndola desde mi niñez lo mejor que yo he sabido, habrá como cinco o seis meses que mi desventura aportó por aquí un pastor llamado Arsileo, el cual buscaba a una pastora que se llamaba Belisa, que por cierto mal suceso anda por estos bosques desterrada, y como fuese tanta la tristeza, sucedió que esta cruel pastora que aquí ves, o por mancilla que tuvo de él, o por la poca que tiene de mí o por lo que ella sabe, jamás la he podido apartar de su compañía, y sí acaso le hablaba en ello, parecía que me quería matar, porque aquellos ojos que allí veis no causan menos espanto cuando miran y están airados, que alegría cuando están serenos. Pues como yo tuviese tan ocupado el corazón de grandísimo amor, el alma de una afición jamás oída, el entendimiento de los mayores celos que nunca nadie tuvo, quejábame a Arsileo con suspiros, y a la tierra con mayor llanto, mostrando la sinrazón que Amarilida me hacía: hale causado tan grande aborrecimiento haber yo imaginado cosa contra su honestidad, que por vengarse de mí ha perseverado en ello hasta ahora: y no tan solamente hace esto, mas en viéndome delante de sus ojos, se va huyendo como la medrosa cierva de los hambrientos lebreles. Así que por lo que debes a ti misma te pido que juzgues si es bastante la causa que tiene de aborrecerme, y si mi culpa es tan grave que merezca por ella ser aborrecido.

Acabado Filemón de dar cuenta de su mal y de la sinrazón que su Amarilida le hacía, la pastora Amarilida comenzó a hablar desta manera. Hermosa pastora, haberme Filemón que ahí está, querido bien, a lo menos haberlo mostrado, sus servicios han sido tales que me sería mal contado decir otra cosa: pero si yo también he desechado por causa suya el servicio de otros muchos pastores que por estos valles repastan sus ganados, y zagales a quien naturaleza no ha dado menos gracia que a otros, él mismo puede decillo. Porque las muchas veces que yo he sido recuestada, y las que yo he tenido la firmeza que a su fe debía, no creo que ha sido muy lejos de su presencia: mas no había de ser esto parte para que él me tuviese en tan poco, que imaginase de mí cosa contra lo que a mí misma soy obligada: porque si es así, y él lo sabe que a muchos que por mí se perdían yo he desechado por amor de él, ¿cómo había yo de desechar a él por otro? ¿O pensaba en él o en mis amores? Cien mil veces me ha Filemón acechado, no perdiendo pisada de tas que el pastor Arsileo y yo dábamos por este hermoso valle: mas él mismo diga si algún día oyó que Arsileo me dijese cosa que supiese a amores, o si yo le respondía alguna que le pareciese. ¿Qué día me vio hablar Filemón con Arsileo que entendiese de mis palabras otra cosa que consolalle de tan grave mal como padecía? Pues si esto había de ser causa que sospechase mal de su pastora, ¿quién mejor puede juzgarlo que él mismo? Mira, hermosa ninfa, cuan entregado estaba a sospechas falsas y dudosas imaginaciones que jamás mis palabras pudieron salisfacelle, ni acabar con él que dejase de ausentarse de este valle. Pensaba que con ausencia daría fin a mis días; y engañóse, porque antes me parece que lo dio al contentamiento de los suyos. Y lo bueno es, que aun no se contentaba Filemón de tener celos de mí, que tan libre estaba como tú, hermosa pastora, habrás entendido; mas aun lo publicaba todas las fiestas, bailes, luchas que entre los pastores desta sierra se hacían. Y esto ya tú conoces si venía en mayor daño de mi honra que de su contentamiento. En fin él se ausentó de mi presencia, y pues tomó por medicina de su mal cosa que más se lo ha acrecentado, no me culpes si me he sabido mejor aprovechar del remedio, de lo que él ha sabido tomalle: y pues tú, hermosa pastora, has visto el contento que yo recibí en que dijese al desconsolado Arsileo nuevas de su pastora, y que yo misma fui la que importuné que luego fuese a buscalla, claro está que no podía haber entre los dos cosa de que pudiésemos ser tan mal juzgados como este pastor inconsideradamente nos ha juzgado. Así que esta es la causa de yo me haber resfriado del amor que a Filemón tenía, y de no me querer más poner a peligro de sus falsas sospechas. Después que Amarilida hubo mostrado la

poca razón que el pastor tenía de dar crédito a sus imaginaciones, y la libertad en que el tiempo le había puesto, cosa muy natural de corazones exentos, el pastor respondió desta manera: No niego yo, Amarilida, que tu bondad y discreción no basta para disculparte de cualquier sospecha. ¿Mas quieres tú por ventura hacer novedades en amores y ser inventora de otros nuevos efectos de los que hasta ahora hemos visto? ¿Cuándo quiso*bien un amador, que cualquiera ocasión de celos por pequeña que fuese no le atormentase el alma, cuanto más siendo tan grande como la que tú con larga conversación y amistad de Arsileo me has dado? ¿Piensas tú, Amarilida, que para los celos son menester certidumbres? Pues engañaste, que las sospechas son las principales causas de tenellos Creer yo que querías bien a Arsileo por vía de amores no era mucho: pues el publicallo yo tampoco era de manera que tu honra quedases ofendida; cuanto más que la fuerza de amor era tan grande que me hacía publicar el mal de que me temía. Y puesto caso que tu bondad me asegurase, cuando a hurto de mis sospechas la consideraba, todavía tenía temor de lo que me podía suceder si la conversación iba adelante. Quanto a lo que dices que yo me ausenté, no lo hice por darte pena, sino por ver si en la mía podría haber algún remedio no viendo delante mis ojos a quien tan grande me la daba, y también porque mis importunidades no te la causasen. Pues si en buscar remedio para tal mal fui yo contra lo que te debía, ¿qué más pena que la que tu ausencia me hizo sentir? ¿O que más muestra de amor que no ser ella causa de olvidarte? ¿Y qué mayor señal del poco que conmigo tenías, que habelle tú perdido de todo punto con mi ausencia? Si dices que jamás quisiste bien a Arsileo, aun eso me da a mí mayor causa de quejarme, pues por cosa en que tan poco te iba dejabas a quien tanto te deseaba servir, así que tanta mayor queja tengo de ti, cuanto menos fue el amor que a Arsileo has tenido. Estas son, Amarilida, las razones, y otras muchas que no digo, que en mi favor puedo traer, las cuales no quiero que me valgan, pues en causa de amores suelen valer tan poco. Solamente te pido que tu clemencia y la fe que siempre te he tenido esté, pastora, de mi parte, porque si ésta me falta, ni en mis males podrá haber fin, ni medio en tu condición. Y con esto el pastor dio fin a sus palabras, y principio a tantas lágrimas, que bastaron juntamente con los ruegos de Felismena para que el corazón de Amarilida se ablandase, y el enamorado pastor volviese en gracia de su pastora: de lo cual quedó tan contento como nunca jamás lo estuvo, y aun Amarilida no poco gozosa de haber mostrado cuan engañado estaba Filemón en las sospechas que della tenía. Y después de haber pasado allí aquel día con muy gran contentamiento de los confederados amadores, y con mayor desasosiego de la hermosa

Felismena, ella otro día por la mañana se partió dellos después de muy grandes abrazos y prometimientos de procurar siempre la una de saber del buen suceso de la otra. Pues Sireno muy libre del amor, y Selvagia y Silvano muy más enamorados que nunca, y la hermosa Diana muy descontenta del triste suceso de su camino, pasaban la vida apacentando sus ganados por la ribera del caudaloso Ezla, adonde muchas veces topándose unos a otros hablaban en lo que mayor contento les daba. Y estando un día la discreta Selvagia con el su Silvano junto a la fuente de los alisos, llegó acaso la pastora Diana que venía en busca de un cordero que de la manada se había huido, el cual Silvano tenía atado a un mirto, porque cuando allí llegaron le hallaron bebiendo en la clara fuente, y por la marca conoció ser de la hermosa Diana. Pues siendo, como digo, llegada y recibida de los dos nuevos amantes, con gran cortesía se asentó sobre la verde yerba, arrimada a uno de los alisos que la fuente rodeaba, y después de haber hablado en muchas cosas, le dijo Silvano: ¿Cómo, hermosa Diana, no nos preguntas por Sireno? Diana entonces le respondió: Como no querría tratar de cosas pasadas, por lo mucho que me fatigan las presentes. Tiempo fue que preguntar yo por él le diera más contento, y aun a mí el hablalle, de lo que a ninguno de los dos nos dará: mas el tiempo cura infinitas cosas que a la persona le parecen sin remedio; y si esto así no entendiese ya no habría Diana en el mundo, según los grandes disgustos y pesadumbres que cada día se me ofrecen. No querrá Dios tanto mal al mundo, respondió Selvagia, que le quite tan grande hermosura como la tuya. Esa no le faltará en cuanto tú vivieres, dijo Diana, y a donde está tu gracia y gentileza muy poco perdería en mí Sireno. Míralo por el tu Silvano, que jamás pensé yo que él me olvidara por otra pastora alguna, y en fin me ha dado de mano por amor de ti. Esto decía Diana con una risa muy graciosa, aunque no se reía de estas cosas tanto ni tan de gana como ellos pensaban. Que puesto caso que ella hubiese querido a Sireno más que a su vida, y a Silvano le hubiese aborrecido, más le pesaba del olvido de Silvano, por ser a causa de otra de cuya vista gozando estaba cada día con gran contento de sus amores, que del olvido de Sireno, a quien no movía ningún pensamiento nuevo. Cuando Silvano oyó a Diana, le dijo: Olvidarte yo, Diana, sería excusado, porque no es tu hermosura y valor de los que olvidarse pueden. Verdad es que yo soy de la mi Selvagia, porque demás de haber en ella muchas partes que a hacello me obligan, no tengo en menos su suerte por ser amada del que tú en tan poco tuviste. Dejemos eso, dijo Diana, que tú estás muy bien empleado, y yo no lo miré bien en no quererte como tu amor lo merecía. Pero ruégote por lo que algún tiempo me quisiste, que tú y la

hermosa Selvagia cantéis alguna canción por entretener la siesta, que comienza de manera que será forzado pasalla debajo destos alisos, gustando del ruido de la clara fuente, el cual no ayudará poco a la suavidad de vuestro canto. No se hicieron de rogar los nuevos amadores, aunque la hermosa Selvagia no gustó mucho de la plática que Diana con Silvano había tenido. Mas porque en la acción pensó satisfacerse, al son de la zampoña que Diana tañía, comenzaron los dos a cantar desta manera:

Zagala, alegre te veo,
y tu fe firme y segura,
cortóme amor la ventura
a medida del deseo.
¿Qué deseaste alcanzar
que tal contento te diese?
Querer a quien me quisiese
que no hay más que desear.
¿Esa gloria en que te veo,
tiénesla por muy segura?
No me la ha dado ventura
para burlar al deseo.
¿Si yo no estuviese firme,
morirías sospirando?
De oílo decir burlando
estoy ya para morirme.
¿Mudarelas aunque es feo,
viendo mayor hermosura?
No, porque sería locura
pedirme más el deseo.
¿Tiénesme tan grande amor
como en tus palabras siento?
Eso a tu merecimiento
lo preguntarás mejor.
Algunas veces lo creo,
y otras no estoy muy segura,
sólo en eso la ventura
hace ofensa a mi deseo.
Finge que de otra zagala
te enamoras más hermosa,
no me mandes hacer cosa
que aun para fingida es mala.
Muy más firmeza te veo,
pastor, que a mi hermosura:
y a mí muy mayor ventura
que jamás cupo en deseo.

A este tiempo bajaba Sireno del aldea a la fuente de los alisos con grandísimo deseo de topar a Selvagia o a Silvano, porque ninguna cosa por entonces le daba más contento que la conversación de los dos nuevos enamorados. Y pasando por la memoria los amores de Diana, no dejaba de causalle la soledad

del tiempo que la había querido: no porque entonces le diese pena su amor, mas porque en todo tiempo la memoria de un buen estado causa soledad al que le ha perdido. Y antes que llegase a la fuente, en medio del verde prado, que de mirtos y laureles rodeado estaba, halló las ovejas de Diana, que solas por entre los árboles andaban paciando, so el amparo de los bravos mastines. Y como el pastor separase a mirallas, imaginando el tiempo en que le habían dado más en que entender que las suyas propias, los mastines con gran furia se llegaron a él, mas como llegasen y dellos fuese conocido, meneando las colas y bajando los pescuezos que de agudas puntas de acero estaban rodeados, se le echaron a los pies, y otros se empinaban con el mayor regocijo del mundo. Pues las ovejas no menos sentimiento hicieron, porque la borrega mayor, con su rústico cencerro, se vino al pastor, y todas las otras guiadas por ella le cercaron al rededor, cosa que él no pudo ver sin lágrimas, acordándose que en compañía de la hermosa pastora Diana había repastado aquel rebaño: y viendo que en los animales obraba el conocimiento que en su señora había faltado, cosa fue esta, que si la fuerza del agua que la sabia Felicia le había dado, no le hubiera hecho olvidar los amores, quizá no hubiera cosa en el mundo que le estorbara volver a ellos: mas viéndose cercado de las ovejas de Diana y de los pensamientos que la memoria della ante los ojos le ponía, comenzó al son de su lozano rabel a cantar esta

CANCIÓN

Pasados contentamientos,
qué queréis?
Dejadme, no me canséis.
Memoria, queréis oirme?
Los días, las noches buenas
paguélos con las setenas,
no tenéis más que pedirme:
todo se acabó en partirme
como veis,
dejadme, no me canséis.
Campo verde, valle umbroso,
donde algún tiempo gocé,
ved lo que después pasé,
y dejadme en mi reposo:
si estoy con razón medroso,
ya lo veis,
dejadme, no me canséis.
Vi mudado un corazón,
cansado de asegurarme,
fue forzado aprovecharme
del tiempo y de la ocasión:

memoria do no hay pasión,
qué queréis?
Dejadme, no me canséis.
Corderos y ovejas mías,
pues algún tiempo lo fuístes,
las horas ledas o tristes
pasáronse con los días:
no hagáis las alegrías
que soléis,
pues ya no me engañaréis.
Si venís por me turbar,
no hay pasión, ni habrá turbarme:
si venís por consolarme,
ya no hay mal que consolar:
si venís por me matar,
bien podéis,
matadme y acabaréis.

Después que Sireno hubo cantado, en la voz fue luego conocido de la hermosa Diana y de los dos enamorados Selvagia y Silvano. Ellos le dieron voces, diciendo que si pensaba pasar la siesta en el campo, que allí estaba la sabrosa fuente de los alisos y la hermosa pastora Diana, que no sería mal entretenimiento para pasalla. Sireno le respondió, que por fuerza había de esperar todo el día en el campo, hasta tanto que fuese hora de volver con el ganado a su aldea: y viniéndose a donde el pastor y pastoras estaban, se sentaron en torno de la clara fuente como otras veces solían. Diana, cuya vida era tan triste cual puede imaginar quien viese una pastora la más hermosa y discreta que en aquel tiempo se sabía, tan fuera de su gusto casada, siempre andaba buscando entretenimientos para pasar la vida, hurtando el cuerpo a sus imaginaciones. Pues estando los dos pastores hablando en algunas cosas tocantes al pasto de los ganados y al aprovechamiento dellos, Diana les rompió el hilo de su plática, diciendo contra Silvano: Buena cosa es, pastor, que estando delante la hermosa Selvagia, trates de otra cosa, sino de encarecer su hermosura y el gran amor que te tiene: deja el campo y los corderos, los malos o buenos sucesos del tiempo y la fortuna, y goza, pastor, de la buena que has tenido en ser amado de tan hermosa y agraciada pastora, que a donde el contentamiento del espíritu es razón que sea tan grande, poco al caso hacen los bienes de fortuna. Silvano entonces le respondió: Lo mucho que yo, Diana, te debo nadie lo sabrá encarecer como ello es, sino quien hubiese entendido la razón que tengo de conocer esta deuda: pues no tan sólo me enseñaste a querer bien, mas aun ahora me guías y muestras usar del contentamiento que mis amores me dan. Infinita es la razón que tienes de mandarme que no trate de otra cosa, estando mi señora delante, sino del contento que su vista causa, y así prometo de hacello en cuanto el alma no se

despidiere destes cansados miembros. Más de una cosa estoy espantado, y es de ver cómo el tu Sireno vuelve a otra parte los ojos cuando hablas; parece que no le agradan tus palabras, ni se satisface de lo que respondes. No le pongas culpa, dijo Diana, que hombres descuidados y enemigos de lo que a sí mismos deben, eso y más harán. ¿Enemigo de lo que a mí mismo debo? respondió Sireno, si yo jamás lo fui, la muerte me dé la pena de mi yerro. Buena manera es esa de disculparte. ¿Desculparme yo, Sireno? dijo Diana, si la primera culpa contra ti no tengo por cometer, jamás me vea con más contento que el que ahora tengo. Bueno es que me pongas tú culpa por haberme casado, teniendo padre. Más bueno es, dijo Sireno, que te cases teniendo amor. ¿Y qué parte, dijo Diana, era el amor a donde estaba la obediencia que a los padres se debía? ¿Mas qué parte, respondió Sireno, eran los padres, la obediencia, los tiempos, ni los malos sucesos de la fortuna, para sobrepujar un amor tan verdadero como antes de mi partida me mostraste? [Ah, Diana! Diana! que nunca pensé que hubiera cosa en la vida que una fe tan grande pudiera quebrar: cuanto más, Diana, que bien te pudieras casar y no olvidar a quien tanto te quería. Mas mirándolo desapasionadamente, muy mejor fue para mí, ya que te casabas, el olvidarme. ¿Por qué razón? dijo Diana. Porque no hay, respondió Sireno, peor estado, que es querer a una pastora casada, ni cosa que más haga perder el seso al que verdadero amor la tiene. Y la razón dello es, que la principal pasión que a un amator atormenta, después del deseo de su dama, son celos. ¿Pues qué te parece que será para un desdichado que quiere bien, saber que su pastora está en brazos de su velado y él llorando en la calle su desventura? Y no para aquí el trabajo, mas en ser un mal que no os podéis quejar del, porque en quejándoos, os ternán por loco o desatinado, cosa la más contraria al descanso que puede ser: que ya cuando los celos son de otro pastor que la sirve, en quejaros de los favores que le hace, y en oír disculpas pasáis la vida: mas estotro mal es de manera, que en un punto la perderéis, sino tenéis cuenta con vuestro deseo. Diana entonces respondió: Deja esas razones, Sireno, que ninguna necesidad tienes de querer ni ser querido. A trueque de no tenella de querer, dijo Sireno, me alegro en no tenella de ser querido. Extraña libertad es la tuya, dijo Diana. Más lo fue tu olvido, respondió Sireno, si miras bien las palabras que a la partida me dijiste: mas como dices, dejemos de hablar en cosas pasadas, y agradezcamos al tiempo, y a la sabia Felicia las presentes, y tú, Silvano, toma tu flauta, y templemos mi rabel con ella, y cantaremos algunos versos, aunque corazón tan libre como el mío, ¿qué podrá cantar que dé contento a quien no le tiene? Para eso yo te daré buen remedio, dijo Silvano. Hagamos cuenta que estamos

los dos de la manera que esta pastora nos traía al tiempo que por este prado esparcíamos nuestras quejas. A todos pareció bien lo que Silvano decía, aunque Selvagia no estaba muy bien con ello; mas por no dar a entender celos donde tan gran amor conocía, calló por entonces, y los pastores comenzaron a cantar ambos desta manera:

SILVANO. — SIRENO

¿Si lágrimas no pueden ablandarte
cruel pastora, qué hará mi canto
pues nunca cosa mía vi agradarte?
¿Qué corazón habrá que sufra tanto,
que vengas a tomar en burla y risa,
un mal que al mundo admira y causa espanto?
¡Ay ciego entendimiento, que te avisa
amor, el tiempo y tantos desengaños,
y siempre el pensamiento de una guisa!
¡Ah pastora cruel, en tantos daños,
en tantas cuitas, tantas sinrazones,
me quieres ver gastar mis tristes años!
¿De un corazón que es tuyo así dispones,
un alma que te di así la tratas,
que sea el menor mal sufrir pasiones?

SIRENO

Un nudo ataste, Amor, que no desatas,
porque eres ciego tú, y yo más ciego,
y ciega aquella por quien tú me matas.
Ni yo me vi perder vida y sosiego,
ni ella ve que muero a causa suya,
ni tú que esto abrasado en vivo fuego.
¿Qué quieres, crudo Amor, que me destruya
Diana con ausencia? pues concluye
con que la vida y suerte se concluya.
El alegría tarda, el tiempo huye,
muere esperanza, vive el pensamiento,
amor lo abrevia, alarga y lo destruye.
Vergüenza me es hablar en un tormento
que aunque me aflija, canse, y duela tanto,
ya no podría sin él vivir contento.

SILVANO

¡Oh alma, no dejéis el triste llanto,
y vos, cansados ojos,
no os canse derramar lágrimas tristes,
llorad, pues ver supistes

la causa principal de mis enojos!

SIRENO

La causa principal de mis enojos!
cruel pastora mía,
algún tiempo lo fue de mi contento;
¡ay triste pensamiento,
cuan poco tiempo dura una alegría!

SILVANO

Cuan poco tiempo dura una alegría!
y aquella dulce risa
con que fortuna acaso os ha mirado,
todo es bien empleado,
en quien avisa el tiempo, y no se avisa.

SIRENO

En quien avisa el tiempo, y no se avisa,
hace el amor su hecho,
¿mas quién podrá en sus cosas avisarse?
o quién desengañarse?
ay pastora cruel! ay duro pecho!

SILVANO

Ay pastora cruel! ay duro pecho!
cuya dureza extraña
no es menos que la gracia y hermosura,
y que mi desventura,
cuan a mi costa el mal me desengaña.

SILVANO

Pastora mía, más blanca y colorada
que las rosas por el Abril cogidas,
y más resplandeciente
que el sol que del oriente
por la mañana asoma a tu majada,
¿cómo podré vivir si tú me olvidas?
No seas, mi pastora, rigurosa,
que no está bien crueldad a una hermosa.

SIRENO

Diana mía, más resplandeciente
que esmeralda y diamante a la vislumbre,
cuyos hermosos ojos
son fin de mis enojos,
si a dicha los revuelves mansamente,
así el ganado llesves a la cumbre
de mi majada, gordo y mejorado,
que no trates tan mal a un desdichado.

SILVANO

Pastora mía, cuando tus cabellos
a los rayos del sol estás peinando,
no ves que lo escureces,
y a mí me ensoberbeces,
que desde acá me esto mirando en ellos,
perdiendo ora esperanza, ora ganando
así goces, pastora, esa hermosura,
que des un medio en tanta desventura.

SIRENO

Diana, cuyo nombre en esa sierra,
los fieros animales trae domados,
y cuya hermosura
sojuzga la ventura,
y al crudo Amor no teme, y hace guerra,
sin temor de ocasiones, tiempo, o hados;
así goces tu hato y tu majada,
que de mi mal no vivas descuidada.

SILVANO

La siesta, mi Sireno, es ya pasada.
los pastores se van a su manida,
y la cigarra calla de cansada,
no tardará la noche, que escondida
está, mientras que Febo en nuestro cielo
su lumbre acá y allá trae esparcida.
Pues antes que tendida por el suelo
veas la oscura sombra, y que cantando
de encima deste aliso esté el mochuelo,
nuestro ganado vamos allegando,
y todo junto allí lo llevaremos,
a do Diana nos está esperando.

SIRENO

Silvanio mío, un poco aquí esperemos,
pues aún del todo el sol no es acabado,
y todo el día por nuestro lo tenemos:
tiempo hay para nosotros, y el ganado,
tiempo hay para llevarlo al claro río,
pues hoy ha de dormir por este prado,
y aquí cese, pastor, el canto mío.

En cuanto los pastores esto cantaban, estaba la pastora Diana con el hermoso rostro sobre la mano, cuya delgada manga cayéndose un poco, descubría la blancura de un brazo que a la de la nieve escurecía: tenía los ojos inclinados al suelo, derramando por ellos unas espaciosas lágrimas, las cuales daban a entender su pena, más de lo que ella quisiera decir: y en acabando los pastores de cantar, con un suspiro, en compañía del cual parecía habersele salido el alma, se levantó, y sin despedirse de ellos se fue por el valle abajo, trenzando sus dorados cabellos, cuyo tocado se le quedó preso de una rama, y si con la poca mancilla que Diana de los pastores había tenido, ellos no templaran la mucha que della tuvieron, no bastara el corazón de los dos a podella sufrir. Y así unos como otros se fueron a recoger sus ovejas, que desmandadas andaban saltando por el verde prado.



LIBRO SÉPTIMO

Después que Felismena puso fin en las diferencias de la pastora Amarilida y el pastor Filemón, y los dejó con propósito de jamás hacer él una cosa de que el otro tuviese ocasión de quejarse; despedida dellos se fue por el valle abajo, por el cual anduvo muchos días sin hallar nueva que algún contento la diese; y como todavía llevaba esperanza en las palabras de la sabia Felicia, no dejaba de pasalle por el pensamiento, que después de tanto trabajo se cansaría la fortuna de perseguilla: y estas imaginaciones la sustentaban en la gravísima pena de su deseo. Pues yendo una mañana por medio de un bosque, al salir de una asomada que por encima de una alta sierra parecía, vio delante de sí un verde y amenísimo campo de tanta grandeza, que con la vista no se le podía alcanzar el cabo, el cual doce millas adelante iba a fenecer en la falda de unas montañas que casi no parecían. Por medio del deleitoso campo corría un caudaloso río, el cual hacía una muy graciosa ribera, en muchas partes poblada de salces y verdes alisos, y otros árboles, y en otras dejaba descubiertas las cristalinas aguas, recogíendose a una parte un grande y espacioso arenal. Las mieses que por todo el campo parecían sembradas muy cerca estaban de dar el deseado fruto, y a esta causa con la fertilidad de la tierra estaban muy crecidas, y meneadas de un templado viento hacían unos verdes claros y oscuros; cosa que a los ojos daba muy gran contento. De ancho tenía bien el deleitoso y apacible prado tres millas, y de largo poco más. Pues bajando la hermosa pastora por su camino abajo, vino a dar en un bosque muy grande, de verdes alisos y acebuches asaz poblado, en medio del cual vio muchas casas tan suntuosamente labradas, que en grande admiración le pusieron: y de súbito fue a dar con los ojos en una muy hermosa ciudad,

que desde lo alto de una sierra que de frente estaba con sus hermosos edificios, venía hasta tocar con el muro en el caudaloso río que por medio del campo pasaba; por encima del cual estaba la más suntuosa y admirable puente que en el universo se podría hallar. Las casas y edificios de aquella ciudad insigne eran tan altos, y con tan grande artificio labrados, que parecía haber la industria humana mostrado su poder. Entre ellos había muchas y artificiosas torres y pirámides que de altas se levantaban a las nubes: los templos eran muchos y muy suntuosos, las casas muy fuertes, los superbos muros, los bravos baluartes daban gran lustre a la grande y antigua población; la cual desde allí se devisaba toda. La pastora quedó admirada de ver lo que delante los ojos tenía, y de hallarse tan cerca de poblado, que era la cosa de que con mayor cuidado andaba huyendo; y con todo eso se asentó un poco a la sombra de un olivo: y mirando muy particularmente todo lo que habéis oído, viendo aquella populosa y grande ciudad, le vino a la memoria la gran Soldina su patria, de la cual don Félix la traía desterrada; lo cual fue ocasión para no poder pasar sin lágrimas, porque la memoria del bien perdido pocas veces deja de dar ocasión a éstas. Dejando pues la hermosa pastora aquel lugar y la ciudad a mano derecha, se fue su paso a paso por una senda que junto al río iba hacia la parte donde sus cristalinas aguas con un manso y agradable ruido se iban a meter en el mar Océano; y habiendo caminado seis millas por la graciosa ribera adelante, vio dos pastoras que al pié de un roble a la orilla del río pasaban la siesta; las cuales aunque en la hermosura tuviesen una razonable medianía, en la gracia y donaire había un extremo grandísimo: el color del rostro moreno y gracioso, los cabellos no muy rubios, los ojos negros, gentil aire, gracioso el mirar: sobre las cabezas tenían sendas guirnaldas de verde yedra, por entre las hojas entretejidas muchas rosas y flores: el vestido le pareció diferente del que hasta entonces viera, Y levantándose la una con grande priesa a echar una manada de ovejas de un linar adonde se le había entrado, y la otra llevando a beber un rebaño de cabras al claro río, se volvieron a la sombra del umbroso fresno. Felismena, que entre unos juncales muy altos se había metido tan cerquita de las pastoras, que pudiese bien oír lo que entre ellas pasaba, sintió que la lengua era portuguesa, y entendió que el reino en que estaba era Lusitania, porque la una de las pastoras decía con gracia muy extremada en su misma lengua a la otra, tomándose de las menos: ¡Ay, Duarda, cuan poca razón tienes de no querer a quien te quiere más que a sí propio! ¿Cuánto mejor te estaría no tratar mala un pensamiento tan ocupado en tus cosas? Pésame que a tan hermosa pastora le falte piedad para quien en tanta necesidad está della. La otra que algo más

libre parecía, con cierto desdén y un dar de mano, cosa muy natural de personas libres, respondió: ¿Qué quieres que te diga, Armia? si yo me fiare otra vez de quien tan mal me pagó el amor que le tuve, no terna él la culpa del mal que a mi deseo me sucediere. No me pongas delante los ojos los servicios que ese pastor algún tiempo me haya hecho, ni me digas ninguna razón de las que él te da para moverme, porque ya pasó el tiempo en que sus razones le valían. Él me prometió de casarse conmigo, y se casó con otra: ¿qué quiere ahora, o qué me pide ese enemigo de mi descanso? Dice, que pues su mujer es finada, que me case con él? No quiera Dios que yo a mí misma me haga tan gran engaño: déjalo estar, Armia, déjalo, que si él a mí me desea tanto como dice, ese deseo me dará venganza del. La otra le replicaba con palabras muy blandas, juntando su rostro con el de la exenta Duarda con muy estrechos abrazos:] Ay, pastora, y cómo te está bien todo cuanto dices! nunca deseé ser hombre sino ahora, para quererte más que a mí. ¿Mas dime, Duarda, por qué has tú de querer que Danteo viva tan triste vida? El dice que la razón con que del te quejas, esa misma tiene para su disculpa; porque antes que se casase, estando un día contigo junto al soto de Fermoselle te dijo: Duarda, mi padre quiere casarme, ¿qué te parece que haga? y que tú le respondiste muy sacudidamente: ¿Cómo, Danteo, tan vieja soy yo, o tan gran poder tengo en ti, que me pidas parecer y licencia para tus casamientos? Bien puedes hacer lo que tu voluntad y de tu padre te obligare, porque lo mismo haré yo. Y que esto fue dicho con una manera tan extraña de lo que solías, como si nunca te hubiera pasado por el pensamiento quererle bien. Duarda le respondió: ¿Armia, eso llamas tú disculpa? si no te tuviera tan conocida en este punto, perdiera tu discreción grandísimo crédito conmigo. ¿Qué había de responder a un pastor, que publicaba que no había cosa en el mundo en quien sus ojos pusiese sino en mí? Cuanto más que no es Danteo tan ignorante, que no entendiese en el rostro y arte con que yo eso le respondí, que no era aquello lo que yo quisiera respondelle. Qué donaire tan grande fue toparme él un día antes que esto pasase junto a la fuente, y decirme con muchas lágrimas: ¿Por qué, Duarda, de qué tienes deseo, que no te quieres casar conmigo a hurto de tus padres, pues sabes que el tiempo les ha de curar el enojo que deso recibieren? Yo entonces le respondí: Conténtate, Danteo, con que yo soy tuya, y jamás podré ser de otro por cosa que rae suceda: y pues yo me contento con la palabra que de ser mi esposo me has dado, no quieras que a trueque de esperar un poco de tiempo más, haga una cosa que tan mal nos está: y despedirse él de mí con estas palabras, y al otro día decirme que su padre le quería casar, y que le diese licencia; y no contento con esto, dentro de tres

días casarse, ¿parécete pues, Armia, que es esta harta suficiente causa para yo usar de la libertad que con tanto trabajo de mi pensamiento tengo ganada? Esas cosas, respondió la otra, fácilmente se dicen y se pasan entre personas que se quieren bien, mas no se han de llevar por eso tan al cabo como tú las llevas. Las que se dicen, Armia, dijo Duarda, tienes razón, mas las que se hacen, ya tú lo ves si llegan al alma de los que queremos bien. En fin Danteo se casó, pésame mucho que se lograra poco tan hermosa pastora, y mucho más de ver que no ha un mes que la enterró, y ya comienza a darme vueltas sobre los pensamientos nuevos. Armia le respondió: Matóla Dios, porque en fin Danteo era tuyo, y no podía ser de otra. Pues que eso es así, respondió Duarda, que quien es de una persona no puede ser de otra, yo la hora de ahora soy mía, y no puedo ser de Danteo. Y dejemos cosa tan excusada como gastar el tiempo en esto, mejor será que se gaste en cantar una canción; y luego las dos en su misma lengua con mucha gracia comenzaron a cantar lo siguiente:

Os tempos se mudaráo,
a vida se acabará,
mais a fee sempre estará
onde meus olhos estão.
Os dias, e os momentos,
as horas com suas mudanças,
inimigas sao de esperanças,
e amigas de pensamentos;
os pensamentos estão,
a esperança acabará,
a fee nao me deixará,
por honra do coração.
He causa de muitos danos,
duvidosa confiança,
que a vida sem esperança
ja nao teme desenganos:
os tempos se vem e vao,
a vida se acabará,
mais a fee nao quererá
fazerme esta sinração.

Acabada la canción, Felismena salió del lugar donde estaba escondida, y se llegó donde las pastoras estaban; las cuales espantadas de su gracia y hermosura se llegaron a ella, y la recibieron con muy estrechos abrazos, preguntándole de qué tierra era y de dónde venía. A lo cual la hermosa Felismena no sabía responder, mas antes con muchas lágrimas les preguntaba qué tierra era aquella en que moraban, porque de la suya la lengua daba testimonio ser de la provincia de Vandalia, y que por cierta desdicha venía desterrada de su tierra. Las pastoras portuguesas con muchas lágrimas la

consolaban, doliéndose de su destierro: cosa muy natural de aquella nación, y mucho más de los habitantes de aquella provincia. Y preguntándoles Felismena qué ciudad era aquella que había dejado hacia la parte donde el río con sus cristalinas aguas apresurando su camino con gran ímpetu venía, y que también deseaba saber qué castillo era aquel que sobre aquel monte mayor que todos estaba edificado, y otras cosas semejantes, la una de aquellas, que Duarda se llamaba, la respondió: Que la ciudad se llamaba Coímbra, una délas más insignes y principales de aquel reino, y aun de toda Europa, así por la antigüedad de nobleza de linajes que en ella había, como por la tierra comarcana a ella, la cual aquel caudaloso río, que Mondego tiene por nombre, con sus cristalinas aguas regaba; y que todos aquellos campos que con tan gran ímpetu iba discurriendo se llamaban el campo de Mondego; y el castillo que delante los ojos tenían era la luz de nuestra España; y que este nombre le convenía más que el suyo propio, pues en medio de la infidelidad del Mahomélico rey Marsilio, que tantos años le había tenido cercado, se había sustentado de manera, que siempre había salido vencedor, jamás vencido: y que el nombre que tenía en lengua portuguesa era Monte-Mor o velho, adonde la virtud del ingenio, valor y esfuerzo quedaron por trofeos de las hazañas que los habitantes del en aquel tiempo habían hecho: y que las damas que en él había, y los caballeros que lo habitaban florecían en todas las virtudes que imaginarse podían. Y así le contó la pastora otras muchas cosas de la fertilidad de la tierra, de la antigüedad de los edificios y de las riquezas, de los moradores, de la hermosura y discreción de las ninfas y pastoras que por la comarca del inexpugnable castillo habitaban: cosas que a Felismena pusieron en gran admiración; y rogándole las pastoras que comiese, porque no debía venir con poca necesidad dello, tuvo por bien de aceptallo. Y en cuanto Felismena comía de lo que las pastoras le dieron, le veían derramar algunas lágrimas, de que ellas en extremo se dolían; y queriéndola pedir la causa, se lo estorbó la voz de un pastor que muy dulcemente al son de un rabel cantaba, el cual fue luego conocido de las dos pastoras, porque aquel era el pastor Danteo, por quien Armia terciaba con la graciosa Duarda; la cual con muchas lágrimas dijo a Felismena: Hermosa pastora, aunque el manjar es de pastoras, la comida es de princesa, que mal pensaste tú cuando aquí venías que habías de comer con música. Felismena entonces le respondió: No habrá en el mundo, graciosa pastora, música más agradable para mí que vuestra vista y conversación: y esto me daría a mí mayor ocasión para tenerme por princesa que la música que decís. Duarda respondió: Más había de valer que yo quien eso mereciese, y más subido de quilates había de ser su entendimiento para

entendello; mas lo que fuere parte del deseo hallarse ha en mí muy cumplidamente. Armia dijo contra Duarda: ¿Cómo eres discreta, y cuánto más lo serías si no fueses cruel? ¡Hay cosa en el mundo como esta, que por no oír aquel pastor que está cantando sus desventuras, está metiendo palabras en medio, y ocupando en otra cosa el entendimiento! Felismena entendiendo quien podría ser el pastor en las palabras de Armia, las hizo estar atentas y oírle, el cual cantaba al son de su instrumento en su misma lengua esta

CANCIÓN

Sospiros, minha lembrança
nao quer, porque vos nao vades,
que o mal que fazem saudades
se cure com esperança.
A esperança nao me val,
por a causa em que se tem,
nem promete tanto bem
quanto a saudade faz mal:
mais amor desconfiança
me darao tal qualidade,
que nem me mata saudade,
nem me da vida esperança.
Erraraose se queixarera
os olhos com que eu olhei,
porque nao me queixarei,
em quanto os seos me lembrarem;
nem podera haber mudança
jamáis em minha vontade,
ora me mate saudade,
ora me deixe esperança.

A la pastora Felismena supieron mejor las palabras del pastor que el convite de las pastoras, porque más le parecía que la canción se había hecho para quejarse de su mal, que para lamentar el ageno. Y dijo cuando le acabó de oír: ¡Ay pastor, qué verdaderamente parece que aprendiste en mis males a quejarte de los tuyos! ¡Desdichada de mí, que no veo cosa que ponga delante la razón que tengo de no desear la vida: mas no quiera Dios que yo la pierda hasta que mis ojos vean la causa de sus ardientes lágrimas! Armia dijo a Felismena: ¿Pareceos, hermosa pastora, que aquellas palabras merecen ser oídas, y que el corazón donde ellas salen se debe tener en más de lo que esta pastora le tiene? No trates, Armia, dijo Duarda, de sus palabras, trata de sus obras, que por ellas se ha de juzgar el pensamiento del que las hace. Si tú te enamoras de canciones, y te parecen bien sonetos hechos con cuidado de decir buenas razones, desengañaate que son la cosa de que yo menos gusto recibo, y

por la que menos me certifico del amor que se me tiene. Felismena dijo entonces, favoreciendo la razón de Duarda: Mira, Armia, muchos males se excusarían, y muy grandes desdichas no vernían en este efecto si nosotras dejásemos de dar crédito a palabras bien ordenadas y a razones compuestas de corazones libres, porque en ninguna cosa ellos muestran tanto serlo como en saber decir por orden un mal, que cuando es verdadero, no hay cosa más fuera della. Desdichada de mí, que no supe yo aprovecharme deste consejo. A este tiempo llegó el pastor portugués donde las pastoras estaban, y dijo contra Duarda en su misma lengua: ¡Ah pastora, se as lagrimas destes olhos e as magoas deste coração sao pouca parte para abrandar a dureza com que sou tratado, nao quero de ti mais senao que minha companhia por estes campos te nao seja importuna, nem os tristes versos que meu mal junto a esta fermosa ribeira me faz cantar te dem enfadamento! Passa, fermosa pastora, a sesta a sombra deste selgueiro, que o teu pastor te levará as cabras ao rio: estará ao terreiro do sol en quanto ellas nas cristalinas agoas se banharem. Pentea, fermosa pastora, os teus cabelos de ouro junto aquella erara fonte, donde vem o ribeiro que cerca este fermoso prado, que eu hirei em tanto a repastar teu gado, e terei conta com que as ovelhas nao entrem nas searas que ao longe desta ribeira estao. Desejo que nao tomes trabalho em cousa nenhuma, nem eu descanso em quanto em cousas tuas nao trabalhar. Se isto te parece pouco amor, diz tu em que te podrei mostrar o bem que te quero, que nao amor sem al da peso a dizer verdade em cualquier cousa que diz, que ofrecerse a esperanza della. La pastora Duarda entonces respondiô: Danteo, se he verdade que ha amor no mundo eu o teve contigo, e tao grande como tu sabes: jamás nenhum pastor de quantos apacentao seus gados pellos campos de Mondego, e bebem as suas eraras agoas, alcançou de mim nenhua so palabra com que tivesses ocasio de queixarte de Duarda, nem do amor que ella sempre te mostrou; a nenhum tuas lagrimas e ardentes sospiros mais magoarao que a mim. O dia que os meus olhos te nao viao, jamás se levantao a cousa que lhes desse gosto. As ovelhas que tu guardabas erao mais que minhas: muitas vezes, rezeosa que as guardas deste deleitoso campo lhes nao impedissem o pasto, me punha eu naquelle outeiro por ver se pareciao, do que minhas ovelhas erao por mim apacentadas, dem postas em parte donde sem sobresalto pacesem as herbas desta fermosa ribeira, isto me deo a mim tanto em mostrarme sojeita, como a ti em fazerte confiado. Bem sel que de minha sojeição naceu tua confiança, e de tua confiança fazer o que fizeste: tu te casaste com Andresa, cuja alma esté em gloria, que cousa he esta que algum tempo nao pedi a Déos, antes lhe pedi vengança della e de ti; eu passei depois

de vosso casamento, o que tu e outros muitos sabem, quiz minha fortuna que a tua me nao desse pena. Deixame gozar da minha liberdade, e nao esperes que conmigo poderas ganhar o que por culpa tua perdeste. Acabando la pastora la terrible respuesta que habéis oído, y queriendo Felismena meterse en medio de su diferencia, oyeron a una parte del prado muy gran ruido y golpes como de caballeros que se combatían; y todos con muy gran priesa se fueron a la parte donde se oían, por ver qué cosa fuese. Y vieron en una isleta que el río con una vuelta hacía, tres caballeros que con uno solo se combatían; y aunque se defendía valientemente, dando a entender su esfuerzo y valentía, con todo eso los tres le daban tanto que hacer, que le ponían en necesidad de aprovecharse de toda su fuerza. La batalla se hacía a pié, y los caballos estaban arrendados a unos pequeños árboles que allí había. Y a este tiempo ya el caballero solo tenía uno de los tres tendido en el suelo de un golpe de espada, con el cual le acabó la vida: pero los otros dos que muy valientes eran, le traían ya tal, que no se esperaba otra cosa sino la muerte. La pastora Felismena que vio aquel caballero en tan gran peligro, y que si no le socorriese no podría escapar con la vida, quiso poner la suya a riesgo de perdella por hacer lo que en aquel caso era obligada. Y poniendo una aguda saeta en su arco, les dijo así: Teneos a fuera, caballeros, que no es de personas que deste nombre se precian, aprovecharse de sus enemigos con ventaja tan conocida. Y apuntándole a la vista de la celada a uno de ellos le acertó con tanta fuerza, que entrándole por entre los ojos, pasó de la otra parte de manera que aquel vino muerto al suelo. Cuando el caballero solo vio muerto a uno de sus contrarios, arremetió al tercero con tanto esfuerzo como si entonces comenzaran su batalla: pero Felismena le quitó de trabajo, poniendo otra flecha en su arco, con la cual no parando en las armas, le entró por debajo de la tetilla izquierda, y le atravesó el corazón de manera que el caballero llevó el camino de sus compañeros. Cuando los pastores vieron lo que Felismena había hecho, y el caballero vio de dos tiros matar dos caballeros tan valientes, así unos como otros en extremo se admiraron. Pues quitándose el caballero el yelmo, y llegándose a ella, le dijo: Hermosa pastora, ¿con qué podré yo pagaros tan grande merced como la que de vos he recibido en este día, sino en tener conocida esta deuda para nunca jamás perdella del pensamiento? Cuando Felismena vio el rostro al caballero y lo conoció, quedó tan fuera de sí, que de turbada casi no le pudo hablar, mas volviendo en sí, le respondió: ¡Ay don Félix, que no es esta la primera deuda en que tú me estás, y no puedo yo creer que ternas della el conocimiento que dices, sino el que de otras muy mayores me has tenido! Mira a qué tiempo me ha traído mi fortuna y tu

desamor, que quien solía en la ciudad ser servida de ti con torneos y justas, y otras cosas con que me engañabas, o con que yo dejaba engañarme, anda ahora desterrada de su tierra y de su libertad por haber tú querido usar de la tuya. Si esto no te trae a conocimiento de lo que me debes, acuérdate que un año te estuve sirviendo de paje en la corte de la princesa Cesarina, y aun de tercero contra mí misma, sin jamás descubrirte mi pensamiento por sólo darte remedio al mal que el tuyo te hacía sentir. ¡Oh cuántas veces te alcancé los favores de Celia tu señora a gran costa de mis lágrimas! Y no lo tengas a mucho, que cuando éstas no bastaran, la vida diera yo a trueque de redimir la mala que tus amores te daban. Y si no estás saneado de lo mucho que te he querido, mira las cosas que la fuerza de amor me ha hecho hacer: yo me salí de mi tierra, yo te vine a servir y a dolerme del mal que sufrías, y a sufrir el agravio que yo en esto recibía, y a trueque de darte contento no tenía en nada vivir la más triste vida que nadie vivió: en traje de dama te he querido como nunca nadie quiso: en hábito de paje te serví en la cosa más contraria a mi descanso que se puede imaginar, y aun ahora en traje de pastora vine a hacerte este pequeño servicio: ya no me queda más que hacer, sino es sacrificar la vida a tu desamor. Si te parece que debo hacello, y tú no te has de acordar de lo mucho que te he querido y quiero, la espada tú la tienes en la mano, no quieras que otro tome en mí la venganza de lo que te merezco. Cuando el caballero oyó las palabras de Felismena, el corazón se le cubrió de las sinrazones que con ella había usado de manera, que esto y la mucha sangre que de las heridas se le iba, fueron causa de un súbito desmayo, cayendo a los pies de la hermosa Felismena como muerto, la cual con la mayor pena que imaginarse puede, tomándole la cabeza en su regazo, con muchas lágrimas que sobre don Félix derramaba, comenzó a decir: ¿Qué es esto, fortuna, es llegado el fin de mi vida junto con la del mi don Félix?; Ay don Félix, causa de todo mi mal! si no bastan las muchas lágrimas que por tu causa he derramado, y las que sobre tu rostro derramo para que vuelvas en ti, ¿qué remedio terna esta desdichada para que el gozo de verte no se le vuelva en ocasión de desesperarse? ¡Ay mi don Félix, despierta si es sueño el que tienes, aunque no me espantaría si no lo hicieses, pues jamás cosas más te lo hicieron perder! En estas y otras lamentaciones estaba la hermosa Felismena, y las otras pastoras portuguesas la ayudaban, cuando por las piedras que pasaban a la isla vieron venir una hermosa ninfa con un vaso de oro y otro de plata en las manos, la cual luego de Felismena fue conocida, y le dijo: Ay, Dorida, ¿quién había de ser la que a tal tiempo socorriese a esta desdichada, sino tú? llégate acá, hermosa ninfa, y verás puesta la causa de todos mis

trabajos en el mayor que es posible tenerse. Dorida entonces le respondió: Para estos tiempos es el ánimo, y no te fatigues, hermosa Felismena, que el fin de tus trabajos es llegado, y el principio de tu contentamiento, y diciendo esto le echó sobre el rostro de una odorífera agua que en el vaso de plata traía, la cual le hizo volver en todo su acuerdo, y le dijo: Caballero, si queréis cobrar la vida y dalla a quien tan mala a causa vuestra la ha pasado, bebed del agua deste vaso de oro que traigo en las manos. Bebió gran parte del agua que en él venía, y como hubo un poco reposado con ella, se sintió tan sano de las heridas que los tres caballeros le habían hecho y de lo que amor a causa de la señora Celia le había dado, que no sentía más la pena que cada una dellas le podían causar, que si nunca las hubiera tenido. Y de tal manera se volvió a renovar el amor de Felismena, que en ningún tiempo le pareció haber estado tan vivo como entonces, y sentándose encima de la verde yerba, tomó las manos a su pastora, y besándoselas muchas veces, decía: ¡Ay, Felismena, cuan poco haría yo en dar la vida a trueque de lo que te debo! que pues por ti la tengo, muy poco hago en darte lo que es tuyo. ¿Con qué ojos podrá mirar tu hermosura el que faltándole el conocimiento de lo que te debía, osó ponellos en otra parte? ¿Qué palabras bastarían para disculparme de lo que contra ti he cometido? ¡Desdichado de mí si tu condición no es en mi favor, porque ni bastará satisfacción para tan gran yerro, ni razón para disculparme de la grande que tienes de olvidarme! Verdad es que yo quise bien a Celia y te olvidé, mas no de manera que de la memoria se me pasase tu valor y hermosura. Y lo bueno es, que no sé a quién ponga parte de la culpa que se me puede atribuir. Si a la hermosura de Celia, muy clara está la ventaja que a ella y a todas las del mundo tienes. Si a la mudanza de los tiempos, ese había de ser el toque donde mi firmeza había de mostrar su valor. Si a la traidora de ausencia, tampoco parece bastante disculpa, pues el deseo de verte había estando ausente de sustentar tu imagen en mi memoria. Mira, Felismena, cuan confiado estoy en tu bondad, que sin miedo te oso poner delante las causas que tienes de no perdonarme. Una cosa me duele más que cuantas en el mundo me pueden dar pena, y es ver que puesto caso que el amor que me has tenido y tienes te haga perdonar tantos yerros, ninguna vez alzaré los ojos a mirarte que no me lleguen al alma los agravios que de mí has recibido. La pastora Felismena que vio a don Félix tan arrepentido y tan vuelto a su primero pensamiento, con muchas lágrimas le decía, que ella le perdonaba, pues no sufría menos el amor que siempre le había tenido; y que si pensara no perdonalle no se hubiera por su causa puesto a tantos trabajos, y otras cosas muchas con que don Félix quedó confirmado en el primer amor. La hermosa

Dorida se llegó al caballero, y después de haber pasado entre los dos muchas palabras y grandes ofrecimientos de parte de la sabia Felicia, le suplicó que él y la hermosa Felismena se fuesen con ella al templo de Diana, donde los quedaba esperando con grandísimo deseo de verlos. Don Félix lo concedió, y despedido de las pastoras portuguesas y del afligido pastor Danteo, tomando los caballos de los caballeros muertos, los cuales sobre tomar a don Félix el suyo, le habían ya puesto en tanto aprieto, se fueron por su camino adelante, contando Felismena a don Félix lo que había pasado después que no le habían visto: de lo cual él se espantó mucho, y especialmente de la muerte de los tres salvajes, y de la casa de la sabia Felicia, y suceso de los pastores y pastoras, y todo lo demás que en este libro se ha contado. Y no poco espantó llevaba don Félix en ver que su señora Felismena le hubiese servido tantos días de paje, y que de puro divertido el entendimiento no la había conocido: y por otra parte era tanta su alegría de verse de su señora bien amado, que no podía encubrillo. Pues caminando por sus jornadas llegaron al templo de Diana, donde la sabia Felicia y los pastores y pastoras los esperaban. Fueron recibidos con mucho contento de todos, especialmente la hermosa Felismena, que por su bondad y hermosura era de todos tenida en mucho. Allí fueron todos desposados con las que bien querían con gran regocijo de todos: a lo cual no ayudó poco Sireno con su venida, aunque della se siguió lo que en la segunda parte deste libro se contará juntamente con el suceso del pastor y pastora portuguesa, Danteo y Duarda.
